



Laini Taylor

Hija de humo y hueso

Hija de
HUMO
y
HUESO

LAINI TAYLOR

Traducción de Montserrat Nieto

ALFAGUARA

*Para Jane, por todo un nuevo
mundo de posibilidades*

*Érase una vez un ángel y un
demonio que se enamoraron.*



*Pero su historia no tuvo
un final feliz.*

1

ES IMPOSIBLE ASUSTARSE

De camino a la escuela, sobre los adoquines acolchados por la nieve, Karou no tuvo ningún mal presagio respecto a lo que le depararía el día. Parecía un lunes cualquiera, inocente excepto por su propia esencia de lunes, sin mencionar que era de enero. Hacía frío y aún no había amanecido —en el apogeo del invierno, el sol no salía hasta las ocho—, pero el ambiente era agradable. La incesante nevada y lo temprano de la hora otorgaban a Praga un aspecto fantasmal, como de ferrotipo, toda plateada y cubierta de bruma.

Por la calle que flanqueaba el río, los tranvías y los autobuses circulaban con el estruendo típico del siglo XXI; sin embargo, en las calles más tranquilas, la paz invernal evocaba otra época. La nieve, los adoquines, la luz espectral, las propias pisadas de Karou y el humo de su taza de café, ella sola y abstraída en pensamientos mundanos: la escuela, tareas pendientes. Y cuando algún sentimiento doloroso se inmiscuía en sus pensamientos, desechaba la amargura con resolución, dispuesta a olvidarlo todo.

Sostenía la taza de café con una mano y con la otra mantenía cerrado el abrigo. De su hombro colgaba un portafolio de dibujo y sobre su pelo —largo, suelto y de color azul eléctrico— se había formado un encaje de copos de nieve.

Era un día cualquiera.

Pero algo ocurrió.

Un gruñido, unas pisadas atropelladas y alguien que la agarraba por detrás, sujetándola con fuerza contra un robusto pecho masculino, a la vez que unas manos le arrancaban la bufanda y unos dientes —*dientes*— rozaban su cuello.

La estaba mordiendo.

Su atacante la estaba *mordiendo*.

Con fastidio, trató de desembarazarse de él sin derramar el café, pero no pudo evitar que parte se vertiera sobre la nieve sucia.

—Por Dios, Kaz, quítate de encima —dijo bruscamente, volviéndose hacia su ex novio.

La tenue luz de la farola iluminaba el bello rostro del muchacho. *Una belleza estúpida*, pensó Karou, y le apartó de un empujón. *Una cara estúpida*.

—¿Cómo has sabido que era yo? —preguntó él.

—Siempre eres tú. Y nunca funciona.

Kazimir se ganaba la vida ocultándose detrás de cualquier cosa para aparecer después por sorpresa, y le frustraba no provocar en Karou ni el más mínimo sobresalto.

—Es imposible asustarte —se quejó haciendo el mohín que creía irresistible.

Hasta hacía poco, ella habría sucumbido a aquel gesto. Se habría alzado de puntillas para rozar con la lengua su labio inferior fruncido, de forma suave y lánguida, antes de tomarlo entre los dientes, jugar con él y abandonarse a un beso que la derretiría como miel al sol.

Pero aquellos días quedaban ya muy lejanos.

—Tal vez no des miedo —sugirió Karou, y retomó su camino.

Kaz la alcanzó y empezó a caminar a su lado, con las manos en los bolsillos.

—Sí doy miedo. ¿El gruñido? ¿El mordisco? A cualquier persona normal le habría dado un infarto. Menos a ti, que parece que no tienes sangre en las venas —al notar que le ignoraba, añadió—: Josef y yo hemos ideado una nueva visita por la ciudad. Recorrido *vampírico* por el casco antiguo. Los turistas se volverán locos.

Seguro que sí, pensó Karou. Los turistas pagaban bastante por las «visitas fantasmagóricas» de Kaz, que consistían en recorrer el laberinto de callejuelas de Praga en la más absoluta oscuridad, deteniéndose en supuestos escenarios de asesinatos donde, ocultos tras las puertas, los esperaban «fantasmas» que aparecían de repente y les arrancaban gritos aterrorizados. Ella misma había interpretado en varias ocasiones a un fantasma, con una cabeza ensangrentada en la mano y gimiendo mientras los alaridos de los turistas se transformaban en risas. Había sido divertido.

La relación con Kaz había sido divertida. Pero ya no.

—Buena suerte —le deseó con voz inexpresiva y mirando hacia delante.

—Podrías formar parte del reparto —continuó Kaz.

—No.

—Serías una vampiresa *sexy*.

—No.

—Seducirías a los hombres...

—No.

—Y podrías ponerte tu capa...

Karou se puso tensa.

Dulcemente, Kaz trató de sonsacarle:

—Todavía la tienes, ¿verdad, cariño? Esa prenda de seda negra sobre tu piel blanca es lo más hermoso que he visto jamás.

—Cállate —murmuró Karou entre dientes, y se detuvo en el centro de la plaza Maltese. *Dios mío*, pensó. Lo estúpida que había sido al enamorarse de aquel atractivo actorzuelo, al disfrazarse para él, al regalarle recuerdos como aquel. Increíblemente estúpida.

Solitariamente estúpida.

Kaz alzó la mano para retirarle un copo de nieve de las pestañas, pero ella gruñó:

—Como me toques, te tiro el café a la cara.

Él retiró la mano.

—Tranquila, fierecilla. ¿Cuándo dejarás de pelear conmigo? Te dije que lo sentía.

—Pues siéntelo, pero en otra parte.

Hablaban en checo, ella con un acento adquirido tan perfecto como el nativo de él.

Kaz suspiró, irritado porque Karou se negaba aún a admitir sus disculpas. Eso no aparecía en su guión.

—Vamos —dijo tratando de convencerla. Su voz era al mismo tiempo áspera y suave, como la mezcla de lija y terciopelo de un cantante de *blues*—. Tú y yo estamos destinados a estar juntos.

Destinados. Karou esperaba sinceramente que si su «destino» se encontraba ligado a alguien, no fuera a Kaz. Le miró, el atractivo Kazimir, cuya sonrisa solía

actuar sobre ella como una llamada, atrayéndola a su lado. Aquellos brazos donde todo parecía maravilloso, como si allí los colores y las sensaciones adquirieran intensidad. Aquellos brazos que, como había descubierto, eran un destino *popular*, al que acudían otras chicas cuando ella no estaba.

—Ofrécele a Svetla el papel de vampiresa —dijo—. Se lo sabe de memoria.

Kaz pareció dolido.

—No quiero a Svetla. Te quiero a ti.

—Lo siento, pero yo no soy una opción.

—No digas eso —respondió él tratando de cogerle la mano.

Karou retrocedió, empujada por una punzada de dolor que surgía a pesar de sus esfuerzos por mantenerse distante. *No merece la pena*, se aseguró a sí misma. *Ni lo más mínimo*.

—¿Te das cuenta de que me estás acosando?

—Yo no te estoy acosando. Da la casualidad de que voy en esta misma dirección.

—Claro —refunfuñó Karou.

Apenas faltaban unos portales para llegar a su escuela. El Liceo de Arte de Bohemia era una institución privada que se encontraba en un palacio barroco de muros rosados. Durante la ocupación nazi, dos jóvenes nacionalistas checos habían degollado en aquel edificio a un comandante de la Gestapo y garabateado con su sangre la palabra *libertad*. Un acto de rebeldía efímero y valiente antes de ser capturados y empalados en los remates de la puerta del patio. Ahora los estudiantes se arremolinaban en torno a aquella misma puerta, fumando o esperando a sus compañeros. Pero Kaz no era un estudiante —tenía veinte años, era mayor que Karou—, y ella no recordaba haberle visto jamás fuera de la cama antes del mediodía.

—¿Cómo estás levantado a estas horas?

—Tengo un nuevo trabajo —respondió él—. Empiezo temprano.

—¿Vas a hacer rutas vampíricas *matutinas*?

—No. Es otra cosa. Una especie de... *exhibición* —en su cara se dibujó una sonrisa. Se estaba deleitando. Quería que le preguntara cuál era ese nuevo trabajo.

Pero Karou no estaba dispuesta a satisfacerle.

—Diviértete —dijo con perfecto desinterés, y comenzó a alejarse.

—¿No quieres saber de qué se trata? —gritó Kaz. Seguía sonriendo, podía notarlo en su voz.

—No me interesa —respondió Karou, y franqueó la puerta.

* * *

Sin embargo, debería haberlo preguntado.

2

UNA ESPECIE DE EXHIBICIÓN

Los lunes, los miércoles y los viernes, la primera clase de Karou era dibujo del natural. Cuando entró en el estudio, su amiga Zuzana ya estaba allí y había colocado dos caballetes frente a la tarima del modelo. Karou descargó la carpeta de su hombro, se quitó el abrigo y la bufanda y comentó:

—Me han acosado.

Su amiga arqueó una ceja con la maestría que poseía para ese tipo de gestos, y que tanta envidia provocaba en Karou. Ella no lograba mover las suyas de forma independiente, lo que restaba intensidad a sus expresiones de desconfianza y desdén.

Zuzana transmitía ambos sentimientos a la perfección, pero en este caso se trataba de un movimiento más sutil, de mera curiosidad.

—No me digas que el zopenco ha tratado de asustarte otra vez.

—Está pasando por una fase vampírica. Me mordió el cuello.

—Vaya con los actores —refunfuñó Zuzana—. Lo que deberías hacer es defenderte de ese fracasado con un Taser. Para que aprenda a no ir por ahí saltando encima de la gente.

—No tengo una pistola de esas —Karou no añadió que tampoco la necesitaba; era perfectamente capaz de defenderse sin electricidad. Había recibido una educación muy especial.

—Pues consigue una. De verdad. El mal comportamiento debe ser castigado. Y además, sería divertido. ¿No crees? Siempre he querido disparar una. ¡Zas!

—Zuzana se agitó como si sufriera convulsiones.

Karou sacudió la cabeza.

—De eso nada, pequeña salvaje, no creo que fuera divertido. Eres terrible.

—Yo no soy terrible. Kaz sí. Dime que no tengo que recordártelo —Zuzana clavó la mirada en Karou—. Prométeme que no estás ni siquiera considerando perdonarle.

—*Te lo prometo* —afirmó Karou—. Solo intento que *él* lo crea.

Kaz no concebía que una chica decidiera renunciar a sus encantos. Y ella no había hecho más que reforzar su vanidad durante los meses que había durado su relación, mirándole con ojos soñadores, entregándole... ¿todo? Karou pensaba que sus actuales intentos de cortejarla eran mero fruto del orgullo, para demostrarse a sí mismo que podía conseguir lo que quisiera. Que las decisiones las tomaba él.

Quizá Zuzana tuviera razón. Tal vez *debería* electrocutarle.

—Cuaderno de bocetos —ordenó Zuzana extendiendo la mano como el cirujano que solicita un escalpelo.

La mejor amiga de Karou era tan autoritaria como menuda: solo superaba el metro y medio cuando se calzaba sus botas de plataforma. Karou medía 1,70, aunque parecía más alta, igual que las bailarinas, con sus delicados cuellos y extremidades esbeltas. Su complexión se asemejaba mucho a la de una bailarina, pero no así su estilo. Pocas bailarinas llevan el pelo azul brillante o un rosario de tatuajes por el cuerpo, y Karou lucía ambos.

Al sacar el cuaderno de bocetos y entregárselo a su amiga, los únicos tatuajes que quedaron a la vista fueron los de sus muñecas; una sola palabra, a modo de brazalete, en cada una: *historia* y *real*.

Cuando Zuzana tomó el cuaderno, otros dos estudiantes, Pavel y Dina, se acercaron rápidamente para escudriñar por encima de su hombro. Los cuadernos de Karou eran objeto de culto en la escuela, y cada día pasaban de mano en mano para ser admirados. Este, el número 92 de una serie que abarcaba toda su vida, estaba sujeto con gomas y, tan pronto como Zuzana las retiró, se abrió de golpe. Las páginas estaban tan cubiertas de yeso y pintura que las tapas apenas podían contenerlas. En aquel abanico de hojas surgieron los personajes habituales de Karou, profundamente extraños y representados con maestría.

Allí estaba Issa, serpiente de cintura para abajo y mujer de cintura para arriba, con los pechos turgentes y desnudos de las tallas del Kama Sutra, la capucha y los colmillos de una cobra y un rostro bondadoso.

Twiga, con cuello de jirafa y encorvado con su lupa de joyero incrustada en su ojo entrecerrado.

Yasri, con pico de loro, ojos humanos y una cascada de rizos anaranjados que escapaban del pañuelo que le cubría la cabeza. Esta vez aparecía con una bandeja

de fruta y una jarra de vino.

Y por supuesto, Brimstone, la estrella de sus dibujos. Lo había representado con Kishmish posado en uno de sus enormes cuernos de carnero. En las historias fantásticas que Karou relataba en sus cuadernos, Brimstone comerciaba con deseos. En ocasiones, lo apodaba el «Traficante de Deseos», en otras, simplemente el «Gruñón».

Karou dibujaba aquellas criaturas desde que era pequeña, y sus amigos solían hablar de ellas como si fueran reales.

—¿Qué ha hecho Brimstone este fin de semana? —preguntó Zuzana.

—Lo habitual —respondió Karou—. Comprar dientes a asesinos. Ayer un repugnante furtivo somalí le llevó dientes de cocodrilo del Nilo, pero el muy idiota trató de robar a Brimstone y estuvo a punto de morir estrangulado por su collar de serpiente. Tiene suerte de seguir vivo.

Zuzana encontró la escena ilustrada en las últimas páginas dibujadas del cuaderno: el somalí, con los ojos desencajados y una delgadísima serpiente comprimiéndole la garganta como la soga de un garrote. Karou le había explicado que para entrar en la tienda de Brimstone, los humanos debían acceder a colocarse una de las serpientes de Issa en torno al cuello. De aquel modo, resultaba sencillo atajar cualquier maniobra sospechosa (por estrangulación, que no siempre era mortal, o, en caso necesario, con una mordedura en la garganta, que sí lo era).

—Estás como una cabra, ¿cómo te inventas todo esto? —preguntó Zuzana con asombro y envidia.

—¿Quién ha dicho que lo invente? No dejo de repetirte que es real.

—Ya, y tu pelo crece con ese color de forma natural, ¿no?

—Claro que sí —afirmó Karou pasando un largo mechón azulado entre sus dedos.

—Ya, lo que tú digas.

Karou se encogió de hombros y recogió su cabellera en un enmarañado moño, que se sujetó a la nuca con un pincel. Su pelo crecía realmente de aquel color, tan azul como el ultramarino recién salido del tubo de pintura, pero lo afirmaba con un toque de ironía, como si fuera algo absurdo. Con el paso del tiempo, había descubierto que bastaba una sonrisa lánguida para que su sinceridad pasara

desapercibida. Resultaba más sencillo que recordar un montón de mentiras, así que quedó integrado en su forma de ser: Karou, la chica con sonrisa irónica y desbordante imaginación.

En realidad, todas aquellas locuras no nacían de su imaginación, sino de su propia vida —el pelo azul, Brimstone y todo lo demás—.

Zuzana alargó el cuaderno a Pavel y comenzó a pasar las hojas de su enorme bloc de dibujo en busca de una hoja en blanco.

—¿Quién posará hoy?

—Seguramente Wiktor —respondió Karou—. Hace bastante que no le tenemos de modelo.

—Lo sé. Y espero que se haya muerto.

—¡Zuzana!

—¿Qué? Es un vejestorio. Sería lo mismo dibujar un esqueleto que a ese decrepito saco de huesos.

Disponían de unos doce modelos, masculinos, femeninos y de edades y complexiones diversas, que se turnaban a lo largo del curso. Abarcaban desde la corpulenta señora Svobodnik, cuyas carnes se asemejaban más a un paisaje que a una figura, hasta la frágil Eliska, con su cintura de avispa, la preferida por los chicos de la clase. El viejo Wiktor era el que menos agradaba a Zuzana, que afirmaba tener pesadillas cada vez que debía dibujarlo.

—Parece una momia sin vendas —se estremeció—. Dime si mirar a un viejo desnudo es una forma adecuada de empezar el día.

—Mejor que ser atacada por un vampiro —replicó Karou.

De hecho, a Karou no le importaba dibujar a Wiktor, por una razón concreta: era tan miope que nunca establecía contacto visual con los estudiantes, lo que suponía una ventaja. A pesar de los años que llevaba dibujando desnudos, todavía la perturbaba esbozar a un modelo joven y encontrar sus ojos clavados en ella al levantar la mirada después de realizar un estudio de su pene —un estudio necesario; no se podía dejar la zona en blanco sin más—. Muchas veces, al notar que las mejillas le ardían, Karou se había ocultado tras el caballete.

Aunque aquellas situaciones no tardarían en quedar reducidas a insignificancias, comparadas con la mortificación que le aguardaba.

Estaba afilando el lápiz con una cuchilla de afeitar cuando Zuzana exclamó con voz extraña y disgustada:

—¡Dios mío, Karou!

Supo lo que ocurría antes incluso de alzar la vista.

Una *exhibición*, había dicho él. Qué inteligente. Levantó los ojos del lapicero y vio a Kaz, de pie junto a la profesora Fiala. Iba descalzo y vestido con una bata, y con su larga cabellera dorada, minutos antes revuelta por el viento y cubierta de brillantes copos de nieve, recogida en una coleta. Su rostro mostraba una perfecta combinación de rasgos eslavos y líneas sensuales: pómulos que parecían torneados por un cortador de diamantes, y labios que invitaban a rozarlos con la yema de los dedos para comprobar si tenían tacto de terciopelo. Karou sabía que así era. Estúpidos labios.

Un aluvión de susurros invadió la estancia. *Un modelo nuevo, Dios mío, qué guapo...*

Un comentario destacó entre el resto:

—¿No es el novio de Karou?

Ex, deseó replicar ella con brusquedad. Absolutamente *ex*.

—Creo que sí. *Mírale...*

Karou *estaba* mirándole, con la expresión congelada en lo que deseaba fuera una máscara de tranquilidad impenetrable. *No te ruborices*, se ordenó a sí misma. *No te ruborices*. Kaz le devolvió la mirada con ojos perezosos y divertidos, y una sonrisa que le dibujaba un hoyuelo en una de las mejillas. Y, cuando estuvo seguro de contar con su atención, le guiñó un ojo con descaro.

Un estallido de risitas envolvió a Karou.

—Maldito bastardo... —musitó Zuzana.

Kaz se subió a la tarima del modelo, miró directamente a Karou mientras se desataba el cinturón y, sin retirar los ojos de ella, se quitó la bata. Entonces apareció, delante de toda la clase, el cuerpo de su ex novio, increíblemente bello y desnudo como el David de Miguel Ángel. Y sobre su pecho, justo encima del corazón, un nuevo tatuaje.

Una elaborada K en cursiva.

De nuevo se escucharon risas ahogadas. Los estudiantes no sabían a quién mirar, si a Karou o a Kazimir, y dirigían los ojos de uno a otro, esperando que estallara el conflicto.

—¡Silencio! —ordenó consternada la señora Fiala, sin dejar de dar palmadas hasta que se sofocaron las risitas.

En ese momento, Karou sintió cómo el rubor encendía su cara. No pudo evitarlo. El calor le invadió primero el pecho y el cuello, y luego todo el rostro. Kaz no dejaba de mirarla y, cuando percibió la reacción de Karou, la satisfacción marcó aún más el hoyuelo de su mejilla.

—Kazimir, por favor, posturas de un minuto —solicitó Fiala.

Kaz adoptó la primera postura y fue cambiándola, como correspondía a ese tipo de ejercicio dinámico: torso girado, músculos tensos, extremidades estiradas simulando acción. El objetivo de estos primeros bocetos era trabajar el movimiento y las líneas sueltas, y Kaz aprovechó la oportunidad para exhibirse. Karou pensó que no se escuchaban muchos lápices rascando el papel. ¿Estarían las demás chicas de la clase tan estúpidamente embelesadas como ella?

Bajó la cabeza, tomó el lápiz afilado —imaginando otros usos a los que le encantaría dedicarlo— y comenzó a dibujar. Líneas rápidas y fluidas y todos los bocetos en una sola página, solapados para dar la sensación de una ilustración de danza.

Kaz se movía con elegancia y, como había dedicado tanto tiempo a contemplarse en el espejo, sabía utilizar su cuerpo para impresionar. Era una herramienta más del actor, como él mismo habría afirmado, igual que la voz. Kaz era un actor pésimo —por eso se ganaba la vida organizando visitas turísticas fantasmagóricas y participando en alguna producción de bajo presupuesto de *Fausto*—, pero resultaba un modelo magnífico. Karou lo sabía bien, ya que le había dibujado en numerosas ocasiones.

Desde el primer momento que le vio... expuesto..., le había recordado una pintura de Miguel Ángel. Al contrario de algunos artistas renacentistas que preferían modelos delgados y amanerados, Miguel Ángel optó por mineros de hombros robustos a los que, de alguna manera, consiguió representar con sensualidad y elegancia. Así era Kaz: sensual y elegante.

Y embustero. Y narcisista. Y, sinceramente, algo tonto.

—¡Karou! —cuchicheó Helen, una estudiante británica, tratando de llamar su atención con insistencia—. ¿Es él?

Karou la ignoró y siguió dibujando como si no ocurriera nada excepcional. Otro día más de clase. ¿Y el hoyuelo insolente en la mejilla del modelo, que no le quitaba los ojos de encima? Trató de sobreponerse a ello lo mejor que pudo.

Cuando el timbre señaló el descanso de la clase, Kaz recogió con parsimonia la bata y se la puso. Karou esperaba que no se atreviera a pasear por el estudio a sus anchas. *Quédate donde estás*, le suplicó mentalmente. Pero no le hizo caso, y se dirigió hacia ella.

—Oye, zopenco —le espetó Zuzana—. ¡Cuánta modestia!

Kaz ignoró el comentario y preguntó a Karou:

—¿Te gusta mi nuevo tatuaje?

Los demás compañeros se habían levantado para salir del aula, pero, en vez de dispersarse para fumar un cigarrillo o acudir al baño, se mantuvieron a una distancia que les permitiera escuchar la conversación.

—Claro —aseguró Karou con voz suave—. K de Kazimir, ¿no?

—Qué graciosa. Sabes de sobra lo que significa.

—Déjame que piense —caviló adoptando la postura de *El pensador*—. Existe una sola persona a la que quieres realmente, y su nombre empieza por K. Pero se me ocurre un lugar más adecuado que el corazón para colocar esa letra —cogió el lápiz y, en su último boceto de Kaz, escribió una K sobre su trasero de escultura clásica.

Zuzana soltó una carcajada y Kaz tensó la mandíbula. Como la mayoría de los vanidosos, odiaba convertirse en objeto de burla.

—Yo no soy el único que lleva un tatuaje, ¿verdad, Karou? —dijo él—. ¿Te lo ha enseñado? —le preguntó a Zuzana.

Esta dirigió a su amiga un suspicaz arqueó de cejas.

—No sé a cuál te refieres —mintió Karou sin inmutarse—. Tengo un montón de tatuajes.

Para demostrarlo no exhibió las palabras *historia* y *real* de sus muñecas, ni la serpiente enroscada en torno a su tobillo, ni ninguna de las otras obras de arte que

se ocultaban en su cuerpo, sino que colocó las manos abiertas delante de su cara. En el centro de cada palma había un ojo perfilado con tinta color índigo, lo que convertía sus manos en *hamsas*, esos antiguos amuletos contra el mal de ojo. Los tatuajes en las palmas de las manos suelen perder intensidad con el tiempo, pero los de Karou se mantenían intactos. Estos ojos la acompañaban desde siempre y, por lo que sabía de su origen, podría haber nacido con ellos.

—Esos no —replicó Kaz—. Me refiero al que tienes justo encima del corazón, con la palabra *Kazimir*.

—Yo no tengo un tatuaje así —respondió con aparente contrariedad, y desabrochó los botones superiores de su jersey. Debajo llevaba una camiseta de tirantes, que bajó unos reveladores centímetros para demostrar que no había ningún tatuaje sobre su pecho. En esa parte del cuerpo su piel era blanquísima.

Kaz parpadeó sorprendido.

—Pero ¿cómo lo has hecho?

—Ven conmigo.

Zuzana cogió a Karou de la mano y la arrastró. Al pasar entre los caballetes, todos los ojos se clavaron en ella con curiosidad.

—Karou, ¿habéis roto? —susurró Helen en inglés.

Zuzana levantó la mano con gesto imperioso y la obligó a callar, antes de sacar a Karou del estudio y empujarla hasta el baño de las chicas. Allí, con las cejas aún arqueadas, le preguntó:

—¿Qué demonios ha significado eso?

—¿A qué te refieres?

—¿Que a *qué* me refiero? Prácticamente te has desnudado delante de él.

—No exageres.

—No importa. ¿Y qué era eso de un tatuaje sobre el corazón?

—Tú misma lo has visto, no tengo ningún tatuaje en el pecho.

Karou prefirió omitir que dicho tatuaje *sí* había existido; prefería fingir que nunca había sido tan estúpida. Además, habría resultado difícil explicar cómo se había deshecho de él.

—Bueno, mejor. Solo te faltaba tener el nombre de ese idiota grabado en el

cuerpo. ¿Has visto su comportamiento? ¿Piensa que pavoneándose de ese modo vas a salir corriendo detrás de él?

—Así es —afirmó Karou—. Esa es su idea de un gesto romántico.

—Lo único que tienes que hacer es comentarle a Fiala que es un acosador, y le echará de una patada en el culo.

Karou había considerado esa opción, pero negó con la cabeza. Estaba segura de que encontraría una forma más adecuada de sacar a Kaz de su clase y de su vida, ya que disponía de medios que la mayoría de la gente no poseía. Pensaría en algo.

—A pesar de todo, no resulta ningún sacrificio dibujarlo —Zuzana se acercó al espejo y retiró los mechones de pelo negro que caían sobre su frente—. Eso hay que admitirlo.

—Sí. Es una pena que sea tan imbécil.

—Un enorme y estúpido gilipollas —añadió Zuzana.

—Un caraculo con boca y patas.

—Caraculo —rió Zuzana—. Me gusta.

De repente, una idea asaltó a Karou, y una sonrisa ligeramente maliciosa iluminó su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Zuzana al percibir el gesto.

—Nada. Es mejor que volvamos.

—¿Estás segura? No tienes por qué hacerlo.

Karou asintió con la cabeza.

—Claro que sí.

Kaz había disfrutado de toda la satisfacción que obtendría de su pequeño ardid. Ahora le tocaba a Karou. De vuelta al estudio, acarició el collar multicolor de varias vueltas que rodeaba su cuello, elaborado con lo que parecían cuentas africanas. Sin embargo, eran más que eso, no mucho más, pero suficiente para los planes de Karou.

3**CARACULO**

La profesora Fiala pidió a Kaz que adoptara una postura reclinada para el resto de la clase, y él se tendió sobre el diván de un modo que, sin ser lujurioso, resultaba bastante sugerente, con las rodillas dobladas algo en exceso y una sonrisa sensual. Esta vez no surgieron risitas ahogadas, pero Karou imaginó una oleada de calor en el ambiente, como si las chicas de la clase —y al menos uno de los chicos— necesitaran abanicarse. Sin embargo, ella no sucumbió y, cuando Kaz la escrutó tras sus lánguidas pestañas, sostuvo su mirada sin vacilar.

Inició el boceto empleando su mejor técnica y pensó que como su relación había comenzado con un dibujo, resultaba adecuado que acabara con otro.

La primera vez que le vio estaba sentado a dos mesas de la suya en el bar Mostachos. Lucía un retorcido bigote de truhán, algo que ahora parecía premonitorio, pero después de todo se trataba del bar Mostachos. Todos los clientes iban ataviados con un bigote —Karou llevaba uno de Fu Manchú que había sacado de una máquina expendedora—. Aquella noche, más tarde, pegó ambos bigotes en su cuaderno de bocetos —el número 90— y el bulto que formaban permitía localizar fácilmente la página exacta donde había comenzado su historia con Kaz.

Él estaba bebiendo con sus amigos y Karou, incapaz de alejar sus ojos de él, le había retratado. Siempre estaba dibujando, no solo a Brimstone y las demás criaturas de su vida secreta, sino también escenas y personas de su entorno cotidiano. Halconeros y músicos callejeros, curas ortodoxos con barbas hasta la cintura, algún chico guapo.

Normalmente se alejaba con el dibujo sin que sus modelos se percataran, pero esta vez el chico guapo percibió su mirada, y lo siguiente que vio fue su sonrisa bajo el bigote postizo, mientras se acercaba. ¡Qué halagado se había sentido con aquel retrato! Mostró el dibujo a sus amigos, la tomó de la mano para animarla a sentarse con ellos y mantuvo sus dedos entrelazados con los de ella incluso después de que se acomodara en la mesa. Así comenzó todo: ella idolatrando su belleza, y él deleitándose con ello. Y así fue más o menos como continuó.

Por supuesto, Kaz también le había dicho que era hermosa, sin parar. De hecho, si no hubiera sido atractiva, no se habría acercado a hablar con ella, pues no era exactamente de los que buscaban la belleza *interior*. Karou era, sencillamente, encantadora. Piel de nata, preciosas piernas, pelo largo y azulado, ojos de estrella de cine mudo, movimientos como versos de un poema y sonrisa de esfinge. Su rostro, además de bello, estaba lleno de vida, tenía la mirada luminosa y alegre, y ladeaba la cabeza igual que un pájaro, con los labios juntos y una danza en sus ojos negros que sugería algo secreto y misterioso.

Karou *era* misteriosa. Aparentemente no tenía familia, nunca hablaba de sí misma y era una experta en eludir preguntas —por lo que sus amigos sabían de su vida, podía haber surgido de la cabeza de Zeus—. Además, era una caja de sorpresas. Sus bolsillos estaban siempre repletos de objetos curiosos: antiguas monedas de bronce, dientes, tigres de jade del tamaño de la uña de un pulgar. Podía revelar, mientras regateaba por unas gafas de sol con un vendedor ambulante africano, que hablaba yoruba con fluidez. En cierta ocasión, Kaz descubrió al desnudarla que llevaba un cuchillo escondido en una bota. A todo esto había que añadir el hecho de que nada la asustaba y, por supuesto, las cicatrices de su abdomen: tres marcas brillantes que solo podían ser heridas de bala.

—¿Quién *eres*? —le había preguntado algunas veces Kaz, cautivado, y ella respondía con nostalgia:

—Realmente no lo sé.

Porque en verdad lo desconocía.

Ahora dibujaba con rapidez, sin rehuir los ojos de Kaz al pasear la mirada arriba y abajo, entre el modelo y el papel. Quería contemplar su cara.

Deseaba ver el momento en el que su expresión cambiara.

Solo cuando hubo capturado su postura levantó la mano izquierda hacia las cuentas del collar, y continuó dibujando con la derecha. Cogió uno de los abalorios entre el pulgar y el índice, y lo mantuvo agarrado.

Luego pidió un deseo.

Fue un deseo muy pequeño, ya que aquellas cuentas no eran más que *scuppies*. Al igual que el dinero, los deseos tenían diversos valores, y los *scuppies* equivalían a simples peniques. Incluso menos valiosos que los peniques, pues, al contrario

que las monedas, los deseos no se podían acumular. Sumando peniques se conseguían dólares; sin embargo, los *scuppies* seguían siendo meros *scuppies*; una hilera de ellos, como su collar, no conseguía un deseo mayor, solamente un montón de deseos pequeños, casi inútiles.

Deseos para provocar, por ejemplo, *picores*.

Karou deseó que Kaz notara picor, y la cuenta se desvaneció entre sus dedos; una vez utilizadas, desaparecían. Nunca había pedido ese tipo de deseo, así que, para asegurarse de que funcionaba, comenzó con una parte del cuerpo que no resultara vergonzoso rascarse: el codo. Con seguridad e indiferencia, Kaz lo rozó contra un cojín, sin apenas variar la postura. Karou sonrió para sus adentros y siguió dibujando.

Instantes después, tomó otra cuenta entre los dedos y deseó que esta vez le picara la nariz. La cuenta desapareció, el collar se acortó de manera imperceptible y el rostro de Kaz se estremeció. Permaneció inmóvil unos segundos, pero al final hubo de rendirse para frotarse la nariz con el dorso de la mano, rápidamente, antes de recuperar la pose. Karou notó que el rostro de Kaz había perdido aquella expresión insinuante y se mordió el labio para evitar que su sonrisa se ampliara.

Querido Kazimir, pensó, no deberías haber venido. Habría sido mejor que te quedaras en la cama.

El siguiente ataque lo dirigió al oculto lugar de su malvado plan, y en el momento de lanzarlo fijó la mirada en los ojos de Kaz. Su frente adquirió una tensión repentina y ella ladeó ligeramente la cabeza, como preguntando «¿Suced algo, cariño?».

Era esa clase de picor que no podía aliviarse en público. Kaz palideció, movió las caderas y luchó por mantenerse quieto. Karou le concedió un breve respiro y continuó dibujando. Pero tan pronto como él empezó a relajarse y... cuando estaba desprevenido... atacó de nuevo y, al ver cómo la cara de Kaz se tornaba rígida, hubo de sofocar una carcajada.

Otra cuenta se desvaneció entre sus dedos.

Y luego otra.

Esta, pensó, no es solo por lo de hoy, sino por todo lo demás. Por aquella pena que aún sentía como un puñetazo en el estómago cada vez que la atacaba, tan vívida como si fuera reciente, en momentos impredecibles. Por las mentiras ocultas tras

sonrisas y los recuerdos que no podía olvidar. Por la vergüenza de haber sido tan ingenua.

Por la terrible sensación de regresar a la soledad tras un periodo de indulto —algo así como enfundarse un bañador húmedo, pegajoso y desagradable—.

Y esta, pensó Karou sin sonreír ya, por lo irrecoverable.

Por su virginidad.

Aquella primera vez, vestida únicamente con la capa negra, se había sentido adulta —como las muchachas checas con las que Kaz y Josef se relacionaban, atractivas bellezas eslavas con nombres como Svetla y Frantiska, a las que nada parecía sorprender ni arrancar una sonrisa—. ¿Realmente había querido emularlas? Eso había aparentado, adoptando el papel de una chica —una *mujer*— atrevida. Había considerado la virginidad como una jaula de la infancia, que luego desapareció.

No había esperado arrepentirse, y en un primer momento no lo hizo. El acto en sí no resultó ni decepcionante ni mágico, simplemente una relación más íntima. Un secreto compartido.

O, al menos, eso había creído ella.

—Te encuentro diferente, Karou —había comentado Josef, el amigo de Kaz, cuando volvió a verla—. ¿Estás... *radiante*?

Con una mezcla de vergüenza y petulancia en el rostro, Kaz le había golpeado en el hombro para que se callara, y Karou supo que se lo había contado. Incluso a las chicas, que habían fruncido sus labios color rubí en actitud cómplice. Cuando Svetla —con la que más tarde la engañaría— comentó con seriedad que las capas se estaban poniendo de moda otra vez, Kaz se ruborizó ligeramente y apartó la mirada, como única señal del reconocimiento de su error.

Karou no se lo había contado ni siquiera a Zuzana; al principio porque se trataba de una vivencia que solo les pertenecía a Kaz y a ella, y luego por vergüenza. Se lo había ocultado a todo el mundo; sin embargo, Brimstone, del modo inescrutable que tenía de *saber cosas*, lo había adivinado y había aprovechado la oportunidad para darle una extraña charla.

Eso sí había resultado interesante.

La voz del Traficante de Deseos era tan profunda que parecía la sombra de un

sonido: una sonoridad oscura que se acercaba a los registros más graves.

—No conozco muchas reglas para regir la vida —había afirmado—. Pero te enseñaré una muy sencilla. No metas en tu cuerpo cosas innecesarias. Nada de venenos ni productos químicos, tampoco gases, tabaco o alcohol, ningún objeto afilado ni agujas prescindibles (drogas o tatuajes) y, por supuesto..., ningún pene innecesario.

—¿*Penes innecesarios*? —había repetido Karou, encantada con la expresión a pesar de su dolor—. ¿Existe alguno que sea *necesario*?

—Cuando aparezca el adecuado, lo sabrás —había añadido Brimstone—. Deja de desperdiciar tu vida, niña. Espera a que llegue el amor.

—El amor —su alegría se evaporó, pues había pensado que aquello *era* amor.

—Llegará, y lo reconocerás —había prometido Brimstone, y ella deseó con fuerza poder creerlo. Tenía cientos de años, ¿no? Karou nunca había imaginado a Brimstone enamorado (al mirarlo, no parecía un candidato idóneo), pero esperaba que en su larga vida hubiera acumulado cierta experiencia, y que no se equivocara respecto a ella.

Porque de todas las cosas del mundo, esa era su mayor ansia de huérfana: *amor*. Y ciertamente Kaz no se lo había proporcionado.

La punta del lápiz se rompió bajo la enorme presión que Karou ejercía sobre el dibujo, y en ese instante una explosión de ira se transformó en una ráfaga de picores que redujeron su collar a una gargantilla y lanzaron a Kaz fuera de la tarima. Karou soltó el collar y le miró. Ya estaba junto a la puerta, todavía desnudo y con la bata en la mano, y se apresuró a salir para encontrar rápidamente un lugar donde aliviar su humillante sufrimiento.

La puerta se cerró de golpe y los estudiantes se quedaron perplejos, con los ojos fijos en el diván vacío. La profesora Fiala lanzó una mirada a la puerta por encima de las gafas, y Karou se sintió avergonzada.

Tal vez había sido demasiado.

—¿Qué le pasa a ese imbécil? —preguntó Zuzana.

—Ni idea —respondió Karou bajando los ojos hacia el dibujo.

En el papel aparecía Kaz con toda su sensualidad y elegancia, como esperando la llegada de su amante. Podría haber sido un buen dibujo, pero lo había

estropeado. Poco a poco las líneas se habían ido oscureciendo, perdiendo sutileza, hasta terminar en un caótico garabateo que emborronaba su... *pene innecesario*. Se preguntó qué pensaría Brimstone de ella ahora. Siempre la estaba reprendiendo por su uso imprudente de los deseos —el último, el que había provocado que las cejas de Svetla se espesaran por la noche hasta parecer orugas y crecieran de nuevo nada más depilarlas—.

—Algunas mujeres han perecido en la hoguera por menos que eso, Karou —le había recordado Brimstone.

Por suerte, pensó, no estamos en la Edad Media.

4

LA COCINA ENVENENADA

El resto de la jornada se desarrolló sin incidentes. Una lección doble de química y color en el laboratorio, una clase magistral de dibujo y el almuerzo, después del cual Zuzana acudió a clase de marionetas y Karou, a pintura, dos clases de tres horas en el estudio que las devolvieron a la misma oscuridad invernal con la que habían llegado por la mañana.

—¿Un veneno? —preguntó Zuzana al salir por la puerta.

—¿Hace falta preguntar? —respondió Karou—. Me muero de hambre.

Agacharon la cabeza para protegerse el rostro del viento helado y se dirigieron hacia el río.

Las calles de Praga parecían una fantasía apenas alterada por el siglo XXI, ni por el XX ni el XIX. Era una ciudad de alquimistas y soñadores, por cuyos adoquines medievales habían deambulado *golems*, místicos y ejércitos invasores. Los edificios, de gran altura y pintados en luminosos tonos vara de oro, carmín y azul pálido, lucían escayolas de estilo rococó y tejados de un rojo uniforme. Las cúpulas barrocas tenían el suave color verde del bronce antiguo, y los chapiteles góticos se elevaban hacia el cielo dispuestos a empalar ángeles caídos. El viento transportaba recuerdos de magia, revolución y violines, y las calles adoquinadas serpenteaban como riachuelos. Había muchachos con pelucas de Mozart que anunciaban en las esquinas conciertos de música de cámara, y marionetas colgadas de las ventanas que otorgaban a la ciudad el aspecto de un teatrillo con titiriteros ocultos tras una cortina de terciopelo.

Y sobre todo ello, en lo alto de la colina, se alzaba el castillo con su angulosa silueta, como cubierta de espinas. Por la noche estaba iluminado, bañado por un resplandor inquietante. Aquella tarde el cielo se encontraba cubierto de nubes bajas cargadas de nieve, que formaban halos en torno a las farolas.

Bajando por el arroyo del Diablo se llegaba a La Cocina Envenenada, un lugar difícil de encontrar por casualidad; era necesario saber que estaba allí, y franquear un arco de piedra que daba acceso a un cementerio vallado, tras el que se hallaban las ventanas iluminadas del café.

Por desgracia, los turistas ya no debían confiar en la suerte para descubrirlo, pues la última edición de una guía de viajes había desvelado su ubicación al mundo:

En este lugar existió un priorato medieval cuya iglesia se incendió hace unos trescientos años; sin embargo, las celdas de los monjes se conservan y han sido transformadas en el café más extraño que pueda imaginarse, repleto de estatuas clásicas ataviadas con máscaras antigás de la Primera Guerra Mundial recopiladas por el propietario del local. Cuenta una leyenda que, en la Edad Media, el cocinero del priorato se volvió loco y asesinó a todos los monjes con un perol de *goulash* envenenado, de ahí el nombre tan macabro del café y su plato estrella: *goulash*, por supuesto. Adelante, siéntese en un sofá de terciopelo y apoye los pies sobre un ataúd. Las calaveras colocadas detrás de la barra tal vez pertenezcan a los monjes asesinados, o no...

... y, durante los últimos seis meses, no habían dejado de asomar la cabeza a través del arco mochileros en busca de algún rincón morboso de Praga sobre el que escribir en sus postales.

Aquella tarde, sin embargo, las chicas encontraron el local tranquilo. En un rincón, había una pareja de extranjeros que fotografiaba a sus hijos con unas máscaras antigás puestas, y varios hombres bebían acodados en la barra, pero la mayoría de las mesas —ataúdes flanqueados por sofás bajos de terciopelo— estaban libres. Había estatuas romanas por todas partes: dioses y ninfas a tamaño natural sin brazos ni alas, y en el centro de la estancia, una réplica del gigantesco Marco Aurelio a caballo de la colina Capitolina.

—Qué bien, Pestilencia está libre —exclamó Karou, y se dirigió hacia la escultura.

Tanto el gigantesco emperador como su montura lucían la correspondiente máscara antigás, como todas las estatuas del bar. A Karou siempre le había recordado al cuarto jinete del Apocalipsis, La Peste, sembrando la enfermedad con su brazo extendido. La mesa preferida de las chicas estaba situada a su sombra, donde podían disfrutar de intimidad y de una perspectiva del bar —a través de las patas del caballo— que les permitía observar si entraba alguien interesante.

Dejaron las carpetas y colgaron los abrigos en los dedos de piedra de Marco

Aurelio. El dueño, a quien le faltaba un ojo, las saludó levantando la mano desde la barra, y ellas le devolvieron el gesto.

Hacía dos años y medio que frecuentaban ese café, desde que tenían quince años y empezaron a estudiar en el Liceo. En aquella época, Karou acababa de llegar a Praga y no conocía a nadie. También hacía poco que había adquirido el checo (por medio de un *deseo*, no estudiándolo; Karou coleccionaba idiomas y era lo que Brimstone le regalaba siempre por su cumpleaños) y todavía lo sentía extraño en el paladar, como el sabor de una nueva especia.

Antes había estudiado en un internado inglés, y aunque podía expresarse con un perfecto acento británico, había mantenido la entonación estadounidense que había aprendido cuando era pequeña, así que sus compañeros de clase siempre pensaron que procedía de aquel país. A decir verdad, no poseía ninguna nacionalidad. Su documentación era falsa, al igual que todos sus acentos —excepto uno, el de su lengua materna, que no era de origen humano—.

Zuzana era checa, y descendía de una antigua familia de fabricantes de marionetas de la ciudad de Ceský[1] Krumlov, una pequeña joya situada al sur de Bohemia. Su hermano mayor había escandalizado a la familia alistándose en el ejército, pero Zuzana llevaba las marionetas en la sangre y había decidido continuar con la tradición familiar. Al igual que Karou, no conocía a nadie más en la escuela, pero el azar quiso que al inicio del primer trimestre las emparejaran para pintar un mural en una escuela infantil del barrio. Durante una semana, habían pasado las tardes subidas a una escalera, y, al terminar la jornada, solían visitar La Cocina Envenenada. Allí fue donde se fraguó su amistad, y cuando el mural estuvo terminado, el propietario les encargó una escena de esqueletos sentados en inodoros para el baño del café. Como pago, las invitaría a cenar durante todo un mes, confiando en que continuarían acudiendo al bar, y dos años después, así era.

Pidieron *goulash* y se lo comieron mientras charlaban sobre el ardid de Kaz, los pelos de la nariz del profesor de química —que, según Zuzana, eran suficientemente largos para trenzarlos— e ideas para sus proyectos semestrales. La conversación no tardó en centrarse en el guapo violinista que acababa de unirse a la orquesta del Teatro de Marionetas de Praga.

—Tiene novia —se lamentó Zuzana.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Siempre está mandando mensajes de texto en los descansos.

—¿Y esas son tus pruebas? Un tanto endebles. Tal vez esté librando una cruzada secreta contra el mal, y envía furiosos mensajes en clave a su némesis —sugirió Karou.

—Sí. Seguramente es eso. *Gracias.*

—Solo estoy sugiriendo que podría haber un motivo distinto al de la novia. De todas formas, ¿desde cuándo eres tímida? ¡Habla con él!

—¿Y qué le digo? *¿Estupenda interpretación, guaperas?*

—Por qué no.

Zuzana resopló. Trabajaba los fines de semana como ayudante de los titiriteros del teatro y se había quedado prendada del violinista unas semanas antes de Navidad. Por lo general solía manejar bien ese tipo de situaciones, pero a aquel chico no se atrevía siquiera a dirigirle la palabra.

—Seguramente piense que soy una niña —replicó—. Ni te imaginas lo que es tener la estatura de un mocoso.

—O de una marioneta —comentó Karou sin sentir ninguna lástima. Para ella, la altura de Zuzana era perfecta, como si fuera un hada que encuentras en el bosque y deseas guardar en tu bolsillo. Pero en el caso de su amiga, el hada parecía estar rabiosa, y *mordía*.

—Ante todos ustedes: Zuzana, la maravillosa marioneta humana. Miren cómo baila —Zuzana imitó posturas de *ballet* con los brazos, como si fuera una marioneta.

Inspirada, Karou exclamó:

—¡Oye! Se me ha ocurrido algo estupendo para tu proyecto: construir un titiritero gigante y que tú seas la marioneta. ¿Qué te parece? Podrías diseñarlo para que cuando tú te muevas sea como, no sé, un teatrillo al revés. ¿Hay alguien que haya hecho esto antes? ¿Tú eres la marioneta, y bailas gracias a los hilos, pero en realidad son tus movimientos los que desplazan las manos del titiritero?

Zuzana estaba llevándose un trozo de pan a la boca, y se detuvo en seco. Por la expresión soñadora de sus ojos, Karou supo que estaba visualizando su idea.

Su amiga comentó:

- Sería una marioneta realmente grande.
- Yo podría maquillarte, como una pequeña marioneta de bailarina.
- ¿Estás segura de que quieres regalarme la idea? Es tuya.
- Claro, yo no pienso construir una marioneta gigante. Toda para ti.
- Bueno, gracias. ¿Tienes ya algo pensado para tu proyecto?

Karou no tenía nada. El semestre anterior había asistido a clase de diseño de vestuario, y había construido unas alas de ángel montadas sobre un arnés, con un sistema de poleas para poder subirlas y bajarlas. Totalmente desplegadas, le concedían una magnífica envergadura de tres metros y medio. Karou se las había puesto para mostrárselas a Brimstone, pero ni siquiera había logrado acercarse a él. Issa la había detenido en el vestíbulo y —¡la dulce Issa!— le había silbado, con la capucha de cobra abierta por completo, de un modo que Karou solo había visto un par de veces en su vida. «¡Un *ángel*, la peor de las abominaciones! ¡Quítate eso! ¡Mi dulce niña, no soporto verte así!». Fue todo muy extraño. Ahora las alas estaban colgadas en el diminuto piso de Karou, sobre su cama, ocupando toda una pared.

Este semestre necesitaba un tema para realizar una serie de cuadros, pero hasta el momento nada había hecho bullir su imaginación. Mientras cavilaba, escuchó el tintineo de las campanillas de la puerta. Entraron varios hombres, y tras ellos una sombra fugaz llamó la atención de Karou. Tenía el tamaño y la forma de un cuervo, pero no era algo tan mundano.

Se trataba de Kishmish.

Karou se levantó y lanzó una rápida mirada a su amiga. Zuzana estaba bosquejando marionetas en su cuaderno y apenas respondió cuando Karou se excusó. La sombra la siguió de camino al aseo, a poca altura e invisible.

El mensajero de Brimstone tenía cuerpo y pico de cuervo, las alas membranosas de un murciélago y la lengua bífida. Parecía recién salido de un cuadro de El Bosco, y agarraba una nota firmemente entre sus patas. Cuando Karou la cogió, vio que sus pequeñas garras, afiladas como cuchillos, habían perforado el papel.

Desdobló la nota y leyó el mensaje, para lo que necesitó únicamente dos segundos, ya que solo decía: «Recado que requiere atención inmediata. Ven».

—Nunca dice por favor —le comentó a Kishmish.

La criatura ladeó la cabeza igual que un cuervo, como preguntando: «¿Vienes?».

—Claro que voy —afirmó Karou—. ¿No lo hago siempre?

Un instante después le dijo a Zuzana:

—Tengo que irme.

—¿Cómo? —Zuzana levantó la vista del cuaderno de bocetos—. ¿Y el postre? —sobre el ataúd descansaban dos platos de *strudel* de manzana y té.

—Maldita sea —se quejó Karou—. No puedo. Tengo que hacer un recado.

—Tú y tus recados. ¿Qué te ha surgido así, tan de repente?

Miró el teléfono de Karou, que estaba sobre el ataúd, y comprobó que no había recibido ninguna llamada.

—Cosas —respondió Karou.

Zuzana no insistió, ya que sabía por experiencia que no recibiría ninguna explicación.

Karou tenía cosas que hacer. En ocasiones la mantenían ocupada unas horas; en otras, desaparecía durante días y regresaba cansada y con el pelo alborotado, tal vez pálida, tal vez quemada por el sol, o cojeando, o quizás con la marca de un mordisco, y una vez con una fiebre abrasadora que resultó ser malaria.

—Pero ¿dónde has cogido una enfermedad tropical? —le había preguntado Zuzana, a lo que Karou había respondido:

—Ni idea. ¿Tal vez en el tranvía? El otro día una anciana me estornudó directamente en la cara.

—Así *no* se pilla la malaria.

—Ya lo sé. De todas formas, fue algo muy grosero. Estoy pensando en conseguir una moto para no tener que montar en el tranvía nunca más.

Y la discusión terminó ahí. Ser amigo de Karou implicaba cierta resignación a no saber realmente quién era ella. Zuzana suspiró y añadió:

—Perfecto. Dos *strudels* para mí. Si engordo, será culpa tuya.

Karou abandonó La Cocina Envenenada, precedida por la sombra de una criatura con aspecto de cuervo que franqueó la puerta con rapidez.

5

OTRA PARTE

Kishmish remontó el vuelo y se alejó aleteando. Karou lo observó, mientras deseaba poder seguirlo, y se preguntó cuál sería la magnitud del deseo necesario para dotarla con la capacidad de volar.

Uno mucho más poderoso de lo que jamás podría conseguir.

Brimstone no se mostraba mezquino con los *scuppies*. Le permitía rellenar su collar tantas veces como quisiera con cuentas guardadas en tazas de té desconchadas, y los recados que realizaba para él se los pagaba con *shings* de bronce. Un *shing* equivalía a un deseo mayor, y podía conseguir más que un *scuppy* —buen ejemplo de ello fueron las cejas de oruga de Svetla, así como eliminar el tatuaje de Karou y conseguir su pelo azulado—; sin embargo, nunca había caído en sus manos un deseo que pudiera realizar verdadera magia. Nunca lo conseguiría, a menos que se lo ganara, y sabía demasiado bien cómo obtenían los humanos esos deseos. Principalmente, cazando, asaltando tumbas y asesinando.

Ah, y había otra manera más: una curiosa forma de automutilación que requería unas tenazas y un profundo convencimiento.

No era como en los libros de cuentos. No había brujas disfrazadas de ancianas merodeando por los cruces de caminos y esperando recompensar a los viajeros que compartieran su comida. Los genios no salían de las lámparas, y no existían peces parlanchines que concedieran deseos a cambio de salvar su vida. Solo había un lugar en el mundo donde los seres humanos podían conseguir sus deseos: la tienda de Brimstone, y él solo aceptaba un tipo de moneda. No había que pagar oro, resolver acertijos o mostrar bondad, ni ninguna otra tontería de los cuentos de hadas, y no, tampoco se trataba de entregar el alma. Era más extraño que todo eso.

Brimstone cobraba su precio en dientes.

Karou cruzó el puente de Carlos y tomó el tranvía en dirección norte, hacia el barrio judío, un gueto medieval que posteriormente se había llenado de hermosos bloques de apartamentos de estilo *art nouveau*. Su destino era una puerta de servicio situada en la parte trasera de uno de aquellos edificios. Aquella sencilla puerta metálica no parecía especial, y de hecho no lo era. Si se abría desde fuera,

daba acceso a una lavandería mohosa. Pero Karou no la abrió. Golpeó con los nudillos y esperó, porque cuando la puerta se abría *desde dentro*, tenía la capacidad de conducir a un lugar bastante distinto.

La puerta se movió y apareció Issa, con el mismo aspecto que mostraba en los cuadernos de bocetos de Karou, como una diosa serpiente en un templo antiguo. Su cuerpo enroscado permanecía oculto en las sombras de un pequeño vestíbulo.

—Bendiciones, querida.

—Bendiciones —respondió Karou con cariño, y la besó en la mejilla—. ¿Ha regresado Kishmish?

—Así es —afirmó Issa—, y parecía un témpano de hielo sobre mi hombro. Vamos, entra. En tu ciudad hace demasiado frío.

La guardiana del umbral invitó a Karou a entrar, cerró la puerta tras ella y ambas se quedaron solas en un espacio del tamaño de un armario. El acceso exterior del vestíbulo debía quedar sellado antes de abrir el interior, del mismo modo que las puertas de seguridad de los aviarios, que evitan que los pájaros se escapen. Solo que, en este caso, no se trataba de aves.

—¿Qué tal el día, cariño?

Issa llevaba media docena de serpientes repartidas por el cuerpo: en los brazos, deslizándose por su cabello y una en torno a su delgada cintura, como el cinturón de una bailarina de danza del vientre. Todo el que quería entrar debía acceder a colocarse una de aquellas serpientes alrededor del cuello antes de que la puerta interior se abriera. Como es de suponer, todos excepto Karou. Ella era el único ser humano que accedía a la tienda sin un collar de serpiente. Era de confianza. Después de todo, había crecido en aquel lugar.

—No veas qué día —suspiró Karou—. No te vas a creer lo que ha hecho Kaz. Se ha presentado como modelo en mi clase de dibujo.

Por supuesto, Issa nunca había visto a Kaz, pero le conocía por el mismo medio que Kaz sabía de ella: los cuadernos de bocetos de Karou. La diferencia radicaba en que mientras Kaz pensaba que Issa y sus pechos perfectos habían surgido de la imaginación de Karou, Issa sabía que Kaz era real.

Issa, Twiga y Yasri mostraban la misma admiración por los cuadernos de dibujo de Karou que sus amigos humanos, pero por una razón distinta. Disfrutaban contemplando escenas corrientes: turistas apiñados bajo paraguas,

muchachas en balcones, niños jugando en el parque. E Issa mostraba especial fascinación por los desnudos. Para ella, el cuerpo humano —uniforme y sin mezclas con otras especies— representaba una oportunidad desaprovechada. Siempre estaba examinando a Karou y haciendo comentarios como: «Te quedarían fenomenal unos cuernos, cariño» o «Serías una serpiente encantadora», del mismo modo que un ser humano te podría sugerir un nuevo corte de pelo o un tono de pintalabios.

Los ojos de Issa se encendieron de furia.

—¿Quieres decir que fue a tu escuela? ¡Ese maldito pastel de roedor! ¿Le dibujaste? Enséñamelo —indignada o no, nunca perdía la oportunidad de contemplar a Kaz desnudo.

Karou sacó su cuaderno y lo abrió.

—Has garabateado sobre la mejor parte —se quejó Issa.

—Te lo aseguro, no es para tanto.

Issa se cubrió la boca con la mano y soltó una risita, al tiempo que la puerta de la tienda se abría con un chirrido, permitiéndoles la entrada. Karou franqueó el umbral y, como siempre, sintió una ligera sensación de náusea al realizar la transición.

Acababa de abandonar Praga.

Aunque había crecido en la tienda de Brimstone, aún no comprendía dónde se encontraba, solo que se podía acceder desde puertas repartidas por todo el mundo y que conducían hasta aquel mismo lugar. Cuando era niña, solía preguntar a Brimstone cuál era la ubicación exacta del «aquí», pero solo recibía una brusca respuesta: «En otra parte».

A Brimstone no le entusiasmaban las preguntas.

Dondequiera que estuviera ubicada, la tienda, una estancia sin ventanas y abarrotada de estanterías, parecía el vertedero del ratoncito Pérez —siempre que este traficara con dientes de todas las especies—. Dientes de víbora, colmillos, molares de elefante mellados, enormes incisivos anaranjados de roedores exóticos de la selva, todos ellos guardados en tarros y arcones de boticario, enfilados en hileras colgadas de ganchos, y precintados en cientos de botes que sonaban como maracas.

El techo era abovedado, como el de una cripta, y entre las sombras correteaban pequeñas criaturas que arañaban la piedra con sus diminutas garras. Al igual que Kishmish, eran seres híbridos de distintas especies: escorpión y ratón, gecónido y cangrejo, escarabajo y rata. En los rincones húmedos alrededor de los desagües había caracoles con cabeza de rana o toro, y por el aire, los omnipresentes colibríes con alas de polilla que se arremolinaban en torno a los faroles y emitían al aletear un crujido semejante al de una cadena de cobre.

En una esquina se hallaba Twiga inclinado sobre su trabajo, con su largo y desgarrado cuello curvo como una herradura mientras limpiaba los dientes y los ribeteaba de oro antes de ensartarlos con cuerdas de tripa. Un traqueteo surgió del rincón de la cocina, el dominio de Yasri.

Y hacia la izquierda, tras un enorme escritorio de roble, se hallaba el mismísimo Brimstone. Kishmish descansaba en su lugar de costumbre, el cuerno derecho de su dueño, y extendidas sobre la mesa había bandejas con dientes y pequeños cofres con piedras preciosas. Brimstone los estaba engarzando y no levantó la vista.

—Karou —dijo—. Creí haber escrito «misión que requiere atención *inmediata*».

—Por eso he venido inmediatamente.

—Has tardado... —consultó su reloj de bolsillo— cuarenta minutos.

—He tenido que atravesar la ciudad. Si quieres que me desplace más deprisa, dame alas, y entonces vendré echando una carrera a Kishmish. O dame un *gavriel*, y yo misma desearé poder volar.

Un *gavriel* era el segundo deseo más poderoso, sin duda suficiente para conceder la capacidad de volar. Sin distraerse de su trabajo, Brimstone replicó:

—No creo que una chica voladora pasara desapercibida en tu ciudad.

—Eso es fácil de resolver —respondió Karou—. Dame dos *gavriels*, y pediré también invisibilidad.

Brimstone levantó la vista. Tenía ojos de cocodrilo, de un color dorado lúteo y alargadas pupilas verticales, y por su expresión no parecía contento. Karou tenía la certeza de que no le entregaría ningún *gavriel*, así que no los pedía movida por la esperanza de conseguirlos, sino porque la queja de Brimstone era totalmente injusta. ¿No había acudido corriendo tan pronto como él la había llamado?

—¿Podría confiar en ti si te diera esos *gavriels*? —inquirió él.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué me preguntas eso?

Sintió que Brimstone la estaba evaluando, como si repasara mentalmente los deseos que había pedido.

Pelo azul: frívolo.

Desaparición de granos: vanidoso.

Apagar el interruptor de la luz para no tener que levantarse de la cama: perezoso.

Brimstone comentó:

—Tu collar se ha reducido bastante. ¿Has tenido un día complicado?

Karou se apresuró a cubrirlo con la mano, pero era demasiado tarde.

—¿Tienes que darte cuenta de todo?

Sin duda, aquel viejo diablo había descubierto, de algún modo, el uso exacto que había dado a aquellos *scuppies* y lo estaba añadiendo a su lista mental.

Provocar picores en lugares comprometidos a su ex novio: vengativo.

—Tal mezquindad es indigna de ti, Karou.

—Se lo merecía —replicó olvidando la vergüenza previa. Como había afirmado Zuzana, el mal comportamiento debía ser castigado. Karou añadió—: Además, tú nunca preguntas a tus traficantes a qué van a dedicar sus deseos, y estoy segura de que los utilizan para fines mucho peores que provocar *picores*.

—Desearía que fueras mejor que ellos —respondió Brimstone.

—¿Estás sugiriendo que *no* lo soy?

Entre los traficantes de dientes que acudían a la tienda se incluían, con escasas excepciones, los peores especímenes que el género humano podía ofrecer. Brimstone contaba con un reducido número de fieles colaboradores que no revolvían las tripas a Karou —como aquella traficante de diamantes jubilada que había simulado ser su abuela en varias ocasiones para matricularla en las escuelas—; sin embargo, la mayoría de ellos eran personajes repugnantes y desalmados con restos de sangre bajo las uñas. Asesinaban, mutilaban y llevaban unas tenazas en el bolsillo para arrancar los dientes a los muertos, y en ocasiones, a los vivos. Karou los aborrecía, y estaba segura de ser mejor que ellos.

—Demuéstramelo, utilizando los deseos para buenos fines —le dijo Brimstone.

Molesta, Karou le espetó:

—¿Quién eres tú para exigirme *buenos* actos? —y señaló el collar que Brimstone agarraba con firmeza entre las garras. Dientes de cocodrilo, aportados seguramente por el somalí, colmillos de lobo, molares de caballo y cuentas de hematites—. Me pregunto cuántos animales han muerto hoy en el mundo por tu culpa. Sin mencionar a las personas.

Issa ahogó un grito de sorpresa y Karou supo que debería callarse, pero su boca no dejaba de moverse.

—No, de verdad. Tú negocias con asesinos, pero no tienes que contemplar los cadáveres que dejan a su paso. Tú permaneces aquí, como un trol...

—Karou —dijo Brimstone.

—Sin embargo, yo los he visto, montones de muertos con las bocas ensangrentadas. Aquellas *chicas* con las bocas llenas de sangre. No podré olvidarlas en toda mi vida. Y todo para qué. ¿Qué haces con esos dientes? Si al menos me lo contaras, tal vez podría comprenderlo. Debe de haber alguna *razón*...

—*Karou* —repitió Brimstone. No fue necesario que le mandara callar, su voz transmitía aquella orden con suficiente claridad, pero además se levantó de golpe de la silla.

Karou cerró la boca.

En ocasiones, quizás la mayoría, olvidaba *mirar* a Brimstone. Le resultaba tan familiar que cuando lo tenía delante, no veía una bestia, sino la criatura que, por razones desconocidas, la había criado desde que era un bebé, y con cierta ternura. Aun así, a veces la dejaba sin habla, como cuando empleaba aquel tono de voz que se deslizaba como un siseo hasta lo más profundo de su mente, para descubrirle la verdadera y terrible naturaleza de aquel ser.

Brimstone era un monstruo.

Si Issa, Twiga, Yasri o el propio Brimstone abandonaran la tienda, los seres humanos los llamarían así: monstruos. Tal vez demonios, o diablos. Ellos se denominaban a sí mismos «quimeras».

Los brazos y el robusto torso eran las únicas partes humanas del cuerpo de Brimstone, aunque estaban cubiertas por un tejido con más aspecto de cuero que

de piel. Sus fuertes pectorales aparecían surcados de antiguas cicatrices, uno de los pezones había desaparecido por completo y en los hombros y la espalda mostraba más heridas: un entramado de arrugados dibujos en blanco. De cintura para abajo era *otra cosa*. Las piernas, cubiertas de pelo color dorado suave, se tensaban con músculos leoninos, pero, en vez de terminar en las zarpas almohadilladas de un felino, acababan en unos siniestros pies con garras que podían ser de lagarto o quizás, aventuró Karou, de dragón.

Y luego estaba la cabeza, que se asemejaba a la de un carnero, pero sin pelo y con el mismo cuero duro que cubría el resto de su cuerpo. Tenía escamas en torno a la achatada nariz ovina y ojos de reptil, además de unos gigantescos y amarillentos cuernos de carnero que se enroscaban a ambos lados del cráneo.

Colgadas de una cadena, portaba varias lupas de joyero cuyas oscuras monturas de color dorado constituían el único ornamento de su persona, sin mencionar el otro objeto que rodeaba su cuello, sin brillo alguno que atrajera la mirada. Era un viejo hueso de la suerte que descansaba sobre su garganta. Karou ignoraba por qué lo llevaba y solo sabía que tenía prohibido tocarlo, lo que había incrementado su deseo de hacerlo. Cuando era un bebé y Brimstone la mecía en sus rodillas, alzaba las manos para agarrarlo, pero él reaccionaba con rapidez. Karou solo había logrado rozarlo con la punta de los dedos.

Ahora que había crecido, su comportamiento se había vuelto más decoroso, aunque en ocasiones todavía deseaba ansiosamente coger aquel colgante. No en aquel momento, por supuesto. Intimidada por la brusca reacción de Brimstone, sintió que su rebeldía se atenuaba. Dio un paso atrás y preguntó, con voz apagada:

—Entonces, ¿cuál es ese recado urgente? ¿Dónde necesitas que vaya?

Brimstone le lanzó un maletín repleto de billetes de varios colores, que resultaron ser euros. Un *montón* de euros.

—París —respondió Brimstone—. Diviértete.

6

EL ÁNGEL DE LA EXTINCIÓN

¿Divertirse?

—Sí, claro —refunfuñó Karou esa misma noche, mientras arrastraba ciento cuarenta kilos de marfil de contrabando por las escaleras del metro de París—. Esto es realmente divertido.

Tras abandonar la tienda de Brimstone, Issa la había acompañado hasta la misma puerta por la que había entrado, pero al salir no estaba de vuelta en Praga. Se encontraba en París, así de fácil.

Cada vez que franqueaba aquel portal, un estremecimiento recorría todo su cuerpo. La puerta daba acceso a docenas de ciudades, y Karou las había visitado todas, para hacer algún recado como aquel y en ocasiones por placer. Brimstone le permitía ir a dibujar a cualquier punto del planeta donde no hubiera guerra, y cuando deseaba comer mangos, le abría la puerta hacia la India, a condición de que trajera algunos también para él. Incluso había conseguido que la dejara organizar expediciones de compras a bazares exóticos y al mercadillo del propio París para amueblar su piso.

Adondequiera que acudiera, cuando la puerta se cerraba tras ella, desaparecía su conexión con la tienda. La magia solo existía en aquel otro lugar —*en Otra Parte*, como ella solía decir— y no podía conjurarse desde este lado. Nadie podía entrar en la tienda por la fuerza. Lo único que se conseguía era franquear una puerta terrenal que no conducía a donde se esperaba.

Incluso Karou dependía de la voluntad de Brimstone para ser admitida. En ocasiones no se lo había permitido, por mucho que hubiera llamado; sin embargo, nunca la había abandonado al otro lado durante una misión, y esperaba que jamás lo hiciera.

El recado resultó ser acudir a una subasta del mercado negro en un almacén a las afueras de París. Karou había asistido a varias, y eran siempre iguales. Solo se aceptaba dinero en metálico, por supuesto, y acudían personajes diversos de los bajos fondos, como dictadores exiliados y capos del crimen con pretensiones culturales. Los objetos subastados eran un baturrillo de piezas robadas de museos:

un dibujo de Chagall, la úvula disecada de algún santo decapitado, un par de colmillos de un elefante africano adulto.

Sí. Un par de colmillos de un elefante africano adulto.

Karou suspiró al verlos. Brimstone no le había especificado lo que debía buscar, solo que lo identificaría sin problema, y así fue. Vaya, iba a resultar divertido acarrearlos en transporte público.

Al contrario que los demás postores, ella no disponía de un gran coche negro que la esperara a la salida, ni de un par de guardaespaldas que se encargaran del trabajo pesado. Solo tenía una hilera de *scuppies* y su encanto, lo que no resultó suficiente para convencer a un taxista de que transportara aquellos colmillos de elefante de dos metros en la parte trasera de su vehículo. Así que, a regañadientes, Karou tuvo que arrastrarlos seis manzanas hasta la estación de metro más cercana, bajarlos por las escaleras y pasarlos por los torniquetes. Iban envueltos en una lona pegada con cinta adhesiva, y cuando un músico callejero bajó su violín para preguntarle: «Oye, encanto, ¿qué llevas ahí?», ella respondió: «Los músicos, siempre haciendo preguntas», y siguió tirando de su carga.

Sin duda, podría haber sido peor, y a menudo lo era. Brimstone la enviaba a algunos lugares espantosos en busca de dientes. Tras el incidente de San Petersburgo, mientras se recuperaba de un disparo, le había preguntado:

—¿Realmente mi vida vale tan poco para ti?

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, se arrepintió. Si Brimstone estimaba *tan poco* su vida, no quería que se lo confirmara. A pesar de sus defectos, era la única familia que conocía, junto a Issa, Twiga y Yasri. Y si la consideraba únicamente una especie de esclava prescindible, prefería no saberlo.

Su respuesta no había confirmado ni desechado su temor.

—¿Tu vida? ¿Te refieres a tu *cuerpo*? El cuerpo es una mera envoltura, Karou. El alma es otra cosa y, por lo que sé, la tuya no se encuentra en peligro inminente.

—¿Una *envoltura*? —no le agradaba pensar en su cuerpo como un recubrimiento, algo que los demás pudieran abrir y revolver, de donde fuera posible retirar pedazos como cupones de descuento.

—Supuse que tú pensabas lo mismo —le había dicho él—. Al ver la forma en que garabateas sobre tu piel.

Brimstone no aprobaba sus tatuajes, lo que resultaba gracioso teniendo en cuenta que él había sido responsable de los primeros que tuvo, los ojos en las palmas de sus manos. Al menos, Karou sospechaba que habían sido obra suya, aunque no estaba segura, ya que Brimstone era incapaz de contestar las preguntas más básicas.

—Como quieras —había respondido ella con un suspiro de aflicción.

Se sentía realmente *afligida*. Recibir un disparo *duele*, no cabe duda. Por supuesto, no podía aducir que Brimstone la hubiera empujado hacia el peligro sin la preparación necesaria. Se había ocupado de que recibiera clases de artes marciales desde muy pequeña. Nunca se lo había revelado a sus amigos —no era un asunto del que alardear, como le había enseñado su *sensei*—, y ellos se habrían sorprendido al saber que aquellos gráciles giros y desplazamientos iban ligados a la capacidad de matar. Letal o no, había tenido la desgracia de descubrir las limitaciones del karate frente a las armas de fuego.

Se había recuperado rápidamente gracias a un ungüento de olor acre, y sospechaba que también a la magia; sin embargo, su audacia juvenil se debilitó, y ahora se enfrentaba a las misiones con más inquietud.

El tren llegó a la estación y ella forcejeó con su carga para introducirla en el vagón, tratando de no pensar demasiado en su contenido, o en la magnífica vida que había quedado truncada en algún lugar de África, seguramente hacía mucho tiempo. Aquellos colmillos eran enormes, y Karou sabía que en la actualidad rara vez alcanzaban ese tamaño —los cazadores furtivos eran responsables de ello—. Al abatir a los ejemplares más grandes, habían alterado la reserva genética del elefante. Era nauseabundo, y allí estaba ella, colaborando con aquel negocio sangriento, transportando de contrabando restos de especies protegidas en el maldito metro de París.

Aparcó aquel pensamiento en un rincón oscuro de su mente y miró por la ventanilla mientras el tren adquiría velocidad en los túneles sin iluminar. No podía permitirse ese tipo de reflexiones. Siempre que lo hacía, su vida aparecía salpicada de sangre y desagrado.

El semestre anterior, cuando había fabricado aquellas alas, se había concedido a sí misma el sobrenombre de Ángel de la Extinción, algo totalmente adecuado. Las alas estaban cubiertas con plumas reales que había «tomado prestadas» de la tienda de Brimstone —cientos de plumas que le habían llevado los traficantes a lo

largo de los años—. Solía jugar con ellas de pequeña, antes de comprender que los pájaros a los que pertenecían habían muerto por ellas; especies enteras empujadas hacia la extinción.

Durante un tiempo había sido una niña inocente que jugaba con plumas en el suelo de la guarida de un diablo. Sin embargo, aquella inocencia había desaparecido, y no sabía cómo enfrentarse a ello. Su vida se componía de magia, vergüenza, secretos y un vacío profundo y persistente en el centro de su ser, donde sin duda faltaba algo.

Karou se sentía acosada por la idea de estar *incompleta*. Desconocía el significado de aquel sentimiento, pero la acompañaba desde siempre una sensación parecida a la de haber olvidado algo. En cierta ocasión, cuando era pequeña, había tratado de describírsela a Issa:

—Es como si estuvieras en la cocina y supieras que has entrado por alguna razón, pero la has olvidado, sin importar lo que fuera.

—¿Y es así como te sientes? —preguntó Issa con el ceño fruncido.

—Todo el tiempo.

Issa solo la había estrechado entre sus brazos y acariciado el pelo —todavía de su color natural, casi negro—, añadiendo con poca convicción:

—Estoy segura de que no es nada, cariño. Intenta no preocuparte.

De acuerdo.

Bien. *Subir* los colmillos por los escalones del metro resultó mucho más duro que arrastrarlos escaleras abajo, y al alcanzar el último peldaño, Karou se sentía agotada, sudaba bajo el abrigo y estaba tremendamente malhumorada. El portal se hallaba a dos manzanas de distancia, conectado a la entrada del pequeño almacén de una sinagoga, y cuando al fin llegó hasta él, encontró a dos rabinos enfrascados en una conversación justo delante de la puerta.

—Perfecto —masculló.

Pasó delante de ellos y se apoyó contra una puerta de hierro que quedaba oculta, para esperar mientras discutían en tono místico sobre cierto acto de vandalismo. Cuando por fin se marcharon, Karou arrastró los colmillos hasta la pequeña puerta y llamó. Como siempre hacía mientras esperaba frente al portal de algún callejón en cualquier parte del mundo, imaginó que se quedaba atrapada.

Algunas veces, Issa tardaba largos minutos en acudir a la puerta, y todas y cada una de las veces, Karou consideraba la posibilidad de que quizá *no* se abriera. Siempre sentía aquella punzada de miedo a quedarse atrapada, no solo durante la noche, sino para siempre. Aquella perspectiva le desvelaba su propia vulnerabilidad. Si un día la puerta no se abriera, se quedaría totalmente sola.

La espera se alargaba. Reclinada de forma cansina contra el marco de la puerta, Karou percibió algo extraño y se enderezó. Sobre la puerta había una enorme y negra huella de mano. Algo que no habría resultado tan insólito, de no ser porque parecía quemada sobre la madera. *Quemada*, pero con la silueta perfectamente delineada. Este debía de ser el tema de conversación de los rabinos. Recorrió la huella con las yemas de los dedos y se dio cuenta de que estaba incrustada en la puerta, lo que le permitió colocar su mano dentro, aunque empequeñecida por el tamaño de aquella. Al retirarla, quedó cubierta por una fina ceniza. Perpleja, se limpió los dedos.

¿Con qué estaba hecha aquella huella? ¿Con un hierro de marcar cuidadosamente moldeado? Algunas veces, los traficantes de Brimstone señalaban los portales para encontrarlos en sus siguientes visitas, pero solían utilizar simples trazos de pintura o una X grabada con un cuchillo. Esto era demasiado sofisticado para ellos.

La puerta se abrió con un crujido, y Karou sintió un profundo alivio.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Issa.

Karou introdujo los colmillos en el vestíbulo con gran esfuerzo; tuvo que colocarlos en ángulo para que entraran.

—Claro que sí —se desplomó contra la pared—. Si pudiera, arrastraría colmillos de elefante por París todas las noches, es un verdadero placer.

7

HUELLAS DE MANO NEGRAS

En el transcurso de varios días, aparecieron profundas y negras huellas de mano en puertas de todo el mundo, todas ellas quemadas sobre la madera o el metal. Nairobi, Delhi, San Petersburgo, entre otras ciudades. Se trataba de un verdadero fenómeno. En El Cairo, el propietario de una tetería cubrió con pintura la marca de la puerta trasera de su local y descubrió, horas más tarde, que la huella había traspasado la pintura y aparecía tan negra como cuando la había descubierto.

Varias personas habían presenciado aquellos actos de vandalismo; sin embargo, nadie creía lo que afirmaban haber visto.

—Con la mano desnuda —relató un niño a su madre en Nueva York señalando a través de la ventana—. La colocó allí y empezó a brillar y a echar humo.

La madre suspiró y regresó a la cama. El niño tenía fama de mentiroso, así que mala suerte, porque aquella vez decía la verdad. Había visto a un hombre alto colocar la mano sobre una puerta y grabar su huella a fuego.

—La sombra del hombre estaba mal —añadió mientras su madre se retiraba—, no correspondía con su cuerpo.

Un turista borracho había contemplado una escena similar en Bangkok, aunque esta vez la huella la había dejado una mujer de belleza deslumbrante. Cautivado, decidió seguirla y observó cómo —según afirmaba— *desaparecía volando*.

—No tenía alas —relató a sus amigos—, pero su sombra sí.

—Sus ojos eran como el fuego —aseguró un anciano que había contemplado a uno de aquellos extraños seres desde el palomar de su tejado—. Y cuando se marchó volando llovieron chispas.

Lo mismo había sucedido en oscuros patios y callejones de Kuala Lumpur, Estambul, San Francisco y París. Atractivos hombres y mujeres con sombras distorsionadas aparecían y grababan las huellas de sus manos en las puertas, para desvanecerse a continuación en el cielo, dejando tras de sí ráfagas de calor producidas por el movimiento de unas alas invisibles. Aquí y allá caían algunas

plumas como penachos de fuego blanco, que se convertían en ceniza tan pronto como tocaban el suelo. En Delhi, una hermana de la Misericordia extendió la mano y recogió una en la palma, como si fuera una gota de lluvia, pero al contrario que una gota de lluvia, quemaba, y dejó grabado en su piel el contorno perfecto de una pluma.

—Un ángel —murmuró disfrutando del dolor.

Y no estaba muy equivocada.

8

GAVRIELS

Cuando Karou entró en la tienda, descubrió que Brimstone no estaba solo. Sentado frente a él había un traficante, un repugnante cazador estadounidense con la barba más espesa y mugrienta que jamás hubiera visto.

Karou se volvió hacia Issa con una mueca de asco.

—Lo sé —afirmó Issa atravesando el umbral con una ondulación de sus músculos de serpiente—. Le he puesto a Avigeth, que está a punto de mudar la piel.

Karou rió.

Avigeth era la serpiente coral que rodeaba el enorme cuello del cazador, formando una gargantilla demasiado hermosa para su gusto. Sus franjas de color negro, amarillo y carmesí parecían un fino esmalte chino, incluso con el brillo apagado que mostraban en aquella época. Pero, a pesar de su belleza, Avigeth era mortal, en especial cuando la desazón de un inminente cambio de piel la ponía de mal humor. En aquellos momentos estaba deslizándose por la inmensa barba del cazador, como un constante aviso del comportamiento que debía adoptar para mantenerse vivo.

—En beneficio de los animales de Estados Unidos —susurró Karou—, ¿no podrías hacer que le picara, sin más?

—Podría, pero a Brimstone no le gustaría. Como bien sabes, Bain es uno de sus traficantes más estimados.

Karou suspiró.

—Lo sé.

Mucho antes de que ella naciera, Bain ya abastecía a Brimstone con dientes de oso —pardo, negro y polar—, lince, zorro, puma, lobo y, en ocasiones, incluso de perro. Su especialidad eran los predadores, muy preciados siempre por aquellos contornos. Y como Karou le había recordado en numerosas ocasiones a Brimstone, muy valiosos también para el planeta. ¿A cuántos hermosos cadáveres equivalía aquel montón de dientes?

Karou observó, consternada, cómo Brimstone tomaba de la caja fuerte dos grandes medallones dorados con su efígie grabada, ambos del tamaño de un platillo. Eran *gavriels*, con valor suficiente para comprar la capacidad de volar y la invisibilidad. Brimstone los deslizó sobre el escritorio, en dirección al cazador. Karou frunció el ceño al ver cómo Bain se los guardaba en el bolsillo y se levantaba de la silla, lentamente para no irritar a Avigeth. Por el ángulo de su desalmado ojo, lanzó una mirada a Karou que ella casi podría jurar que era de regodeo, y luego tuvo el descaro de hacerle un guiño.

Ella apretó los dientes y permaneció callada, mientras Issa acompañaba a Bain a la salida. ¿No había sido esa misma mañana cuando Kaz le había guiñado un ojo desde la tarima de modelo? Vaya día.

La puerta se cerró y, con un gesto, Brimstone indicó a Karou que se acercara. Ella arrastró los colmillos envueltos en lona hasta él y dejó caer el paquete en el suelo de la tienda.

—Ten cuidado —gruñó Brimstone—. ¿No sabes lo valiosos que son?

—Por supuesto que sí, he pagado por ellos.

—Ese es el valor de los *humanos*, tan idiotas que los trocearían para tallar chucherías y baratijas.

—¿Y qué harás tú con ellos? —preguntó Karou. Pronunció aquellas palabras con tono despreocupado, como si Brimstone fuera a descuidarse y a revelarle, al fin, el mayor de los misterios: qué demonios *hacía* con todos aquellos dientes.

Él le devolvió una mirada cansada, como diciendo: «Buen intento».

—¿Qué? Tú has sacado el tema. Y no, no conozco el valor *inhumano* de los colmillos de elefante. No tengo ni idea.

—Muy por encima de su precio —Brimstone empezó a cortar la cinta adhesiva con un cuchillo curvo.

—Entonces fue una suerte que llevara algunos *scuppies* —comentó Karou dejándose caer en la silla que acababa de abandonar Bain—. De lo contrario, tus inestimables colmillos habrían caído en manos de otro postor.

—¿A qué te refieres?

—No me diste suficiente dinero. Y aquel desgraciado criminal de guerra no dejaba de pujar y, bueno, no estoy *segura* de que fuera un criminal de guerra, pero

tenía cierto aire indefinible de *criminalidad*, y me di cuenta de que estaba dispuesto a conseguir los colmillos, así que... Tal vez no debería haberlo hecho, ya que tú no apruebas mi... mezquindad, ¿fue esa la palabra que utilizaste? —sonrió con dulzura y balanceó las cuentas restantes de su collar, reducido a poco más que un brazalete.

Había empleado con el hombre el mismo truco que con Kaz, una incesante arremetida de picores comprometidos hasta que abandonó la sala. Seguramente Brimstone estaba al corriente; lo sabía todo. A Karou le hubiera gustado que se le agradeciera. En vez de eso, Brimstone tiró una moneda sobre la mesa.

Un miserable *shing*.

—¿Eso es todo? ¿He arrastrado esas cosas por todo París a cambio de un *shing*, mientras que el barbudo se larga con dos *gavriels*?

Brimstone la ignoró y extrajo los colmillos de su mortaja. Twiga acudió a consultarle algo e intercambiaron unas palabras en voz baja, en su propio idioma, que Karou había aprendido desde la cuna de forma natural, no mediante un deseo. Era un idioma áspero, con gruñidos y abundantes fricativas, y una pronunciación en su mayoría gutural. En comparación, incluso el alemán y el hebreo sonaban melódicos.

Mientras ellos discutían sobre la configuración de los dientes, Karou comenzó a rellenar su hilera de deseos casi inútiles con los *scuppies* guardados en tazas de té, con los que formó un brazalete de varias vueltas. Twiga trasladó los colmillos hasta su rincón para limpiarlos, y Karou pensó en marcharse a casa.

Casa. Aquella palabra siempre aparecía entrecomillada en su mente. Se había esforzado para que su piso mostrara un aspecto acogedor, decorándolo con obras de arte, libros, lámparas ornamentales, una alfombra persa tan ligera como una piel de lince y, por supuesto, sus alas de ángel, que ocupaban toda una pared. Sin embargo, resultaba imposible rellenar su verdadero vacío: la respiración de Karou era la única que agitaba el aire. Cuando estaba sola, el hueco de su interior, aquella *carencia*, como ella lo definía, parecía crecer. Incluso la relación con Kaz le había permitido contener la sensación, aunque no lo suficiente. Nunca lo suficiente.

Recordó su pequeña cuna, colocada detrás de las altas estanterías de libros en la parte trasera de la tienda, y deseó poder acostarse en ella esa noche. Así se quedaría dormida como antes, escuchando los murmullos, los ondulantes movimientos de Issa, los crujidos de las pequeñas criaturas que correteaban entre

las sombras.

—Mi dulce niña —Yasri salió de la cocina con una bandeja de té. Junto a la tetera había un plato con su especialidad: galletas en forma de cuerno rellenas de crema—. Debes de estar hambrienta —afirmó con voz de loro. Y mirando de reojo a Brimstone, añadió—: No es sano para una chica que está creciendo andar siempre a la carrera de acá para allá, sin descansar un instante.

—Esa soy yo, la chica que va de acá para allá —afirmó Karou. Cogió una galleta y se dejó caer en la silla para comérsela.

Brimstone la miró y luego respondió a Yasri:

—Y supongo que alimentarse a base de galletas sí será sano para una chica que está creciendo.

Yasri se quejó.

—Estaría encantada de prepararle una buena comida si te dignaras a avisarme, enorme bruto —se volvió hacia Karou y dijo—: Estás demasiado delgada, cariño. No te favorece.

—Así es —confirmó Issa acariciando el pelo de Karou—. Debería ser un leopardo, ¿no crees? Elegante y perezoso, con la piel caliente por el sol, y no demasiado flaco. Una chica-leopardo bien alimentada, lamiendo crema de un cuenco.

Karou sonrió y mordió la galleta. Yasri sirvió el té al gusto de cada uno, lo que implicaba cuatro azucarillos en el de Brimstone. Después de todos aquellos años, Karou seguía encontrando divertido que el Traficante de Deseos fuera goloso. Lo observó inclinado sobre su infinito trabajo, enfilando dientes para hacer collares.

—*Oryx leucoryx* —Karou identificó la especie del diente que Brimstone acababa de elegir de la bandeja.

No parecía impresionado.

—Los antílopes son un juego de niños.

—Entonces, pásame uno más complicado.

Brimstone eligió un diente de tiburón y Karou recordó las horas que de niña había pasado sentada junto a él, aprendiendo todo sobre los dientes.

—Marrajo —dijo.

—¿De aleta larga o corta?

—Vaya. Déjame pensar —permaneció inmóvil, sujetando el diente entre los dedos pulgar e índice. Brimstone había comenzado a enseñarle este arte de pequeña, así que era capaz de leer el origen y el estado de los dientes en sus vibraciones más sutiles.

—Corta —afirmó.

Brimstone lanzó un gruñido, que en él era lo más parecido a un elogio.

—¿Sabías que los fetos de tiburón mako se devoran entre sí en el vientre de su madre? —le preguntó Karou.

Issa, que estaba acariciando a Avigeth, lanzó un silbido de disgusto.

—Es cierto. Solo los fetos caníbales llegan a nacer. ¿Te imaginas que las personas hicieran lo mismo? —Karou colocó los pies sobre el escritorio, pero los retiró inmediatamente al notar la mirada sombría de Brimstone.

Envuelta por el cálido ambiente de la tienda, Karou comenzó a adormecerse y sintió la llamada de su pequeña cuna, escondida en un rincón, y del edredón que Yasri le había confeccionado, tan suave por los años de uso.

—Brimstone —musitó dudosa—, ¿podría...?

De repente, un ruido sordo, violento.

—Qué susto —exclamó Yasri chasqueando el pico con agitación mientras recogía los utensilios de la merienda.

Era la puerta trasera de la tienda.

Al fondo, tras la zona de trabajo de Twiga, en un oscuro rincón jamás iluminado por farol alguno, existía una segunda puerta. Karou nunca la había visto abierta, por lo que desconocía lo que ocultaba.

De nuevo se escuchó el ruido, esta vez tan fuerte que sacudió los dientes en sus tarros. Brimstone se levantó. Karou sabía lo que esperaba de ella —que se levantara también y se marchara inmediatamente—; sin embargo, se arrellanó en la silla.

—Deja que me quede —suplicó—. Estaré en silencio. Volveré a mi cuna. No miraré...

—Karou —dijo Brimstone—. Conoces las reglas.

—Odio las reglas.

Brimstone dio un paso hacia ella, dispuesto a arrancarla de su asiento si no obedecía, pero Karou se puso en pie de un salto, con las manos levantadas en actitud de rendición.

—Vale, vale.

Se enfundó el abrigo, con el estruendo de fondo, y cogió otra galleta de la bandeja de Yasri antes de que Issa la condujera al vestíbulo. La puerta se cerró tras ellas, alejándolas de cualquier sonido.

Ni siquiera se tomó la molestia de preguntar a Issa quién estaba tras la puerta, ya que ella nunca revelaba los secretos de Brimstone. Sin embargo, con cierta pena, comentó:

—Estaba a punto de preguntarle a Brimstone si podría dormir en mi antigua cuna.

Issa se inclinó para besarle la mejilla y dijo:

—Mi dulce niña, sería estupendo. Podemos quedarnos aquí, como cuando eras pequeña.

Claro que sí. Cuando Karou no tenía edad suficiente para aventurarse sola por las calles del mundo, Issa la había escondido allí. En ocasiones, habían permanecido agazapadas durante *horas* en aquel espacio diminuto, e Issa la había distraído cantando, dibujando —de hecho, fue ella quien la inició en el dibujo— o coronándola con serpientes venenosas, mientras Brimstone se enfrentaba dentro a lo que fuera que merodeara tras la otra puerta.

—Puedes volver a entrar —continuó Issa—, pero después.

—No importa —suspiró Karou—. Ya me marchó.

Issa le apretó el brazo y musitó:

—Que tengas dulces sueños, cariño.

Karou encorvó los hombros y se internó en la fría ciudad. Mientras caminaba, los relojes de Praga comenzaron a disputarse las campanadas de medianoche, y aquel largo y aciago lunes terminó por fin.

9

LAS PUERTAS DEL DIABLO

De pie, al borde de una azotea de Riad, Akiva contemplaba una puerta en la calle que había bajo sus pies. Era tan normal como las demás, pero él sabía lo que ocultaba. Podía sentir su penetrante halo de magia como un dolor detrás de los ojos.

Se trataba de uno de los portales del diablo al mundo de los humanos.

Extendió sus enormes alas, visibles únicamente en su sombra, y descendió hasta la calle provocando una lluvia de chispas al posarse en el suelo. Un barrendero lo vio y cayó de rodillas, pero Akiva lo ignoró y se colocó frente a la puerta, agarrando con firmeza la empuñadura de su espada. Deseaba profundamente desenvainarla y entrar como un vendaval en la tienda de Brimstone para acabar con todo de forma sangrienta; sin embargo, sabía que los portales estaban protegidos con magia y que no debía intentarlo, así que se concentró en su misión.

Extendió la mano y la colocó sobre la puerta. Se produjo un suave resplandor y olor a quemado, y cuando la retiró, su huella había quedado grabada en la madera.

Eso era todo, de momento.

Se volvió y se alejó entre la gente, que le abría paso apartándose contra las paredes.

Desde luego, no veían su aspecto real. Un hechizo ocultaba sus alas de fuego y podría haber pasado por un ser humano, aunque no lo estaba consiguiendo del todo. A los ojos de la gente era un hombre joven, alto y guapo —con una sobrecogedora belleza difícil de encontrar en la vida real— que deambulaba entre ellos con la elegancia de un predador, prestándoles tan poca atención como si fueran estatuas en un jardín de dioses. De su cintura colgaba una espada, y llevaba la camisa remangada, dejando al descubierto sus antebrazos bronceados y musculosos. Sus manos tenían un aspecto curioso, surcadas por cicatrices blanquecinas y tatuajes de tinta negra —meras líneas repetidas en la parte superior de los dedos—.

Tenía el pelo oscuro y casi rapado, con entradas que afilaban la línea de la frente. Su piel dorada aparecía más oscura en los planos de la cara —los pómulos, la frente, el caballete de la nariz—, como si viviera empapado en una intensa luz color miel.

Su belleza resultaba intimidante, y parecía difícil imaginarlo con una sonrisa en los labios. De hecho, Akiva no sonreía desde hacía muchos años, y no podía imaginar que volviera a hacerlo otra vez.

Pero todos estos detalles quedaban reducidos a meras impresiones fugaces. Lo que empujaba a la gente a detenerse a su paso eran sus ojos.

Eran de color ámbar, como los de un tigre, y al igual que los de ese animal aparecían perfilados en negro —el negro de sus espesas pestañas y el del kohl, que convertían sus iris dorados en haces de luz—. Eran puros y luminosos, cautivadores y de una belleza dolorosa; sin embargo, les *faltaba* algo. Tal vez la humanidad, esa capacidad de mostrar benevolencia a la que los hombres, sin ironía, han dado su nombre. Al doblar una esquina, una anciana se interpuso en su camino y Akiva lanzó toda la intensidad de su mirada sobre ella, arrancándole un grito ahogado.

Había fuego en sus ojos, y la mujer creyó que su cuerpo comenzaría a arder.

Jadeó y tropezó, y él extendió una mano para sujetarla. Notó calor y cuando pasó junto a ella, sus alas invisibles la rozaron. Surgieron chispas y la anciana quedó boquiabierta, paralizada por el pánico, mientras él se alejaba. Vio claramente cómo unas alas se desplegaban en su sombra al tiempo que él desaparecía, con una ráfaga de calor que le arrancó el pañuelo de la cabeza.

En un instante, Akiva había ascendido hasta el éter, sin percibir apenas las punzadas de los cristales de hielo que flotaban en el aire enrarecido. Deshizo el hechizo que ocultaba sus alas, convirtiéndolas en sábanas de fuego que azotaban la oscuridad del cielo. Se desplazaba a gran velocidad, en dirección a otra ciudad humana donde encontrar una nueva puerta revestida con la magia del diablo, y después de esa, otra, hasta que todas mostraran la huella negra de su mano.

En otros rincones del mundo, Hazael y Liraz cumplían la misma tarea. Y una vez que todas las puertas estuvieran marcadas, sería el principio del fin.

Y comenzaría con fuego.

10

LA CHICA QUE VA DE ACÁ PARA ALLÁ

Karou conseguía normalmente mantener sus dos vidas en equilibrio. Por un lado, era una joven de diecisiete años que estudiaba arte en Praga; por otro, la chica de los recados de una criatura no humana que era lo más parecido que tenía a una familia. Se había dado cuenta de que, a grandes rasgos, disponía de tiempo suficiente a lo largo de la semana para ambas vidas. Si no todas las semanas, la mayoría.

Y esta se estaba convirtiendo en una semana complicada.

El martes, estaba todavía en clase cuando Kishmish se posó en el alféizar de la ventana y golpeó el cristal con el pico. La nota que portaba era más breve incluso que la del día anterior y decía únicamente: «Ven». Karou acudió a la tienda, aunque, de haber sabido el lugar al que Brimstone pensaba enviarla, no lo habría hecho.

El mercado de animales de Saigón era uno de los lugares que más detestaba en el mundo. Allí, todos los cachorros de gato, pastores alemanes, murciélagos, osos malayos y langures que se exponían en jaulas no se vendían como mascotas, sino como *alimento*. La madre de un carnicero, una vieja bruja, iba recopilando dientes en una urna funeraria, y Karou acudía a recogerlos cada ciertos meses, cerrando el trato con un amargo trago de vino de arroz que le formaba un nudo en el estómago.

El miércoles, al norte de Canadá. Dos cazadores athabasca y un asqueroso botín de dientes de lobo.

El jueves, a San Francisco, para encontrarse con una joven herpetóloga rubia y recoger un alijo de dientes de serpiente de cascabel, fruto de sus desacertadas investigaciones.

—Podrías ir tú misma a la tienda, ¿lo sabes? —comentó Karou irritada, ya que debía entregar un autorretrato al día siguiente y podría haber empleado aquellas horas en perfeccionarlo.

Existían varias razones por las que los traficantes no acudían a la tienda.

Algunos habían perdido ese privilegio por algún comportamiento inoportuno; otros no habían sido investigados aún; y muchos tenían simplemente miedo a los collares de serpiente, lo que en este caso no debería haber supuesto ningún problema, ya que esta científica en particular había optado por trabajar con ellas.

La herpetóloga se estremeció.

—Fui una vez y pensé que la mujer-serpiente iba a matarme.

Karou contuvo una sonrisa.

—Ya.

Lo entendía perfectamente. Issa odiaba a los asesinos de reptiles y, cuando este sentimiento la embargaba, animaba a sus serpientes a la semiestrangulación.

—Bueno, está bien —contó billetes de veinte hasta formar un buen fajo—. Pero recuerda que si fueras a la tienda, Brimstone te recompensaría con deseos mucho más valiosos que el dinero.

Muy a su pesar, Brimstone no confiaba tanto en ella como para que dispensara deseos en su nombre.

—Quizás la próxima vez.

—Como quieras —Karou se encogió de hombros y se despidió con un ligero movimiento de la mano. Regresó al portal y, al traspasarlo, descubrió la huella negra de una mano grabada sobre la superficie. Pensaba mencionárselo a Brimstone, pero estaba con un traficante y ella debía acabar sus tareas, así que se marchó.

Después de trabajar hasta bien entrada la noche en el autorretrato, el viernes se sentía agotada y deseosa de que Brimstone no la llamara de nuevo. Normalmente no reclamaba su presencia más de dos veces a la semana, pero esta habían sido ya cuatro. Por la mañana, mientras dibujaba al viejo Wiktor ataviado únicamente con una boa de plumas —una visión a la que Zuzana estuvo a punto de no sobrevivir—, no dejó de vigilar de reojo la ventana. Durante el taller de pintura de la tarde, continuó su temor a que Kishmish apareciera, pero no fue así, y después de las clases, esperó a Zuzana bajo una cornisa para protegerse de la llovizna.

—Pero qué ven mis ojos —dijo su amiga—. Si es un Karou. Fíjense bien, amigos, porque las oportunidades de contemplar a esta esquiva criatura son cada vez más escasas.

Karou notó cierta frialdad en su voz.

—¿Un veneno? —sugirió expectante. Después de aquella semana tan accidentada, le apetecía ir al café, hundirse en un sofá, charlar, reír, dibujar, beber té y recuperar la normalidad perdida.

Zuzana le regaló un arqueo de cejas.

—¿Ningún *recado* en el horizonte?

—Gracias a Dios, no. Vamos, me estoy quedando helada.

—No sé, Karou. Hoy tal vez sea *yo* quien tiene una misión secreta.

Karou se mordió la parte interior de la mejilla, sin saber qué responder. Detestaba que Brimstone le ocultara tantos asuntos, y odiaba aún más tener que hacer lo mismo con Zuzana. ¿Qué tipo de amistad se basaba en evasivas y mentiras? Según había ido creciendo, conservar los amigos se había convertido en algo casi imposible; la necesidad de engañar siempre se interponía en su camino. No obstante, había sido mucho peor cuando vivía en la tienda —¡era imposible invitar a un amigo a casa para jugar!—. Todas las mañanas, atravesaba el portal en dirección a Manhattan para acudir a la escuela y a sus clases de karate y aikido, y regresaba todas las tardes.

Se trataba de una puerta cerrada con tablas en un edificio abandonado del East Village. En quinto curso, su amiga Belinda la vio traspasar aquella puerta y llegó a la conclusión de que no tenía hogar. La noticia se extendió, los padres y los profesores intervinieron y Karou, incapaz de localizar a Esther, su abuela falsa, quedó inmediatamente bajo la custodia del Departamento de Asuntos Sociales. Fue enviada a una casa de acogida, de la que escapó la primera noche para no volver jamás. Después de aquel episodio: una nueva escuela en Hong Kong y mayor precaución para que nadie la viera atravesar el portal. Lo que significaba más mentiras y secretismo, y la imposibilidad de tener verdaderos amigos.

Ahora tenía edad suficiente para evitar que los servicios sociales husmearan en su vida; sin embargo, conservar las amistades seguía siendo como caminar sobre una cuerda floja. Zuzana era la mejor amiga que jamás había tenido, y no quería perderla.

Karou suspiró.

—Siento lo que ha pasado esta semana. Ha sido una verdadera locura. Todo es culpa del trabajo...

—¿Trabajo? ¿Desde cuándo *trabajas*?

—Claro que trabajo. ¿De qué piensas que vivo, de agua de lluvia y fantasías?

Esperaba arrancar una sonrisa a su amiga, pero Zuzana entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Cómo quieres que sepa de qué vives, Karou? ¿Hace cuánto que somos amigas?, y nunca has mencionado ni trabajo, ni familia, ni nada...

—Bueno —contestó Karou ignorando la parte de la *familia*—, no se trata exactamente de un *empleo*. Solo hago recados para un tipo. Recojo paquetes, me reúno con gente.

—¿Como un traficante de droga?

—Vamos, Zuze, te prometo que es cierto. Él es un... coleccionista, supongo.

—Claro. ¿Y qué colecciona?

—Cosas. Eso no tiene importancia.

—A mí me importa. Me interesa saberlo. Es solo que suena *raro*, Karou. No estarás metida en ningún asunto turbio, ¿verdad?

Claro que no, pensó Karou, *en absoluto*. Respiró hondo y añadió:

—De verdad que no puedo contarte nada más. Es su negocio, no el mío.

—Está bien. Déjalo —Zuzana giró sobre uno de sus tacones de plataforma y empezó a alejarse bajo la lluvia.

—Espera —gritó Karou.

Quería hablar de ello. Deseaba contarle todo a Zuze, quejarse de su horrible semana —los colmillos de elefante, el desagradable mercado de animales, cómo Brimstone le pagaba únicamente con estúpidos *shings*, y el escalofriante ruido tras la otra puerta de la tienda—. Podía plasmar todo aquello en su cuaderno de bocetos, lo que servía de ayuda, pero no era suficiente. Necesitaba *hablar*.

Por supuesto, no podía hacerlo.

—¿Me acompañas a La Cocina Envenenada, por favor? —suplicó con voz débil y cansada.

Zuzana volvió la cabeza y contempló la expresión que Karou ponía a veces cuando pensaba que nadie la miraba. Transmitía tristeza, *carencia*, y lo peor de

todo es que parecía estar siempre allí, como si las demás expresiones de su rostro fueran simples máscaras que Karou empleaba para ocultarlo.

Zuzana cedió.

—Vale. Está bien. Me muero por un *goulash*. ¿Lo coges? Me muero. Ja, ja.

La broma del *goulash* envenenado confirmó a Karou que la situación había vuelto a la normalidad. Al menos por ahora. Pero ¿qué sucedería la próxima vez?

Sin paraguas y acurrucadas la una contra la otra, caminaron deprisa bajo el aguacero.

—Tengo algo que contarte —dijo Zuzana—. El zopenco ha estado merodeando por La Cocina. Me parece que está buscándote.

Karou refunfuñó.

—Fantástico.

Kaz no había parado de llamarla y de enviarle mensajes de texto, pero ella le había ignorado por completo.

—Podríamos ir a otro sitio...

—De eso nada. No voy a permitir que ese pastel de roedor nos arrebate La Cocina. La Cocina es nuestra.

—¿*Pastel de roedor*? —repitió Zuzana.

Era el insulto favorito de Issa, y tenía sentido dentro del contexto alimentario de la mujer-serpiente, cuya dieta se basaba principalmente en pequeñas criaturas peludas. Karou afirmó:

—Sí. Pastel de roedor. Carne picada de ratón con pan rallado y salsa de tomate...

—*Puaj*. Basta.

—Me imagino que también se podrán utilizar hámsteres —añadió Karou—. O conejillos de Indias. ¿Sabías que en Perú asan los conejillos de Indias ensartados en ramas, como si fueran nubes de azúcar?

—Para —exclamó Zuzana.

—Mmm, bocadillo de conejillo de Indias...

—Cállate *ya*, antes de que vomite. *Por favor*.

Karou enmudeció, pero no por la súplica de Zuzana, sino por el aleteo familiar que captó con el rabillo del ojo. *No, no, no*, pensó para sus adentros. No volvió la cabeza, no lo haría. *No, Kishmish, no esta noche*.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Zuzana al notar su repentino silencio.

De nuevo aquel aleteo, esta vez en la luz de una farola dentro de su campo de visión. Se encontraba demasiado alejado para llamar la atención, pero sin duda se trataba de Kishmish.

Maldita sea.

—No pasa nada —respondió Karou, y siguió caminando con resolución hacia La Cocina Envenenada.

¿Qué debía hacer, golpearse la frente sin más y exclamar que acababa de acordarse de un recado urgente? Se preguntó qué diría Zuzana si pudiera ver a la pequeña bestia que servía de emisario a Brimstone, tan extraño con sus alas de murciélago sobre el cuerpo emplumado. Aunque, conociendo a Zuzana, probablemente querría recrearlo en versión marioneta.

—¿Cómo va el proyecto de la marioneta? —preguntó Karou tratando de actuar con normalidad.

Con el rostro radiante de alegría, Zuzana empezó a contarle todos los detalles. Karou la escuchaba a medias, distraída por una mezcla de rebeldía y ansiedad. ¿Qué haría Brimstone si no acudía a su llamada? ¿Qué *podía* hacer, salir en su busca?

Estaba segura de que Kishmish continuaba detrás de ella, así que, al traspasar el arco que daba acceso al patio de La Cocina Envenenada, lo miró directamente, como diciendo: «Te he visto, pero no te acompaño». Él ladeó la cabeza, perplejo, y ella entró en el local dejándolo fuera.

El café estaba abarrotado, aunque, por suerte, Kaz no se encontraba a la vista. Sobre los ataúdes se agolpaban trabajadores locales, mochileros, expatriados con aspecto de artistas y estudiantes, y el ambiente estaba tan cargado de humo de tabaco que las estatuas romanas parecían surgir de entre la niebla, ataviadas con sus macabras máscaras antigás.

—Mierda —exclamó Karou con disgusto al ver que había tres mochileros desaliñados sentados en su mesa favorita—. La Peste está ocupada.

—No hay ni una sola mesa libre —añadió Zuzana—. Maldita Lonely Planet. Me gustaría retroceder en el tiempo y atracar a ese estúpido escritor de guías al fondo del callejón, para asegurarme de que nunca encontrara este lugar.

—Tú siempre tan violenta. Últimamente quieres atracar y electrocutar a todo el mundo.

—*Así es* —confirmó Zuzana—. Te aseguro que cada día odio a más gente. *Todo el mundo* me irrita. Si ahora soy así, ¿qué pasará cuando sea mayor?

—Te convertirás en una viejecita malvada que dispara a los niños desde su balcón con una escopeta de aire comprimido.

—No. La escopeta de balines solo los encabronaría. Mejor una ballesta. O una bazuca.

—Qué bruta eres.

Zuzana respondió con una reverencia y lanzó otra mirada frustrada al abarrotado café.

—Vaya mierda. ¿Quieres que vayamos a otro sitio?

Karou negó con la cabeza. Aún tenían el pelo empapado y no le apetecía aventurarse de nuevo bajo la lluvia. Solo quería disfrutar de su mesa favorita en su café favorito. Sus dedos juguetearon en el bolsillo de la chaqueta con los *shings* que había recibido por los recados de aquella semana.

—Tengo la sensación de que esos tíos están a punto de marcharse —aseguró señalando a los mochileros sentados en La Peste.

—No lo creo —respondió Zuzana—. Tienen las cervezas enteras.

—Pues yo pienso que sí —uno de los *shings* desapareció de entre los dedos de Karou y, un segundo después, los mochileros se levantaron—. Te lo dije.

Imaginó el comentario de Brimstone.

Desalojar extranjeros de mesas de café: egoísta.

—Qué raro —fue el comentario de Zuzana al deslizarse tras el enorme caballo para reclamar su mesa. Los mochileros se marcharon con aspecto desconcertado—. No estaban mal —afirmó Zuzana.

—¿De verdad? ¿Quieres que los llame?

—Ya sabes la respuesta —habían prometido no liarse con mochileros;

desaparecían como el viento, y eran todos iguales después de un rato, con su barba de varios días y la camisa arrugada—. Solo estaba emitiendo un diagnóstico. Además, parecían algo perdidos, como si fueran cachorritos.

Karou se sintió culpable. ¿Qué pretendía al desafiar a Brimstone, al gastar deseos en acciones mezquinas como empujar a unos jóvenes inocentes bajo la lluvia? Se dejó caer sobre el sofá. Le dolía la cabeza, tenía el pelo húmedo, estaba cansada y no podía dejar de preocuparse por la reacción del Traficante de Deseos. ¿Qué le diría?

Mientras comían su *goulash*, Karou no apartó la mirada de la puerta.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Zuzana.

—No. Es que..., es que me preocupa que aparezca Kaz.

—Tranquila, si lo hace, podemos empujarle dentro de este ataúd y clavar la tapa.

—Suená bien.

Pidieron té y se lo sirvieron en un antiguo servicio de plata, con las palabras *arsénico* y *estricnina* grabadas en los platillos del azucarero y de la jarrita de la leche.

—Bueno —dijo Karou—. Mañana vas a ver al chico del violín en el teatro. ¿Tienes algún plan?

—No he pensado nada —respondió Zuzana—, solo quiero saltarme esa parte y llegar al momento en que seamos novios. Sin mencionar la escena en la que él se da cuenta de que existo.

—Vamos, no puedo creer que quieras saltarte esa parte.

—Me encantaría.

—¿Perderte el momento de *conocerle*? ¿Las mariposas en el estómago, los vuelcos en el corazón, el rubor en la cara? La parte en la que se traspasa por primera vez el campo magnético del otro y parece como si surgieran líneas de energía invisibles entre ambos...

—¿Líneas de energía invisibles? —repitió Zuzana—. ¿No te estarás convirtiendo en uno de esos bichos raros *new age* que llevan cristales encima e interpretan el aura de las personas?

—Sabes perfectamente a qué me refiero. La primera cita, cogerse de la mano, el

primer beso, los coqueteos y anhelos...

—Eres una romántica incorregible.

—No creas. Además iba a añadir que el principio es lo mejor, cuando todo es precioso, antes de descubrir inevitablemente que son todos unos gilipollas.

Zuzana frunció el ceño.

—Es imposible que todos sean idiotas, ¿no crees?

—No lo sé. Tal vez no. Quizá solo los guapos.

—Él *es* guapo. Dios mío, espero que no sea un gilipollas. ¿Existe alguna posibilidad de que sea buena persona *y* no tenga pareja? Te lo estoy preguntando en serio. ¿Qué opciones hay?

—Muy pocas.

—Lo sé —Zuzana se desplomó sobre el sofá con gesto teatral, como una marioneta abandonada.

—A Pavel le gustas —dijo Karou—. Y existen pruebas de que no es imbécil.

—Sí, bueno, Pavel es majo, pero no genera mariposas.

—Las mariposas en el estómago —suspiró Karou—. Claro. ¿Sabes lo que pienso? Que las mariposas están siempre ahí, en el estómago de todos, en todo momento...

—¿Como bacterias?

—No, no como bacterias, como *mariposas*. Y las de cada uno reaccionan con determinadas personas, a nivel químico, como feromonas, así cuando esas personas se acercan, tus mariposas empiezan a bailar. No pueden evitarlo, es una reacción química.

—Una reacción química. Y *eso* es romántico.

—Tienes razón. Estúpidas mariposas —inspirada por la idea, Karou sacó su cuaderno de bocetos y empezó a dibujar una representación cómica de unos intestinos y un estómago repletos de mariposas. Su nombre científico podría ser *Papilio stomachus*.

—Entonces, si todo es cuestión de química y tú no decides nada, ¿quiere decir que el zopenco todavía hace revolotear tus mariposas? —preguntó Zuzana.

Karou levantó la mirada.

—Claro que no. Lo que provoca es que mis mariposas *vomiten*.

Zuzana acababa de tomar un sorbo de té y tuvo que taparse la boca rápidamente con la mano para evitar escupirlo, conteniendo la risa hasta que logró tragar.

—Qué asco. ¡Tienes el estómago lleno de vómito de mariposa!

Karou rió también y siguió dibujando.

—De hecho, creo que mi estómago está repleto de mariposas muertas. Kaz las mató.

Junto al dibujo escribió: «*Papilio stomachus*: criaturas frágiles y vulnerables a las heladas y la traición».

—No importa —afirmó Zuzana—. Tenían que ser bastante estúpidas para enamorarse de él. Crecerán otras nuevas, más sensatas. Mariposas *inteligentes*.

Karou adoraba a Zuzana por su disposición a jugar con aquel tipo de tonterías hasta el infinito.

—Estupendo —levantó la taza de té para hacer un brindis—. Por una nueva generación de mariposas, esperemos que menos estúpidas que las anteriores.

Tal vez, en aquel mismo instante, estuvieran creciendo dentro de sus pequeños y regordetes capullos; o tal vez no. Le costaba imaginarse sintiendo de nuevo aquella mágica sensación de cosquilleo en la boca del estómago. *Mejor no preocuparse de ello*, pensó. No lo necesitaba, bueno, no *quería* necesitarlo. Anhelar el amor la hacía sentir como un gato que siempre se enrosca en los tobillos maullando *acaríciame, acaríciame, mírame, quiéreme*.

Preferiría ser el gato que observa todo con descaro desde lo alto de una pared, con expresión inescrutable. El gato que evita las caricias, que no las necesita. ¿Por qué no ser ese gato?

«¡¡¡Sé ese gato!!!», escribió en la esquina de la hoja, junto al dibujo de un minino tranquilo y distante.

Karou deseaba ser una persona íntegra, serena, que se encontrara cómoda en soledad. Pero ella no era así. Se sentía sola, y temía que aquel vacío interior pudiera expandirse y... la hiciera *desaparecer*. Ansiaba una presencia a su lado, en todo momento. Unos dedos que rozaran ligeramente su nuca y una voz que se

uniera a la suya en la oscuridad. Alguien que la esperara con un paraguas para acompañarla a casa bajo la lluvia, y sonriera abiertamente al verla llegar. Que bailara con ella en el balcón, cumpliera sus promesas y conociera sus secretos, que creara un pequeño universo allí donde se encontrara, solo con abrazos, susurros y confianza.

La puerta se abrió. Karou miró hacia el espejo y ahogó una maldición. Allí estaba de nuevo aquella sombra alada, deslizándose por detrás de algunos turistas. Karou se dirigió al aseo, donde recogió la nota que Kishmish le había llevado.

De nuevo, un mensaje escueto. Esta vez decía «Por favor».

11

POR FAVOR

¿*Por favor*? Brimstone nunca utilizaba esa expresión. Karou cruzó la ciudad a toda prisa, con más inquietud que si el mensaje hubiera dicho algo amenazador, como: «Ahora, o verás».

Issa abrió la puerta, inusualmente silenciosa.

—¿Qué sucede, Issa? ¿Me he metido en un lío?

—Calla. Solo entra y trata de no reprenderlo hoy.

—¿*Reprenderlo*? —Karou parpadeó. Pensaba que si alguien estaba en peligro de recibir una reprimenda, era ella.

—A veces te muestras muy dura con él, como si no resultara ya suficientemente difícil.

—¿Qué es suficientemente difícil?

—Su vida. Su trabajo. Dedicar *todo su tiempo* a trabajar. Es una actividad incesante, que no le aporta ninguna alegría, y en ocasiones tú la dificultas aún más con tu actitud.

—¿Mi actitud? —Karou estaba sorprendida—. ¿He llegado en medio de alguna conversación, Issa? Porque no tengo ni idea de lo que estás hablando...

—He dicho que te calles. Solo estoy pidiendo que intentes ser amable, como cuando eras pequeña. Fuiste una gran alegría para todos nosotros, Karou. Sé que llevar este tipo de vida no es fácil para ti, pero trata de recordar, en todo momento, que no eres la única con problemas.

Dicho esto, la puerta interior se abrió, y Karou traspasó el umbral. Se sentía confundida, a la defensiva, pero al ver a Brimstone, lo olvidó todo.

Estaba reclinado sobre el escritorio, con una mano sujetando su enorme cabeza y la otra sosteniendo el hueso de la suerte que colgaba de su cuello. Kishmish brincaba nervioso entre los cuernos de su dueño, emitiendo chillidos de preocupación.

—¿Estás... estás bien? —balbuceó Karou.

Resultaba extraño pronunciar aquellas palabras, y se dio cuenta de que nunca le había preguntado aquello, a pesar de todos los interrogantes con los que lo había acosado a lo largo de su vida. Tampoco había encontrado razón para hacerlo; él apenas insinuaba cualquier emoción, y mucho menos debilidad o fatiga.

Brimstone levantó la cabeza, soltó el hueso de la suerte y dijo simplemente:

—Has venido.

Parecía sorprendido y aliviado, lo que provocó en Karou cierto sentimiento de culpa.

—Bueno, por favor *es* la palabra mágica —dijo tratando de ser amable.

—Pensé que tal vez te habíamos perdido.

—¿*Perderme*? ¿Te refieres a que creíste que había *muerto*?

—No, Karou. Supuse que habías recuperado tu libertad.

—Mi... —balbuceó con voz apagada. *Recuperar su libertad*—. ¿Qué demonios significa eso?

—Siempre he imaginado que algún día tus pasos seguirán su propio camino y te alejarán de nosotros. Como debería ser. Pero me alegro de que ese día no haya llegado aún.

Karou se levantó, con los ojos clavados en Brimstone.

—¿De verdad? Me salto una misión y piensas que ya está, que me he largado para siempre. Por Dios. ¿Qué crees, que voy a desaparecer así, sin más?

—Dejarte marchar, Karou, sería como abrir la ventana a una mariposa. Nunca esperas que vuelva.

—Yo no soy una puta mariposa.

—No. Eres un ser humano, y tu lugar está en el mundo de los humanos. Tu infancia casi ha terminado...

—Y... ¿qué? ¿Ya no me necesitas?

—Al contrario. Ahora te necesito más que nunca. Como he dicho antes, me alegro de que hoy no sea el día en que vayas a abandonarnos.

Todo aquello era nuevo para Karou: que llegaría un día en que dejaría a su familia quimérica, e incluso que poseyera la libertad para hacerlo si así lo deseaba.

Pero *no* quería abandonarlos. Bueno, tal vez deseaba evitar algunos de los trabajitos más repulsivos, pero eso no significaba que se sintiera como una mariposa que golpea un cristal, tratando de salir y escapar. No sabía qué decir.

Brimstone deslizó un monedero sobre el escritorio, acercándose.

El recado. Casi había olvidado por qué se encontraba allí. Enfadada, agarró el monedero y lo abrió. Dírham, entonces debía acudir a Marruecos. Frunció el ceño.

—¿Izîl? —preguntó, y Brimstone asintió con la cabeza.

—Pero todavía no toca —Karou se reunía con un ladrón de tumbas en Marrakech el último domingo de cada mes, pero aún era viernes, y faltaba una semana para la cita fijada.

—*Sí* toca —afirmó Brimstone, y señaló un gran tarro de boticario colocado en una estantería detrás de él. Karou lo conocía bien. Normalmente estaba lleno de dientes humanos, pero en aquel momento se encontraba casi vacío.

—Vaya —paseó la mirada por la estantería y descubrió sorprendida que el contenido de otros muchos tarros también había disminuido. No recordaba ninguna época en la que la reserva de dientes hubiera sido tan escasa—. Estás derrochando dientes. ¿Tienes algún asunto entre manos?

Era una pregunta estúpida. Como si supiera lo que implicaba que Brimstone estuviera utilizando *más* dientes, cuando ni siquiera sabía para qué los empleaba.

—Ve a comprobar qué tiene Izîl —dijo Brimstone—. Preferiría no enviarte a otro lugar en busca de dientes humanos, si puedo evitarlo.

—Sí, yo también.

Karou rozó con los dedos las cicatrices de bala de su vientre y recordó San Petersburgo. A pesar de la enorme abundancia de dientes humanos que había en el mundo, conseguirlos podía resultar... interesante.

Jamás olvidaría la imagen de aquellas muchachas en la bodega de un carguero, aún vivas y con las bocas ensangrentadas, a la espera de nuevas torturas.

Tal vez logran escapar. Cada vez que volvían a su memoria, Karou añadía a la imagen un final inventado, igual que Issa le había enseñado a hacer con las pesadillas para recuperar el sueño. La única manera de soportar aquel recuerdo era pensar que les había concedido tiempo suficiente para escapar de sus captores, y quizá fuera así. Al menos lo había intentado.

Qué sensación más extraña le provocó recibir aquel disparo. Con qué *tranquilidad* había reaccionado, y con qué rapidez había desenfundado el cuchillo que llevaba oculto y lo había clavado.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Durante años se había entrenado para luchar, pero jamás había necesitado proteger su vida. Sin embargo, en un instante, había descubierto que sabía perfectamente cómo hacerlo.

—Prueba en Jemaâ-el-Fna —añadió Brimstone—. Kishmish divisó allí a Izîl, aunque fue hace horas, cuando te convoqué por primera vez. Con suerte, puede que siga en ese lugar.

Una vez pronunciadas aquellas palabras, se inclinó de nuevo sobre la bandeja repleta de dientes de mono, lo que aparentemente indicaba a Karou que podía marcharse. Volvía a ser el viejo Brimstone, de lo cual se alegró. Ese nuevo ser que decía por favor y hablaba de ella como de una mariposa resultaba perturbador.

—Lo encontraré —afirmó Karou—. Y no tardaré en regresar con los bolsillos repletos de dientes humanos. Claro que sí. Apostaría lo que fuera a que nadie en el mundo ha dicho hoy estas mismas palabras.

El Traficante de Deseos guardó silencio y Karou titubeó en el vestíbulo.

—Brimstone —dijo volviéndose hacia él—. Quiero que sepas que nunca te abandonaré... sin más.

Cuando levantó la cabeza, sus ojos de reptil aparecieron nublados por el agotamiento.

—Es imposible saber lo que uno hará —dijo agarrando de nuevo el hueso de la suerte—. No te tomo la palabra.

Issa cerró la puerta y Karou se internó en Marruecos. Sin embargo, no podía olvidar la imagen de Brimstone de aquel modo, ni la inquietante sensación de que algo terrible estaba sucediendo.

12

ALGO TOTALMENTE DISTINTO

Akiva la vio salir. Estaba aproximándose a la puerta y, unos pasos antes de llegar a ella, esta se abrió, liberando un acre torrente de magia que le provocó dentera. En el portal apareció una muchacha con el pelo de un inverosímil color lapislázuli. Ensimismada en sus pensamientos, no notó su presencia cuando pasó junto a él apresuradamente.

Akiva permaneció en silencio, pero contempló cómo se alejaba hasta que la curva del callejón le robó la imagen de aquella chica y su ondulante cabellera azul. Sacudió la cabeza, se volvió hacia la puerta y colocó la mano sobre ella. El siseo de la madera al quemarse, su mano delineada en humo, y misión cumplida: aquella era la última puerta que debía marcar. En otros puntos del planeta, Hazael y Liraz estarían finalizando también su trabajo, y regresando hacia Samarkanda.

Akiva se disponía a alzar el vuelo e iniciar el último tramo de su viaje para reunirse con los otros antes de volver a casa, pero sintió un palpito en el corazón, y después otro, y permaneció inmóvil, con los pies en la tierra y la mirada fija en el lugar por el que había desaparecido la chica.

Sin pensarlo, se encontró siguiendo sus pasos.

Cuando vislumbró a lo lejos el resplandor de su pelo, se preguntó cómo una muchacha como aquella podía tener relación alguna con las quimeras. A juzgar por lo que había visto, todos los traficantes de Brimstone eran repugnantes brutos con los ojos muertos y peste a matadero. Pero ¿ella? Ella poseía una belleza deslumbrante, ágil y vital, aunque seguramente no fuera aquello lo que lo había intrigado. Todos sus semejantes eran hermosos, hasta tal punto que, para ellos, la belleza casi había perdido su significado. Entonces, ¿qué le había empujado a seguirla, cuando debería estar surcando el cielo? Habría sido incapaz de decirlo. Parecía como si un susurro le animara a continuar hacia delante.

La medina de Marrakech era un verdadero laberinto, alrededor de trescientos callejones sin salida entrelazados como un montón de serpientes en un cajón, pero la chica parecía saber perfectamente hacia dónde se dirigía. Se detuvo un instante para deslizar un dedo sobre la trama de un tejido, y Akiva aminoró el paso y se

desvió un poco hacia un lado para contemplarla mejor.

Su rostro, pálido y hermoso, dejó traslucir cierta nostalgia —una especie de *carencia*—, pero tan pronto como el vendedor le dirigió la palabra, se iluminó con una sonrisa. Respondió con soltura, empleando un árabe sonoro, gutural y con un tono parecido a un ronroneo. Hizo reír al hombre, y ambos intercambiaron bromas.

Akiva la observaba con la mirada fija como un halcón. Hasta hacía unos días, los humanos habían sido para él poco más que leyenda, y ahora se encontraba en su mundo. Era como saltar dentro de un libro —un libro vivo, lleno de colores, fragancias, inmundicia y caos—, y la muchacha del pelo azul deambulaba por sus páginas como un hada a través de un relato. La luz la trataba de manera distinta que al resto, y el aire parecía detenerse a su alrededor, como un aliento contenido. Como si aquel lugar fuera un cuento dedicado a *ella*.

¿Quién era?

No lo sabía, pero la intuición le susurró que fuera quien fuese, no se trataba de otra parca callejera de Brimstone. Estaba seguro de que era algo totalmente distinto.

Sin perderla de vista, merodeó tras ella mientras seguía su camino por la medina.

13

EL LADRÓN DE TUMBAS

Karou caminaba con las manos en los bolsillos, tratando de olvidar su inquietud por Brimstone. ¿Qué significaba todo aquel rollo de *recuperar su libertad*? La invadió una sensación de inminente soledad, como si fuera un animal huérfano criado por buenos samaritanos a punto de ser devuelto a la naturaleza.

Ella no quería ser liberada. Prefería seguir *recibiendo protección*, pertenecer a un lugar y a una familia, irrevocablemente.

—Señorita, remedios mágicos para las entrañas melancólicas —oyó que alguien le ofrecía, y no pudo evitar una sonrisa al rechazarlo con la cabeza. Y *¿qué pasa con los corazones melancólicos?*, pensó. ¿Existía alguna cura para ellos? Probablemente. Entre tanto charlatán, era posible también encontrar verdadera magia. Ella conocía a un escribiente vestido de blanco que redactaba cartas dirigidas a los muertos (y las entregaba), y a un viejo narrador de historias que vendía ideas para relatos a escritores a cambio de un año de sus vidas. Karou había visto a turistas reír mientras firmaban aquel contrato, sin dar credibilidad alguna al documento, pero ella sí creía en su veracidad. ¿Acaso no había sido testigo de cosas más extrañas?

A medida que avanzaba, la ciudad comenzó a distraerla de sus preocupaciones. Resultaba difícil dejarse llevar por la tristeza en un lugar como aquel. En algunos *derbs*, nombre que recibían las callejuelas, el mundo parecía cubierto de alfombras. En otros, los tejidos de seda recién teñidos goteaban tonos escarlata y cobalto sobre las cabezas de los viandantes. Diferentes idiomas revoloteaban por el aire como aves exóticas: árabe, francés, lenguas tribales. Las mujeres apresuraban a los niños para que regresaran a casa y se acostaran, y los ancianos, tocados con feces, se reunían junto a las puertas para fumar.

Risas, aroma a canela y a burros, y colores, por todas partes colores.

Karou se dirigió a la plaza Jemaâ-el-Fna, centro neurálgico de la ciudad y disparatado carnaval de seres humanos: encantadores de serpientes y bailarinas, niños descalzos y cubiertos de polvo, carteristas, turistas desventurados y puestos de comida donde se vendía desde zumo de naranja hasta cabezas de cordero

asadas. En algunas misiones, Karou intentaba regresar al portal tan rápido como le fuera posible, pero en Marrakech le gustaba pasear con tranquilidad, tomar un té con hierbabuena y rebuscar en los zocos babuchas puntiagudas y pulseras de plata.

Esa noche, sin embargo, no podía entretenerse. Brimstone estaba claramente ansioso por recibir sus dientes. Recordó de nuevo los tarros vacíos, y una terrible curiosidad se apoderó de su mente. ¿Qué significaba todo aquello? ¿*Qué?* Trató de olvidar las preguntas. Después de todo, iba en busca de Izîl, el ladrón de tumbas, cuya vida era un verdadero cuento con moraleja.

«No te dejes arrastrar por la curiosidad» era una de las reglas fundamentales de Brimstone, e Izîl no la había cumplido. Karou sentía lástima por él, porque le comprendía. En ella, la curiosidad era también un fuego obstinado que se avivaba ante cualquier esfuerzo por extinguirlo. Cuanto más ignoraba Brimstone sus preguntas, más ansiaba conocer las respuestas. Y tenía *muchas* preguntas.

Los dientes, por supuesto, ¿para qué demonios los utilizaba?

¿Y qué pasaba con la otra puerta? ¿Adónde conducía?

¿Qué eran exactamente las quimeras y de dónde habían venido? ¿Existían más?

¿Y qué decir de ella? ¿Quiénes eran sus padres y por qué la había criado Brimstone? ¿Era el típico personaje de un cuento de hadas, algo así como la primera hija de la historia de Rumpelstiltskin, o el pago de una deuda? O tal vez su madre fuera una traficante estrangulada por un collar de serpiente que dejó un bebé lloriqueante en el suelo de la tienda. Karou había imaginado cientos de posibilidades, pero la verdad seguía siendo un misterio.

¿Estaría viviendo una vida que no era la suya, lejos de la que sí le pertenecía? En ocasiones, esta idea se le presentaba como una certeza absoluta —había una existencia paralela que la hostigaba, fuera de su alcance—. Mientras dibujaba o caminaba, y una vez que bailaba muy pegada a Kaz, la asaltaba la sensación de que tendría que estar haciendo algo distinto con las manos, con las piernas, con el cuerpo. Algo distinto. Algo distinto. Algo *distinto*.

Pero ¿qué?

Llegó a la plaza y deambuló entre la muchedumbre, sincronizando sus movimientos con los ritmos místicos de la música *gnaoua*, al tiempo que esquivaba motocicletas y acróbatas. De las barbacoas de carne surgían espesas nubes de humo, como si fueran casas en llamas, y había jóvenes que susurraban «hachís» y

aguadores con trajes típicos que gritaban: «¡Foto! ¡Foto!». A cierta distancia, reconoció el perfil jorobado de Izîl entre los artistas de henna y los dentistas ambulantes.

Visitarlo a intervalos de un mes se asemejaba a contemplar secuencias progresivas de su deterioro. Cuando Karou era pequeña, Izîl trabajaba como médico e investigador —un hombre honesto y educado con dulces ojos castaños y un sedoso bigote que se acicalaba como un plumaje—. Él mismo acudía a la tienda y negociaba en el escritorio de Brimstone y, al contrario que los demás traficantes, conseguía que cada encuentro pareciera una visita amistosa. Flirteaba con Issa y le llevaba pequeños obsequios —serpientes talladas en vainas de semillas, pendientes de jade en forma de gota, almendras—; regaló a Karou varias muñecas y un diminuto juego de té de plata para ellas; y tampoco descuidaba a Brimstone, para el que dejaba sobre la mesa, antes de marcharse y de forma casual, bombones o tarros de miel.

Pero eso fue antes de que su cuerpo se deformara bajo el peso de una terrible elección, antes de volverse jorobado y loco. Dejó de ser bienvenido en la tienda, y Karou comenzó a encontrarse con él allí.

Al verlo, se sintió invadida por una tierna lástima. Estaba terriblemente encorvado, y un nudoso bastón de madera de olivo era lo único que evitaba que cayera de bruces. Tenía los ojos amoratados y los dientes, postizos, eran demasiado grandes para su rostro consumido. El bigote del que tan orgulloso se había sentido colgaba lacio y enredado. Cualquier transeúnte se habría apiadado de él; sin embargo, para Karou, que había visto su aspecto solo unos años atrás, era como contemplar una tragedia.

El rostro de Izîl se iluminó al reconocerla.

—¡Miren quién ha venido! La hermosa hija del Traficante de Deseos, la dulce embajadora de los dientes. ¿Has venido a invitar a este triste anciano a una taza de té?

—Hola, Izîl. Suena bien lo de tomar un té —respondió ella, y le guió hacia el café donde solían encontrarse.

—¿Ha pasado ya un mes, cariño? Me temo que había olvidado nuestra cita.

—Tranquilo, es que he venido antes.

—Bueno, siempre es un placer verte, aunque me temo que no dispongo de gran

cosa que ofrecer al viejo diablo.

—Pero ¿tienes algunos?

—Algunos.

Al contrario que la mayoría de los traficantes, Izîl no cazaba ni asesinaba; él no provocaba muertes. Antes, cuando trabajaba como médico en zonas de conflicto, había tenido acceso a los caídos en el campo de batalla, cuyos dientes nadie echaría en falta. Ahora que la locura le había arrebatado su modo de vida, debía asaltar tumbas.

De repente, exclamó con brusquedad:

—¡Cállate, monstruo! Pórtate bien, y ya veremos después.

Karou sabía que no se dirigía a ella, y fingió educadamente no haberle escuchado.

Llegaron al café. Cuando Izîl se desplomó sobre su silla, esta se torció y crujió y sus patas se combaron como si soportaran un peso mucho mayor que el de un hombre enjuto.

—Bueno —preguntó una vez acomodado—, ¿qué hay de mis viejos amigos?, ¿cómo está Issa?

—Está bien.

—Añoro su rostro. ¿Tienes dibujos nuevos de ella?

Karou se los mostró.

—Qué hermosa —Izîl acarició la mejilla de Issa con la yema del dedo—. Precioso. El tema y el trabajo. Posees un gran talento, querida —al toparse con el episodio del furtivo somalí, resopló—. Malditos locos. Lo que Brimstone tiene que aguantar por tratar con humanos.

Karou arqueó las cejas.

—Vamos, el problema no es que sean humanos, sino *infrac*humanos.

—Totalmente cierto. Es de suponer que cada raza tiene su mala simiente. ¿No es cierto, mi bestia? —las últimas palabras las dirigió hacia su hombro, y esta vez una leve respuesta pareció surgir del aire.

Karou no pudo contenerse y dirigió los ojos al suelo, donde la sombra de Izîl se dibujaba nítida sobre las baldosas. Parecía de mala educación mirar, como si la...

afección... de Izîl debiera ser ignorada, al igual que un ojo vago o una marca de nacimiento. Su sombra revelaba lo que no se advertía al contemplarle directamente.

Las sombras decían la verdad, y la de Izîl descubría que sobre su espalda portaba una criatura invisible a la mirada. Era un ser fornido, descomunal, que rodeaba firmemente su cuello con los brazos. Esta era la consecuencia de su curiosidad: esa cosa iba montada sobre él como si fuera una mula. Karou no comprendía lo que había sucedido; solo sabía que Izîl había formulado un deseo para obtener conocimiento, y que así era como se había materializado. Brimstone advertía a Karou que los deseos poderosos podían desembocar en poderosos fracasos, y ahí estaba la evidencia.

Karou supuso que aquella criatura invisible, llamada Razgut, poseía los secretos que Izîl había ansiado conocer. Sin embargo, el precio había sido desmesurado.

Razgut estaba hablando. Karou solo podía percibir un susurro muy ligero y un sonido parecido al beso suave de unos labios carnosos.

—No —exclamó Izîl—. *No* voy a preguntarle eso. Responderá que no.

Karou contempló, con asco, cómo Izîl discutía con aquella cosa, a la que solo podía distinguir en la sombra. Finalmente, el ladrón de tumbas claudicó.

—De acuerdo, de acuerdo, ¡cállate ya! Se lo preguntaré —se volvió hacia ella y dijo con tono de disculpa—: Quiere probar. Solo un poquito.

—¿Probar? —Karou parpadeó extrañada. Todavía no les habían servido el té—. ¿El qué?

—A ti, hija de un deseo. Solo un lametón. Promete no morder.

Karou sintió que se le revolvía el estómago.

—De eso *nada*.

—Te lo dije —refunfuñó Izîl—. ¿Ahora permanecerás callado, *por favor*?

Por respuesta recibió un tenue silbido.

Un camarero ataviado con una chilaba blanca les sirvió té con hierbabuena. Alzó la tetera a la altura de su cabeza y, con maestría, dirigió el largo chorro al interior de los vasos grabados. Al contemplar las mejillas hundidas del ladrón de tumbas, Karou pidió también dulces y le concedió unos instantes para comer y

beber antes de preguntarle:

—Bueno, ¿qué tienes?

Izîl rebuscó en sus bolsillos y sacó un puñado de dientes que dejó caer sobre la mesa.

* * *

Oculto en la sombra de una puerta cercana, Akiva se irguió. Todo se detuvo y quedó silencioso a su alrededor, y él solo veía aquellos dientes, y a la muchacha revisándolos de la misma manera en la que él sabía que lo hacía la vieja bestia hechicera.

Dientes. Qué inofensivos parecían sobre aquella mesa —simples huesecillos sucios saqueados a los muertos—. Y si permanecían en el mundo al que pertenecían, no dejaban de ser eso. Sin embargo, en manos de Brimstone se convertían en algo totalmente distinto.

La misión de Akiva consistía en acabar con ese comercio nauseabundo y, al mismo tiempo, con la magia negra del diablo.

Observó cómo la chica inspeccionaba los dientes con desenvoltura, como si estuviera acostumbrada a hacerlo, y a su repugnancia se sumó una especie de decepción. Le había parecido demasiado inocente para ese negocio, pero al parecer no lo era. No obstante, no se había equivocado al suponer que no se trataba de una mera traficante. Era más que eso, puesto que estaba allí sentada, realizando el trabajo de Brimstone, pero ¿qué?

* * *

—Por Dios, Izîl —se quejó Karou—. Estos son asquerosos. ¿Los acabas de traer del cementerio?

—De una fosa común. Estaba escondida, pero Razgut la olfateó. Siempre encuentra a los muertos.

—Vaya talento.

Karou sintió un escalofrío al imaginar a Razgut mirándola de forma lasciva, con deseos de darle un lametón. Centró su atención en los dientes. De las raíces colgaban restos de carne seca, unida a tierra del lugar de donde habían sido exhumados. Incluso cubiertos de suciedad, resultaba obvio que no eran dientes de gran calidad, sino de alguien que había roído alimentos duros, fumado en pipa e ignorado la pasta dentífrica.

Karou recogió los dientes de la mesa y los echó en el té que quedaba en su taza, removió el contenido y lo vertió formando un húmedo montón de hojas de hierbabuena y dientes, ahora algo menos sucios. Uno por uno, los fue inspeccionando: incisivos, molares y colmillos tanto de adultos como de niños.

—Izîl. Sabes que Brimstone no quiere dientes de niño.

—No pretendas saberlo todo, niña —respondió con brusquedad.

—¿Cómo dices?

—En ocasiones sí los quiere. *Una vez*. Hubo una vez que me pidió unos cuantos.

Karou no le creyó. Brimstone nunca compraba dientes inmaduros, ya fueran de animales o de humanos, pero no consideró oportuno discutir.

—Está bien —apartó aquellos diminutos dientes y trató de no imaginar pequeños cadáveres en fosas comunes—, pero esta vez no ha pedido ninguno, así que tengo que rechazarlos.

Cogió cada uno de los dientes de adulto, escuchó lo que transmitían sus murmullos, y los clasificó en dos montones.

Izîl la observaba con ansiedad, fijando la mirada en uno y otro montón.

—Han masticado demasiado, ¿verdad? ¡Gitanos glotones! Siguieron masticando después de muertos. No tienen modales. No saben cómo comportarse en la mesa.

La mayoría de los dientes estaban excesivamente desgastados y llenos de caries, y no servían para Brimstone. Cuando Karou terminó de clasificarlos, había un montón mayor que el otro, pero Izîl no sabía cuál era cada uno. Esperanzado, señaló el más abundante.

Ella negó con la cabeza y sacó algunos billetes de la cartera que le había entregado Brimstone. Le pagó una cantidad demasiado generosa para tan pocos

dientes y tan lamentables, pero aun así era menos de lo que Izîl esperaba.

—Tanto tiempo cavando —gimió—. ¿A cambio de qué? ¿De papel con la imagen de un rey muerto? Me persigue la mirada de los muertos —su voz se tornó más débil—. No puedo continuar con esto, Karou. Estoy destrozado. Ya casi no puedo sujetar la pala. Escarbo la tierra dura, cavando como un perro. Estoy acabado.

Una profunda pena invadió a Karou.

—Seguramente hay otras maneras de vivir...

—No. Lo único que me queda es la muerte. Uno debería morir con dignidad, cuando ya no es posible *vivir* con dignidad. Lo dijo Nietzsche, ¿le conoces? Un hombre sabio, y con un gran bigote —atusó su propio mostacho enmarañado, y trató de esbozar una sonrisa.

—Izîl, no es posible que desees *morir*.

—Ojalá existiera una forma de ser libre...

—¿No existe? —preguntó Karou con seriedad—. Tiene que haber *algo* que puedas hacer.

Izîl movió los dedos, jugueteando con su bigote.

—Prefiero no pensar en ello, querida, pero... *existe* una manera, si tú me ayudarás. Eres la única persona que conozco con suficiente valentía y bondad... ¡Ay! —Izîl se llevó la mano a la oreja y, al ver que escurría sangre entre sus dedos, Karou retrocedió. Razgut debía de haberle *mordido*—. ¡Le pediré lo que quiera, monstruo! —gritó el ladrón de tumbas—. ¡Sí, eres un monstruo! No me importa lo que fueras, ¡ahora eres un monstruo!

Se desencadenó una extraña pelea; parecía como si el anciano luchara consigo mismo. El camarero reaccionó con agitación, y Karou abandonó su silla para alejarse de los miembros que se sacudían, tanto visibles como invisibles.

—Para. ¡Para! —gritó Izîl, con los ojos desorbitados.

Buscó un apoyo, levantó el bastón y descargó un fuerte golpe contra su propio hombro y el ser encaramado a él. Repitió el gesto una y otra vez, como si se estuviera golpeando a sí mismo, dejó escapar un grito y cayó de rodillas. Levantó aprisa ambas manos hacia su cuello y el bastón repiqueteó contra el suelo. La sangre comenzó a chorrear por el cuello de su chilaba —seguramente un nuevo

mordisco de aquella cosa—. El sufrimiento de su rostro era más de lo que Karou podía soportar, así que, sin pensarlo, corrió a su lado y le agarró el brazo para ayudarlo a ponerse en pie.

Terrible error.

De repente, notó que algo se deslizaba por su cuello, y tembló de asco. Era una *lengua*. Razgut lo había conseguido. Escuchó cómo tragaba de manera repugnante y se apartó, dejando al ladrón de tumbas de rodillas.

Su paciencia se había agotado, así que recogió los dientes y el cuaderno de dibujo.

—Espera, por favor —gritó Izîl—. Karou, por favor.

Aquella súplica sonó tan desesperada que Karou vaciló. Izîl rebuscó en su bolsillo y le tendió algo. Unos alicates. Parecían oxidados, pero ella sabía que no se trataba de óxido. Era la herramienta que Izîl empleaba en su negocio, y estaba cubierta con restos de las bocas de los muertos.

—Por favor, querida —rogó—. No hay nadie más.

Comprendió rápidamente a qué se refería y retrocedió horrorizada.

—¡No, Izîl! *Por Dios*. La respuesta es *no*.

—¡Un *bruxis* podría salvarme! Yo no puedo conseguir uno, ya utilicé el mío. Sería necesario otro para revertir mi estúpido deseo. Tú podrías hacerlo. Por favor. ¡*Por favor!*

Un *bruxis*. Era el único deseo que superaba en poder al *gavriel*, y tenía un precio singular: solo podía pagarse con los propios dientes. Todos ellos, y extraídos por uno mismo.

Karou se sintió aturdida al pensar en arrancarse los dientes uno tras otro.

—No seas ridículo —susurró consternada ante la simple proposición. Pero después de todo, Izîl *estaba* loco, y en aquellos momentos en verdad lo parecía.

Karou retrocedió.

—¡Sabes que no me atrevería a pedírtelo si no fuera la única solución!

Karou se alejó rápidamente con la cabeza gacha, y no habría detenido sus pasos para mirar atrás de no ser por el grito que escuchó a su espalda. Surgió con violencia entre el caos de Jemaâ-el-Fna y en un instante acalló los demás sonidos.

Era una especie de lamento desesperado, una descarga sonora débil y aguda, distinta a cualquier cosa que Karou hubiera escuchado jamás.

Sin duda, no se trataba de Izîl.

Aquel gemido sobrenatural adquirió intensidad, tembloroso y violento, hasta romper como una ola y convertirse en lenguaje —susurrante, sin consonantes fuertes—. Las modulaciones sugerían palabras, pero se trataba de un idioma extraño incluso para Karou, que poseía más de veinte en su colección. Se volvió y contempló que todos a su alrededor se giraban también, estirando el cuello, y que la preocupación de sus rostros se tornaba en terror cuando identificaban el origen de aquel sonido.

Entonces, ella también lo vio.

La criatura que Izîl cargaba a su espalda había dejado de ser invisible.

14**MORTÍFERO PÁJARO DEL ALMA**

Aquel idioma resultaba totalmente desconocido para Karou, no así para Akiva.

—Serafín, ¡te veo! —afirmó la voz—. ¡Sé quién eres! Hermano, hermano, he cumplido mi condena. ¡Haré cualquier cosa! Estoy arrepentido, he recibido suficiente castigo...

Perplejo y sin comprender lo que sucedía, Akiva clavó la mirada en el ser que se había materializado sobre la espalda del anciano.

Estaba prácticamente desnudo, y de su torso abotargado salían unos brazos sarmentosos con los que aprisionaba el cuello del viejo. Unas piernas atrofiadas pendían de su espalda, y su hinchada cabeza aparecía tirante y púrpura, como atiborrada de sangre y a punto de reventar con un estallido húmedo. Resultaba horroroso, y que hablara el idioma del serafín era una auténtica abominación.

La absoluta incongruencia de aquella situación paralizó a Akiva, que permaneció fijo en la escena, antes de que el asombro de oír su propia lengua desembocara en estupor por lo que estaba escuchando.

—¡Me arrancaron las alas, hermano! —con la mirada clavada en Akiva, la criatura retiró un brazo del cuello del anciano y lo extendió hacia él, con gesto implorante—. ¡Me retorcieron las piernas para que tuviera que arrastrarme, como los gusanos! ¡Hace mil años que me expulsaron, mil años de tormento, pero por fin has venido, has venido para llevarme a casa!

¿A casa?

No. Eso era imposible.

Había personas que huían ante la visión de aquella criatura; otras se habían vuelto, siguiendo la dirección de su súplica, y clavaban los ojos en Akiva. Él se percató y recorrió la multitud con su mirada llameante. Algunos retrocedieron, murmurando plegarias. Y entonces sus ojos se posaron en la chica del pelo azul, situada a unos veinte metros de distancia. Una figura tranquila y luminosa en medio de la multitud.

Y le estaba mirando.

* * *

Unos ojos perfilados con kohl en un rostro bronceado por el sol. Ojos color fuego con un resplandor de chispas que dibujaban una estela incandescente en el aire. Karou sintió una sacudida —no se trataba de un mero sobresalto, sino de una reacción en cadena que recorrió su cuerpo como un torrente de adrenalina—. Sus extremidades adquirieron la ligereza y la fuerza de un despertar, un enfrentamiento o un vuelo repentino, algo químico y salvaje.

¿Quién es?, pensó al tiempo que su mente trataba de alcanzar el fervor de su cuerpo.

Y ¿qué era?

Porque resultaba obvio que aquella presencia inmóvil en medio del tumulto no era un ser humano. Las palmas de las manos le palpitaban, cerró los puños y sintió la sangre hervir en sus venas.

Enemigo. Enemigo. Enemigo. Aquella palabra resonaba en su interior al ritmo de los latidos de su corazón: aquel ser extraño con ojos de fuego era un enemigo. Su rostro —bello, perfecto, *mítico*— carecía por completo de expresión. Karou estaba atrapada entre el impulso de huir y el temor a darle la espalda.

Izîl apresuró la decisión.

—*Malak!* —aulló apuntando con el dedo al hombre—. *Malak!*

Un ángel.

¿Un ángel?

—¡Te conozco, mortífero pájaro del alma! ¡Sé lo que eres! —Izîl se volvió hacia Karou y la urgió—. Karou, hija de un deseo, vuelve con Brimstone. Dile que los serafines están aquí. Que han regresado. ¡Debes advertirle! ¡Corre, pequeña, corre!

Y eso hizo.

A través de Jemaâ-el-Fna, donde aquellos que trataban de huir encontraban el paso obstaculizado por los que permanecían conmocionados. Karou se abrió camino entre la multitud, empujó a varias personas, rodeó a un camello y saltó por encima de una cobra enroscada que le lanzó un mordisco inofensivo, ya que carecía de colmillos. Miró furtivamente por encima de su hombro y no percibió

ninguna señal de persecución —ninguna señal de *él*—, pero notaba su presencia.

Era un estremecimiento en todas las terminaciones nerviosas que mantenía su cuerpo alerta. Se había convertido en la presa de una cacería, y ni siquiera tenía su cuchillo escondido en la bota. Nunca pensó que fuera a necesitarlo en una visita al ladrón de tumbas.

Corrió y abandonó la plaza por uno de los múltiples callejones que desembocaban en ella como afluentes. En los zocos, la muchedumbre se había dispersado y muchas luces estaban ya apagadas. A la carrera, fue atravesando zonas sumidas en la oscuridad, con zancadas largas, acompasadas y ligeras, y pisadas casi silenciosas. Tomaba las curvas muy abiertas, para evitar colisiones, y miraba atrás una y otra vez, una y otra vez, sin ver a nadie.

Un ángel. Aquellas palabras seguían resonando en su cerebro.

El portal estaba próximo —solo un giro más, otro callejón sin salida y lo habría logrado, si conseguía llegar hasta allí—.

Por encima de ella, movimientos apresurados, calor y el grave sonido de un batir de alas.

En el cielo, la oscuridad se concentró en el punto donde una silueta ocultaba la luna. Algo se estaba precipitando sobre Karou, impulsado por unas alas enormes e imposibles. Calor, aleteos y el silbido del aire hendido por una espada. Una espada. Karou saltó hacia un lado y sintió el mordisco del acero en su hombro mientras atravesaba una puerta tallada y la cerraba con violencia. La madera saltó en pedazos, ella agarró un trozo irregular, y se volvió para enfrentarse a su atacante.

Él se encontraba prácticamente a su lado, con la punta de la espada sobre el suelo.

Dios mío, pensó Karou al contemplarle.

Dios mío.

Realmente era un ángel.

Apareció ante ella en toda su esencia. La hoja de su larga espada reflejaba el resplandor blanco de sus alas incandescentes —unas alas brillantes tan enormes que rozaban los muros de ambos lados del callejón, y cuyas plumas parecían llamas de vela lamidas por el viento—.

Y aquellos ojos.

Su mirada era como una mecha encendida que abrasaba el aire que había entre ellos. Era lo más hermoso que Karou había visto jamás. Su primer pensamiento, incongruente pero embriagador, fue memorizar su imagen para dibujarla después.

El segundo, que no habría un después, ya que iba a matarla.

Se abalanzó sobre ella a tal velocidad que sus alas dibujaron haces de luz en el aire, y cuando Karou saltó de nuevo hacia un lado, aquel perfil encendido siguió abrasando su mirada. La alcanzó otra vez con la espada, en esta ocasión en el brazo, aunque logró zafarse de la estocada asesina. Era rápida. Karou mantenía la distancia entre ambos, y cuando él intentaba reducirla, ella respondía con movimientos precisos, ágiles, fluidos. Sus ojos se encontraron de nuevo y, tras su impresionante belleza, Karou contempló crueldad, y una ausencia absoluta de compasión.

Él atacó de nuevo. A pesar de su rapidez, Karou no lograba mantenerse fuera del alcance de la espada. El golpe dirigido a su garganta rebotó en el omóplato. No sentía dolor —eso vendría después, a menos que la *matara*—, solo un calor que se extendía y que ella sabía que era sangre. El siguiente golpe lo detuvo con el listón de madera, que se deshizo en astillas dejando en sus manos un pedazo carcomido del tamaño de una simple daga, algo tan ridículo que no podía considerarse un arma. No obstante, cuando el ángel se le echó encima, ella se apartó y le asestó una puñalada, mientras notaba cómo la madera se hundía en su carne.

Karou ya había acuchillado antes a otras personas y detestaba esa horrible sensación de atravesar carne viva. Retrocedió, dejando su improvisada arma clavada en el cuerpo del ángel. Su rostro no transmitía dolor, ni sorpresa. Era un rostro muerto, pensó Karou al contemplarlo de cerca, o tal vez, el rostro vivo de un alma muerta.

Le pareció absolutamente aterrador.

Estaba acorralada, y ambos sabían que no tenía escapatoria. Del callejón y las ventanas, le llegó el vago eco de gritos de sorpresa y miedo, pero su atención estaba concentrada en el ángel. ¿Qué significaba aquella palabra, *ángel*? ¿Qué había dicho Izîl? «Los serafines están aquí».

Conocía ese término; los serafines eran una especie de ángeles de alto rango, al menos en la mitología cristiana, por la que Brimstone sentía un absoluto desprecio, al igual que por cualquier otra religión.

—Los seres humanos han visto imágenes fugaces de ciertas cosas a lo largo de su historia —había afirmado en cierta ocasión—, lo suficiente para inventarse el resto. Es todo una amalgama de cuentos de hadas con pinceladas de realidad aquí y allá.

—¿Y qué es real? —había querido saber ella.

—Si puedes matarlo, o te puede matar, es real.

Según aquella definición, el ángel era suficientemente real.

Él alzó la espada. Ella observó el gesto, atraída un instante por las líneas negras tatuadas en sus dedos —por un momento le resultaron familiares, pero la sensación se desvaneció tan pronto como había llegado—, levantó la vista hacia su asesino y se preguntó, atónita, *por qué*. Parecía imposible que fuera el final de su vida. Ladeó la cabeza, buscando desesperadamente en su rostro un atisbo de... *alma...* y entonces, lo vio.

El ángel vaciló. La máscara de su rostro desapareció solo un segundo, pero Karou percibió cómo afloraba cierto patetismo apremiante, una oleada de sentimiento que suavizó aquellos rasgos rígidos y ridículamente perfectos. Relajó la mandíbula, separó los labios y frunció el ceño en un momento de confusión.

Al mismo tiempo, Karou notó otra vez aquel palpito en las palmas de las manos que la había empujado a cerrar los puños la primera vez que lo vio. Era un latido suave, una energía contenida, y le sobresaltó la certeza de que emanaba de sus tatuajes. Un impulso la empujó a levantar las manos, pero no en actitud de rendición servil, sino con las palmas dirigidas poderosamente hacia fuera, mostrando los ojos que llevaba en ellas desde siempre y sin saber por qué.

Algo sucedió.

Fue como una detonación —una inhalación profunda que absorbe todo el aire hacia un espacio hermético, para luego expulsarlo—. No hubo estruendo, ni destellos —los testigos boquiabiertos solo vieron a una muchacha que levantaba las manos—, pero Karou lo sintió, y el ángel también. Abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que sucedía, y un instante después una fuerza devastadora lo lanzó contra un muro situado a veinte metros de distancia. Cayó con las alas retorcidas, y la espada rodó por el suelo. Karou se levantó con dificultad.

El ángel no se movía.

Ella se volvió y escapó corriendo. Ignoraba qué había sucedido, pero había

provocado un silencio que la perseguía. Lo único que oía era su propia respiración, extrañamente amplificadas, como si estuviera en un túnel. Al final del callejón giró a toda velocidad, y tuvo que derrapar sobre los talones para esquivar un burro parado en medio de la calle. Podía ver el portal, una sencilla puerta en una hilera de puertas sencillas, pero ahora con algo diferente: una gran huella de mano quemada sobre la madera.

Karou se abalanzó sobre ella y la aporreó con los puños, con más desesperación de la que nunca había descargado sobre ningún portal.

—¡Issa! —vociferó—. ¡Déjame entrar!

Durante la larga y terrible espera, Karou no dejó de mirar por encima de su hombro, y por fin la puerta se abrió.

Se apresuró a entrar, pero se detuvo con un grito ahogado. Allí no estaba Issa ni el vestíbulo, sino una mujer marroquí con una escoba. Maldición, no. La mujer entrecerró los ojos y abrió la boca para reprenderla, pero Karou no esperó. La empujó hacia el interior de la casa, cerró la puerta de un golpe y permaneció fuera. De nuevo aporreó la madera frenéticamente.

—¡Issa!

Podía escuchar los gritos de la mujer y notaba cómo trataba de abrir. Karou blasfemó y mantuvo la puerta cerrada. Si estaba abierta, la magia del portal no podría actuar.

—¡Aléjate de la puerta! —chilló en árabe.

Miró por encima de su hombro. En la calle se había formado un gran alboroto: brazos que se agitaban, gente que gritaba. El burro permanecía impasible. Ninguna señal del ángel. ¿Lo habría matado? No, sabía que no estaba muerto, y que regresaría.

Golpeó de nuevo la puerta.

—¡Issa, Brimstone, por favor!

Nada, excepto airadas palabras en árabe. Karou sujetó la puerta con el pie y siguió golpeando.

—¡Issa! ¡Va a matarme! ¡Issa! ¡Déjame entrar!

¿Por qué tardaba tanto? Los segundos parecían *scuppies* en un collar, y se desvanecían uno tras otro. La puerta se movía frenéticamente contra su pie,

empujada por alguien que intentaba abrir —¿sería Issa?—, y entonces notó una ráfaga de calor a su espalda. Esta vez no vaciló, sino que se volvió, sujetando la puerta con la espalda para mantenerla cerrada, y levantó las manos, como permitiendo que sus tatuajes *miraran*. No se produjo ninguna detonación, solo un chisporroteo de energía que erizó su cabello como las serpientes de Medusa.

El ángel la acechaba con la cabeza baja, mirándola desde lo alto con sus ojos en llamas. Se movía con dificultad, como si se enfrentara a un vendaval. El poder de los tatuajes de Karou que antes le había arrojado contra aquel muro obstaculizaba ahora su avance, pero no lo detenía. Sus manos eran puños a ambos lados del cuerpo, y su rostro mostraba una expresión feroz, dispuesta a soportar el dolor.

Se detuvo a unos pasos de ella y la miró intensamente con unos ojos que ya no parecían muertos, sino que recorrían su cara, su cuello, sus *hamsas*, y volvían a su cara. Una y otra vez, como si algo no cuadrara.

—¿Quién *eres*? —preguntó. Karou casi no reconoció que el idioma que hablaba era quimérico, ya que en sus labios sonaba muy dulce.

¿Que quién *era*?

—¿No es algo que se suele averiguar *antes* de intentar matar a alguien?

A su espalda, un nuevo forcejeo sacudió la puerta. Si no era Issa, estaba perdida.

El ángel se acercó un poco más y Karou se retiró a un lado, dejando que la puerta se abriera de golpe.

—¡Karou! —era la aguda voz de Issa.

Se volvió y de un brinco atravesó el portal, cerrándolo tras ella.

* * *

Akiva se lanzó hacia la puerta y tiró de ella para abrirla, pero se encontró cara a cara con una mujer enfadada, que palideció y tiró la escoba a sus pies.

La muchacha había desaparecido.

Permaneció allí un instante, casi ajeno al alboroto que lo rodeaba. La cabeza le

daba vueltas. La chica avisaría a Brimstone. Debería haberla detenido, podía haberla matado con facilidad. Sin embargo, había lanzado golpes lentos, dándole tiempo para esquivarlos y moverse con libertad. ¿Por qué?

La respuesta era sencilla. Había querido contemplarla.

Qué loco.

Y ¿qué había visto, o creía haber visto? Imágenes fugaces de un pasado que nunca regresaría —¿el fantasma de la chica que le había mostrado el significado de la piedad, largo tiempo atrás, solo para que su propio destino desbaratara sus gentiles enseñanzas?—. Había pensado que, a esas alturas, todo rastro de compasión habría desaparecido de su interior, sin embargo había sido incapaz de matar a la muchacha. Y después, algo inesperado: las *hamsas*.

¡Un humano con los ojos del diablo! ¿Por qué?

Solo existía una posible respuesta, tan sencilla como inquietante.

Que ella, en realidad, no fuera humana.

15

LA OTRA PUERTA

En el vestíbulo, Karou cayó de rodillas. Con la respiración entrecortada, se apoyó sobre el cuerpo de serpiente de Issa.

—¡Karou! —Issa la recogió en un abrazo que las manchó a ambas de sangre—. ¿Qué ha sucedido? ¿Quién te ha hecho esto?

—¿No lo has visto? —preguntó Karou aturdida.

—¿A quién?

—Al ángel...

Issa reaccionó de forma brusca. Echó el cuerpo hacia atrás como una sierpe dispuesta a atacar.

—¿Un ángel? —silbó.

Todas sus serpientes —repartidas por el pelo, la cintura y los hombros— se retorcieron con ella, y silbaron. Karou aulló de dolor cuando el repentino movimiento le abrió las heridas.

—Oh, querida, mi dulce niña. Perdóname —Issa se relajó de nuevo y acunó a Karou como a un bebé—. ¿Qué has querido decir con *un ángel*? Seguramente no...

Karou parpadeó con la mirada fija en Issa. Las sombras comenzaban a envolverlas.

—¿Por qué quería matarme?

—Mi amor, mi amor —respondió Issa inquieta. Retiró el abrigo rajado por la espada y la bufanda para ver las heridas de Karou, pero la hemorragia era abundante y aún no se había detenido, y el vestíbulo estaba poco iluminado.

—¡Cuánta sangre!

Karou sintió como si las paredes se fueran arqueando lentamente a su alrededor. Esperaba ansiosa que la puerta interior se abriera, pero no lo hacía.

—¿No podemos entrar? —su voz sonaba muy débil—. Quiero ver a Brimstone.

Recordó cómo la había cogido cuando regresó sangrando de San Petersburgo. La confianza y la tranquilidad que había sentido, ya que estaba segura de que él la curaría. Y así fue, y lo haría de nuevo...

Issa enrolló la bufanda empapada en sangre y trató de contener la hemorragia.

—Ahora no está aquí, mi dulce niña.

—¿Dónde está?

—Bueno..., no se le puede molestar.

Karou gimoteó. Quería ver a Brimstone. Lo necesitaba.

—Pues moléstalo —replicó, y empezó a sentirse a la deriva.

A caer.

La voz de Issa quedó muy lejana.

Y luego, nada.

Poco a poco, surgieron imágenes parpadeantes, como en una película mal montada: los ojos de Issa y los de Yasri, próximos, angustiados. Manos suaves, agua fría. Sueños: Izîl y la criatura de su espalda, con la cara abotargada y el color marrón púrpura de la fruta magullada, y el ángel con los ojos clavados en Karou, como si pudiera abrasarla con la mirada.

—¿Qué puede significar que estén en el mundo de los humanos? —preguntó Issa con voz susurrante y cautelosa.

—Deben de haber encontrado un camino de regreso. Han tardado mucho, a pesar de la elevada opinión que tienen de sí mismos —respondió Yasri.

Esto no formaba parte del sueño. Karou había recuperado la consciencia como quien nada hasta una playa muy lejana —con gran esfuerzo—, y permaneció en silencio, escuchando. Se encontraba en la cuna de su infancia, en la parte trasera de la tienda; lo supo sin necesidad de abrir los ojos. Las heridas le escocían y el olor acre del ungüento cicatrizante impregnaba el ambiente. Las dos quimeras estaban al final del pasillo cubierto con estanterías de libros, susurrando.

—Pero ¿por qué atacar a Karou? —silbó Issa.

—¿No pensarás que...? No es posible que sepan nada de ella —respondió Yasri.

—Por supuesto que no. No seas ridícula —exclamó Issa.

—No, no, claro que no —suspiró Yasri—. Ojalá volviera Brimstone. ¿Crees que deberíamos ir a buscarlo?

—Sabes que no se le puede interrumpir. Pero seguro que no tarda.

—Tienes razón.

Tras una tensa pausa, Issa aventuró:

—Se va a enfadar mucho.

—Sí —afirmó Yasri con la voz temblorosa por el miedo—. Seguro que sí.

Karou notó la mirada de las dos quimeras y trató de parecer inconsciente. No le resultó difícil. Se sentía perezosa, y le dolían el pecho, el brazo y la clavícula. Cuchilladas para acompañar a sus cicatrices de bala. Estaba sedienta y sabía que con solo dejar escapar un susurro, Yasri acudiría rápidamente con agua y una mano tranquilizadora, pero permaneció callada. Había demasiado en lo que pensar.

«No es posible que sepan nada de ella», había dicho Yasri.

Saber *¿el qué?*

Tanto secretismo resultaba exasperante. Sintió deseos de levantarse y gritar: «¿Quién soy yo?», pero se contuvo. Simuló estar dormida, porque había algo más que le rondaba por la cabeza.

Brimstone no estaba en la tienda.

Y él *siempre* estaba allí. Nunca le habían permitido acceder a la tienda en su ausencia, y la extraordinaria circunstancia de que su vida corriera peligro era lo único que justificaba aquella infracción.

Aquella oportunidad.

Karou se mantuvo a la espera hasta que escuchó cómo Yasri e Issa se alejaban, y miró a través de sus pestañas para asegurarse de que se habían ido. Sabía que tan pronto como se incorporara, los muelles de la cuna chirriarían y la delatarían, así que alcanzó la hilera de *scuppies* que llevaba en torno a la muñeca.

Otro uso más para deseos casi inútiles: silenciar somieres que chirrían.

Se incorporó y trató de recuperar el equilibrio, mareada y dolorida, pero en completo silencio. Yasri e Issa se habían llevado sus botas, el abrigo y el jersey, por lo que únicamente llevaba puestos los vendajes, una camiseta manchada de sangre

y unos pantalones vaqueros. Descalza, rodeó un par de armarios y pasó bajo hileras de dientes de camello y jirafa; luego se detuvo, escuchó y escrutó la tienda.

El escritorio de Brimstone estaba sumido en la oscuridad, al igual que el de Twiga, y no había ningún farol encendido que atrajera el aleteo de los colibríes-polilla. Issa y Yasri se encontraban en la cocina, fuera de su vista, y la tienda estaba en penumbra, lo que resaltaba aún más la otra puerta, que dejaba escapar un resplandor a su alrededor.

Por primera vez en su vida, la veía entornada.

Con el corazón golpeándole el pecho, se acercó a ella. Esperó un instante con una mano sobre el pomo, abrió una rendija y miró dentro.

16 CAÍDOS

Akiva encontró a Izîl encogido de miedo tras un montón de basura en Jemaâ-el-Fna, con aquella criatura aún aferrada a su espalda. A su alrededor se había arremolinado un grupo de personas aterrorizadas, amenazantes, pero cuando Akiva descendió del cielo en medio de una explosión de chispas, huyeron en todas direcciones, chillando como cerdos apaleados.

La criatura extendió un brazo hacia Akiva.

—Hermano —musitó con voz suave—. Sabía que regresarías a por mí.

Akiva apretó la mandíbula y se obligó a mirar a aquel ser. Aunque tenía el rostro abotargado, sus rasgos conservaban el recuerdo de una belleza muy lejana: ojos almendrados, nariz fina y con caballete alto y unos labios sensuales que parecían imposibles en un rostro tan espantoso. Pero la clave de su verdadera naturaleza se hallaba en su espalda. En sus omóplatos sobresalían los muñones astillados de unas alas.

Increíblemente, aquella criatura era un serafín. Y solo podía tratarse de alguno de los Caídos.

Akiva creía que se trataba de una leyenda, y jamás se había planteado si estaría basada en hechos reales, no hasta ese momento, en que se encontraba frente a la prueba de ello. Que existían serafines exiliados en otra época por traición y colaboración con el enemigo, arrojados al mundo de los humanos para siempre. Bueno, este era uno de ellos, y sin duda su aspecto distaba mucho del que habría tenido en el pasado. El paso del tiempo había encorvado su columna vertebral, y la piel, tirante, parecía engancharse en cada saliente de las vértebras. Las piernas, inútiles, colgaban a su espalda. Esto no era fruto del tiempo, sino de la violencia. Como si arrancarle las alas —no cortarles, sino *arrancarle*— no supusiera castigo suficiente, le habían aplastado también las piernas, condenándolo a arrastrarse sobre la superficie de un mundo extraño.

Mil años había vivido de ese modo, y ver a Akiva lo había llenado de gozo.

Izîl no mostraba tanta alegría y se acurrucaba contra el repugnante montón de

desperdicios, más asustado de Akiva que de la multitud.

Mientras Razgut repetía «Hermano, hermano» como un cántico extático, el anciano temblaba y trataba de retroceder, pero estaba atrapado.

Akiva se inclinó sobre él, y el brillo de sus alas, ahora visibles, iluminó todo como si fuera de día.

Con ansiedad, Razgut estiró un brazo en dirección a Akiva.

—Mi condena ha terminado y has venido a buscarme. ¿No es así, hermano? Vas a llevarme a casa y a curarme, para que pueda caminar. Para que pueda *volar*...

—Esto no tiene nada que ver contigo —respondió Akiva.

—¿Qué... qué quieres? —preguntó Izîl con voz entrecortada en el idioma del serafín, que había aprendido de Razgut.

—La chica —espetó Akiva—, quiero que me hables de ella.

17

UN MUNDO PARALELO

Tras la otra puerta, Karou descubrió un pasadizo de piedra negra mate. Vislumbró que se extendía unos tres metros antes de perderse en la oscuridad y que en el último tramo iluminado había una ventana. Era un estrecho hueco con barrotes cuya orientación no le permitía ver lo que había al otro lado desde donde ella se encontraba, y por el que se derramaba una luz blanquecina que dibujaba rectángulos en el suelo. *El resplandor de la luna*, pensó Karou, y se preguntó qué paisaje contemplaría si se acercara sigilosamente y mirara hacia fuera. ¿Dónde se hallaba aquel lugar? ¿Conduciría esa puerta trasera, al igual que la principal, a múltiples ciudades, o se trataba de algo totalmente distinto, otro nivel en el universo de Brimstone que no podía siquiera imaginar? Unos pasos más y tal vez lo descubriría, si no otra cosa. Pero ¿se atrevería?

Escuchó con atención. Percibió algunos sonidos, pero parecían muy lejanos, como ecos de gritos nocturnos. El pasadizo permanecía en silencio.

Empezó a avanzar. Con los pies descalzos y de puntillas, dio unos cuantos pasos rápidos y silenciosos, alcanzó la ventana y miró al otro lado a través de los pesados barrotes de hierro.

Su rostro, rígido por la ansiedad, se tornó de repente flácido por el asombro, y su boca quedó abierta. Tardó un segundo en darse cuenta y cerrar la mandíbula de golpe; el ruido cortante de sus dientes rompiendo el silencio la estremeció. Se inclinó hacia delante y observó el escenario que se abría frente a ella.

Dondequiera que se encontrara aquel lugar, estaba segura de una cosa: no era su mundo.

En el cielo brillaban dos lunas. Esa fue la primera sorpresa. *Dos lunas*, y ninguna llena. Una era medio disco radiante; la otra, una pálida luna creciente que comenzaba a aclarar la superficie de una montaña. Y por el paisaje que iluminaban, Karou dedujo que se hallaba en una vasta fortaleza. Descomunales lienzos de muralla con bermas confluían en bastiones hexagonales; en el centro, una extensa ciudad; y sobre todo ello, torres almenadas —Karou debía de encontrarse en una de ellas, ya que su posición era muy elevada— con las siluetas de los guardias que

rondaban en la parte alta. A excepción de las lunas, el resto recordaba a una antigua ciudad fortificada europea.

Aunque los barrotes le concedían un aspecto singular.

Resultaba extraño, pero la ciudad se encontraba cercada por barrotes de hierro. Jamás había visto algo igual. Las barras formaban arcos sobre todo el conjunto, incrustadas entre un muro de tierra y el siguiente, negras y horribles, encerrando incluso las torres. En una rápida ojeada descubrió que no existía hueco alguno: las barras estaban tan próximas unas a otras que resultaba imposible que nadie pasara entre ellas. Las calles y plazas de la ciudad se hallaban totalmente cubiertas por aquel enrejado, como dentro de una jaula, y la luz lunar proyectaba sombras en cuadrícula sobre todo ello.

¿Qué significaba aquello? ¿Los barrotes eran para mantener algo *encerrado* o *alejado*?

Y entonces, Karou descubrió una figura alada que descendía rápidamente desde el cielo y se estremeció, creyendo que había hallado la respuesta. Un ángel, un serafín —fue lo primero que pensó, al tiempo que el corazón se le aceleraba y sentía punzadas en las heridas—. Pero se equivocaba. Pasó por encima de ella hasta que lo perdió de vista, y apreció claramente que tenía forma de animal —una especie de ciervo alado—. ¿Una quimera? Siempre había supuesto que existirían más, aparte de las cuatro que ella conocía y que jamás hablaban de otras.

De repente se le ocurrió que aquella ciudad debía de estar habitada por quimeras, y que más allá de sus murallas se extendía todo un mundo, un mundo con *dos lunas*, habitado también por quimeras. Tuvo que agarrarse con fuerza a los barrotes para mantenerse en pie, ya que aquel universo pareció temblar y ampliarse a su alrededor.

Existía otro mundo.

Otro mundo.

Entre todas las teorías que había elaborado respecto a la otra puerta, nunca había imaginado esta: un mundo paralelo, con sus propias montañas, continentes, lunas. Aún se sentía aturdida por la pérdida de sangre y aquella revelación la había conmocionado, así que se aferró a los barrotes de la ventana.

Fue entonces cuando escuchó voces. Próximas. Y también familiares. Llevaba toda la vida escuchando sus susurros, mientras inclinaban sus extrañas cabezas y

discutían sobre dientes. Eran Brimstone y Twiga, y estaban a punto de doblar la esquina.

—Ondine ha traído a Thiago —iba comentando Twiga.

—Qué loco —musitó Brimstone—. ¿Es que piensa que el ejército puede permitirse su pérdida en un momento como este? ¿Cuántas veces he de decirle que un general no necesita luchar en el frente?

—Tú has provocado que desconozca el miedo —replicó Twiga, a lo que Brimstone respondió tan solo con un resoplido, que sonó peligrosamente cerca.

Karou estuvo a punto de dejarse invadir por el pánico. Miró a toda prisa hacia la puerta por la que había entrado, pero se sintió incapaz de alcanzarla. Así que se apretujó contra el hueco de la ventana y permaneció inmóvil.

Pasaron junto a ella, tan cerca que casi la rozaron. Karou temió que entraran en la tienda y cerraran la puerta tras de sí, dejándola atrapada en aquel extraño lugar. Iba a gritar para avisarlos, pero se desviaron al llegar a la puerta. El pánico se calmó; en su estela surgió algo diferente: indignación.

Indignación por todos aquellos años de secretismo, como si no fuera digna de confianza o de conocer siquiera los detalles esenciales de su propia existencia. Aquella ira le infundió audacia y decidió averiguar más, tanto como pudiera mientras se encontrara allí. Sospechaba que jamás dispondría de otra oportunidad semejante. Así que cuando Brimstone y Twiga giraron hacia el hueco de una escalera, ella los siguió.

Eran las escaleras de una torre, en estrecha espiral. Aquel giro infinito mareó a Karou: vueltas y vueltas y vueltas, de manera hipnótica, hasta tener la sensación de encontrarse atrapada en un purgatorio de escaleras, por el que descendería por siempre. Hasta cierta altura fue encontrando pequeñas troneras, que luego desaparecieron. El aire se volvió fresco y calmado, y Karou tuvo la sensación de hallarse bajo tierra. Solo le llegaban palabras inconexas de la conversación de Brimstone y Twiga, y no comprendía de qué hablaban.

—Dentro de poco necesitaremos más incienso —comentó Twiga.

—Vamos a necesitar más de todo. Hacía décadas que no se producía un ataque como este —añadió Brimstone.

—¿Crees que tienen la mirada puesta en la ciudad?

—¿Y cuándo no?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Twiga con voz temblorosa—. ¿Cuánto tiempo resistiremos?

—No lo sé —respondió Brimstone.

Y justo cuando Karou pensaba que no podría resistir más giros, alcanzaron el final de la escalera. Fue entonces cuando los acontecimientos se tornaron interesantes.

Realmente interesantes.

La escalera desembocaba en una estancia amplia, con eco. Karou aguardó hasta asegurarse de que Brimstone y Twiga continuaban adelante, y cuando sus voces se atenuaron, empequeñecidas por la inmensidad del espacio que las envolvía, los siguió con sigilo.

Tuvo la sensación de encontrarse en una catedral —siempre que la tierra fuera capaz de proyectar una catedral a lo largo de miles de años de agua goteando sobre la piedra—. Era una gigantesca cueva natural que se elevaba formando un arco gótico casi perfecto. Las estalagmitas, tan antiguas como el mundo, estaban labradas con imágenes de bestias, como si fueran pilares, y las lámparas colgaban de tal altura que parecían grupos de estrellas. Un intenso aroma a hierbas y azufre impregnaba el ambiente, y entre los pilares ascendían volutas de humo, empujadas por ráfagas de viento surgidas de vanos invisibles en los muros labrados.

Y debajo de todo aquello, donde se encontraba la extensa nave por la que Brimstone y Twiga avanzaban, no había bancos, sino mesas: mesas de piedra grandes como menhires, tan enormes que debieron de necesitarse elefantes para transportarlas hasta allí. De hecho, eran suficientemente voluminosas como para acomodar a un elefante tumbado, aunque solo había uno en esa postura.

Un elefante recostado sobre una mesa.

Pero... no, no era un elefante. Se trataba de algo distinto, con garras en los pies y una cabeza imposible que recordaba a un enorme oso pardo con cuernos. Una quimera.

Y estaba muerta.

En cada una de las mesas yacía una quimera muerta, y había docenas. Docenas. Karou paseó la mirada de una mesa a otra de forma errática. No había dos

criaturas iguales. La mayoría poseía alguna parte humana, la cabeza o el torso, pero no todas. Había un mono con melena de león; algo parecido a una iguana tan grande que solo podría denominarse dragón; la cabeza de un jaguar sobre el cuerpo desnudo de una mujer.

Brimstone y Twiga se movían entre ellos, tocándolos, examinándolos. La pausa más larga se la dedicaron a un hombre.

También estaba desnudo, y era lo que Karou y Zuzana, con la sonrisa petulante de los entendidos, habrían definido como un «espécimen físico». Hombros robustos que se estrechaban hacia unas caderas bien definidas, abdomen ondulado, y todos los músculos que Karou era capaz de identificar gracias a las clases de dibujo al natural bien marcados. Su poderoso pecho estaba cubierto por una fina pelusilla blanca, y la cabeza, por una larga y sedosa melena también blanca, extendida sobre la mesa de piedra.

Una neblina de incienso envolvía el cuerpo. Procedía de una especie de farol de plata ornamentado, suspendido de un gancho sobre su cabeza, del que salía una espesa humareda. *Un incensario*, pensó Karou, como los que se usan en las misas católicas. Brimstone reposó una mano sobre el pecho del hombre muerto y la mantuvo allí un instante; un gesto que Karou no supo interpretar. ¿Cariño? ¿Tristeza? Cuando Brimstone y Twiga se alejaron y desaparecieron entre las sombras, al final de la nave, ella abandonó su escondite y se aproximó a la mesa.

De cerca, descubrió que el pelo blanco resultaba una incongruencia en aquel hombre, ya que era joven y no tenía arrugas en el rostro. Era muy atractivo, aunque con la inexpresividad y la palidez propias de la muerte no parecía muy *real*.

Tampoco era totalmente humano, aunque sí más que la mayoría de las quimeras de la estancia. Hacia la mitad del muslo, la piel y la musculatura de sus piernas se transformaban en patas de lobo, con pelaje blanco, unos grandes pies caninos y garras negras. Sus manos eran híbridas: con el reverso ancho y peludo, como zarpas, y dedos humanos rematados en garras. Las palmas miraban hacia arriba, como colocadas a propósito en aquella posición, de modo que Karou pudo observar lo que tenían grabado en la piel.

En el centro de cada palma había tatuado un ojo idéntico a los suyos.

Retrocedió asustada.

Aquello significaba algo. Algo fundamental, algo *clave*, pero ¿qué? Se volvió

hacia la mesa contigua, en la que descansaba la criatura con melena de león. Sus manos eran de simio y tenían la piel oscura, pero aun así pudo adivinar en ellas la silueta de las *hamsas*.

Recorrió una mesa tras otra. Incluso la quimera con aspecto de elefante tenía tatuada la planta de sus mastodónticas patas delanteras. Todos y cada uno de aquellos seres muertos tenían *hamsas*, igual que ella. Sintió que los pensamientos le martilleaban la cabeza tan fuerte como el corazón le aporreaba el pecho. ¿Qué estaba sucediendo? Allí había docenas de quimeras, todas muertas y desnudas —sin ninguna herida aparente—, sobre losas de piedra en una especie de catedral subterránea. Sus propias *hamsas* la conectaban de algún modo a ellas, pero ignoraba de qué manera.

Rodeó de nuevo la primera mesa, la del hombre del pelo blanco, y se inclinó sobre ella. Al percibir el humo aromático que se derramaba del incensario, sintió miedo de que aquel olor impregnado en su pelo la delatara ante Yasri e Issa cuando regresara a hurtadillas a la tienda. La tienda. La simple idea de ascender de nuevo por aquella espiral interminable la invitaba a acurrucarse en posición fetal. Notaba cómo le palpitaban las heridas, supurantes bajo los vendajes, y el ungüento de Yasri ya no la calmaba. Estaba *dolorida*.

Pero... aquel lugar. Los cuerpos muertos. Confundida, Karou sintió que aquel misterio la desbordaba. La mano del hombre con el pelo blanco descansaba justo delante de ella, con la *hamsa* atrayendo su atención. Karou acercó su mano para comparar las marcas, pero la del hombre quedaba a la sombra del cuerpo, así que la levantó hacia la luz.

Eran idénticas. Karou notó que mientras su mente permanecía ocupada en algo distinto, su sentido común le lanzaba una leve advertencia.

La mano del hombre, aquella mano muerta... estaba *caliente*.

No estaba muerto.

Él no estaba muerto.

Con un movimiento rápido como el rayo, el hombre se puso en pie, girando sobre sus rodillas. Aquella mano que había descansado inerte sobre las de ella aferró la garganta de Karou y levantó su cuerpo del suelo, lanzándola sobre la mesa. Su cabeza golpeó contra la piedra y se le nubló la vista. Cuando recuperó la visión, el hombre estaba sobre ella, con los ojos pálidos como el hielo y los labios retraídos, mostrando los colmillos. Karou no podía respirar; la mano del hombre

aún aprisionaba su garganta. Trató de arañarlo, se revolvió para quitárselo de encima, logró colocar las rodillas entre ambos y golpearlo.

La presión sobre su garganta disminuyó y Karou tomó una bocanada de aire, intentó gritar, pero el hombre se lanzó de nuevo sobre ella, pesado, desnudo y bestial. Ella se defendió con todas sus fuerzas, peleó con tal furia que sus cuerpos rodaron hasta el borde de la mesa y cayeron al suelo. En el tumulto de la pelea, aquellas extremidades desnudas ejercían tanta fuerza que Karou no podía liberarse. Estaba encima de ella, atenazando sus piernas, mirándola, y de repente sus ojos perdieron algo de aquel frenesí enloquecido. Relajó el gruñido de sus labios y recuperó de nuevo su aspecto casi humano y hermoso, pero aun así terrorífico y... confuso.

La agarró con fuerza por las muñecas, la obligó a abrir las manos para ver sus *hamsas*, y clavó sus ojos en ella. La recorrió con la mirada, y Karou tuvo la sensación de ser ella la que se encontraba desnuda. Luego emitió un profundo gruñido que la estremeció.

—¿Quién eres?

Era incapaz de responder. El corazón le latía con fuerza. Las heridas le abrasaban. Y, como siempre, desconocía la respuesta.

—¿Quién eres?

La arrastró de las muñecas, la arrojó sobre la mesa de piedra y se colocó de nuevo encima de ella. Sus movimientos eran fluidos, de animal, y sus dientes, suficientemente afilados como para desgarrarle la garganta. De pronto, Karou fue consciente de cómo acabaría su aventura al otro lado de la puerta: en un charco de sangre. Logró tomar aire.

Y gritó.

18

NO LUCHES CONTRA MONSTRUOS

—¿La chica? —Izîl miró a Akiva con los ojos entrecerrados—. ¿Te... te refieres a Karou?

¿Karou? Akiva conocía esa palabra. Significaba «esperanza» en el idioma del enemigo. Así que no solo llevaba las *hamsas*, sino que tenía un nombre quimérico.

—¿Quién es? —preguntó.

Visiblemente aterrorizado, el anciano se incorporó un poco.

—¿Por qué quieres saberlo, ángel?

—Las preguntas las hago yo —exclamó Akiva—. Y te sugiero que las respondas —se sentía impaciente por reunirse con los otros, pero se resistía a marcharse sin desvelar aquel misterio. Si no descubría ahora quién era la chica, nunca lo sabría.

Deseoso de ayudar, Razgut aportó algunos datos.

—Sabe a néctar y sal. A néctar, sal y manzanas. A polen, estrellas y bisagras. Tiene el gusto de los cuentos de hadas. De una doncella cisne a medianoche. Como nata en la punta de la lengua de un zorro. Sabe a *esperanza*.

Akiva permaneció inmutable, e injustificadamente inquieto ante la idea de aquella abominación *probando* a la muchacha. Esperó a que Razgut dejara de farfullar y añadió con voz gutural:

—No he preguntado a qué sabe, sino quién es.

Izîl se encogió de hombros y agitó las manos en un esfuerzo por transmitir indiferencia.

—Es solo una muchacha que dibuja. Se porta bien conmigo. ¿Qué más te puedo decir?

Sus palabras no parecían sinceras y Akiva notó que trataba de protegerla, lo que resultaba noble y ridículo. No podía desperdiciar su tiempo en juegos, así que optó por un enfoque más drástico. Agarró a Izîl por la pechera y a Razgut por uno de sus muñones de hueso astillado y se elevó por los aires, levantando el peso de

ambos con total facilidad.

Bastaron unos aleteos para que la ciudad de Marrakech al completo brillara con luz trémula a sus pies. Izîl no paraba de gritar, con los ojos fuertemente cerrados; Razgut permanecía en silencio, con una indescriptible añoranza en el rostro que se clavó en el corazón de Akiva como una astilla de pena —más dolorosa que el trozo de madera con el que Karou lo había atacado—. Le sorprendió. Con el paso de los años había aprendido a insensibilizarse y, después de tanto tiempo sin convivir con los sentimientos, pensaba que la pena y la compasión habían desaparecido de su interior. Sin embargo, aquella noche había recibido sordas puñaladas de ambas.

Akiva descendió con lentas espirales, como un ave de presa, y depositó los dos cuerpos en la bóveda que coronaba el minarete más alto de la ciudad. Izîl y Razgut trataron desesperadamente de agarrarse, pero empezaron a caer, deslizándose sobre la superficie resbaladiza, buscando con frenesí algún apoyo para las manos y los pies antes de topar con un parapeto decorativo de escasa altura que evitó que se precipitaran al vacío, varias decenas de metros por encima de los tejados de la mezquita.

Izîl tenía el rostro grisáceo y respiraba con dificultad. Razgut cambió de postura sobre la espalda del anciano, y ambos se tambalearon peligrosamente cerca del borde. Atenazado por el pánico, Izîl descargó una retahíla de órdenes para que se mantuviera agachado, no se moviera y se agarrara a algo.

Akiva permanecía sobre ellos. Detrás de él, la silueta serrada de la cordillera del Atlas brillaba bajo la luz de la luna. El viento movía las plumas llameantes de sus alas, como en un baile, y sus ojos transmitían el brillo apagado de las ascuas.

—Y ahora, si deseas seguir vivo, dime lo que quiero saber. ¿Quién es la chica?

Izîl, con los ojos horrorizados y fijos en el borde del tejado, respondió de manera atropellada:

—Ella no supone ningún peligro para ti, es inocente...

—¿Inocente? Lleva las *hamsas*, compra dientes para el diablo hechicero, a mis ojos no parece inocente.

—Te equivocas, *es* inocente. Ella simplemente hace recados. Es todo.

¿Era simplemente eso, una especie de criada? Eso no explicaba por qué llevaba las *hamsas*.

—¿Y por qué se encarga ella de los recados?

—Es la hija adoptiva del Traficante de Deseos. La crió desde que era un bebé.

Akiva asimiló aquella información.

—¿De dónde venía? —se arrodilló para acercar su rostro al de Izîl. Era imprescindible saberlo.

—No lo sé. ¡Lo juro! Un día la vi allí, entre sus brazos, y a partir de entonces estuvo siempre en la tienda, sin ninguna explicación. ¿Crees que Brimstone me desvelaba sus secretos? De ser así, ¡tal vez seguiría siendo un hombre en vez de una mula! —dirigió un gesto a Razgut y soltó una estridente carcajada—. Ten cuidado con lo que deseas, me advirtió Brimstone, pero yo no lo escuché, y ¡mírame ahora! —reía y reía sin parar, al tiempo que acudían lágrimas a sus ojos rodeados de arrugas.

Akiva se quedó paralizado. El problema era que creía al jorobado. ¿Por qué iba Brimstone a revelar información a sus subalternos humanos, y en especial a locos como este? Pero si Izîl no sabía nada, ¿qué esperanza restaba a Akiva para descubrirlo? El anciano era su única pista, y ya se había entretenido demasiado.

—Dime entonces dónde puedo encontrarla —dijo—. Fue amable contigo. Seguramente sepas dónde vive.

El viejo parpadeó, afligido.

—No puedo decírtelo. Pero... pero... puedo contarte otras cosas. ¡Secretos! Sobre tu propia especie. Gracias a Razgut, sé mucho más de los serafines que de las quimeras.

Estaba regateando, en un nuevo intento de proteger a Karou.

—¿Crees que hay algo que puedas descubrirme sobre mi especie? —respondió Akiva.

—Razgut sabe historias...

—La palabra de un Caído. ¿Te ha revelado siquiera por qué fue enviado al exilio?

—Claro que sí —afirmó Izîl—. Aunque me pregunto si *tú* lo sabes.

—Yo conozco mi historia.

Izîl lanzó una carcajada. Tenía una mejilla apretada contra la cúpula del

minarete, y su risa sonó como un resoplido. Luego añadió:

—Como el moho sobre los libros, así crecen los mitos sobre la historia. Tal vez deberías preguntar a alguien que se encontrara allí, todos esos siglos atrás. Tal vez a Razgut.

Akiva miró con frialdad el tembloroso cuerpo de Razgut, que seguía murmurando su incesante cantinela: «Llévame a casa, por favor, hermano, llévame a casa. Estoy arrepentido, he soportado suficiente castigo, llévame a casa...».

—No necesito preguntarle nada —replicó Akiva.

—Ah, ¿no?, ya veo. Alguien afirmó en cierta ocasión: «Todo lo que se necesita para tener éxito en esta vida es ignorancia y confianza». Mark Twain, ¿has oído hablar de él? Lucía un elegante bigote, como suele ser habitual en los hombres sabios.

Algo estaba cambiando en el anciano ante los ojos de Akiva. Vio cómo alzaba la cabeza para mirar por encima del reborde de piedra que detenía su caída hacia la muerte. Su locura parecía haber desaparecido, si es que no había sido fingida. Estaba reuniendo jirones de coraje, lo que, en aquellas circunstancias, no resultaba insignificante. También estaba dando rodeos.

—Facilítame las cosas, viejo —dijo Akiva—. Mi misión no es matar humanos.

—Entonces, ¿por qué has venido? Ni siquiera las quimeras llegan hasta aquí. Este mundo no es lugar para monstruos...

—¿Monstruos? Yo no soy un monstruo.

—¿No? Razgut tampoco piensa que él lo sea. ¿Verdad, mi monstruo?

Se lo preguntó casi con cariño, y Razgut susurró:

—No soy un monstruo, soy un serafín. Un ser de fuego sin humo, sí, forjado en otra época, en otro mundo —sus ansiosos ojos estaban fijos en Akiva—. Soy como tú, hermano. Igual que tú.

Aquella comparación no agradó a Akiva, y su mordaz respuesta estremeció a Razgut:

—No me parezco en nada a ti, lisiado.

Izîl alargó la mano para palpear el brazo que le aprisionaba el cuello.

—Ya, ya —lo calmó fingiendo compasión—. Él no se da cuenta. Forma parte de

la condición de monstruo no identificarse como tal. Es como el dragón que mientras estaba agachado en una aldea devorando doncellas escuchó a los campesinos gritar: «¡Un monstruo!», y se volvió para mirar.

—Yo conozco muy bien a los verdaderos monstruos —los atigrados ojos de Akiva se oscurecieron. Claro que los conocía. Las quimeras habían reducido el sentido de la vida a la guerra. Aparecían con mil formas bestiales, y no importaba cuántas asesinaran, siempre regresaban más, y más.

—Alguien dijo una vez: «No luches contra monstruos, no sea que te conviertas en uno de ellos. Y si miras largo tiempo al abismo, el abismo también mirará dentro de ti» —replicó Izîl—. Nietzsche, ¿lo conoces? Tenía un bigote excepcional.

—Dime solamente... —empezó Akiva, pero Izîl lo interrumpió.

—¿Te has preguntado alguna vez si son los monstruos los que provocan la guerra, o si es la guerra la que genera monstruos? Yo he visto cosas, ángel. Existen guerrillas que obligan a los niños a asesinar a sus propias familias. Esos actos desgarran el alma y dejan espacio para que crezcan bestias en el interior. Los ejércitos *necesitan* bestias, ¿no es así? Bestias domesticadas, ¡que cometan sus terribles fechorías! Y lo peor es que resulta casi imposible recuperar el alma cuando ha sido arrancada. *Casi* —Izîl miró a Akiva con intensidad—. Pero se puede lograr, si en algún momento... decides ir en busca de *la tuya*.

Akiva se puso furioso. De sus alas llovieron chispas que la brisa transportó hacia los tejados de Marrakech.

—¿Por qué debería hacer tal cosa? En mi mundo, anciano, un alma resulta tan inútil como los dientes para los muertos.

—Supongo que eso lo afirma alguien que todavía recuerda lo que era poseer una.

Claro que se acordaba. Akiva sintió sus recuerdos como cuchillos, y no le agradó que se volvieran en su contra.

—Deberías preocuparte de tu propia alma, no de la mía.

—Mi conciencia está tranquila. Nunca he matado a nadie. Sin embargo, tú... Mira tus manos.

Akiva no cayó en la trampa, pero cerró los puños en un acto reflejo. Las líneas grabadas en sus dedos: cada una representaba un enemigo batido, y sus manos

mostraban un terrible balance.

—¿Cuántos? —preguntó Izîl—. ¿Lo sabes o has perdido la cuenta?

El loco tembloroso al que Akiva había elevado por los aires desde los adoquines de la plaza había desaparecido por completo. Izîl se había enderezado, al menos todo lo que podía cargado como estaba con Razgut, que paseaba sus angustiados ojos entre su mula humana y el ángel que, esperaba, hubiera venido a salvarlo.

Akiva sabía exactamente el número de muertes contabilizadas en sus manos.

—Y tú ¿qué? —espetó Akiva a Izîl—. ¿Cuántos dientes, a lo largo de todos estos años? Me imagino que *no* llevas la cuenta.

—¿Los dientes? Ah, ¡pero yo solo se los arranco a los muertos!

—Y se los vendes a Brimstone. ¿Sabes en lo que te convierte eso? En cómplice.

—¿Cómplice? Solo son dientes con los que hace collares, yo lo he visto. ¡Solo dientes enfilados en cuerdas!

—¿Piensas que hace collares? Ignorante. Has estado participando en nuestra guerra, pero has sido demasiado estúpido para darte cuenta. ¿Afirmas que luchar contra monstruos me ha convertido en un monstruo? Entonces, ¿en qué te ha transformado a ti negociar con diablos?

Izîl clavó los ojos en Akiva, boquiabierto, y al comprender todo de repente añadió:

—Tú lo sabes. Tú sabes para qué utiliza los dientes.

—Así es —musitó Akiva con amargura.

—Dímelo...

—¡Cállate! —ordenó Akiva al romperse el último amarre de su paciencia—. Dime dónde puedo encontrarla. Tu vida no significa nada para mí. ¿Entiendes? —escuchó la crueldad de su propia voz y sintió como si se contemplara desde fuera, cerniéndose sobre aquellas pobres criaturas quebrantadas. ¿Qué pensaría Madrigal si lo viera en aquel momento? Pero no podía, y eso era lo terrible.

Madrigal estaba muerta.

El anciano tenía razón. *Era* un monstruo, pero de ello había que culpar al enemigo. No se trataba únicamente de haber pasado toda la vida en el campo de

batalla —aquello no lo había transformado en lo que era—. Había sido un hecho, un acto indescriptible que nunca podría olvidar ni perdonar y por el que, en venganza, había jurado destruir un reino.

—¿Crees que no puedo *obligarte* a hablar? —susurró.

—No, ángel, no creo que puedas —respondió Izîl sonriendo. Y se arrojó desde el minarete, arrastrando a Razgut con él, para estrellarse contra los tejados situados sesenta metros más abajo.

19

NO QUIÉN, SINO QUÉ

La catedral dirigió el grito de Karou y lo dividió en una sinfonía de alaridos que resonaron y llenaron el vasto espacio abovedado con su voz. Sin embargo, solo duró un instante. La quimera la golpeó con el dorso de la mano y Karou se deslizó de la mesa de piedra hasta caer al suelo, derribando a su paso el gancho metálico y el incensario y provocando un gran estruendo. El hombre saltó tras ella y Karou creyó que le desgarraría la garganta con los dientes, tan cerca estaba de su cara, pero... algo lo arrastró y lo alejó de ella.

Entonces apareció Brimstone.

Karou nunca se había alegrado tanto de verlo.

—Brimstone... —exclamó con un hilo de voz, pero se detuvo y el alivio desapareció. Sus pupilas de cocodrilo se cerraron hasta quedar reducidas a una línea negra, como sucedía siempre que se enfadaba, pero si Karou pensaba que lo había visto enojado antes, esto iba a ser una lección de furia.

El momento se congeló mientras Brimstone vencía la sorpresa de verla allí, y Karou sintió que el intervalo entre los latidos de su corazón se convertía en una eternidad.

—¿Karou? —gruñó con incredulidad, frunciendo los labios en una horrible mueca. Su agitada respiración provocaba silbidos entre sus dientes, al tiempo que levantaba a la chica con las zarpas flexionadas.

Tras él, la quimera lobo de pelo blanco preguntó:

—¿Quién es?

—*Nadie* —bramó Brimstone.

Karou pensó que tal vez debería echar a correr.

Demasiado tarde.

Brimstone la agarró violentamente del brazo, apretando con fuerza el vendaje teñido de sangre que cubría la última cuchillada del ángel. Karou notó que la luz temblaba tras sus párpados, y lanzó un grito ahogado. Él atenazó su otro brazo y la

levantó hasta que sus rostros quedaron separados por solo unos centímetros. Ella balanceó los pies desnudos en busca de un punto de apoyo, pero no encontró ninguno. Tenía las garras de Brimstone clavadas en la piel y era incapaz de moverse. Solo podía mirarlo a los ojos, que jamás le habían parecido tan extraños, tan *animales*, como en aquella ocasión.

—Déjamela a mí —pidió el hombre.

—Thiago, tú debes descansar —respondió Brimstone—. Deberías estar durmiendo aún. Yo me ocuparé de ella.

—¿Ocuparte de ella? ¿Cómo? —preguntó Thiago.

—No volverá a molestarnos.

A su lado, Karou reconoció la familiar silueta de Twiga, con su largo cuello encorvado sobre los hombros caídos, y se volvió hacia él; sin embargo, la expresión de su cara era peor que la de Brimstone. Parecía al mismo tiempo horrorizado y asustado, como si estuviera a punto de contemplar algo que preferiría no ver. Karou comenzó a sentir pánico.

—Espera —jadeó retorciéndose entre las manos apretadas de Brimstone—. Espera, espera...

Pero él ya estaba en movimiento, llevándola hacia las escaleras, subiéndolas deprisa, a saltos y empujones. La zarandeaba sin ningún cuidado, y Karou se sintió como una muñeca en manos de un niño, arrastrada por los rincones y golpeada contra las paredes, tirada y bamboleada como algo inanimado. Antes de lo que habría imaginado posible —o tal vez perdió la consciencia durante un instante— estaban de nuevo en la puerta de la tienda, y Brimstone la arrojó a través de ella. Karou no cayó de pie, sino que se golpeó la mejilla contra una silla y una lluvia de fuegos artificiales estalló tras sus ojos.

Brimstone cerró la puerta de golpe y se abalanzó sobre Karou.

—¿En qué estabas pensando? —bramó—. No podrías haberlo hecho peor. ¡Niña estúpida! ¡Y vosotras! —se volvió hacia Yasri e Issa, que habían salido apresuradamente de la cocina y permanecían boquiabiertas y horrorizadas. Ambas se estremecieron—. Acordamos que si íbamos a tenerla aquí, habría que cumplir ciertas reglas. Reglas inviolables. ¿No estuvimos todos de acuerdo?

Issa trató de responder.

—Sí, pero...

Brimstone se había vuelto de nuevo hacia Karou y estaba levantándola del suelo.

—¿Te ha visto las manos? —preguntó.

Nunca lo había escuchado elevar tanto la voz. Era como una piedra rascando contra otra piedra. Podía sentirlo dentro del cráneo. Le agarraba con tanta fuerza los brazos que se le nubló la vista y temió desvanecerse.

—¿Te las ha visto? —repitió aún más alto.

Karou sabía que la respuesta correcta era no, sin embargo no podía mentir, así que jadeó:

—¡Sí, sí!

Brimstone lanzó una especie de aullido que la aterrorizó más que cualquier otro acontecimiento de aquella terrible noche.

—¿Tienes idea de lo que has hecho?

Karou no lo sabía.

—¡Brimstone! —graznó Yasri—. ¡Brimstone, está herida! —la mujer-loro movía los brazos como si fueran alas y trataba de alejar las manos del Traficante de Deseos de las heridas de Karou, pero este la apartó.

Brimstone arrastró a Karou hacia la puerta principal, que abrió violentamente, y la empujó hacia el vestíbulo delante de él.

—¡Espera! —exclamó Issa—. No puedes echarla así...

Pero él no la escuchaba.

—¡Vete ahora mismo! —le dijo a Karou con un gruñido—. ¡Márchate!

Abrió la puerta exterior del vestíbulo con violencia —otra prueba de su enfado; las puertas nunca debían estar abiertas a la vez, *nunca*, era una medida de seguridad contra posibles intrusos— y lo último que Karou vio fue su cara deformada por la ira, antes de que la empujara con fuerza y cerrara la puerta bruscamente.

Desequilibrada por la repentina salida, retrocedió tres o cuatro pasos antes de tropezar con el bordillo y desplomarse. Y allí se quedó sentada, aturdida, descalza y sangrando, mareada y con la respiración entrecortada, sobre un reguero de nieve

fundida. Sentía al mismo tiempo alivio de que Brimstone la hubiera dejado marchar —por un instante había temido algo mucho peor— e incredulidad por que la hubiera arrojado a la fría ciudad herida y casi sin ropa.

Estaba confusa y desfallecida, y no sabía qué hacer. Empezó a sentir escalofríos. El ambiente era gélido, y estaba empapada de nieve fangosa y sangre. Vacilante, trató de reponerse y se levantó. Tardaría diez minutos en llegar a su piso caminando, y los pies ya le ardían de frío. Miró hacia la puerta —sin sorprenderse esta vez de ver la huella negra de una mano sobre ella— y pensó que seguramente se abriera. Como poco, Issa le llevaría el abrigo y los zapatos.

Seguramente.

Pero la puerta no se abrió, y no se abrió y siguió sin abrirse.

Un coche pasó con gran estruendo al final de la manzana, y aquí y allá se colaban risas y discusiones a través de las ventanas, pero no había nadie en los alrededores. Le castañeteaban los dientes. Karou se rodeó el cuerpo con los brazos, aunque no sirvió de mucho, y clavó los ojos en la puerta sin poder creer que Brimstone la hubiera *echado* sin más. Transcurrieron unos fríos y terribles instantes y finalmente, con los ojos inundados de lágrimas amargas, Karou se volvió, abrazándose a sí misma, y empezó a arrastrarse con los pies entumecidos en dirección a su casa. Por el camino, recibió varias miradas atónitas y algunos ofrecimientos de ayuda, que ella ignoró, y hasta que no alcanzó su puerta, temblando de frío, y se llevó la mano al bolsillo de un abrigo que no llevaba puesto, no se dio cuenta de que no tenía las llaves del piso. Sin abrigo, ni llaves, ni *shings* con los que podría haber deseado que la puerta se abriera.

—Mierda, mierda, mierda —maldijo Karou con lágrimas heladas rodando por sus mejillas.

Lo único que tenía era el brazalete de *scuppies*. Tomó uno entre los dedos y pidió un deseo, pero no sucedió nada. Abrir puertas cerradas con llave superaba el reducido poder de los *scuppies*.

Estaba a punto de despertar a algún vecino llamando al telefonillo cuando percibió tras ella un movimiento furtivo.

No podía pensar. Y al sentir una mano sobre su hombro, reaccionó de forma instintiva. La agarró, trasladó el peso de su cuerpo hacia delante y arrastró a la figura que había detrás de ella —Karou tardó un segundo en reconocer la voz que, preocupada, le decía: «Por Dios, ¿estás bien?»—, catapultándola por encima de su

hombro y a través del cristal de la puerta.

El cristal se hizo añicos cuando Kaz lo atravesó y aterrizó en el suelo con un resoplido. Karou se quedó paralizada, consciente de que esa vez ni siquiera había tratado de asustarla. Ahora estaba allí tirado, al otro lado del umbral y rodeado de cristales rotos. Pensó que tal vez debería sentir algo —¿remordimiento?—, pero no sentía nada.

Al menos, el problema de abrir la puerta estaba resuelto.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó con voz inexpresiva.

Kaz solo parpadeó, aturdido, mientras Karou observaba la escena. No había sangre. El cristal se había roto en pedazos rectangulares. Todo estaba bien. Pasó por encima de su cuerpo y se dirigió hacia el ascensor. Lanzar a Kaz por los aires había gastado las escasas reservas de energía que le quedaban, y dudaba que pudiera subir a pie los seis tramos de escalera. Las puertas del ascensor se abrieron y Karou entró, volviendo el rostro hacia Kaz, que todavía no se había movido. La estaba observando.

—¿Qué eres? —le preguntó.

No *quién*, sino *qué*.

Karou no respondió. La puerta del ascensor se cerró y se quedó sola frente a su reflejo, en el que descubrió lo que Kaz había visto. Iba vestida únicamente con unos pantalones vaqueros empapados y una finísima camiseta blanca que transparentaba su piel. Llevaba el pelo apelmazado en mechones azules alrededor del cuello, como las serpientes de Issa, y unos sucios vendajes colgaban de sus hombros. En contraste con la sangre, su piel parecía translúcida, casi azulada, y tenía el cuerpo encorvado, con los brazos en torno suyo y temblando como un yonqui. Todo aquello era ya suficientemente impactante; sin embargo, fue su rostro lo que la impresionó. Tenía una mejilla hinchada, del golpe contra la silla cuando Brimstone la lanzó por los aires, y la cabeza tan inclinada que sus ojos quedaban ocultos por la sombra. Parecía alguien por el que cruzarías la calle para no encontrarte con él. Parecía... que no fuera totalmente humana.

Las puertas del ascensor se abrieron con el habitual sonido de campanilla y Karou se arrastró por el pasillo. Tuvo que encaramarse a una ventana para acceder al balcón y romper un cristal de la puerta para entrar en el apartamento, pero lo consiguió antes de que las fuerzas la abandonaran o los temblores se lo impidieran. Por fin estaba dentro, quitándose la ropa empapada. Se metió en la cama, se

envolvió con un edredón, hecha un ovillo, y sollozó.

¿Quién eres?, se preguntó a sí misma, recordando las palabras del ángel y del lobo. Sin embargo, era la pregunta de Kaz la que retumbaba en su interior, como un eco incesante.

¿Qué eres?

¿Qué?

20

HISTORIA REAL

Karou pasó el fin de semana sola en su apartamento, febril, amoratada, magullada, acuchillada y abatida. Levantarse de la cama el sábado resultó una verdadera tortura. Sentía como si le hubieran estirado los músculos en un torno, hasta casi rompérselos. Le dolía todo. Todo. Era incapaz de diferenciar un dolor de otro, y parecía un ejemplo de violencia doméstica, con la mejilla a punto de alcanzar el tamaño de un coco y un azul tan intenso como el de su cabello.

Pensó en llamar a Zuzana para pedirle ayuda, pero abandonó la idea al darse cuenta de que no tenía el teléfono. Estaba con el abrigo, los zapatos, el bolso, la cartera, las llaves y el cuaderno de bocetos, en la tienda de Brimstone. Le podría haber mandado un correo electrónico, pero nada más encender el ordenador portátil imaginó la reacción de Zuzana al verla, y supo que esta vez su amiga no admitiría evasivas. Karou habría tenido que contarle algo. Se sentía demasiado cansada para inventar mentiras, así que optó por atiborrarse de paracetamol y té y pasar el fin de semana en una nube de escalofríos y sudor, miedo y pesadillas.

Se despertaba constantemente con ruidos imaginarios y miraba hacia la ventana, deseando como nunca ver aparecer a Kishmish con una nota, pero no fue así, y el fin de semana transcurrió sin que nadie se preocupara por ella —ni Kaz, al que había lanzado a través de un panel de cristal, ni Zuzana, a la que había enseñado a aceptar sus ausencias con un silencio cauto—. Nunca se había sentido tan sola.

Llegó el lunes, durante el que tampoco salió del apartamento, y continuó con su errática dieta a base de paracetamol y té. Sus sueños eran un tiovivo de pesadillas en el que giraban sin parar los mismos personajes —el ángel, el monstruo que Izîl cargaba a la espalda, la quimera con aspecto de lobo, Brimstone enfurecido—, y cuando abría los ojos, tal vez había cambiado la luz, pero nada más, excepto quizás que su amargura era más profunda.

Había oscurecido cuando sonó el telefonillo. Y sonó. Y sonó. Karou se arrastró hasta la mesita que había junto a la puerta y preguntó con voz ronca:

—¿Quién es?

—¿Karou? —era Zuzana—. Karou, ¿qué demonios te ha pasado? Por qué no me has llamado, mala persona.

Karou se sentía tan contenta de escuchar la voz de su amiga, tan agradecida de que alguien acudiera a comprobar si le sucedía algo, que rompió a llorar. Cuando Zuzana franqueó la puerta, la encontró sentada al borde de la cama, con su maltrecho rostro surcado de lágrimas. Zuzana se quedó quieta, encaramada sobre sus cómicas botas con una plataforma de casi medio metro, y exclamó:

—Pero... Pero... Dios mío, *Karou*.

Atravesó la diminuta habitación como un rayo. Tenía las manos frías por el aire invernal, y su voz era dulce. Karou reposó la cabeza en el hombro de su amiga y lloró sin parar durante largos minutos.

A partir de ese instante todo mejoró.

Zuzana se instaló sin hacer preguntas, y luego fue a comprar provisiones: sopa, vendas y una caja de tiras de sutura para cerrar los cortes recientes que Karou tenía en la clavícula, el brazo y el hombro, abiertos por la espada del ángel.

—Te van a quedar unas buenas cicatrices —comentó Zuzana reclinada sobre su paciente con la misma concentración que empleaba al construir sus marionetas—. ¿Cuándo te pasó esto? Deberías haber ido directa al hospital.

—Lo hice —afirmó Karou pensando en el ungüento de Yasri—. A una especie de hospital.

—Pero... ¿Esto son *zarpazos*?

Karou tenía los brazos cubiertos de moratones, más oscuros donde Brimstone había hundido los dedos, y una serie de pinchazos con costras.

—Sí —murmuró.

Zuzana la observó en silencio, luego se levantó y calentó la sopa que había comprado. Se sentó en una silla junto a la cama y cuando Karou terminó de comer, colocó los pies —ahora descalzos— sobre el colchón y cruzó las manos sobre su regazo.

—Está bien —dijo Zuzana—, estoy lista.

—¿Para qué?

—Para una historia realmente buena que, espero, sea la verdad.

La verdad. Karou intentó cambiar de tema —«Primero dime lo que sucedió el sábado con el chico del violín»—, mientras la idea de contar la verdad rondaba su cabeza.

Zuzana resopló.

—No voy a decirte nada. Bueno, se llama Mik, pero es todo lo que sabrás hasta que desembuches.

—¡Su nombre! ¡Sabes cómo se llama! —aquella bocanada de normalidad infundió en Karou una felicidad casi absurda.

—Karou, te lo digo en serio —Zuzana no *tenía ganas* de bromas. Sus oscuros ojos esclavos adquirieron una intensa expresión de no querer escuchar tonterías que, como Karou le había dicho alguna vez, sería perfecta para un interrogador de la policía secreta—. Cuéntame qué demonios te ha sucedido.

La cuestión era que Karou siempre decía la verdad, aunque la acompañara de una sonrisa sarcástica, como si estuviera relatando algo extravagante. Ni siquiera tenía una expresión facial que identificara cuándo decía la verdad realmente. ¿Y qué le contaría? No era una historia que pudiera ir descubriendo poco a poco, como quien moja el dedo gordo del pie en agua fría. Había que saltar de golpe.

—Un ángel ha intentado matarme —le espetó a su amiga.

Zuzana permaneció en silencio un instante.

—Claro.

—De verdad.

Karou era consciente, demasiado consciente, de su expresión. Se sentía como en una audición para el papel de «personaje sincero» en la que estuviera poniendo todo su esfuerzo.

—¿Te ha hecho esto el caraculo?

Karou soltó una carcajada, demasiado rápida y demasiado intensa, luego se estremeció y sujetó su mejilla hinchada. La idea de que Kaz pudiera hierla era simplemente estúpida. Bueno, hierla *físicamente*, aunque en aquel momento incluso que le hubiera roto el corazón resultaba tonto, en comparación con todos los asuntos que la preocupaban.

—No, no fue Kaz. Los cortes son de una espada, cuando un ángel intentó matarme el viernes por la noche. En Marruecos. Por Dios, es probable que saliera

en las noticias. Luego vino aquel tipo mitad lobo que creí que estaba muerto, pero definitivamente *no* lo estaba. Y el resto me lo hizo Brimstone. Ah, y... Bueno, todo lo que aparece en mi cuaderno de dibujo es cierto —giró las muñecas y las juntó para que se pudiera leer en sus tatuajes *historia real*—. ¿Ves? Es una prueba.

A Zuzana no le hizo gracia.

—Por Dios, Karou...

Karou se zambulló de lleno. Sintió que la verdad tenía un tacto *suave*, como un canto rodado sobre la palma de la mano.

—¿Y mi pelo? No es teñido. Pedí un deseo para que se volviera de este color. Y hablo veintiséis idiomas, la mayoría también fruto de deseos. ¿Nunca te ha resultado extraño que hable checo? Me refiero a que ¿quién habla checo aparte de los checos? Brimstone me lo regaló cuando cumplí quince años, justo antes de venir aquí. Ah, ¿y te acuerdas de cuando tuve malaria? Pues la cogí en Papúa Nueva Guinea, y fue una mierda. Y también me han disparado, y creo que maté al bastardo que lo hizo, pero no me arrepiento, y por alguna razón un ángel ha tratado de *asesinarme*, y era el ser más bello y tenebroso que jamás he visto, aunque el tipo mitad lobo también era jodidamente terrorífico, y anoche cabreeé demasiado a Brimstone y me echó, y cuando regresé aquí, Kaz estaba esperándome y le lancé a través del cristal de la puerta, lo que me vino muy bien, porque no tenía llaves —hizo una pausa—. Así que no creo que intente asustarme de nuevo, que es lo único positivo de todo esto.

Zuzana permaneció callada. Arrastró la silla hacia atrás y se puso las botas, golpeando el suelo con cada pie, y se habría marchado —probablemente para siempre— de no ser por el *golpeteo* que sonó en los cristales de la puerta del balcón.

Karou lanzó un grito ahogado y saltó de la cama, sin preocuparse de sus numerosas heridas. Se abalanzó hacia la puerta. Era Kishmish.

Era Kishmish, y estaba envuelto en fuego.

* * *

Murió en sus manos. Karou apagó las llamas y lo acunó. Tenía el cuerpo en

carne viva y chamuscado, y el ímpetu de colibrí de su corazón fue convirtiéndose en largas pausas, mientras Karou suplicaba, reclinada sobre él: «No, no, no, no, no...». Kishmish metía y sacaba del pico su lengua bífida y sus inquietos gorjeos fueron debilitándose, al igual que sus latidos. «No, no, no. Kishmish, no...». Y murió. Karou permaneció agachada en el balcón, con Kishmish en sus manos. Sus súplicas fueron apagándose hasta convertirse en simples susurros, que no desaparecieron hasta que Zuzana habló.

—¿Karou? —su voz era débil.

Karou levantó los ojos.

—¿Ese es...? —Zuzana señaló con mano temblorosa el cuerpo sin vida de Kishmish—. Ese es... Parece...

Karou no la ayudó. Miró de nuevo a Kishmish e intentó comprender aquella repentina intromisión de la muerte. *Voló hasta aquí en llamas, pensó. Venía a buscarme.*

Notó que había algo amarrado a su pata: un trozo quemado del grueso papel de notas de Brimstone, que se deshizo en cenizas al tocarlo, y... algo más. Sus dedos temblaron al desatarlo, y luego contempló el objeto en la palma de su mano. Su corazón se sobresaltó con un arraigado miedo infantil. Se suponía que no debía tocarlo.

Era el hueso de la suerte de Brimstone.

Kishmish se lo había traído. *Envuelto en llamas.*

En algún punto de la ciudad aulló una sirena cuyo sonido encadenó los acontecimientos que su mente, demasiado lenta, no había sido capaz de relacionar. Llamas. La huella negra de una mano. El portal. Se puso en pie con dificultad, entró rápidamente y se enfundó una chaqueta y unas botas. Zuzana seguía allí, con sus preguntas —«¿Qué es esto, Karou? ¿Qué significa esto? ¿Qué...?»—, pero Karou apenas la oía.

Franqueó la puerta principal y bajó las escaleras, con Kishmish todavía apoyado sobre su brazo y el hueso de la suerte apretado contra la palma de la mano. Zuzana la siguió hasta la calle y por todo Josefov, hasta llegar a la puerta de servicio que había servido a Brimstone de portal hacia Praga.

Se había convertido en un infierno de color blanco azulado, inmune a los chorros de agua que lanzaban los bomberos con sus mangueras.

En ese mismo instante, aunque Karou no lo sabía, todas las puertas del mundo estampadas con una huella de mano negra ardían furiosamente. Era imposible sofocar aquellos incendios, que, sin embargo, no se extendían. Las llamas devoraron las puertas y la magia ligada a ellas y después se consumieron, dejando huecos quemados en docenas de edificios. El fuego desprendía un calor tan intenso que derritió las puertas metálicas, y los testigos que contemplaban las llamas vieron, en el fondo de su deslumbrada retina, siluetas de alas.

Karou las vio y lo comprendió todo. El camino hacia Otra Parte había sido cortado, y ella quedaba a la deriva.

*Érase una vez una niña que creció
entre monstruos.*



*Pero los ángeles incendiaron
las puertas hacia su mundo, y ella quedó
completamente sola.*

21

LA ESPERANZA REALIZA SU PROPIA MAGIA

Una vez, cuando era pequeña, Karou empleó un puñado de *scuppies* para eliminar las arrugas de un dibujo sobre el que se había sentado Yasri. Una arruga tras otra, un deseo tras otro —un procedimiento minucioso que realizó con absoluta concentración y con la lengua en la comisura de los labios—.

—¡Ya está! —afirmó orgullosa levantando el dibujo.

Brimstone emitió un sonido que recordaba a un oso decepcionado.

—¿Qué pasa? —preguntó aquella niña de ocho años, con los ojos y el pelo oscuros y tan delgada como la sombra de un árbol joven—. Es un buen dibujo. Merecía ser rescatado.

El dibujo *era* realmente bueno, y en él aparecía Karou representada como una quimera, con alas de murciélago y cola de zorro.

Issa dio palmas de alegría.

—Estarías preciosa con una cola de zorro. Brimstone, ¿puede ponerse una cola, solo por hoy?

Karou hubiera preferido las alas, pero no conseguiría ninguna de las dos cosas. El Traficante de Deseos, con expresión de fastidio, musitó un cansado «No».

Issa no suplicó. Simplemente se encogió de hombros, besó la frente de Karou y colocó el dibujo con chinchetas en un lugar preferente. Pero Karou se había quedado con la idea, así que preguntó:

—¿Por qué no? Solo se necesitaría un *lucknow*.

—¿Solo? —repitió Brimstone—. ¿Y qué sabes tú del valor de los deseos?

Ella recitó la escala de deseos sin respirar.

—*¡Scuppy, shing, lucknow, gaviel y bruxis!*

Aparentemente, aquello no era a lo que Brimstone se refería. De nuevo emitió aquellos sonidos de oso decepcionado, como gruñidos nasales, y añadió:

—Pequeña, los deseos no se utilizan para tonterías.

—¿Y para qué los usas tú?

—Para nada —respondió—. Yo no pido deseos.

—¿Cómo? —aquella afirmación la dejó perpleja—. ¿Nunca? —¡con toda aquella magia al alcance de la mano!—. Pero podrías conseguir todo lo que quisieras...

—No todo. Hay cosas más grandes que cualquier deseo.

—¿Como qué?

—La mayoría de las cosas importantes.

—Pero un *bruxis*...

—Un *bruxis* tiene sus limitaciones, como cualquier otro deseo.

Un colibrí con alas de polilla voló a trompicones hacia la luz y Kishmish abandonó el cuerno de Brimstone, lo atrapó en el aire y se lo tragó entero. Y simplemente así, la criatura dejó de existir. Estaba allí, y al instante ya no. Karou sintió un nudo en el estómago al considerar la posibilidad de *desaparecer* tan de repente.

—Yo *tengo esperanza*, pequeña, pero no pido deseos. Existe una diferencia —dijo Brimstone mientras la miraba.

Karou dio vueltas en la cabeza a aquella afirmación, pensando que si lograba descubrir la diferencia, tal vez impresionaría a Brimstone. Se le ocurrió algo, e intentó transformarlo en palabras.

—Porque la esperanza sale de *tu interior*, y los deseos son solo magia.

—Los deseos son engañosos; sin embargo, la esperanza es sincera. La esperanza realiza su propia magia.

Había asentido con la cabeza como si lo hubiera comprendido, pero no lo entendió entonces, ni lo entendía ahora, tres meses después de que los portales se hubieran incendiado, arrancándole la mitad de su vida. Había regresado a la puerta de Josefov al menos una docena de veces. Había sido sustituida por otra, al igual que el muro circundante, y presentaba un aspecto demasiado limpio, demasiado nuevo para el entorno. Karou había llamado a la puerta con esperanza; había confiado en sí misma hasta la extenuación, pero nada. Y otra vez, y otra vez: nada.

Cualquiera que fuera la magia contenida en la esperanza, pensó, no se podía

comparar con la de un buen deseo.

Ahora se encontraba frente a otra puerta, la de una cabaña de caza en un lugar perdido de Idaho, y ni siquiera se molestó en llamar. Simplemente la abrió de una patada.

—Hola —saludó con voz intensa y severa, como su sonrisa—. Hacía mucho que no nos veíamos.

Dentro de la cabaña, Bain, el cazador, alzó la mirada sorprendido. Estaba limpiando una escopeta sobre una mesa, y se puso rápidamente en pie.

—Tú. ¿Qué quieres?

No llevaba camisa, lo que dejaba al descubierto una enorme y flácida barriga blancuzca, y su poblada barba caía en mechones sobre su pecho. Karou pudo percibir desde el extremo opuesto de la estancia su desagradable olor, agrio como la madriguera de un ratón.

Entró en la cabaña sin esperar a que la invitara. Iba vestida de negro: pantalones de lana ajustados, botas y una gabardina de cuero con cinturón. Llevaba una cartera colgada en bandolera, el pelo recogido en una trenza y la cara sin maquillar. Parecía cansada. *Estaba* cansada.

—¿Has matado algo interesante últimamente?

—¿Sabes algo? —preguntó Bain—. ¿Se han vuelto a abrir las puertas?

—No. Nada de eso.

Karou hablaba con suavidad, como si se tratara de una visita de cortesía. Por supuesto, era todo una farsa. Nunca había acudido a aquel lugar, ni siquiera cuando hacía recados para Brimstone. Bain siempre había ido personalmente a la tienda.

—No ha sido fácil encontrarte —añadió. Bain vivía de espaldas al mundo moderno; en lo que respectaba a Internet, simplemente no existía. Karou había invertido varios deseos en encontrar su rastro; deseos de escaso valor que había arrebatado a otros traficantes.

Paseó los ojos por la habitación. Un sofá de cuadros escoceses, algunas cabezas de alce disecadas colgadas en la pared y una silla abatible de cuero sintético pegada con cinta adhesiva. Por la ventana se colaba el murmullo de un generador, y la estancia estaba iluminada con una única bombilla. Karou sacudió la cabeza.

—¿Tienes *gavriels* con los que jugar y vives en un vertedero como este? Madre mía.

—¿Qué quieres? —preguntó Bain receloso—. ¿Dientes?

—¿Yo? No —se sentó en el borde de la silla abatible y, sin perder aquella expresión intensa y severa, añadió—: No son *dientes* lo que quiero.

—Entonces, ¿qué?

El rostro de Karou perdió la sonrisa, como accionado por un interruptor.

—Creo que puedes imaginártelo.

Transcurrió un instante y Bain replicó:

—No tengo ninguno. Los utilicé todos.

—¿Sabes?, creo que no me fío de ti.

Bain señaló la habitación, recorriéndola con un gesto.

—Echa un vistazo. Adelante.

—Veamos, la cuestión es que sé dónde los guardas.

El cazador se quedó paralizado, y Karou miró de reojo la escopeta colocada sobre la mesa. Estaba desmontada, no suponía ningún peligro. Consideró la posibilidad de que tuviera otra arma al alcance de la mano. Seguramente. No era la clase de tío que confiaba su vida a una sola.

Bain movió los dedos de manera casi imperceptible.

Karou sintió en las manos cómo se le aceleraba el pulso.

Él se abalanzó sobre el sofá, pero ella ya estaba en movimiento. Karou saltó con agilidad por encima de la mesa, como en un baile, interceptó la cabeza de Bain con la palma de la mano y la lanzó contra la pared. Con un gruñido, Bain se desplomó sobre el sofá, y durante un instante quedó libre para rebuscar frenéticamente con ambas manos entre los cojines, hasta que halló lo que buscaba.

Se dio la vuelta, con una pistola en alto. Karou le agarró la muñeca con una mano y la barba con la otra. Sonó un disparo y el arma escupió una bala por encima de su cabeza. Karou apoyó un pie en el sofá, arrastró a Bain de la barba y le lanzó contra el suelo. La mesa se volcó y las piezas de la escopeta rodaron desperdigadas. Con la muñeca de Bain aún aprisionada y la pistola apuntando hacia otro lado, Karou estrujó el antebrazo del hombre con su rodilla, hasta oír un

crujir de huesos. Bain soltó un alarido y dejó caer el arma. Karou la recogió y apretó el cañón contra el ojo del cazador.

—Te voy a perdonar este desliz —dijo—. Me imagino que desde tu punto de vista todo esto apesta. Pero yo no creo que esté tan mal.

Bain respiraba con dificultad y la miraba con ojos asesinos. De cerca, olía a rancio. Sin retirar la pistola de su ojo, Karou se armó de valor y alargó la mano hacia la grasienta barba para hurgar en ella. Al instante su mano palpó algo metálico. Así que era cierto. Bain escondía sus deseos en la barba.

Karou sacó el cuchillo que guardaba en la bota.

—¿Quieres saber cómo lo descubrí? —preguntó. Bain había agujereado las monedas de los deseos para atarlas con los asquerosos pelos de su barba. Karou fue cortando aquellas amarras una a una—. Fue Avigeth. ¿La serpiente? Tuvo que enroscarse a tu repugnante cuello, ¿te acuerdas? No sentí ninguna envidia. ¿Pensaste que no le contaría a Issa lo que habías escondido en esta desagradable pelambrera?

Karou se estremeció al recordar aquellas noches tranquilas en la tienda, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, dibujando a Issa y charlando mientras las herramientas de Twiga zumbaban en un rincón y Brimstone enfilaba sus interminables collares de dientes. ¿Qué estaría sucediendo allí ahora?

¿Qué?

Los deseos de Bain eran en su mayoría *shings*. No obstante, había también algunos *lucknows*, y lo mejor de todo, dos *gavriels* pesados como martillos. Era un buen botín. Muy bueno, en realidad. De los demás traficantes a los que había visitado hasta ese momento, solo había conseguido *lucknows* y *shings*.

—Deseaba con todas mis fuerzas que no los hubieras gastado todavía —dijo Karou—. Gracias. Sinceramente, *gracias*. No sabes lo que esto significa para mí.

—Zorra —murmuró Bain.

—Qué valiente —respondió Karou en tono coloquial—. Me refiero a llamar eso a la chica que tiene un arma contra tu ojo.

Siguió cortando puñados de barba, mientras él permanecía rígido. Probablemente Bain pesara el doble que ella, pero no se revolvió. Los ojos de Karou transmitían una luz salvaje que le intimidaba. Además, había escuchado

rumores sobre San Petersburgo, y sabía que no se mostraba tímida con el cuchillo.

Desvalijó el escondite de los deseos y, apoyada sobre los talones, le apartó el labio inferior con el cañón de la pistola. Karou hizo una mueca al verle los dientes. Los tenía torcidos y oscurecidos por el tabaco, pero eran *los suyos*. Por lo tanto, no había esperanza de encontrar un *bruxis*.

—¿Sabes?, eres el quinto traficante de Brimstone al que localizo, y el único que conserva los dientes.

—Bueno, me gusta comer carne.

—Te gusta la carne. Claro que sí.

Todos los traficantes a los que había regalado sus «visitas de cortesía» habían intercambiado sus dientes por *bruxis*, y todos los habían gastado ya, la mayoría para conseguir una larga vida. Uno de ellos, la desagradable matriarca de un clan de furtivos pakistaníes, había desperdiciado el deseo al olvidar incluir juventud y salud, lo que la había convertido en una calamidad de carnes flácidas, y en testimonio de la advertencia de Brimstone de que incluso los *bruxis* tenían sus límites.

La verdad es que un *bruxis* habría supuesto un verdadero hallazgo, pero lo que Karou realmente necesitaba era un par de *gavriels*, y los había conseguido. Amontonó todos los deseos, con sucios pelos de barba colgando, y empujó toda aquella porquería dentro de su cartera. Conservó un *shing* en la palma de la mano; lo necesitaría para marcharse.

—¿Crees que esto no tendrá consecuencias? —preguntó Bain en voz baja—. Acabas de joder a un cazador, vivirás como una presa, pequeña, preguntándote en todo momento quién anda detrás de ti.

Karou hizo un gesto como si cavilara.

—Vaya. No queremos que eso suceda, ¿verdad?

Levantó la pistola y dirigió el cañón hacia Bain. Vio cómo se le agrandaban los ojos y los cerraba con fuerza al tiempo que ella lanzaba un entusiasta e infantil «¡Pillado!». Bajó de nuevo la pistola.

—Era broma. Has tenido suerte de que no sea de ese tipo de chicas.

Karou colocó el arma sobre el sofá y mientras Bain se incorporaba, deseó que se quedara dormido. La cabeza del hombre golpeó el suelo con un ruido sordo y el

shing se desvaneció de su mano. Karou no volvió la cabeza. Bajó los escalones del porche con pesadez y recorrió el sendero de grava negra hacia el lugar en donde había dejado un taxi esperando, junto a unos buzones.

Llegó a los buzones, pero el taxi había desaparecido.

Karou suspiró. Seguramente el taxista habría escuchado el disparo y se había largado. No podía culparle. Parecía una escena de una película de cine negro: una chica le paga una suma ridícula por que la lleve desde Boise hasta aquel lugar perdido, desaparece en una cabaña de caza y suena un disparo. ¿Quién en su sano juicio se quedaría a ver cómo acaba todo?

Lanzó otro suspiro y cerró los ojos. Iba a restregárselos, pero recordó que había estado hurgando en la asquerosa barba de Bain, así que se frotó las manos contra los pantalones. Estaba tan cansada... Rebuscó en el bolso. Consideró que necesitaría un *lucknow* para traer el taxi de regreso, así que agarró uno. Estaba a punto de pedir el deseo cuando se detuvo.

—¿En qué estaré pensando?

Sus labios se abrieron en una sonrisa y un hoyuelo se dibujó en su mejilla.

Optó por coger un *gavriel*.

—Hola, amigo —susurró. Calculó su peso sobre la palma de la mano, inclinó la cabeza hacia atrás y miró al cielo.

22

UN TROZO DE CAMELO HUECO

Tres meses.

Hacía tres meses que los portales se habían incendiado, y Karou no había recibido ni una sola noticia en todo ese tiempo. ¿Cuántas veces sus pensamientos, a pesar de encontrarse ocupados en otros asuntos, se habían deslizado de repente hacia la nota quemada en las garras de Kishmish? Como un arañazo en un disco, la nota había dejado un surco en su mente. ¿Qué pondría en aquel papel? ¿Qué querría transmitirle Brimstone mientras los portales ardían?

¿Qué le habría revelado aquella nota?

Y a ella había que añadir el hueso de la suerte, que ahora llevaba en torno al cuello, igual que Brimstone. Por supuesto, se le había ocurrido que *podría* equivaler a un deseo, uno más poderoso incluso que un *bruxis*, y lo había colocado sobre su mano para pedir que apareciera un portal hacia Otra Parte, pero no sucedió nada. No obstante, se sentía reconfortada al notar su roce sobre la piel. Las frágiles puntas de aquella espoleta se acomodaban entre sus dedos como si estuviera hecha para sujetarla de aquel modo. Pero si era más que un hueso, no podía adivinar qué, y en cuanto a la razón por la que Brimstone se lo había enviado, temía que nunca la descubriría. El miedo aumentaba al enfrentarse a todas sus preguntas sin respuesta, y con él surgían nuevos temores, extraños e indefinidos.

Karou sentía que le estaba sucediendo algo.

En ocasiones, cuando se miraba al espejo, su reflejo le resultaba totalmente desconocido durante un instante, como si se enfrentara a la mirada de una extraña. Si alguien la llamaba por su nombre, no siempre se sentía identificada, e incluso la silueta de su sombra podía llegar a parecerle ajena. Hacía poco, se había sorprendido a sí misma comprobando con movimientos rápidos que de verdad era la suya. Estaba casi segura de que ese comportamiento no era normal.

Zuzana discrepaba.

—Seguramente se trate de un trastorno de estrés postraumático —había diagnosticado—. Lo que sería raro es que estuvieras bien. Después de todo, has perdido a tu familia.

Karou aún se maravillaba del modo en que Zuzana había aceptado su extraño relato. Su amiga no era de las que creían en ese tipo de historias, pero después de ver a Kishmish y de recibir una pequeña demostración de cómo funcionaban los *scuppies*, admitió todo el paquete, lo que resultaba magnífico. Karou la necesitaba. Zuzana era el único anclaje con su vida normal. O con lo que quedaba de ella.

Seguía en la escuela, aunque solo técnicamente. Tras los incendios provocados por el ángel, sus heridas tardaron en curar alrededor de una semana, al menos lo suficiente como para que el color verde amarillento de los moratones pudiera ocultarse con maquillaje. Había retomado las clases un par de días, pero era una causa perdida. No podía concentrarse y su mano parecía incapaz de manejar el lapicero o el pincel con delicadeza. Una energía vertiginosa invadía su cuerpo y, más que nunca, la atormentaba aquella sensación de que debería estar haciendo

algo distinto.

Algo distinto. Algo distinto. Algo *distinto*.

Contactó con Esther y con otros de los socios menos desagradables de Brimstone en todo el mundo para confirmar que el fenómeno era global: los portales habían desaparecido, todos y cada uno de ellos.

Al mismo tiempo había descubierto algo bastante inesperado: que era rica. Brimstone había ido abriendo cuentas bancarias a su nombre a lo largo de los años. Suculentas cuentas bancarias repletas de ceros. Incluso era propietaria de bienes inmuebles, como los edificios en los que, hasta hacía poco, se ubicaban los portales. Y de *tierras*. Poseía nada menos que un pantano. Un pueblo medieval abandonado en el sendero de lava del Etna. La falda de una montaña en los Andes donde un paleontólogo aficionado aseguraba —para diversión de toda la comunidad científica— haber desenterrado restos de «esqueletos de monstruos».

Brimstone se había preocupado de que a Karou nunca le faltara el dinero, lo que resultó una suerte, ya que debía pagar sus «visitas de cortesía» como cualquier otro ser humano: aviones, pasaporte, hombres de negocios excesivamente amables, y todo lo demás.

Empezó a acudir a la escuela de forma esporádica, aduciendo problemas familiares. Y es posible que la hubieran expulsado de no ser por todo el trabajo adicional que realizó, los continuos dibujos en su nuevo cuaderno de bocetos —el número 93, que continuaba donde tan abruptamente había acabado el 92, abandonado en la tienda de Brimstone—. En esos momentos, su vida de estudiante pendía de un hilo.

La última vez que había asistido a clase, la profesora Fiala solo le había dedicado caras de desaprobación y críticas. Al hojear el cuaderno de bocetos de Karou, se había detenido en un dibujo en particular, un retrato del ángel en Marrakech, realizado de memoria. Representaba el momento en que Karou lo había visto de cerca por primera vez, en el callejón.

—Karou, esta es una clase de dibujo *del natural* —dijo Fiala—, no de dibujo *fantástico*.

Karou tardó en reaccionar. Estaba casi segura de haber eliminado las alas y, de hecho, así era.

—¿Fantástico? —preguntó.

—Nadie es tan perfecto —respondió la profesora paseando una mirada desdeñosa por el dibujo.

Karou no protestó, pero más tarde le comentó a Zuzana:

—Lo gracioso es que ni siquiera le hice justicia. Aquellos *ojos*. Tal vez en un cuadro se podría capturar su expresión, pero nunca en un dibujo.

—Sí, bueno —añadió Zuzana—, es un bastardo guaperas con aspecto tétrico.

—Lo sé. Deberías haberlo visto.

—Espero con toda mi alma no encontrármelo jamás.

—A mí sí me gustaría, en cierto modo —afirmó Karou, que ya no cometía el error de salir de casa desarmada. En aquel enfrentamiento había demostrado muy poco sus habilidades, y sentía vergüenza al pensar en el modo en que había escapado. Si se encontrara de nuevo con el ángel, defendería su posición.

En la escuela, sin embargo, no tenía ninguna posición que defender. No había preparado el proyecto semestral y no podía seguir confiando en el cuaderno de bocetos y las febriles puestas al día de última hora; además, a pesar de lo duro que resultaba abandonar sin más, tenía asuntos más importantes que atender.

Tras los incendios, el primer lugar que visitó fue Marrakech. No dejaba de pensar en lo que Izîl le había gritado:

—Vuelve con Brimstone. Dile que los serafines están aquí. Que han regresado. ¡Debes advertirle!

Él sabía algo. Era lo que había deseado con su *bruxis*: conocimiento. Y aunque Karou siempre se había preguntado qué habría aprendido, en ese momento necesitaba urgentemente saberlo. Por eso había acudido en su busca, y descubrió, con gran tristeza, que se había lanzado desde el minarete de la Koutoubia la misma noche en la que ella había huido. ¿Se había *tirado*? *Algo poco probable*, pensó recordando el inexpresivo semblante del ángel, el mordisco de su espada y las cicatrices que le había dejado como recuerdo.

Zuzana había serigrafiado una camiseta en la imprenta de la escuela con la frase: CONOCÍ A UN ÁNGEL EN MARRUECOS Y LO ÚNICO QUE ME DEJÓ FUERON ESTAS ASQUEROSAS CICATRICES. Karou había encargado otra en la que ponía: YO HE VISTO UN ÁNGEL Y VOSOTROS NO, ¡QUE OS JODAN, MONOS EXTASIADOS!

Aquella frase había surgido como respuesta al fervor generalizado que desataron los avistamientos de ángeles. Aunque en un primer momento los relatos de los encuentros habían sido considerados delirios de borrachos y niños, las evidencias habían adquirido un carácter demasiado fascinante como para obviarlas. Por Internet circulaban algunos vídeos caseros y fotografías que habían saltado incluso a los medios de comunicación con titulares como ÁNGELES DE LA MUERTE: ¿HERALDOS O ENGAÑO?, anunciados con voz afectada en horario de máxima audiencia. La mejor grabación procedía del teléfono de un vendedor de alfombras y mostraba el ataque a Karou, aunque, por suerte, ella aparecía como una mera silueta imposible de identificar sobre un escenario desdibujado por el calor que desprendían las alas del ángel.

Por lo que ella sabía, era la única vez que un ángel —porque habían existido otros, aparte del de la anunciación— había mostrado sus alas, aunque algunos testigos aseguraban haber visto algunos volando o, al menos, sus sombras aladas. En la India, una monja tenía una quemadura en forma de pluma en la palma de la mano, lo que estaba atrayendo a multitud de peregrinos de todo el mundo que acudían con la esperanza de ser bendecidos por ella. Las sectas dedicadas al culto del rapto habían preparado las maletas y estaban organizando multitudinarias vigiliass en espera del fin del mundo. Las cuentas de correo electrónico recibían a diario mensajes sobre nuevos avistamientos de ángeles, pero a Karou ninguno le sonaba real.

—Es todo falso —le había dicho a Zuzana—. Son solo chalados que esperan el Apocalipsis.

—Qué *divertido*, ¿verdad? —Zuzana se había frotado las manos con regocijo fingido—. ¡Vamos, chicos, que llega el Apocalipsis!

—Tienes razón. Tu vida tiene que ser realmente asquerosa para que desees que llegue el Apocalipsis.

Y así habían pasado toda una tarde en La Cocina Envenenada —acompañadas de Mik, el «chico del violín» de Zuzana y ahora novio oficial—, bebiendo té de manzana y jugando a *¿Cómo tendría que ser tu vida de asquerosa para que desearas la llegada del Apocalipsis?*

«Tan asquerosa que tus únicos amigos fueran tus pantuflas».

«Tan asquerosa que tu perro meneara el rabo cuando te *alejara* de él».

«Que te supieras todas las canciones de Celine Dion».

«Que desearas que *todo el mundo* desapareciera para no tener que levantarte un día más en tu casa de mierda —que, por cierto, no, no tiene ninguna obra de arte—, alimentar a tus repugnantes hijos y acudir a un trabajo embrutecedor donde seguramente alguien haya llevado donuts para que tu culo engorde aún más. *Esta es la vida asquerosa que te haría desear la llegada del Apocalipsis*».

Esta magnífica aportación fue de Zuzana.

Ah, Zuzana.

En ese momento, en medio de Idaho, mientras invertía el primer *gavriel* que caía en sus manos en un deseo para toda la vida —el *gavriel* desapareció, y ella se elevó suavemente del suelo—, lo primero que pensó Karou fue: *Zuzana tiene que ver esto*.

Estaba flotando. Lanzó un grito de alegría y estiró los brazos para mantener el equilibrio, impulsándose como si estuviera en el mar, pero... no se encontraba en el agua, sino *en el aire*. Estaba volando. Bueno, tal vez aquello no pudiera considerarse volar —*todavía*—, pero sí flotar en el umbral del *inmenso cielo*. Que, daba la casualidad, envolvía el *inmenso mundo*. Sobre ella, la noche aparecía inabarcable y repleta de estrellas, una esfera infinitamente profunda por la que ella ascendía más y más, reclamando su espacio.

Se había elevado por encima de las copas de los árboles y podía ver el tejado de la cabaña de Bain. El viento susurró en sus oídos, frío pero juguetón, como dándole la bienvenida a las alturas. No pudo evitar una carcajada. Y una vez que empezó, fue incapaz de parar. Era un torrente de risitas incrédulas que sonaba algo tonto, pero ¿quién no parecería un poco chiflado en un momento como ese?

Estaba *volando*.

Dios, deseó tener alguien con quien compartir aquello.

No tardaría en compartir la experiencia con alguien, aunque no con el... *individuo...*, por decir algo, que ella habría elegido. Sin embargo, no podía elegir, ya que solo existía un ser en el mundo que podía ayudarla, y ese, desafortunadamente, era Razgut.

El recuerdo de la criatura de Izîl provocaba escalofríos en Karou, pero su destino había quedado ligado al de él.

En Marrakech, después de enterarse de la muerte de Izîl, había deambulado por los callejones que rodeaban la mezquita, desolada por la decepción. Había

confiado tanto en que Izîl pudiera explicarle lo que estaba sucediendo... Con tal intensidad... Se desplomó contra una pared y se abandonó a las lágrimas con una mezcla de frustración y dolor por la muerte de aquel pobre hombre torturado.

Y entonces, como un eco que se deslizara por el suelo, escuchó una infame risita. Algo se movió bajo un carro desvencijado, y apareció Razgut arrastrándose.

—Hola, encanto —ronroneó.

Karou se alegró realmente de verlo, lo que demostraba el estado de ánimo en que se encontraba.

—Sobreviviste a la caída —exclamó.

Pero no ileso. Al quedar privado de su mula humana, estaba desparramado sobre el suelo. Se había roto un brazo, que llevaba apoyado contra el pecho mientras se arrastraba impulsado con el otro, lastrado por sus piernas a la espalda. Y su cabeza, aquella horrible cabeza color púrpura, había quedado aplastada en la sien, y aparecía cubierta por una costra de sangre reseca y con piedras y cristales clavados.

Sacudió la mano con impaciencia.

—He caído de alturas mayores.

Karou parecía escéptica. El minarete, la construcción más alta de la ciudad, se elevaba sobre ella.

Al ver que Karou miraba hacia arriba, Razgut rió de nuevo. Era un sonido espeso, una mezcla de tristeza y rencor.

—Eso no es nada, encanto azulado. Hace mil años, caí *desde el cielo*.

—Desde el cielo. El cielo no existe.

—Qué quisquillosa. Entonces, de las nubes, si es que sabes tanto. Y no me caí exactamente. Eso me haría parecer algo patoso, ¿no crees? Digamos que tropecé y acabé en tu mundo. No. Me arrojaron. Me expulsaron. Me exiliaron.

Y así fue como Karou descubrió el origen de Razgut. Al mirarlo y recordar al ángel —aquel ser mítico y perfecto—, resultaba difícil creer que estuvieran emparentados; sin embargo, cuando se obligó a observarlo con atención, lo vio claro. Tampoco se podían obviar los muñones astillados de sus alas perdidas. No era una criatura de este mundo.

También había comprendido, por fin, la desafortunada materialización del *bruxis* de Izîl. Al desear conocimiento del otro mundo, se había condenado a cargar con Razgut, que le descubriría todo aquello que Brimstone no le había contado.

—¿Qué le sucedió a Izîl? —preguntó Karou—. Realmente no se suicidó, ¿verdad? El ángel...

—Bueno, podrías culpar al ángel. Él nos dejó sobre el minarete, pero el loco jorobado se arrojó al vacío, para *protegerte*.

—¿A mí?

—Mi hermano serafín te estaba buscando, encanto. Un chico malo que no paraba de hacer preguntas. Me gustaría saber qué quiere de ti.

—No tengo ni idea —Karou sintió un escalofrío—. ¿Izîl no le dijo dónde vivo?

—Claro que no, era un loco noble. Prefirió bailar con el cielo, y el cielo lo escupió como una ciruela podrida.

—Dios mío —Karou se desplomó contra la pared y se rodeó el cuerpo con los brazos—. Pobre Izîl.

—¿Pobre Izîl? No te compadezcas de él, compadécete de *mí*. ¡Él ha quedado libre, sin embargo mira cómo estoy yo! ¿Crees que es fácil encontrar mulas? Ni siquiera he logrado engañar a un mendigo.

Razgut se enderezó y, con el brazo sano, arrastró sus piernas hasta colocarlas delante del cuerpo. Su rostro se crispó de dolor, pero tan pronto como Karou empezó a sentir la más leve insinuación de pena, aquel dolor se tornó en una mirada lasciva.

—Tú vas a ayudarme, ¿verdad, dulce niña? —preguntó Razgut sonriendo. Sus dientes aparecieron incongruentemente perfectos—. ¿Dejarías que te montara? —tal vez se refería a «montarla» como había hecho con Izîl, aunque su voz acariciaba una implicación más lujuriosa—. Después de todo, esto es culpa tuya.

—¿Culpa *mía*? En absoluto.

Con tono persuasivo, Razgut ronroneó:

—Te contaré secretos, como a Izîl.

—Pídeme otra cosa —respondió Karou con brusquedad—. No voy a cargar contigo. Jamás.

—Piénsalo, te daré calor. Trenzaré tu pelo. Ya nunca estarás sola.

¿Sola? En aquel instante, Karou se sintió desnuda, como si aquella criatura hubiera descubierto lo más profundo de su ser. Razgut continuó susurrando.

—Toda esa belleza solo envuelve soledad. ¿Crees que no lo noté al probarte? Estás prácticamente vacía. Un trozo de caramelo hueco, pero que sabe *tan bien*... —inclinó la cabeza hacia atrás y gimió, entrecerrando los ojos al recordar la sensación de placer. Karou sintió asco—. Podría estar lamiéndote el cuello sin parar, cariño —musitó—. *Sin parar*.

Karou no estaba tan desesperada como para aceptar aquella oferta, así que se apartó de la pared y empezó a alejarse.

—Una charla agradable. Adiós.

—¡Espera! —vociferó Razgut—. ¡Espera!

Karou pensaba que nada de lo que él dijera podría detenerla; sin embargo, Razgut gritó:

—¿Quieres ver de nuevo a tu Traficante de Deseos? Yo puedo llevarte. ¡Sé dónde hay un portal!

Karou se volvió y lo miró con desconfianza.

La lascivia había desaparecido, dando paso a su habitual gesto de sufrimiento. Reconocía aquella expresión y, durante un brevísimo instante, se sintió unida a aquel ser destrozado. Aquel rostro transmitía nostalgia. Si su propia esencia era la soledad, la de Razgut era la nostalgia.

—El portal por el que me expulsaron hace mil años. Sé dónde se encuentra. Te lo mostraré, pero tienes que llevarme contigo —y susurró, con la respiración entrecortada—: Solo quiero volver a casa.

Karou sintió un vuelco en el corazón. Otro portal.

—Vámonos. Ahora mismo.

Razgut resopló.

—Si fuera tan sencillo, ¿crees que seguiría aquí?

—¿A qué te refieres?

—Está en el cielo, niña. Tenemos que *volar* hasta allí.

Y ahora, gracias a dos grasientos *gavriels* extraídos de la barba de un cazador —uno para ella, y otro para Razgut—, podrían hacerlo.

23

PACIENCIA INFINITA

Una ciudad de cuento de hadas. Desde el aire, los tejados rojos flanquean un meandro de un río negro, y por la noche las colinas boscosas aparecen como oscuros espacios vacíos frente al resplandor del castillo iluminado, las afiladas torres góticas, las cúpulas grandes y pequeñas. El río capta todas las luces y las refleja, alargadas y temblorosas, y la lluvia lo desdibuja todo, como en un sueño.

Esta fue la primera imagen de Praga que contempló Akiva. Él no había marcado el portal de aquella ciudad; había sido Hazael, quien, de regreso a su propio mundo, había destacado que se trataba de un lugar hermoso, y tenía razón. Akiva imaginó que Astrae debió de haber mostrado un aspecto similar en su época dorada, antes de ser arrasada por las bestias. La Ciudad de los Cien Chapiteles, así se había conocido a la capital seráfica —una torre por cada dios estrella—, y las quimeras los habían destruido todos.

Muchas ciudades humanas también habían quedado devastadas durante la guerra; sin embargo, Praga había tenido suerte. Aparecía atractiva y fantasmal, con sus agrietadas piedras desgastadas por siglos de tormentas, por millones de gotas de lluvia. Era un día frío y húmedo, desapacible, pero eso no preocupaba a Akiva. Él generaba su propio calor. El agua siseaba al rozar sus alas invisibles y se convertía en vapor, dibujando su perfil en forma de halo difuso contra la oscuridad de la noche. Ningún hechizo podía evitarlo, como tampoco podía ocultar las alas en su sombra, sin embargo no había nadie alrededor para contemplarlo.

Estaba encaramado a un tejado del casco viejo. Las torres de la iglesia Týn se alzaban como cuernos de diablo tras la hilera de edificios del otro lado de la calle, en uno de los cuales se encontraba el piso de Karou. No había luz en su ventana. Había permanecido oscura, y el piso vacío, desde que lo había localizado dos días atrás.

En el bolsillo, plegada y con los dobleces bien marcados por el uso, guardaba una hoja arrancada de un cuaderno de bocetos —el número 92, según indicaba el lomo—. En aquella página, que había sido la primera del cuaderno, un dibujo representaba a Karou con las manos juntas, en actitud suplicante, junto a las siguientes palabras: «Si lo encuentras, por favor, devuélvelo en Králodvorská, 59,

n.º 12, Praga. Serás recompensado con agradecimiento infinito y una buena propina en metálico. Gracias».

Akiva no había llevado todo el cuaderno, solo aquella hoja con el borde rasgado. No buscaba agradecimiento, ni dinero.

Solo buscaba a Karou.

Con la infinita paciencia de quien ha aprendido a vivir con el corazón destrozado, esperó su regreso.

24

VOLAR ES FÁCIL

Karou descubrió, con alegría, que volar era fácil. La euforia difuminó el cansancio, y con él, la apatía que se había instalado en su ánimo tras demasiados encuentros con los traficantes de dientes de Brimstone. Tomó altura, maravillada por las estrellas y la sensación de encontrarse entre ellas. Eran increíbles. Había que admitir que aunque Bain carecía de gusto para la decoración, al menos vivía en compañía de las estrellas. El cielo parecía *azucarado*.

Se alejó de la cabaña y siguió la carretera en dirección a Boise. Se movía arriba y abajo, entre las corrientes de aire. Experimentó la velocidad —sin esfuerzo, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas heladas—. No tardó mucho en adelantar al taxi que la había abandonado a su suerte e imaginó escenas malévolas. Podría volar junto al coche, golpear la ventanilla y agitar el puño antes de remontar de nuevo el vuelo.

Eres perversa, pensó, y escuchó la voz de Brimstone en su cabeza censurando aquella travesura como *insensata*. Bueno, tal vez un poquito.

No obstante, ¿qué pensaría Brimstone del deseo en sí —volar— y del plan del que formaba parte? ¿Cómo reaccionaría cuando Karou se presentara en su puerta, con el pelo despeinado por el viento de dos mundos? ¿Se alegraría de verla o seguiría enfurecido y rugiría que estaba loca, echándola de nuevo? ¿Debía buscar a Brimstone o él deseaba que escapara como una mariposa a través de una ventana, sin mirar atrás, como si nunca hubiera tenido una familia de monstruos?

Si esperaba que hiciera aquello, es que no la conocía en absoluto.

Iría a Marruecos y localizaría a Razgut bajo el montón de basura o el carro que le sirviera de escondite y juntos —*¡juntos!*, se estremecía incluso al *pensar* en aquella palabra que la unía a él— volarían a través de una abertura en el cielo para emerger en Otra Parte.

De repente comprendió que aquello era a lo que Brimstone se refería al afirmar que «la esperanza realiza su propia magia». Los deseos no le habían permitido abrir un portal sin más, pero gracias a su fuerza de voluntad, a su *esperanza*, y justo cuando daba por perdidas a sus quimeras, lo había conseguido: había encontrado

un camino. Allí estaba, volando, y con un guía que la esperaba para conducirla hasta el lugar al que deseaba ir. Se sentía orgullosa, y creyó que Brimstone también lo estaría, lo demostrara o no.

Empezó a tiritar. En el cielo hacía frío y el entusiasmo inicial iba dejando paso al castañeteo de dientes y el cansancio, así que aterrizó en medio de la carretera, con facilidad, como si lo hubiera hecho miles de veces, y esperó a que el taxi la alcanzara.

Por supuesto, el taxista se sorprendió al verla. La miró como si se tratara de un fantasma y, de regreso al aeropuerto, pasó más tiempo observándola a través del espejo retrovisor que mirando a la carretera. Karou se sentía demasiado agotada como para pensar siquiera que era gracioso. Cerró los ojos, buscó el hueso de la suerte con la mano, bajo el cuello del abrigo, y cogió las puntas de la espoleta entre sus dedos.

Estaba casi dormida cuando sonó su teléfono. El nombre de Zuzana se iluminó en la pantalla.

—Hola, hada rabiosa.

Su amiga resopló.

—Cállate. Tú eres la única aquí que podría ser un hada.

—Yo no soy un hada. Soy un monstruo. Y adivina qué. Hablando de hadas, tengo una sorpresa para ti.

Karou trató de imaginar la cara de Zuzana cuando viera cómo se elevaba del suelo. ¿Debía contárselo, o sorprenderla? Tal vez podría fingir que se caía de una torre..., ¿o sería demasiado malvado?

—¿Qué? —preguntó Zuzana—. ¿Me has comprado un regalo?

Ahora le tocaba resoplar a Karou.

—Eres como una niña cuando sus padres regresan a casa de una fiesta, hurgando en sus bolsillos en busca de un trozo de tarta.

—Mmm, tarta. Me comería un trozo de tarta. Pero no de un bolsillo, eso es asqueroso.

—No te llevo tarta.

—Ah... ¿Qué clase de amiga *eres*? Aparte de la más ausente.

—Ahora mismo, la más *cansada*. Si escuchas ronquidos, no te ofendas.

—¿Dónde estás?

—En Idaho, de camino al aeropuerto.

—¡El aeropuerto, estupendo! Entonces, ¿vuelves a casa? No te has olvidado. Sabía que te acordarías.

—Por favor. Llevo semanas deseándolo. No te puedes ni imaginar. Ha sido como pensar: cazador repugnante, cazador repugnante, cazador repugnante, ¡espectáculo de marionetas!

—Por cierto, ¿cómo vas con esos cazadores repugnantes?

—Repugnantemente. Pero olvídate de ellos. ¿Estás lista?

—Sí. Asustada, pero dispuesta. La marioneta está terminada y ha quedado *estupenda*, aunque está feo que yo lo diga. Lo único que falta es que pongas en funcionamiento tu magia —hizo una pausa—. Me refiero a tu magia no mágica. La típica brujería de Karou. ¿Cuándo estarás de vuelta?

—Imagino que el viernes. Solo tengo que hacer una paradita rápida en París...

—Una paradita rápida en París —repitió Zuzana—. ¿Sabes?, un alma menos elevada que la mía acabaría su amistad contigo alegando frases detestables como «solo tengo que hacer una paradita rápida en París».

—¿Existen almas menos elevadas que la tuya? —replicó Karou.

—¡Oye! Puede que mi cuerpo sea pequeño, pero mi espíritu es grande. Por eso llevo zapatos con plataforma. Para estar a la altura de mi alma.

Karou rió, un alegre tintineo que atrajo la mirada del taxista hacia su reflejo en el retrovisor.

—Y también para besar —añadió Zuzana—. Porque de otro modo solo podría salir con enanos.

—Por cierto, ¿cómo está Mik? Aparte de que no es un enano.

La voz de Zuzana adquirió un tono meloso.

—Bieeeeeeen —respondió estirando la palabra como un caramelo masticable.

—¿Hola? ¿Quién está ahí? Que se vuelva a poner Zuzana. ¿Zuzana? Hay una tía ñoña al teléfono haciéndose pasar por ti...

—Cierra la boca —gritó Zuzana—. Solo vuelve, ¿de acuerdo? Te necesito.

—Voy de camino.

—Y tráeme un regalo.

—Ya. Como si lo merecieras.

Karou colgó el teléfono con una sonrisa en los labios. Zuzana *merecía* un regalo, y esa era la razón por la que iba a detenerse en París antes de regresar a su casa en Praga.

Su casa. Aquella expresión todavía le resultaba extraña, pero la mitad de su vida había quedado seccionada, y la otra mitad —la mitad normal— estaba en Praga. Su diminuto apartamento con filas y filas de cuadernos de dibujo; Zuzana y sus marionetas; la escuela, los caballetes y viejos desnudos con boas de plumas; La Cocina Envenenada, esculturas con máscaras antigás y platos de *goulash* humeantes sobre tapas de ataúdes; incluso el imbécil de su ex novio acechando en las esquinas disfrazado de vampiro.

Bueno, la mitad *normalita*.

Y aunque parte de su ser se mostraba ansioso por llegar a Marruecos, recoger a su horripilante compañero de viaje y emprender el camino hacia Otra Parte, no podía soportar la idea de desaparecer sin más, no después de todo lo que había perdido. Suponía que regresaba para despedirse, y para disfrutar de la normalidad por última vez en un futuro inmediato.

Además, no tenía intención de perderse el espectáculo de marionetas de Zuzana.

25

PAZ IMPOSIBLE

Karou regresó a Praga el viernes por la noche a última hora. Indicó su dirección al taxista, pero cuando estaban llegando a su barrio, cambió de idea y le pidió que la dejara en Josefov, cerca del antiguo cementerio judío. Era el lugar más fantasmagórico que conocía, con la tierra formando elevados montículos sobre siglos de muertos y lápidas tan irregulares como una mala dentadura. En aquel lugar anidaban cuervos malignos, y las ramas de los árboles parecían dedos de viejas brujas. Le encantaba dibujar allí, pero, por supuesto, estaba cerrado y además no era su destino. Caminó junto a la desvencijada verja exterior, notando el peso del silencio, y puso rumbo al portal de Brimstone, muy cerca de allí. O a lo que había sido su portal.

Se detuvo en la acera opuesta a la puerta, tratando de reunir fuerzas para acercarse y llamar. *Imagina que se abre, pensó. Imagina que chirría y aparece Issa, con una sonrisa exasperada en el rostro. «Brimstone está de un humor de perros —podría decir—. ¿Estás segura de que quieres pasar?».*

Como si todo hubiera sido un error estúpido. Y ¿no podía suceder?

Cruzó la calle. Con el corazón repleto de esperanza, levantó la mano y llamó; tres golpes fuertes. Nada más hacerlo la ilusión aumentó de manera dolorosa. Respiró hondo y contuvo el aliento, mientras su corazón palpitaba *por favor, por favor, por favor* y los ojos se le inundaban con lágrimas de reencuentro. Se abriera o no, lloraría. Tenía el llanto dispuesto tanto para la decepción como para el alivio.

Silencio.

Por favor, por favor, por favor.

Pero... nada.

Soltó el aire con una exhalación desconsolada que liberó un río de lágrimas en cada mejilla. Siguió esperando, encogida para protegerse del frío, dejando que los minutos dieran paso a otros minutos, hasta que finalmente se rindió y regresó a su piso.

* * *

Aquella noche, Akiva veló su sueño. Karou tenía los labios apenas separados, las manos colocadas bajo la mejilla, como un niño, y respiraba profundamente. «Ella es inocente», había afirmado Izîl. Dormida lo parecía. Pero ¿de verdad lo era?

Akiva había pasado los últimos meses obsesionado con su imagen —aquel encantador rostro alzado para mirarlo, mientras se encogía bajo su sombra, creyendo que iba a morir—. El recuerdo lo abrasaba. Una y otra vez lo atormentaba pensar lo cerca que había estado de matarla. Pero ¿qué lo había detenido?

Algo en ella había evocado a otra muchacha, perdida mucho tiempo atrás, pero ¿qué? No fueron sus ojos. No eran castaños y cálidos como la tierra, sino negros como los de un cisne, oscuros sobre su blanquísima piel. Y en sus rasgos no reconocía los de aquel otro rostro, tan querido, y que vio por primera vez entre la bruma hacía tanto tiempo. Ambos eran hermosos, eso era todo, pero algo los había enlazado, algo que detuvo su mano.

Finalmente lo había descubierto. Se trataba de un gesto: la manera en que había ladeado la cabeza, como un pájaro, al mirarlo. Eso fue lo que la había salvado. Algo tan insignificante como aquello.

De pie en el balcón, mirando a través de la ventana, Akiva se preguntó *Y ahora ¿qué?*

De manera espontánea, surgió el recuerdo de la última vez que había contemplado a alguien dormido. En aquella ocasión, ningún cristal empañado por su aliento se interponía entre ellos; tampoco había observado desde lejos, sino junto al cálido cuerpo de Madrigal, apoyado sobre un codo y tratando de descubrir cuántos minutos podía soportar sin acariciarla.

Ni uno solo. Había sentido un dolor en la punta de los dedos que solo podía aliviarse con el roce de su piel.

En aquella época, sus manos mostraban muchas menos líneas tatuadas, aunque no estaban libres de la tinta de la muerte. Ya era un asesino; sin embargo, Madrigal había besado aquellas marcas, nudillo a nudillo, y lo había absuelto.

—La guerra es lo único que nos han enseñado —había susurrado ella—, pero

hay otras formas de vivir. Podemos encontrarlas, Akiva. Podemos *inventarlas*. Este es el principio, aquí.

Ella había reposado su mano sobre el pecho desnudo de Akiva —su corazón se había desbocado con aquella caricia— y había llevado la mano de él hacia su propio corazón, apretándola sobre su piel de seda.

—*Nosotros* somos el principio.

Aquella primera noche robada con ella había sido como un comienzo —como inventar un nuevo modo de vida—.

Akiva nunca había movido con tanta delicadeza las manos como cuando acariciaba con la punta de los dedos los párpados cerrados de Madrigal, imaginando los sueños que se desarrollaban tras ellos y los hacían temblar.

Madrigal había confiado en él lo suficiente como para permitirle tocarla mientras dormía. Aun en recuerdos, le sorprendía que desde el primer momento le hubiera dejado tumbarse a su lado y recorrer el perfil de su rostro dormido, su grácil cuello, sus brazos delgados y fuertes y las articulaciones de sus poderosas alas. En ocasiones, había sentido cómo el pulso de Madrigal se aceleraba en sueños; otras veces ella había murmurado algo y alargado su mano hacia él, despertándose mientras lo arrastraba junto a ella y luego, con suavidad, dentro de ella.

Akiva se alejó de la ventana. ¿Qué despertaba aquellos recuerdos de Madrigal de forma tan intensa?

Los primeros filamentos de una idea comenzaban a desplegarse por las profundidades de su mente tratando de buscar conexiones —una manera de transformar lo imposible en posible—, pero sin que Akiva se atreviera a admitirlo. Ni siquiera habría imaginado que en su interior acechara la capacidad de sentir esperanza.

¿Qué lo había empujado a abandonar su regimiento en plena noche, sin avisar a Hazael y Liraz, para regresar a este mundo?

Podría romper el cristal sin ninguna dificultad, o derretirlo. En unos segundos, estaría junto a Karou y la despertaría, tapándole la boca con la mano. Podría preguntarle... ¿qué, exactamente? ¿Pensaba que *ella* sería capaz de explicarle por qué había venido? Además, no soportaba la idea de asustarla. Se volvió, dando la espalda a la puerta, se apoyó sobre la barandilla y contempló la ciudad.

Hazael y Liraz ya habrían descubierto su marcha. «Otra vez», se estarían

murmurando el uno al otro en voz baja, incluso mientras ocultaban su ausencia con alguna excusa improvisada.

Hazael era su hermanastro y Liraz, su hermanastra. Eran hijos del harén, descendientes del emperador seráfico, cuyo pasatiempo era engendrar bastardos para luchar en la guerra. Su «padre» —pronunciaban aquella palabra con los dientes apretados— visitaba cada noche a una concubina diferente, mujeres ofrecidas como tributo o elegidas a dedo cuando atraían su mirada. Sus secretarios mantenían al día un listado de su progenie dividido en dos columnas: chicos y chicas. Siempre se estaban agregando nombres y a medida que los niños crecían y perecían en el campo de batalla, desaparecían de aquella lista sin ninguna ceremonia.

Akiva, Hazael y Liraz fueron añadidos en el mismo mes. Habían crecido juntos, rodeados de mujeres, y a los cinco años fueron entregados para iniciar su instrucción. Habían logrado permanecer unidos desde entonces, luchando siempre en los mismos regimientos, presentándose voluntarios para las mismas misiones, incluida la última: señalar las puertas de Brimstone con las huellas incendiarias que las envolverían en llamas, todas al mismo tiempo, para destruir el portal del hechicero.

Esta era la segunda vez que Akiva había desaparecido sin dar explicaciones. La primera había sido hacía años, y tardó tanto en regresar que su hermano y su hermana temieron que hubiera muerto.

Y parte de él lo había hecho.

Nunca les había confesado, ni a ellos ni a nadie, dónde había pasado aquellos meses de ausencia, o qué le había sucedido para transformarse en lo que era ahora.

Izîl lo había llamado monstruo, y ¿no lo era? Imaginó lo que Madrigal pensaría si pudiera verlo en aquel momento, si descubriera en qué había convertido aquella «nueva forma de vida» sobre la que habían susurrado, hacía tiempo, en el tranquilo espacio creado con sus propias alas ahuecadas.

Por primera vez desde que la había perdido, fue incapaz de evocar los rasgos de Madrigal. Otro rostro se interponía: el de Karou. Sus ojos, negros y aterrorizados, reflejaban el resplandor de sus alas mientras él se cernía sobre ella.

Era un monstruo. Nada podría absolver todo lo que había hecho.

Desplegó las alas y se elevó hacia la oscuridad de la noche. No debía estar allí,

en la ventana, acechando mientras Karou dormía plácidamente. Regresó de nuevo a su escondite para dormir, él también, y cuando por fin lo consiguió, soñó que se encontraba al otro lado del cristal. Karou —no Madrigal, sino *Karou*— le sonreía y apretaba los labios contra sus nudillos, besándolos uno a uno y borrando las líneas negras de sus manos, hasta que no quedó ninguna.

Inocente.

—Hay otras maneras de vivir —susurró ella, y Akiva despertó con un sabor amargo en la garganta, porque sabía que no era cierto. No había esperanza, solo existía el hacha del verdugo, y la venganza. Y tampoco había espacio para la paz. La paz era imposible. Se apretó los ojos con la base de las manos, sintiendo cómo la frustración crecía en su interior como un alarido.

¿Por qué había regresado? ¿Y por qué era incapaz de marcharse?

26

UNA LIGERA INQUIETUD

El sábado por la mañana, Karou despertó en su propia cama por primera vez en semanas. Se duchó, preparó café, rebuscó algo comestible en la despensa, sin encontrar nada, y abandonó el apartamento con el regalo de Zuzana en una bolsa. De camino, le envió un mensaje de texto a su amiga —«¡Sorpresa! Llegó el gran día. Te llevo el desayuno»— y compró cruasanes en la panadería de la esquina.

Recibió un mensaje de contestación —«Si no lleva chocolate, no es un buen desayuno»— y, con una sonrisa en los labios, dio la vuelta hacia la panadería para comprar unos *kolaches* de chocolate.

Fue entonces, al volverse en la calle, cuando empezó a notar que algo iba mal. Era una ligera sensación de inquietud, pero suficiente para obligarla a detenerse y mirar a su alrededor. Recordó las palabras de Bain sobre vivir como una presa, preocupada en todo momento de quién seguiría sus pasos, y se le erizó el vello. Llevaba el cuchillo en la bota, apretado contra el tobillo, provocándole una sensación de incomodidad que la reconfortaba.

Compró los *kolaches* de Zuzana y siguió su camino, con cautela. Llevaba los hombros rígidos y miró varias veces a su espalda, pero no vio nada extraordinario.

No tardó en llegar al puente de Carlos.

Aquel puente medieval, icono de Praga, atravesaba el Moldava y unía el casco viejo con el barrio de Malá Strana. En cada uno de sus extremos se alzaba una torre gótica, y la calzada —peatonal— estaba flanqueada por imágenes de santos. A esa hora tan temprana se hallaba casi desierto, y la sombra de las estatuas aparecía estrecha y alargada por la inclinación del sol matinal. Los vendedores y artistas empezaban a llegar con sus carritos de mano para delimitar el terreno más codiciado de la ciudad, y, en pleno centro, con la colina del castillo de Praga como magnífico telón de fondo, encontró el titiritero gigante.

—Dios mío, es increíble —exclamó Karou sin dirigirse a nadie, porque aquel siniestro titiritero de tres metros de altura estaba sentado solo, con su cruel cara tallada y unas manos de madera del tamaño de palas de nieve.

Karou miró detrás del muñeco —ataviado con una inmensa gabardina—, pero allí tampoco había nadie.

—¿Hola? —llamó, sorprendida de que Zuzana hubiera dejado su creación desatendida.

Pero entonces...

—¡Karou! —escuchó una voz procedente del *interior* de aquella cosa, y la costura trasera de la gabardina se abrió como la entrada de un tipi. Zuzana salió como un rayo.

Y le arrebató la bolsa de bollos a Karou.

—Gracias a Dios —exclamó, y atacó el desayuno.

—Bueno. Yo también me alegro de verte.

—Mmmm.

Mik apareció tras ella y abrazó a Karou.

—Seré su intérprete. Lo que está diciendo, en lenguaje Zuzana, es gracias.

—¿De verdad? —preguntó Karou con tono escéptico—. Pues a mí me suena como un cerdo comiendo.

—Justo.

—Mmmm —asintió Zuzana con la cabeza.

—Está nerviosa —explicó Mik a Karou.

—¿Mucho?

—Terriblemente —Mik se colocó detrás de Zuzana y se inclinó para envolverla en un abrazo—. Enormemente, increíblemente. Está insoportable. Toda tuya. Yo ya he sufrido bastante.

Zuzana le dedicó una caída de ojos y luego chilló, cuando él hundió la cara en su cuello para besarla de forma ruidosa.

Mik tenía el pelo castaño y la piel clara, llevaba patillas y perilla, y sus ojos rasgados insinuaban que descendía de invasores procedentes de las llanuras centroasiáticas. Era atractivo y tenía talento, se ruborizaba con facilidad y tarareaba cuando estaba concentrado, y hablaba con voz suave pero interesante —una buena combinación—. Escuchaba de verdad, en vez de pretender hacerlo mientras esperaba un tiempo prudencial antes de volver a hablar, como hacía Kaz. Y lo mejor de todo, estaba tan colado por Zuzana como ella por él. Parecían dibujos animados, por el modo en que se ruborizaban y sonreían —lo único que les faltaba eran corazones en vez de ojos—, y mirarlos provocó en Karou una profunda felicidad y una terrible tristeza. Casi podía ver sus mariposas —*Papilio stomachus*— bailando el dulce tango de un nuevo amor.

En cuanto a ella, cada vez le resultaba más y más difícil imaginar algo revoloteando en su interior. Más que nunca, se sintió como la chica hueca, y aquel vacío adquirió el aspecto de un ente malicioso que se burlaba de ella por todas las cosas que nunca descubriría.

No. Desterró aquel pensamiento. *Lograría* saberlas. Estaba en el buen camino.

Su sonrisa era sincera cuando Mik comenzó a besar el cuello de Zuzana, sin embargo, un instante después, empezó a notarla como la del señor Patata, de plástico y enganchada a la cara.

—¿Os había mencionado —dijo aclarándose la garganta— que he traído regalos?

Aquello funcionó.

—¡Regalos! —chilló Zuzana escapando del abrazo. No dejaba de saltar y dar palmas—. ¡Regalos, regalos!

Karou le entregó la bolsa. Dentro había tres paquetes envueltos en papel marrón y atados con cordel. Sobre el más grande, una tarjeta en vitela indicaba: MME. V. VEZERIZAC, ANTIGÜEDADES. Los paquetes eran elegantes, y en cierto

modo formales. Cuando Zuzana los sacó de la bolsa, su ceja hizo el gesto que correspondía.

—¿Qué es esto? —preguntó con semblante serio—. ¿*Antigüedades*? Karou. Por regalo, me refería a unas muñecas rusas del aeropuerto o algo así.

—Tú ábrelos —apremió Karou—. El grande primero.

Zuzana lo desenvolvió. Y empezó a llorar.

—Dios mío, Dios mío —murmuró apretando contra su pecho una cascada de tul.

Era un traje de *ballet*, pero no uno cualquiera.

—Lo llevó Anna Pavlova en París, en 1905 —dijo Karou con excitación.

Le encantaba hacer regalos. Cuando era pequeña, nunca había celebrado la Navidad ni fiestas de cumpleaños, pero en cuanto tuvo edad suficiente para aventurarse sola fuera de la tienda, había disfrutado regresando con pequeños obsequios para Issa y Yasri —flores, frutas raras, lagartijas azules, abanicos—.

—Vale, no tengo ni idea de quién es...

—¿Qué? Es simplemente la bailarina más famosa de *todos los tiempos*.

Zuzana arqueó las cejas.

—No importa —suspiró Karou—. Tenía un cuerpo diminuto, así que es probable que te valga.

Zuzana lo levantó.

—Es... es... es... es tan Degas... —tartamudeó.

Karou sonrió.

—Lo sé. ¿No es formidable? Hay una mujer en el mercado de Las Pulgas que vende antigüedades de *ballet*...

—Pero ¿cuánto te ha costado? Seguramente una fortuna...

—Bah —dijo Karou—. Se han gastado fortunas en cosas más estúpidas. Y además, soy rica, ¿recuerdas? Asquerosamente rica. *Mágicamente* rica.

Una de las consecuencias de la generosidad de Brimstone era que podía permitirse hacer regalos. Ella también se había comprado algo en París, otra *antigüedad*, aunque no estaba relacionada con el *ballet*. Los destellos de aquellos

cuchillos habían atraído su mirada desde una vitrina, y en el instante en que los vio, supo que tenían que ser suyos. Eran cuchillos chinos de luna creciente, una de sus armas favoritas. Su *sensei* guardaba los que ella había utilizado durante su adiestramiento en Hong Kong, adonde no había regresado desde que los portales se incendiaron. En cualquier caso, estos superaban con creces a aquellos.

—Siglo XIV... —había comenzado diciendo Madame Vezerizac, pero Karou no necesitaba escuchar ninguna explicación. Regatear le pareció una falta de respeto hacia los cuchillos, así que pagó el precio solicitado sin pestañear.

Cada cuchillo estaba formado por dos hojas, como lunas crecientes entrelazadas, de ahí su nombre. La empuñadura se encontraba en el centro, y al blandirlos proporcionaban diferentes zonas de corte, puntas, y, quizás lo más importante, puntos de bloqueo. Las lunas crecientes eran un arma perfecta para enfrentarse a varios oponentes, en especial oponentes con armas largas, como las espadas. Si los hubiera tenido en Marruecos, el ángel no la habría acorralado con tanta facilidad.

También había comprado para Zuzana unas zapatillas de puntas de época y un precioso tocado con melancólicos capullos de rosa de seda, todo de la escena parisiense de principios del siglo XX.

—¿Quieres vestirme? —preguntó Karou.

Zuzana, llena de emoción, asintió con la cabeza. Se apretujaron dentro del titiritero y reemplazaron su otro disfraz, mucho más corriente.

Una hora después, los turistas desfilaban por el puente de camino al castillo, con sus guías de viaje bajo el brazo, y un número nada insignificante de ellos se había arremolinado ya en torno al titiritero gigante. En su interior, se apiñaban Karou y Zuzana.

—Deja de retorcerte —dijo Karou levantando la brocha de maquillaje mientras Zuzana entablaba un tira y afloja nada femenino debajo de su tutú.

—Tengo las medias torcidas —se quejó Zuzana.

—¿Quieres que los coloretes te queden también torcidos? Estate quieta.

—De acuerdo.

Zuzana permaneció inmóvil mientras Karou pintaba unos perfectos círculos rosados sobre sus mejillas. Llevaba la cara empolvada y sus labios se habían

transformado en una perfecta boca de corazón, con dos líneas negras en las comisuras que simulaban la mandíbula articulada de una marioneta. Sus ojos de color oscuro aparecían enmarcados por pestañas postizas, y llevaba puesto el tutú, que le quedaba perfectamente, y las zapatillas de puntas, que habían vivido épocas mejores. Las medias blancas estaban surcadas de carreras y tenían remiendos en las rodillas; uno de los tirantes del corpiño colgaba descosido; y su pelo estaba recogido en un despeinado moño adornado con capullos de rosa descoloridos. Parecía una muñeca que hubiera permanecido olvidada en un arcón durante años.

De hecho, un arcón esperaba abierto para recibirla tan pronto como su disfraz estuviera terminado.

—Lista —anunció Karou inspeccionando su obra. Dio una palmada de alegría y se sintió como Issa cuando la ataviaba con unos cuernos hechos con chirivías o con una cola de plumero—. Perfecto. Tienes un aspecto adorablemente patético. Estoy segura de que algún turista tratará de llevarte como recuerdo.

—Algún turista se arrepentirá de este día —añadió Zuzana levantándose el tutú para continuar su guerra contra las medias con hosca determinación.

—¿Quieres dejar tranquilas las pobres medias? Están bien.

—Odio las medias.

—A ver, déjame que las añada a la lista. Esta mañana odias, a ver si recuerdo, a los hombres con sombrero, a los perros salchicha...

—A los *dueños* de los perros salchicha —corrigió Zuzana—. Hay que tener el alma del tamaño de una *lenteja* para odiar a los perros salchicha.

—Los dueños de los perros salchicha, la laca para el pelo, las pestañas postizas y ahora las medias. ¿Has terminado?

—¿De odiar cosas? —hizo una pausa, como si consultara una especie de indicador interior—. Sí, creo que sí. *Por ahora*.

Mik se asomó por la abertura.

—Tenemos una multitud —anunció.

Había sido idea suya sacar el proyecto semestral de Zuzana a la calle. Él tocaba a veces el violín como músico callejero y se colocaba un parche en el ojo izquierdo, perfectamente sano, para mostrar un aspecto más «romántico». Le había asegurado a Zuzana que en una mañana podría reunir unos cientos de coronas. En aquel

momento llevaba puesto el parche, y parecía pícaro y encantador al mismo tiempo.

—Madre mía, estás adorable —exclamó mirando a Zuzana con el ojo descubierto.

Adorable no era una palabra que normalmente entusiasmara a Zuzana. «Los niños pequeños son adorables», solía ser su airada respuesta. Pero cuando la pronunciaba Mik, todo era distinto. Zuzana se ruborizó.

—Me provocas malos pensamientos —dijo él colándose en el espacio abarrotado y dejando a Karou atrapada contra el armazón del títere—. ¿Es raro que me excite una marioneta?

—Sí —respondió Zuzana—. Muy raro. Aunque eso explica por qué trabajas en un teatrillo.

—No todas las marionetas. Solo tú —Mik la agarró por la cintura y Zuzana chilló.

—¡Cuidado! —exclamó Karou—. ¡El maquillaje!

Mik no la escuchó. Besó apasionadamente la boca pintada de muñeca de Zuzana, corriendo el rojo del pintalabios y el blanco de la cara y tiñendo sus propios labios de color rosa. Zuzana soltó una carcajada y se desembarazó de él. Karou consideró la posibilidad de retocar el maquillaje, pero los churretes de pintura combinaban a la perfección con el aspecto desaliñado del conjunto, así que descartó la idea.

El beso resultó además un bálsamo para los nervios de Zuzana.

—Creo que ha llegado el momento de que empiece la función —anunció alegremente.

—Pues entonces, adelante —añadió Karou—. Al arcón de los juguetes.

Y el espectáculo comenzó.

La historia que Zuzana relataba con su cuerpo —la de una marioneta olvidada a la que sacan de su baúl para interpretar un último baile— era profundamente conmovedora. Empezaba con movimientos torpes e inconexos, como un objeto oxidado que despierta, cayendo varias veces sobre un montón de tul. Al contemplar los rostros embelesados del público, Karou vio cómo deseaban acercarse a la pequeña y triste bailarina para ayudarla a ponerse en pie.

Sobre la marioneta se cernía el siniestro titiritero, y cuando Zuzana hacía

piruetas, sus brazos y sus dedos se agitaban y saltaban, como si fuera *él* quien la controlara a *ella*, y no al contrario. El mecanismo era ingenioso y no llamaba la atención, por lo que la ilusión resultaba perfecta. Hubo un momento, cuando la muñeca empezaba a recuperar agilidad, en que Zuzana fue alzándose poco a poco sobre las puntas, como arrastrada por los hilos, y a medida que se estiraba, aparecía un resplandor de alegría en su rostro. Una sonata de Smetana surgió de las cuerdas del violín de Mik, dolorosamente dulce, y el momento trascendió la escena para provocar algo real.

Karou sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos. Dentro de ella, su vacío *retumbaba*.

Al final, cuando Zuzana era obligada a regresar al baúl, lanzaba a los espectadores una mirada desesperada y alargaba un brazo suplicante antes de sucumbir a los deseos de su dueño. La tapa del baúl se cerraba de un golpe y la música terminaba con un punteo.

El público estaba encantado. La caja del violín de Mik se llenó rápidamente con billetes y monedas, y Zuzana hizo media docena de reverencias y posó para varias fotografías antes de desaparecer tras la gabardina del titiritero con Mik. Karou estaba convencida de que estarían echando a perder su trabajo de maquillaje, así que se sentó sobre el baúl y esperó.

Fue allí, en medio de la avalancha de turistas que atravesaba el puente de Carlos, donde la sensación de inquietud se apoderó de nuevo de ella, avanzando lentamente, como la sombra que aparece cuando una nube se desliza frente al sol.

27

DE PRESA A PREDADOR

«Vivirás como una presa, pequeña».

Las palabras de Bain retumbaban en los oídos de Karou mientras paseaba la mirada a su alrededor, buscando rostros entre la multitud que la rodeaba. Se sentía al descubierto en medio del puente y oteó la línea de tejados a ambas orillas del río, imaginando que el cazador la estaba apuntando con un rifle de mira telescópica.

Desechó la idea. Bain no se atrevería, ¿o sí? La sensación se desvaneció y Karou quiso convencerse de que se trataba únicamente de una paranoia. Sin embargo, a lo largo del día, reapareció y se evaporó de nuevo en forma de escalofríos repentinos, mientras Zuzana bailaba una docena de veces más, ganando confianza en cada actuación, y la caja del violín de Mik se llenaba una y otra vez, superando con mucho la recaudación esperada.

Zuzana y Mik trataron de convencer a Karou para que los acompañara a cenar, pero ella rehusó la invitación poniendo como excusa el desfase horario, que por supuesto sufría, aunque no era su principal preocupación.

Tenía la certeza de que la estaban observando.

Rozó las palmas de sus manos con la yema de los dedos. Notaba un ligero picor que luego le subía por los brazos, y al abandonar el puente en dirección al laberinto adoquinado del casco viejo, supo que alguien la seguía. Se detuvo un momento y se arrodilló, simulando que se colocaba la bota mientras sacaba el cuchillo —el de siempre, ya que sus cuchillos de luna creciente nuevos descansaban en una caja en el piso— y lo deslizaba bajo la manga mirando hacia arriba y a su espalda.

No vio a nadie, y continuó su camino.

La primera vez que visitó Praga, se perdió por completo al recorrer aquellas calles. Había pasado junto a una galería de arte y, unas manzanas después, había regresado sobre sus pasos para encontrarla, pero... fue incapaz. La ciudad se la había tragado y, de hecho, *nunca* había vuelto a verla. Aquel engañoso laberinto de callejones parecía un plano que variaba a su antojo: gárgolas que de puntillas

cambiaban de ubicación; piedras que adquirirían una nueva configuración cuando nadie estaba mirando, como si fueran piezas de un rompecabezas. Praga extasiaba, atrapaba, igual que un hada de cuento que engaña a los viajeros para que se internen en las profundidades de un bosque hasta quedar irremediablemente perdidos. Sin embargo, extraviarse en Praga resultaba una agradable aventura repleta de tiendas de marionetas y absenta, y las únicas criaturas que acechaban tras las esquinas eran Kaz y su cohorte de vampiros, dispuestos a provocar un susto tonto.

Normalmente.

Aquella noche, Karou percibía una amenaza real, y a cada paso que daba, frío, preciso, deseaba que se manifestara. *Quería* luchar. Su cuerpo era un resorte a punto de saltar. A menudo la atenazaba la sensación de tener que estar haciendo algo distinto, pero en aquel instante estaba segura de que en su vida fantasma también *lucharía*.

—Vamos —susurró a su perseguidor invisible agachando la cabeza y acelerando el paso—. Tengo una sorpresa para ti.

Se encontraba en Karlova, la principal calle peatonal entre el puente y la plaza del casco viejo, y seguía rodeada por una multitud de turistas. Se deslizó entre la gente con movimientos rápidos y sin rumbo fijo, lanzando miradas a su espalda para intentar controlar el miedo, más que para localizar a su acosador. En la intersección con un tranquilo callejón, se desvió rápidamente a la izquierda, y se pegó contra el muro. Conocía bien aquella zona. Estaba repleta de rincones en los que ocultarse para las visitas guiadas de Kaz. Justo delante de ella, la fachada de un edificio medieval creaba un hueco donde, en varias ocasiones, se había ocultado vestida de fantasma. Se deslizó hacia las sombras para esconderse.

Y se encontró cara a cara con una vampiresa.

—¡Oye! —exclamó una voz aguda al tiempo que Karou retrocedía, tambaleándose fuera de la sombra—. Dios mío —añadió la voz—. *Tú*.

La vampiresa se apoyó contra la pared y cruzó los brazos en actitud de superioridad.

Svetla. Karou se quedó boquiabierta al ver a la otra chica. Era alta y delgada como una modelo y mostraba un tipo de belleza cruel, que con la edad resultaría tenebrosa. Tenía el rostro pintado de blanco y los ojos maquillados al estilo gótico, con colmillos postizos y un hilillo de sangre en la comisura de sus labios color rubí.

La vampiresa *sexy* de Kaz con capa negra y todo, y para colmo de males, apretujada en el escondite que pretendía utilizar Karou.

Qué estúpida, se reprendió Karou a sí misma. Era la hora de las visitas turísticas y, por supuesto, los escondites de Kaz estarían abarrotados de actores. A menudo, cuando paseaba por el casco viejo, le divertía encontrar fantasmas aburridos y recostados en las paredes enviando mensajes de texto o escribiendo en Twitter mientras esperaban al siguiente grupo de turistas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Svetla con los labios fruncidos, como si notara olor a podrido. Era una de esas chicas atractivas con la habilidad de parecer feas.

Karou volvió la vista hacia Karlova, y luego miró adelante, a la siguiente curva del callejón donde podría esconderse. Estaba demasiado lejos; no podía arriesgarse. Casi sentía cómo su acosador se aproximaba.

—Si estás buscando a Kaz, no te molestes —le espetó Svetla alargando las palabras—. Me contó lo que le hiciste.

Por Dios, pensó Karou. Como si algo de aquello importara ahora.

—Svetla, cállate —le dijo, e incrustó su cuerpo en el interior del hueco, empujando a la chica contra las piedras.

Svetla gritó e intentó apartar a Karou a empujones.

—Pero ¿qué haces, anormal?

—Te he dicho que te calles —siseó Karou, pero Svetla no le hizo caso, así que sacó el cuchillo de la manga y lo levantó. Tenía la punta curvada, como la uña de un gato, y el filo lanzó un destello al reflejar la luz. Svetla emitió un pequeño grito y enmudeció, pero no por mucho tiempo.

—Vale. Estoy segura de que me vas a *apuñalar*...

—Escucha —le dijo Karou en voz baja—. Cállate solo un minuto y arreglaré lo de tus estúpidas cejas.

Un silencio de sorpresa precedió a un áspero «¿Qué?».

Svetla llevaba el flequillo muy largo, tanto que le rozaba los ojos, y con tal cantidad de laca que apenas se movía, todo para ocultar sus cejas, en las que Karou había gastado un *shing* en un ataque de ira en la Navidad. Seguramente, aquellas cejas negras y espesas bajo su flequillo no estaban favoreciendo mucho su carrera de modelo.

La expresión de Svetla se debatía entre la confusión y la indignación. Era imposible que Karou hubiera descubierto lo de sus cejas, siempre cuidadosamente tapadas. Supuso que Karou la había estado espiando, pero a esta no le importaba lo que ella pensara, solo que permaneciera callada.

—Lo digo en serio —susurró—. Pero solo si sigo viva, así que *cállate*.

De Karlova llegaban voces difuminadas, retazos de melodías de los cafés cercanos y ronroneo de motores. No escuchaba pasos, pero eso no significaba nada. Los cazadores sabían moverse con sigilo.

La cara de Svetla seguía aterrorizada, pero permanecía callada, al menos de momento. Karou estaba inmóvil, con los ojos fieros y atenta a cualquier sonido.

Alguien se iba acercando. Pisadas que parecían fantasmas de pisadas. En el callejón, apareció una sombra. Karou contempló cómo se alargaba sobre el suelo, frente a ella, a medida que su dueño se aproximaba. Sus palmas palpitaron con intensidad; se aferró al cuchillo y atisbó la sombra, tratando de identificar a su dueño.

Parpadeó y unas palabras acudieron a su mente. No las de Bain, sino las de Razgut.

«Mi hermano serafín te estaba buscando, encanto».

La sombra. La sombra tenía *alas*.

Oh Dios, el ángel. El pulso de Karou se volvió frenético. La distracción de la advertencia de Bain desapareció como una cortina de humo para descubrir lo que había estado allí desde el principio: en las palmas de sus manos, una energía desbordante. Sus *hamsas* estaban *ardiendo*. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Dirigió una feroz mirada a Svetla y articuló en silencio:

—Cállate.

Svetla dejó de gruñir. Parecía asustada.

La sombra avanzaba, y tras ella, el ángel. Miraba hacia delante, con intensidad. Sus alas permanecían invisibles, sus ojos resplandecían en la penumbra, y Karou tuvo una clara perspectiva de su perfil. Su belleza resultaba tan impresionante como la primera vez que lo vio. *Fiala*, invocó a su profesora de dibujo, *si pudieras verlo*. Cruzadas en la espalda, llevaba dos espadas envainadas; sin embargo, sus brazos continuaban relajados a ambos lados del cuerpo, con las manos algo

levantadas y los dedos separados, como para mostrar que estaba desarmado.

Bien por ti, pensó Karou mientras apretaba el cuchillo con la mano. *Yo no voy desarmada*.

El ángel pasó rozando el hueco.

Karou se preparó.

Y se abalanzó sobre él.

Tuvo que saltar para lograr rodearle el cuello con el brazo —era alto, al menos dos metros—, lo golpeó con fuerza y se tambaleó. Se aferró a él, notando al instante lo que sus ojos no podían ver: el calor y el volumen de sus alas, invisibles pero reales. Sintió también la calidez y la corpulencia de sus hombros y sus brazos y, al colocar el cuchillo contra su garganta, estuvo totalmente segura de su enorme fuerza.

—¿Me buscabas?

—Espera... —respondió sin realizar ningún movimiento ni tratar de desembarazarse de ella.

—*Espera* —se burló Karou y, arrastrada por un impulso, presionó el ojo tatuado en la palma de su otra mano contra el cuello del ángel.

Algo sucedió, como en Marruecos, cuando lanzó por primera vez la magia desconocida de sus *hamsas* contra él. Allí, lo había lanzado por los aires. Esta vez, su terrible fuerza no lo golpeó, derribándolo, sino que penetró *en su interior*. Cuando el tatuaje tocó su piel, Karou sintió un espasmo en el cuello del ángel que lo estremeció y al mismo tiempo ascendió por el brazo de ella hasta alcanzar lo más profundo de su ser, llegando incluso a las raíces de sus dientes. Era enloquecedor. Horrible. Y lo estaba provocando ella.

Para él, fue mucho peor. Los espasmos sacudieron su robusto cuerpo, hasta casi derribarlo. Ella insistía. Él se ahogaba. Aquella estremecedora magia le provocaba una sensación terrible y maligna —¿qué le estaba haciendo?—. Se tambaleó, agitándose con violencia, y trató de retirar la mano de Karou, pero sus dedos buscaban a tientas. Debajo de la *hamsa*, sentía la piel tirante y caliente, muy caliente, muy caliente, y la temperatura no paraba de aumentar. El calor de sus alas también se incrementaba, como una hoguera descontrolada.

Fuego, fuego invisible.

Karou no podía soportarlo. Levantó la mano y tan pronto como la retiró, dolorida por el calor, él se recuperó. Agarró la muñeca de Karou, la giró con fuerza y lanzó su cuerpo lejos de él.

Karou aterrizó con ligereza y se volvió para mirarlo cara a cara.

Tenía los hombros caídos, respiraba con dificultad y se sujetaba el cuello con la mano, al tiempo que la observaba con sus ojos de tigre. Ella se sentía clavada al suelo y, durante un largo instante, solo pudo devolverle la mirada. Parecía dolorido. El desconcierto había dibujado una arruga en su frente, como si tratara de desentrañar un misterio.

Como si *ella* fuera su misterio.

El ángel se movió, y el instante se descongeló. Levantó las manos, con gesto conciliador. Su proximidad estremeció a Karou. Sus *hamsas* palpitaron. Su corazón, las puntas de sus dedos, sus recuerdos: el golpe de una espada, Kishmish en llamas, los portales convertidos en antorchas, Izîl aullando «*Malak!*» la última vez que le vio.

Y cuando Karou alzó sus manos, no fue de forma pacífica. En una apretaba el cuchillo, la otra desplegó su ojo tatuado.

El serafín se estremeció y retrocedió unos pasos, zarandeado por la *hamsa*.

—Espera —suplicó luchando contra su fuerza—. No te haré ningún daño.

Una risa brotó de la garganta de Karou. En ese momento, ¿quién era exactamente el que se encontraba en peligro? Se sintió poderosa. Su vida fantasma había dejado de burlarse de ella para deslizarse bajo su piel y dominarla. Esta era ella en realidad: no la presa, sino el *predador*.

Karou se lanzó hacia el ángel, y él cayó de espaldas. Ella lo atacó de nuevo, él se replegó. En todos sus años de entrenamiento, siempre había mantenido una posición ligeramente a la defensiva. No así en esta ocasión. Se sentía fuerte, *desenfrenada*, y descargó violentos golpes contra el pecho del ángel, sus piernas, incluso sus manos levantadas en son de paz, y cada uno de ellos le recordaba la solidez de aquel cuerpo —su profunda presencia—. Ángel o no —sin importar siquiera lo que aquello significara—, no había nada etéreo en él. Era de carne y hueso.

—¿Por qué me estás siguiendo? —bramó Karou en idioma quimérico.

—No lo sé —respondió él.

Karou soltó una carcajada. Aquello sonaba realmente divertido. Se sentía ligera como el viento, ágil como el peligro. Karou atacaba con verdadera furia y él apenas se defendía, tan solo esquivaba las cuchilladas y se encogía ante la fuerza de su *hamsa* descubierta.

—Pelea —dijo Karou entre dientes al descargar un nuevo golpe, que él simplemente recibió.

No se defendió. En vez de luchar, en la siguiente arremetida de Karou, alzó el vuelo, elevándose de los adoquines fuera de su alcance.

—Solo quiero hablar contigo —dijo desde lo alto.

Karou alzó la vista y miró hacia donde se encontraba suspendido el ángel. La ráfaga de aire de sus aleteos le revolvió el pelo alrededor de la cara en una salvaje maraña de mechones azules.

Ella sonrió con fiereza y se acucilló.

—Hablemos entonces —respondió, y saltó para reunirse con él.

28

ACTITUD DE PLEGARIA

En su escondite, la vampiresa Svetla se olvidó por un instante de respirar.

En la intersección con Karlova, un pequeño grupo de turistas dobló la esquina para bajar por el callejón y se quedó petrificado. A más de uno se le cayó el chicle de la boca desencajada. Kaz, ataviado con un sombrero de copa y una estaca de madera colocada con desenfado bajo el brazo, descubrió que su ex novia estaba *suspendida en el aire*.

La verdad es que no se sorprendió en exceso. Algo en Karou activaba una inusual credulidad, y cosas que en otras personas resultarían difíciles de creer no parecían tan descabelladas en ella. ¿Que Karou estaba volando? Bueno, ¿por qué no?

Lo que Kaz sintió no fue sorpresa, sino celos. Karou estaba volando, no cabía duda, pero *acompañada*. Se encontraba junto a un tipo que, Kaz tuvo que admitir —aunque para él reconocer la belleza en otros hombres era de homosexuales—, era guapo hasta parecer absurdo. Guapo *hasta la exageración*.

Muy poco sofisticado, pensó cruzando los brazos.

Lo que ambos hacían no podía describirse exactamente como volar. Permanecían a la altura de los tejados, pero apenas se movían —girando como gatos y mirándose el uno al otro con extraordinaria intensidad—. El aire parecía vibrar entre ellos, y Kaz notó una especie de puñetazo en el estómago.

Entonces Karou atacó al tipo, y él se sintió mucho mejor.

Más tarde afirmaría que la pelea aérea formaba parte del recorrido, y se embolsaría sustanciosas propinas. Presentaría a Karou como su novia, enfureciendo a Svetla, que se marcharía ofendida a su casa para mirarse las cejas —todavía gordas como orugas— en el espejo. Pero, de momento, todos contemplaban embobados a aquellos dos hermosos seres que se enfrentaban en el aire con los tejados de Praga como escenario.

Bueno, no cabía duda de que Karou luchaba. Su contrincante solo esquivaba las embestidas, con enorme elegancia y una extraña... ¿caballerosidad?..., y

parecía rehuirla y estremecerse como si hubiera recibido un golpe incluso cuando ella no lo había tocado.

Durante unos minutos la escena se desarrolló del mismo modo, mientras se arremolinaba más gente en la calle, pero entonces ella se abalanzó sobre él y aquel tipo le agarró las manos. Ella soltó el cuchillo —cayó desde gran altura y se clavó entre dos adoquines— y él la sujetó. Era extraño: aferraba sus manos con las palmas juntas, en actitud de plegaria. Ella se revolvió, pero él era claramente más fuerte y la retuvo con facilidad, presionando con sus manos las de ella, como obligándola a rezar.

Él habló y su voz fluyó hasta el público, extraña e increíblemente tonal, áspera y algo... *animal*. Aquellas palabras la calmaron poco a poco. Aun así, él mantuvo las manos de la chica sujetas con las suyas durante largo rato. Sobre la plaza del casco viejo, las campanas de la iglesia de Týn marcaron las nueve, y cuando el eco de la novena campanada inundó el silencio, él la liberó y retrocedió un poco en el aire, tenso y vigilante, como quien saca a un animal salvaje de una jaula y no sabe si lo atacará.

Karou no lo atacó. Se alejó. Ambos hablaban, gesticulaban. Karou se movía en el aire de forma lánguida, con las piernas recogidas, agitando los brazos al ritmo de una corriente, como si quisiera mantenerse a flote. Parecía todo tan fluido —tan posible— que varios turistas intentaron cautelosamente aletear con los brazos, preguntándose si no habrían accedido a una zona del planeta donde..., bueno, donde la gente pudiera volar.

Y entonces, justo cuando estaban habituándose a la sorprendente imagen de la chica del pelo azul y el hombre del pelo negro flotando sobre sus cabezas, como una deliciosa muestra de arte en directo, la chica realizó un movimiento repentino. El hombre se encogió en el aire y empezó a caer, a trompicones, tratando de mantenerse erguido.

Perdió la batalla y se quedó sin fuerzas. Dejó caer la cabeza hacia atrás, suelta sobre el cuello, y, con un crepitar de chispas semejante a la cola de un cometa, se precipitó hacia el suelo.

29

COMO UN RAYO DE LUZ DIRIGIDO AL SOL

Cuando el ángel pensó que podría escapar con solo elevarse tres metros por encima del suelo, Karou se regocijó con malicia por poder sorprenderlo. Aunque él no mostró el más mínimo asombro. Se elevó por el aire hasta colocarse frente a él, y el ángel la observó. Simplemente la *observó*. Su mirada transmitía calor a sus mejillas, a sus labios. Era como una *caricia*. Tenía unos ojos hipnóticos y unas cejas negras y aterciopeladas. Era cobre y sombra, miel y amenaza, pómulos afilados como cuchillos y en la frente un mechón del pelo afilado como una daga. Todo eso y el crepitar mudo de un fuego invisible. Delante de él, Karou sintió el murmullo de la sangre y de la magia, y algo más.

En su estómago: un revoloteo de seres alados que despertaban fervientemente a la vida.

El rubor coloreó sus mejillas. Cómo se atrevían las mariposas a molestarla en aquel momento. ¿Qué era, una chica atolondrada que se derretía ante un hombre guapo?

—La belleza —se había mofado Brimstone en cierta ocasión—. Los humanos pierden la cabeza por ella. Quedan tan indefensos como polillas que se arrojan al fuego.

Karou no sería una polilla. Mientras se movían en círculos el uno frente al otro, se recordó a sí misma que aunque el serafín no quisiera enfrentarse a ella en ese momento, ya había derramado su sangre antes. Había dejado cicatrices en su cuerpo. Mucho peor, había incendiado los portales y la había dejado *sola*.

Transformó aquella rabia en una armadura y lo atacó de nuevo, abalanzándose sobre él en el aire, y durante unos minutos se convenció de que estaba a su altura, de que podría... ¿qué? ¿Matarlo? Ni siquiera intentaba alcanzarlo con el cuchillo. No quería matarlo.

¿Qué pretendía *ella*? ¿Qué quería *él*?

Y entonces el ángel aferró las manos de Karou y, con un suave movimiento, la desarmó, arrebatándole cualquier sensación de estar «ganando». Las apretó, con

las palmas enfrentadas para que no pudiera atacarlo de nuevo con sus *hamsas* —de cerca, Karou vio una mancha blanca en su cuello, donde lo había tocado—, con tanta fuerza que ella era incapaz de liberarse. Sus manos eran cálidas, y ocultaban por completo las de ella. Su magia había quedado atrapada entre sus palmas, un tatuaje caliente frente al otro, y su cuchillo había caído a la calle. Estaba atrapada. Experimentó un instante de desesperación, al recordar cómo se había cernido sobre ella en Marruecos, la inexpresividad de su rostro.

Sin embargo, en ese momento, su rostro no estaba muerto. Todo lo contrario.

Podría haber sido alguien completamente distinto, ya que su mirada aparecía ahora llena de sentimiento. ¿Qué sentimiento? Dolor. Refulgía con un brillo febril. Su rostro reflejaba la tensión de una constante agonía, y respiraba con dificultad. Pero eso no era todo. Resplandecía con intensidad, inclinado hacia ella en el aire, observándola sin parar, con una expresión de *búsqueda* desesperada.

Su tacto, su calor, su mirada la invadieron por completo y, en un instante, no eran mariposas lo que sentía. Eso se quedaba pequeño, revoloteos de una niña aturdida.

Esa nueva energía que surgió entre ellos era... *cósmica*. Redistribuyó el aire que los separaba y penetró *en su interior* —calidez y tranquilidad, *atracción*—. Durante ese instante, con sus manos cubiertas por las de él, Karou se sintió tan insignificante como un rayo de luz dirigido al sol en la enorme y extraña urdimbre del espacio. Luchó contra esa sensación, intentando alejarla de ella.

—No voy a hacerte daño —le dijo el ángel con voz susurrante y ronca—. Perdona lo que te hice. Por favor, créeme, Karou. No he venido hasta aquí para herirte.

Karou se sorprendió al escuchar su nombre y dejó de forcejear. ¿Cómo sabía su nombre?

—¿Por qué has venido?

—No lo sé —contestó de nuevo con expresión indefensa, y esta vez Karou no encontró la respuesta tan divertida—. Solo... solo para hablar —añadió él—. Para tratar de comprender esta... esta...

Titubeó buscando la palabra adecuada y calló, sin encontrar qué decir; sin embargo, Karou creía saber a qué se refería, ya que ella estaba tratando también de comprenderlo.

—No podría soportar otro ataque de tu magia —confesó, y ella notó de nuevo su tensión.

Realmente le había hecho daño. Como era su *obligación*, se aseguró a sí misma. Era su enemigo. El calor en sus manos se lo confirmaba. Sus cicatrices se lo confirmaban, y su vida truncada. Aun así su cuerpo no la escuchaba. Estaba concentrado en el tacto de su piel, en aquellas manos que envolvían las suyas.

—Pero no voy a retenerte —continuó el ángel—. Si quieres, atácame, es justo lo que merezco.

La soltó. Su calor abandonó a Karou y la noche se interpuso entre ambos, más fría que antes.

Con las *hamsas* atrapadas en sus puños, Karou retrocedió, sin darse apenas cuenta de que seguía flotando.

Pero ¿qué *era* aquello?

Remotamente, se dio cuenta de que estaba volando ante los ojos de una multitud, a la que se iban añadiendo hordas de personas boquiabiertas, como si la ruta turística de Karlova se hubiera desviado por el pequeño callejón. Percibió su asombro y sus dedos, que apuntaban hacia ellos dos, vio los *flashes* de las cámaras, escuchó sus gritos, pero la escena aparecía totalmente difuminada, como proyectada en una pantalla, menos real que el momento que estaba viviendo.

Estaba experimentando algo inefable. Mientras el serafín le había sujetado las manos, y cuando se las liberó, sintió como si su interior se *llenara*, pero no fue consciente de ello hasta que él retrocedió y regresó el vacío. De nuevo palpitaba en su interior, frío y doloroso, y tuvo que retener a una parte desesperada de su ser que ansiaba tomar de nuevo aquellas manos. Recelosa de la extraordinaria compulsión que latía dentro de ella, se obligó a resistir. Era como luchar contra una marea, y la invadía el mismo miedo: a ser arrastrada a aguas profundas, sin posibilidad de salvación.

Karou sintió pánico.

El ángel insinuó un ademán de acercamiento y Karou interpuso las manos entre ellos, las dos al mismo tiempo, muy cerca. El ángel abrió mucho los ojos y se tambaleó en el aire, desbaratando su perfecta elegancia. Karou contuvo el aliento. Él trató de sujetarse al dintel de la ventana de un cuarto piso, pero no lo logró.

Se le pusieron los ojos en blanco y cayó unos metros, lanzando chispas. ¿Estaría

perdiendo la consciencia?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Karou con un nudo en la garganta.

No estaba bien, y se precipitó al suelo.

* * *

Akiva notó vagamente que ya no se encontraba en el aire. Debajo de él, había piedra. Entre fogonazos, distinguió rostros que lo observaban.

Recuperó la consciencia con imágenes estroboscópicas. Voces en idiomas que no entendía, y en un extremo: una mancha azul. Karou estaba allí. Un estruendo estalló en sus oídos y se obligó a levantarse, y el estruendo era... un aplauso.

Karou, dándole la espalda, se inclinó en una teatral reverencia. Con una floritura, desclavó el cuchillo del lugar donde había quedado encajado entre los adoquines y lo enfundó en su bota. Miró por encima del hombro, aparentemente aliviada de verlo consciente, retrocedió unos pasos y... tomó su mano. Con cuidado, rozándolo únicamente con la punta de los dedos para que sus tatuajes no le quemaran. Lo ayudó a levantarse y le susurró al oído:

—Saluda.

—¿Qué?

—Que hagas una reverencia, ¿de acuerdo? Si piensan que ha sido un espectáculo, será más fácil salir de aquí. Y que intenten descubrir cómo lo hemos hecho.

Realizó una especie de saludo y los aplausos atronaron.

—¿Puedes andar? —le preguntó Karou.

Él asintió con la cabeza.

No les resultó fácil abandonar el lugar. La gente se interponía en su camino, ansiosa de hablar con ellos. Karou contestaba con frases breves; él no entendía lo que decían, no comprendía su idioma. Los espectadores estaban sobrecogidos y encantados —excepto uno, un joven con sombrero de copa que fulminaba con la mirada a Akiva y trataba de agarrar a Karou por el codo—. Akiva notó ira

contenida en el aire que rodeaba a aquel humano, y sintió deseos de lanzarlo contra la pared, pero Karou no necesitó su intervención. Se desembarazó del muchacho y sacó a Akiva de entre la multitud. Los dedos de Karou, pequeños y fríos, seguían unidos a los de él; Akiva se sintió desolado cuando al doblar la esquina hacia una plaza con puestos de mercado vacíos, ella los retiró.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Karou alejándose de él.

Akiva se apoyó contra una pared, bajo un toldo.

—No te voy a negar que lo mereciera —respondió—, pero me siento como si un ejército hubiera marchado sobre mí.

Ella caminaba arriba y abajo, invadida por la ansiedad.

—Razgut dijo que me estabas buscando. ¿Por qué?

—¿Razgut? —preguntó Akiva sorprendido—. Pensé que estaría...

—¿Muerto? Él sobrevivió, pero Izîl no.

Akiva clavó la mirada en el suelo.

—No pensé que saltaría.

—Pues lo hizo. Pero eso no contesta mi pregunta. ¿Por qué me buscabas?

De nuevo se sintió desvalido. Buscó a tientas una explicación.

—No comprendía quién eras. Quién *eres*. Un humano tatuado con los ojos del diablo.

Karou contempló las palmas de sus manos, y luego levantó la mirada hacia él, con expresión confusa, vulnerable.

—¿Qué es... lo que provocan en ti?

Él entrecerró los ojos. ¿Sería posible que no lo supiera?

Los ojos tatuados eran solo un ejemplo de la esencia diabólica de Brimstone. Su magia golpeaba como un vendaval, un viento cargado de malestar y debilidad, y Akiva se había entrenado para resistirlo —todos los soldados serafines lo hacían—, pero solo podía soportarlo durante un tiempo. Si hubiera estado en el campo de batalla, habría rebanado las manos al enemigo antes de permitir que le lanzara tanta energía maligna. Pero Karou..., lo último que deseaba era herirla de nuevo, así que había soportado todo lo posible.

Ahora más que nunca se le apareció como el hada de un cuento —un hada embrujada con los ojos sombríos y el aguijón de un escorpión—. La quemadura provocada por la mano de Karou en su cuello le dolía como una salpicadura de ácido, y a ello se unían las náuseas provocadas por su ataque sin tregua. Sintió que se debilitaba y temió desvanecerse otra vez.

—Son las marcas de los resucitados —explicó Akiva con cautela—. Seguramente ya lo sabes.

—¿Los resucitados?

Akiva estudió el rostro de Karou.

—¿No sabes lo que son?

—Saber ¿el qué? ¿Lo que es un resucitado? Alguien que regresa de la muerte, ¿no?

—Es un soldado quimérico —respondió, aunque aquello era solo parte de la verdad—. Las *hamsas* están reservadas para ellos —calló un instante—. Únicamente.

Ella cerró los puños con fuerza.

—Como verás, no *solo* para ellos.

Él no respondió.

Todo lo que había impregnado el ambiente mientras permanecían el uno frente al otro sobre los tejados, todo había surgido de ellos mismos. Estar cerca de Karou era como buscar el equilibrio en un mundo que se tambalea, como tratar de afianzarse sobre un punto de apoyo mientras la tierra intenta hacerte caer, arrojarte a una espiral para la que no existe escapatoria, solo un golpe al final, un impacto anhelado, una colisión dulce y que te hace señales.

Ya había sentido aquello antes, y jamás quiso volver a sentirlo. Solo podría apagar el recuerdo de Madrigal; *ya* lo había hecho. De nuevo su mente fue incapaz de evocar su rostro. Era como intentar recordar una melodía mientras se escucha otra canción. El rostro de Karou era todo lo que podía ver —sus ojos luminosos, los pómulos suaves, el perfil de sus dulces labios cerrados con consternación—.

Había cercenado los sentimientos; ni siquiera debería haber surgido todo aquello —la confusión, el apremio, la agitación, aquel *repiqueteo*—. Y por debajo de todo, una sensación atrofiada que había mantenido prisionera en las

profundidades de su mente, sin poder reconocer de qué se trataba: esperanza. Una ligerísima esperanza. Y en su centro: Karou.

Ella se mantenía alejada de él, caminando todavía arriba y abajo. Ambos merodeaban en los límites de sus mutuas compulsiones, temerosos de acercarse el uno al otro.

—¿Por qué incendiaste los portales? —preguntó ella.

Akiva dejó escapar un profundo suspiro. ¿Qué podía decir? ¿Por venganza? ¿Para conseguir la paz? Ambas razones eran ciertas a su modo.

—Para acabar con la guerra —respondió con cautela.

—¿Guerra? ¿Hay una guerra?

—Sí, Karou. La guerra es lo *único* que existe.

De nuevo se sintió desconcertada al escucharle pronunciar su nombre.

—Brimstone y los demás... ¿están bien?

Su voz sonó entrecortada y Akiva reconoció en ella el miedo —temor a lo que él pudiera contestar—.

Bajo las náuseas provocadas por las *hamsas*, sintió otro malestar más profundo —atisbos de terror—.

—Están en la Fortaleza Negra —respondió.

—La Fortaleza —su voz se llenó de esperanza—. Con los barrotes. La vi, la noche en que me atacaste.

Akiva desvió la mirada. Una oleada de malestar lo recorrió. Las punzadas en la cabeza eran cada vez más intensas; solo había soportado tanta exposición a las marcas del diablo otra vez, una tortura a la que no pensó sobrevivir, y aún no comprendía cómo lo había logrado. Le resultaba difícil mantener los ojos abiertos y notaba su cuerpo como un ancla que trataba de arrastrarlo.

Voces.

Karou miró a su alrededor. Akiva levantó los ojos. Parte de su público los había localizado y los señalaba con el dedo.

—Ven conmigo —dijo Karou.

Como si hubiera tenido otra elección.

30
TÚ

Karou lo condujo hasta su apartamento, pensando por el camino: *Estúpida, estúpida, ¿qué estás haciendo?*

Respuestas, se dijo a sí misma. *Busco respuestas.*

Al llegar al ascensor vaciló, recelosa de entrar en un espacio tan reducido con el serafín, pero Akiva no estaba en condiciones de subir escaleras, así que apretó el botón. Él la siguió, extrañado ante aquella maquinaria desconocida, y se sobresaltó un poco cuando el mecanismo se puso en marcha.

Ya en el piso, Karou dejó las llaves en un cestillo junto a la puerta y miró a su alrededor. En la pared, se encontraban sus alas de Ángel de la Extinción, increíblemente parecidas a las de él. Si Akiva percibió la similitud, su rostro no lo dejó traslucir. La habitación era demasiado pequeña para extender totalmente las alas, así que estaban suspendidas como un dosel, cubriendo la mitad de la cama, que era un ancho banco de teca cubierto con colchones de plumas, como en el cuento de la princesa y el guisante. Estaba deshecha y enterrada bajo una avalancha de antiguos cuadernos de bocetos que Karou había estado hojeando la noche anterior, acompañándose de su familia de la única manera posible.

Uno de los cuadernos estaba abierto por un retrato de Brimstone. Karou notó que el ángel apretaba los dientes al verlo, así que lo cogió y lo abrazó contra su pecho. Él se acercó a la ventana y miró hacia la calle.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Karou.

—Akiva.

—¿Y cómo sabes mi nombre?

Una larga pausa.

—El anciano me lo dijo.

Izîl, por supuesto. Pero... un pensamiento la asaltó. ¿No había dicho Razgut que Izîl había saltado para protegerla?

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

Fuera era noche cerrada, y los anaranjados ojos de Akiva se reflejaban en el cristal de la ventana.

—No fue difícil —fue todo lo que respondió.

Karou iba a pedirle más concreción, pero él cerró los párpados y apoyó la frente contra el cristal.

—Puedes sentarte —dijo Karou señalando con un gesto su amplio sillón de terciopelo verde—. Si no quemas nada, claro.

Akiva curvó los labios de forma sombría, en lo que parecía el pariente triste de una sonrisa.

—No quemaré nada.

Desabrochó la hebilla que sujetaba las correas de cuero cruzadas sobre su pecho, y las espadas, envainadas entre sus omóplatos, cayeron al suelo de golpe, algo que seguramente, pensó Karou, no agradaría a sus vecinos de abajo. Akiva se sentó, o más bien se derrumbó en el sillón. Karou apartó los cuadernos de dibujo para hacerse un hueco sobre la cama, y se acomodó frente a él, con las piernas cruzadas.

El piso era diminuto. El espacio suficiente para la cama, el sillón y un conjunto de mesas nido talladas, todo colocado sobre la alfombra persa en la que Karou había derrochado una fortuna, y por la que había regateado cuando aún estaba colocada sobre un telar en Tabriz. Había una pared cubierta de estanterías, frente a una hilera de ventanas, y junto al vestíbulo de entrada: una pequeña cocina, un armario aún más pequeño y un baño cuyo tamaño apenas superaba el de una mampara de ducha. Los techos alcanzaban una absurda altura de casi tres metros y medio, por lo que incluso la habitación principal era más alta que ancha. Karou había construido un altillo sobre las estanterías, al que accedía trepando, que era suficientemente profundo como para recostarse sobre cojines turcos y disfrutar de la vista que ofrecían las altas ventanas: línea directa sobre los tejados del casco viejo hasta el castillo.

Karou contempló a Akiva. Tenía la cabeza reclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Parecía tan cansado... Movié un hombro con cuidado y se estremeció, como si le doliera. Pensó en ofrecerle un té —a ella también le apetecía—, pero le pareció una actitud demasiado cortés, y se obligó a recordar la dinámica que existía entre ellos: eran enemigos.

¿De acuerdo?

Estudió sus rasgos, corrigiendo mentalmente los dibujos que había hecho de memoria. Sus dedos ansiaban coger un lápiz para poder dibujarlo del natural. Estúpidos dedos.

Él abrió los ojos y notó su mirada. Ella se ruborizó.

—No te pongas demasiado cómodo —comentó, turbada.

Akiva se incorporó con dificultad.

—Lo siento. Siempre es así después de una batalla.

Una batalla. Akiva la observó con cautela, mientras ella procesaba la idea.

—Batalla. Con las quimeras. Porque sois enemigos.

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió él como si la noción de enemigo no necesitara justificación.

—Sí. ¿Por qué sois enemigos?

—Siempre ha sido así. La guerra comenzó hace mil años...

—Esa razón es muy pobre. Dos razas no pueden haber nacido como enemigas, ¿no crees? Tuvo que empezar en algún momento.

Akiva asintió con un ligero gesto.

—Sí. Hubo un comienzo —se frotó la cara con las manos—. ¿Qué sabes de las quimeras?

¿Qué *sabía*?

—No mucho —admitió—. Hasta la noche en que me atacaste, no sabía siquiera que hubiera más, aparte de las cuatro a las que yo conozco. Ignoraba que fueran una raza.

Akiva sacudió la cabeza.

—No son una raza, sino muchas, aliadas.

—Claro —Karou supuso que aquello explicaba lo diferentes que eran—. ¿Significa eso que hay otros como Issa, o como Brimstone?

Akiva asintió. Aquella idea añadía nuevos matices de realidad al mundo que Karou había vislumbrado. Imaginó tribus repartidas por vastos paisajes, todo un pueblo de Issas, familias de Brimstones. Quería verlos. ¿Por qué la habían mantenido apartada de todo aquello?

—No comprendo cómo ha sido tu vida. Brimstone te crió, pero ¿solo en la tienda? ¿No en la Fortaleza? —preguntó Akiva.

—Yo no supe lo que había tras la otra puerta de la tienda hasta esa noche.

—¿Te llevó él al interior?

Karou frunció los labios al recordar la ira de Brimstone.

—Bueno, algo así.

—¿Y qué viste?

—¿Por qué crees que te lo contaría? Vosotros sois enemigos, en cuyo caso, tú eres mi enemigo también.

—Yo no soy tu enemigo, Karou.

—Son mi familia. Sus enemigos son también los míos.

—Tu familia —repitió Akiva sacudiendo la cabeza—. Pero ¿de dónde vienes? ¿Quién eres, en realidad?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta eso? —exclamó Karou con rabia, aunque era algo que se había preguntado todos los días desde que tuvo suficiente edad para comprender la extremada rareza de sus circunstancias—. Yo soy *yo*. ¿Quién eres *tú*?

Era una pregunta retórica, pero Akiva la tomó en serio y respondió:

—Soy un soldado.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Tu guerra está en otra parte. ¿Por qué has venido?

Él respiró hondo, con un estremecimiento, y se hundió de nuevo en el sillón.

—Necesitaba... algo —respondió—. Algo distinto. Llevo medio siglo sumergido en la guerra...

Karou lo interrumpió:

—¿Tienes *cincuenta* años?

—En mi mundo, la vida es larga.

—Tenéis suerte —dijo Karou—. Aquí, si quieres asegurarte muchos años de vida, tienes que arrancarte los dientes con unas tenazas.

La mención de los dientes encendió una chispa de peligro en los ojos de Akiva, pero solo añadió:

—Una vida larga resulta una carga cuando está llena de sufrimiento.

Sufrimiento. ¿Se refería a sí mismo? Karou se lo preguntó.

Sus ojos se cerraron, como si hubiera estado luchando por mantenerlos abiertos y de repente se hubiera rendido. Permaneció tanto tiempo en silencio que Karou pensó que se había dormido, así que renunció a su pregunta. De todas maneras, parecía una intromisión en su vida. Y Karou presentía que estaba hablando de *sí mismo*. Recordó el aspecto que tenía en Marrakech. ¿Qué podría arrancar la vida de los ojos de alguien de aquella manera?

De nuevo se sintió invadida por un impulso protector, quiso ofrecerle algo, pero se resistió. Siguió contemplándolo —sus rasgos, sus negrísimas cejas y pestañas, las líneas tatuadas en sus manos, que descansaban abiertas sobre los brazos del sillón—. Tenía la cabeza recostada hacia atrás, y Karou podía distinguir la quemadura del cuello y, algo más arriba, el pulso acompasado en la yugular.

Una vez más la sorprendió su presencia física, que fuera de carne y hueso, aunque de una manera distinta a la de cualquiera a quien ella hubiera visto o tocado. Era una combinación de elementos: fuego y tierra. Ella habría supuesto que un ángel contendría algo de aire, pero no era así. Era totalmente sólido: poderoso y fuerte y real.

Akiva abrió los ojos y Karou se sobresaltó al darse cuenta de que de nuevo la había descubierto con la mirada clavada en él. ¿Cuántas veces iba a ruborizarse?

—Lo siento —se disculpó Akiva con voz débil—. Creo que me he dormido.

—Sí —sin poder evitarlo, añadió—: ¿Quieres un poco de agua?

—Por favor —pronunció aquellas palabras con tanto agradecimiento que Karou sintió una punzada de culpabilidad, por no habérselo ofrecido antes.

Descruzó las piernas, se levantó y le llevó el vaso de agua, que él bebió de un trago.

—Gracias —dijo Akiva con una extraña sinceridad, como si le agradeciera algo

mucho más profundo que un poco de agua.

—De nada —respondió ella, un tanto incómoda. Allí de pie, tenía la sensación de estar revoloteando a su alrededor. En la habitación no había otro lugar donde colocarse, aparte de la cama, así que volvió a subirse a ella. Le apetecía quitarse las botas, pero era algo que no se debía hacer cuando existía la más remota posibilidad de tener que huir apresuradamente o defenderse con una patada. A juzgar por el agotamiento de Akiva, no corría ningún riesgo. El único peligro era el olor a pies.

Se dejó las botas puestas.

—Todavía no entiendo por qué incendiaste los portales —dijo—. ¿Cómo puede acabar eso con vuestra guerra?

Akiva apretó las manos contra el vaso vacío y respondió:

—Por las puertas llegaba magia. Magia negra.

—¿Desde *aquí*? Aquí no existe la magia.

—Dijo la chica que vuela.

—Bueno, eso es fruto de un deseo, de tu mundo.

—De Brimstone.

Ella asintió con un gesto.

—Así que sabes que es un hechicero.

—Yo..., bueno, claro.

Nunca había pensado en Brimstone como en un hechicero. ¿Hacía algo más que fabricar deseos? ¿Qué era exactamente lo que sabía y cuánto lo que *desconocía*? Su ignorancia era como encontrarse en la más absoluta oscuridad, sin saber si se trata del interior de un armario o de una inmensa noche sin estrellas.

Un caleidoscopio de imágenes se arremolinó en su mente. La chispa de magia cuando entraba en la tienda. Los dientes y las piedras preciosas, las mesas de piedra en la catedral subterránea con aquellos cuerpos encima..., muertos que en realidad no lo estaban, como Karou había descubierto brutalmente. Y recordó a Issa pidiéndole que no complicara más la vida de Brimstone —su vida «sombria», como ella había dicho—. Su «incesante» trabajo. ¿Qué trabajo?

Cogió un cuaderno al azar y pasó rápidamente las hojas, creando una especie de animación vacilante con los dibujos de sus quimeras.

—¿Cuál era esa magia? —le preguntó a Akiva—. La magia negra.

Él no respondió y ella imaginó que, al levantar los ojos, lo encontraría de nuevo dormido, pero estaba contemplando las imágenes del cuaderno. Karou lo cerró de golpe y él clavó su mirada en ella. Otra vez aquella intensa expresión *inquisitiva*.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, desconcertada.

—Karou —respondió Akiva—. *Esperanza*.

Ella alzó las cejas, como diciendo «¿Y qué?».

—¿Por qué te puso ese nombre?

Ella se encogió de hombros. Empezaba a resultar cansino no saber nada.

—¿Por qué tus padres te llamaron Akiva?

Al mencionar a sus padres, el rostro de Akiva se endureció y la intensidad de su mirada dejó paso de nuevo a la fatiga.

—Ellos no me lo pusieron —respondió—. Un mayordomo lo eligió de una lista. Otro Akiva había muerto y el nombre había quedado libre.

—Vaya —Karou no supo cómo reaccionar. En comparación, su extraña infancia parecía acogedora y familiar.

—Fui criado para ser un soldado —continuó Akiva con voz hueca. Volvió a cerrar los ojos, esta vez con fuerza, como atenazado por un dolor intenso. Permaneció mucho tiempo en silencio, y cuando habló de nuevo contó mucho más de lo que Karou esperaba—. Me separaron de mi madre cuando tenía cinco años. No recuerdo su rostro, solo que no hizo nada cuando vinieron a por mí. Es mi recuerdo más antiguo. Era tan pequeño que solo podía ver las piernas de aquellos imponentes soldados que me rodeaban. Eran los guardias de palacio y llevaban espinilleras plateadas, así que pude verme reflejado en ellas, en todas ellas, mi propio rostro aterrorizado una y otra vez. Me llevaron al campo de instrucción, donde era uno más en una legión de niños aterrorizados —tragó saliva—. Donde castigaban nuestro miedo y nos enseñaban a ocultarlo. Y en eso se convirtió mi vida, en reprimir el terror hasta no sentirlo más, hasta no sentir nada.

Karou no pudo evitar imaginarlo de niño, asustado y abandonado. La ternura afloró en forma de lágrimas.

Con una voz cada vez más apagada, Akiva continuó.

—Soy producto de la guerra, una guerra que comenzó hace mil años con la masacre de mi pueblo. Niños, mayores, nadie se salvó. En Astrae, la capital del Imperio, las quimeras se sublevaron para asesinar a los serafines. Somos enemigos porque las quimeras son monstruos. Mi vida está manchada de sangre porque mi mundo está repleto de bestias.

»Y luego vine aquí, y los humanos... —su voz adquirió un tono soñador—. Los humanos paseaban libremente, sin armas, se reunían al aire libre, se sentaban en las plazas, reían, envejecían. Y vi a una muchacha..., una muchacha con los ojos negros, el pelo del color de una gema y... tristeza. Su rostro estaba profundamente triste, pero aun así podía iluminarse en un segundo, y cuando vi su alegría me pregunté qué se sentiría al *hacerla* reír. Pensé... pensé que sería como descubrir la sonrisa. Ella pertenecía al bando enemigo, y aunque lo único que deseaba era mirarla, reaccioné como me habían enseñado y... le hice daño. Y cuando volví a mi hogar, no pude dejar de pensar en ti, y estaba muy agradecido de que te hubieras defendido. De que no me permitieras matarte.

Tú. El cambio de pronombre no le pasó desapercibido a Karou, que seguía sentada, sin pestañear y casi sin respirar.

—Regresé para buscarte —dijo Akiva—. No sé por qué. Karou. Karou. No sé por qué —su voz era tan débil que apenas podía oírlo—. Solo para encontrarte y permanecer en el mundo en el que tú te encuentras...

Karou esperó, pero Akiva no dijo nada más, y entonces... algo surgió a su alrededor.

Un resplandor, como un aura al principio, que adquiría intensidad hasta convertirse en *unas alas* —abiertas, extendiéndose desde sus omóplatos por encima del sillón y deslizándose sobre la alfombra en arabescos de fuego—. El hechizo que las ocultaba se había roto y Karou estuvo a punto de lanzar un grito al verlas, pero la llama no se extendió. Ardía sin humo, como contenida en sí misma. Los sutiles movimientos de las plumas de fuego resultaban hipnóticos, y Karou respiró de nuevo, profundamente, y las contempló durante minutos, mientras el rostro de Akiva se relajaba hasta adquirir una expresión tranquila. Esta vez estaba de veras dormido.

Karou se levantó y tomó el vaso de sus manos. Apagó la luz. Las alas aportaban suficiente claridad, incluso para dibujar. Sacó su cuaderno de bocetos y un lápiz y retrató a Akiva, dormido y rodeado por sus alas, y luego, de memoria,

con los ojos abiertos. Trató de recrear su forma exacta; utilizó carboncillo para la espesa capa de kohl que los rodeaba y les aportaba ese aspecto tan exótico, y no se resistió a dejar sus fieros iris sin colorear. Alcanzó una caja de acuarelas y los pintó. Dibujó y pintó durante largo rato, y él permaneció inmóvil, excepto por la suave oscilación de su pecho al respirar y el brillo trémulo de sus alas, que inundaban la habitación con un resplandor de fuego.

Karou no tenía intención de dormir, pero en cierto momento a partir de medianoche se reclinó, todavía medio sepultada por los cuadernos, para «descansar los ojos» un rato. Se quedó dormida, y cuando despertó justo antes del amanecer —algo la despertó, un sonido rápido y brillante—, la habitación que la rodeaba le pareció, por un instante, totalmente desconocida. Solo reconoció las alas en la pared, por encima de ella, y se sintió invadida por una sensación placentera. Luego todo se desvaneció suavemente, como ocurre en los sueños. Estaba en su piso, por supuesto, en su cama, y el ruido que la había despertado era Akiva.

Estaba de pie junto a ella, y sus ojos parecían de lava fundida. Los tenía muy abiertos, con los iris anaranjados rodeados de blanco, y en cada mano sujetaba uno de los cuchillos de luna creciente de Karou.

31

TRANQUILIZADOR

Karou se incorporó con tal brusquedad que los cuadernos de dibujo cayeron rodando de la cama. Aún tenía el lápiz en la mano, y un pensamiento asaltó su mente: el ángel siempre la pillaba con un arma ridícula. Pero al tiempo que apretaba el puño sobre él, dispuesta a clavarlo, Akiva empezó a retroceder y bajó los cuchillos.

Los devolvió al lugar en el que los había encontrado, donde ella los había dejado, en su caja, sobre las mesas nido. Al despertar, habrían estado casi al alcance de su mano.

—Lo siento —se disculpó—. No pretendía asustarte.

Justo entonces, iluminado únicamente por el resplandor de sus alas, su imagen apareció... *tranquilizadora*. Él resultaba *tranquilizador*. No tenía ningún sentido, pero aquella sensación fluyó por el cuerpo de Karou, se presentó tan agradable como un espacio soleado sobre un suelo brillante, y como un gato, ella solo deseaba hacerse un ovillo en él.

Trató de simular que había estado a punto de apuñalarlo con un lápiz.

—Bueno —dijo estirándose y dejándolo caer de la mano con indiferencia—. No conozco tus costumbres, pero aquí, si no quieres asustar a alguien, no te paseas junto a su cuerpo dormido con *cuchillos* en las manos.

¿Era aquello una sonrisa? No. Un ligero temblor en la comisura de sus severos labios; no contaba.

Karou vio el cuaderno de bocetos abierto delante de ella, la prueba de su sesión nocturna de dibujo justo delante de los ojos de Akiva. Lo cerró rápidamente, aunque él, por supuesto, lo había estado hojeando mientras ella todavía dormía.

¿Cómo podía haberse quedado dormida con aquel extraño en su piso? ¿Por qué había *llevado* a aquel extraño a su piso?

No parecía un extraño.

—Son poco corrientes —comentó Akiva señalando la caja de cuchillos.

—Acabo de comprarlos. Son bonitos, ¿verdad?

—Una preciosidad —afirmó él, y tal vez se refiriera a los cuchillos, pero la estaba mirando directamente a ella.

Karou se sonrojó, de repente consciente de su aspecto —¿pelo revuelto, boceras matinales?—, y luego se enfureció. ¿Qué importaba el aspecto que tuviera? ¿Qué estaba sucediendo exactamente? Se desperezó y saltó de la cama, buscando un espacio en la diminuta habitación fuera de la radiante aura del ángel. Era imposible.

—Vuelvo en un momento —dijo, y se dirigió al vestíbulo y luego al minúsculo baño.

Al alejarse de él, la invadió el profundo temor a regresar y descubrir que se había marchado. Se sentó en el inodoro, preguntándose si los serafines estarían por encima de aquellas necesidades mundanas —aunque, a juzgar por el mentón de Akiva, también necesitaban afeitarse—, se lavó la cara y se cepilló los dientes. Empezó a peinarse el pelo y, a cada pasada, crecía la ansiedad de que al volver a la habitación la encontrara vacía, con la puerta del balcón abierta y todo el cielo sobre ella, sin ninguna pista de hacia dónde se había marchado.

Pero Akiva seguía allí. Sus alas eran de nuevo invisibles y las espadas estaban otra vez colocadas a su espalda, inofensivas en sus decorativas fundas de cuero.

—Oye —dijo Karou—. El baño está allí, por si..., ya sabes...

Él asintió, pasó junto a ella y, torpemente, trató de acomodar sus alas invisibles en el diminuto espacio y cerrar la puerta.

Karou se cambió apresuradamente de ropa, y luego se acercó a la ventana. Todavía era de noche. El reloj marcó las cinco. Estaba hambrienta, pero sabía que, al igual que la mañana anterior, no quedaba nada ni remotamente comestible en la cocina.

Cuando Akiva regresó, ella le preguntó:

—¿Quieres comer algo?

—Me muero de hambre.

—Entonces, vámonos.

Cogió el abrigo y las llaves y puso rumbo hacia la puerta, pero luego se detuvo y cambió de dirección. Salió al balcón, se encaramó a la barandilla, miró a Akiva

por encima del hombro y saltó, sin más.

Seis pisos más abajo, tocó el suelo con suavidad, sin poder ocultar una sonrisa. Akiva estaba junto a ella, con el rostro tan serio como siempre. Le resultaba casi imposible imaginarlo sonriendo; era tan sombrío..., aunque ¿no había algo en la manera en que la observaba? Ahí, en esa mirada de soslayo: ¿un atisbo de asombro? Karou recordó lo que Akiva le había contado por la noche, y, al descubrir un ligero sentimiento que apartaba la triste gravedad de su rostro, notó un vuelco en el corazón. ¿Cómo habría sido su vida, al ser entregado tan joven a la guerra? *La guerra*. Para ella resultaba algo abstracto. Era incapaz de contextualizar aquella realidad, ni siquiera sus límites, pero la expresión que había visto en Akiva —sus ojos inexpresivos— y la forma en que ahora la miraba le hicieron sentir que estaba regresando de entre los muertos *gracias a ella*, y aquello le pareció muy hermoso, e íntimo. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, ella tuvo que apartar la mirada.

Lo llevó a la panadería de la esquina. Todavía no estaba abierta, pero el panadero les vendió barras calientes a través de la ventana —con miel y lavanda, recién salidas del horno y aún humeantes en sus arrugadas bolsas de papel marrón—. Luego Karou hizo lo que haría cualquiera que pudiera volar y estuviera en las calles de Praga, al amanecer, con barras de pan caliente para desayunar.

Se elevó, indicando con un gesto a Akiva que la siguiera, y surcó el cielo por encima del río para encaramarse a la fría cúpula del campanario de la catedral y contemplar el amanecer.

* * *

Akiva la seguía de cerca, mirando su pelo al viento, sus largos mechones húmedos por el rocío del amanecer. Karou se había equivocado al suponer que verla volar no le había sorprendido. Simplemente había aprendido a contener sus sentimientos, sus reacciones, durante demasiados años. O pensaba que lo había hecho. Junto a aquella muchacha, nada parecía seguro.

Había destreza en la manera en que se deslizaba por el aire. Era mágico: sin alas invisibles, simplemente el deseo de volar hecho realidad. Un deseo, supuso,

suministrado por el propio Brimstone. Brimstone. El recuerdo del hechicero surgió como una mancha de tinta, un pensamiento oscuro frente a la luminosidad de Karou.

¿Cómo algo tan hermoso como el grácil vuelo de Karou podía haber surgido de la diabólica magia de Brimstone?

Tomaron altura, sobrevolaron el río y se desviaron en dirección al castillo, donde descendieron en círculos hacia la catedral, ubicada en su centro. Era un gigantesco edificio gótico, labrado y erosionado como un acantilado batido por años de tormentas. Karou aterrizó sobre la cúpula del campanario, aunque no resultaba un lugar muy cómodo. El viento era frío y soplaba con fuerza, y Karou tuvo que recogerse el pelo con las manos para alejarlo de su cara. Sacó un lápiz —¿el mismo que había blandido contra él?— y sujetó con él su cabellera; un accesorio multiusos. Del recogido escapaban mechones azules que bailaban sobre su frente, volaban ante sus ojos y quedaban atrapados en sus labios, que sonreían con alegría infantil.

—Estamos en la catedral —le dijo a Akiva.

Él asintió con la cabeza.

—No. *Estamos en la catedral* —repitió Karou, y él pensó que tal vez no hubiera captado algo, alguna sutileza perdida en las palabras, pero luego se dio cuenta: Karou estaba simplemente sorprendida. Sorprendida de hallarse encima de la catedral, en lo alto de la colina que se cernía sobre Praga, con toda la ciudad a sus pies.

Rodeó con sus brazos el pan caliente y disfrutó de la vista, con un asombro reflejado en el rostro más intenso del que Akiva recordaba haber sentido jamás, incluso cuando volar era una experiencia nueva. Seguramente él nunca hubiera experimentado algo así. Sus primeros vuelos no llegaron acompañados de asombro ni alegría —solo de disciplina—. Quiso participar del momento que estaba iluminando el rostro de Karou de aquella manera, así que se acercó a ella y contempló el horizonte.

Era una vista impresionante. El cielo comenzaba a teñirse de pálidos tonos rojizos, las torres aparecían bañadas por un suave resplandor y las calles de la ciudad permanecían todavía en sombra, salpicadas por el brillo de luciérnaga de las farolas y los haces de luz, oscilantes y parpadeantes, de los faros de los coches.

—¿Es la primera vez que subes aquí? —preguntó Akiva.

Karou se volvió hacia él.

—Claro que no, suelo traer a los chicos aquí arriba.

—Y si no cumplen tus expectativas —continuó él—, siempre puedes empujarlos.

Fue un comentario poco afortunado. El rostro de Karou se ensombreció. Sin duda estaba pensando en Izîl. Akiva se arrepintió de aquel intento de humor. Era imposible que saliera bien. Hacía mucho tiempo que no tenía ganas de bromas.

—Lo cierto es —dijo Karou dejándolo pasar— que pedí el deseo de volar hace solo unos días. Todavía no he podido disfrutarlo.

Akiva estaba de nuevo sorprendido, pero esta vez su cara debió de reflejarlo, porque Karou lo miró y dijo:

—¿Qué pasa?

Él sacudió la cabeza.

—Te mueves con tanta suavidad en el aire, y la forma en que te lanzaste del balcón sin la más mínima vacilación, como si volar formara parte de ti...

—No se me ocurrió que el deseo pudiera dejar de funcionar —respondió ella—. Habría sido una especie de castigo por alardear, ¿no crees? Catapún —soltó una carcajada, sin que aquel pensamiento la inquietara, y añadió—: Debería ser más cuidadosa.

—¿Pierden los deseos su poder? —preguntó él.

Karou se encogió de hombros.

—No lo sé. Imagino que no. Mi pelo nunca ha recuperado su color natural.

—¿Tu pelo es producto de un deseo? ¿Te permitió Brimstone usar la magia para... eso?

—Bueno. No lo aprobó exactamente —Karou lo miró de soslayo, con expresión avergonzada y desafiante al mismo tiempo—. A decir verdad, nunca me ha dejado pedir ningún verdadero deseo. Lo suficiente para provocar el menor daño... Oh —un pensamiento asaltó su mente—. Vaya.

—¿Qué sucede?

—Anoche prometí algo y lo había olvidado por completo —rebuscó en el bolsillo del abrigo y sacó una pequeña moneda en la que Akiva vislumbró la efigie

de Brimstone. Cuando cerró el puño, estaba allí, sobre su palma; al abrirlo, había desaparecido—. Magia —dijo Karou—. Puf.

—¿Qué has deseado? —preguntó él.

—Una estupidez. En algún lugar ahí abajo una chica algo desagradable se va a despertar feliz. No es que lo merezca. Vaya fresca —sacó la lengua a la ciudad, con actitud infantil—. Oye, se me olvidaba —se volvió hacia Akiva y le acercó una de las bolsas de la panadería—. Para que no te mueras.

Mientras comían, Akiva notó que Karou tiritaba y abrió sus alas —invisibles— para que el viento recogiera su calor y lo empujara hacia ella. Pareció ayudar. Karou se sentó con las piernas colgando hacia el vacío y balanceándolas mientras arrancaba pequeños trozos de la barra y se los comía. Él se acuclilló a su lado.

—Por cierto, ¿cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Eso depende —respondió él con tono travieso, como si la actitud juguetona de Karou fuera contagiosa.

—¿De qué?

—De si estás preocupada por mi bienestar o prefieres que siga débil e indefenso.

—Que sigas débil e indefenso. Sin duda.

—En ese caso, me siento fatal.

—Me alegro —respondió ella con seriedad, pero con brillo en la mirada. Akiva se dio cuenta de que Karou había tenido cuidado de no dirigir accidentalmente sus *hamsas* hacia él. Se sintió conmovido, igual que al despertar y encontrarla dormida tan cerca de él, encantadora y vulnerable, regalándole, como Madrigal, una confianza innmerecida.

—Me siento mejor —dijo Akiva con suavidad—. Gracias.

—No me lo agradezcas a mí. Yo fui quien te hizo daño.

La vergüenza le abrumó.

—No..., no como yo a ti.

—No —afirmó Karou—. No del mismo modo.

El viento era malicioso; de una fuerte ráfaga liberó el pelo de Karou, y luego bailó para apoderarse de él; en un instante su cabellera volaba en todas

direcciones, como si un grupo de sáfides tratara de arrebatársela para acolchar sus nidos con aquella seda azul. Karou peleó con su pelo; el lápiz se había caído por el borde del tejado hasta perderse entre los arbotantes, así que se lo sujetó con ambas manos.

Akiva imaginó que querría marcharse para escapar del viento, pero no era así. El sol ascendió sobre las colinas y Karou contempló cómo su resplandor empujaba la noche hacia las sombras donde esta se refugiaba, más oscuras por su intensidad —toda la noche se arremolinó en los espacios inclinados, fuera del alcance del amanecer—.

—Anoche, me contaste que tu primer recuerdo eran los soldados que fueron a buscarte... —dijo Karou un momento después.

—¿Te conté eso? —preguntó sorprendido.

—¿No te acuerdas? —Karou se volvió hacia él, con sus cejas color cacao formando dos arcos de sorpresa.

Akiva sacudió la cabeza, tratando de recordar. Las marcas del diablo le habían provocado tanto daño que había sido como escapar, aunque le resultaba difícil creer que le hubiera hablado de su infancia, y de aquel día en particular. Sintió como si hubiera rescatado a aquel niño perdido de su pasado —como si, en un momento de debilidad, se hubiera convertido de nuevo en él—.

—¿Qué más te dije? —preguntó Akiva.

Karou ladeó la cabeza. Fue aquel gesto lo que la había salvado en Marrakech, aquella rápida inclinación parecida a la de un pájaro, para mirarlo casi de reojo. El corazón de Akiva se aceleró.

—No mucho —respondió ella tras un instante—. Te quedaste dormido después de eso.

Claramente estaba mintiendo.

¿Qué le había contado durante la noche?

—De todas formas —continuó sin mirarlo a los ojos—, me hiciste pensar y traté de encontrar mi recuerdo más temprano.

Se arrastró hacia atrás para alejarse del borde del tejado, un movimiento que la obligó a liberar su pelo, que de nuevo voló libre al viento.

—¿Y?

—Brimstone —pronunció aquel nombre con la respiración entrecortada y una sonrisa tierna e infinitamente triste—. Es Brimstone. Yo estoy sentada en el suelo, detrás de su escritorio, jugando con su cola.

¿Jugando con su cola? Eso no concordaba con la idea que Akiva tenía del hechicero, forjada a partir de su angustia más profunda, grabada en su alma a fuego.

—Brimstone —repitió Akiva con amargura—. ¿Fue bueno contigo?

Karou respondió de forma airada, con el pelo convertido en un torrente azul y los ojos ansiosos.

—Siempre. Tal vez pienses que sabes mucho de las quimeras, pero no lo conoces a él.

—¿Quizás seas *tú*, Karou —dijo Akiva muy despacio—, la que no lo conoce realmente?

—¿Qué? ¿Qué es exactamente lo que no sé?

—Su magia, por ejemplo —respondió él—. Tus deseos. ¿Sabes de dónde vienen?

—¿De dónde vienen?

—No es gratis, Karou. La magia tiene un precio. Y ese precio es el *dolor*.

32

AL MISMO TIEMPO, LUGAR Y PERSONA

Dolor.

Cuando Akiva se lo explicó, Karou se sintió angustiada. Pensó en cada deseo absurdo que había pedido —¿por qué Brimstone no se lo había contado?—. La verdad hubiera conseguido lo que todas sus miradas malhumoradas nunca lograron. Si lo hubiera sabido, nunca habría vuelto a pedir un deseo.

—Para obtener del universo, debes entregar algo a cambio —dijo Akiva.

—Pero... ¿por qué *dolor*? ¿No podrías dar algo diferente? Como... ¿alegría?

—Es cuestión de equilibrio. Si fuera algo fácil de entregar, no tendría sentido.

—¿Realmente piensas que es más sencillo conseguir alegría que dolor?

—preguntó Karou—. ¿Cuál de los dos sentimientos has experimentado más veces?

Akiva la miró intensamente.

—Esa es una buena perspectiva. Pero yo no creé el sistema.

—¿Quién lo hizo?

—Mi pueblo cree que fueron los dioses estrella, y las quimeras tienen al respecto tantas leyendas como razas.

—Entonces... ¿de dónde viene el dolor? ¿Es su propio dolor? —preguntó Karou preocupada.

—No, Karou —respondió Akiva—. No es él quien siente el dolor.

Pronunció cada palabra con cuidado, insinuando lo que aquello implicaba: si no era Brimstone el que sufría, ¿quién era?

Karou notó náuseas. La asaltó una imagen de cuerpos tumbados sobre mesas. No. Aquello podía ser algo totalmente distinto. Conocía a Brimstone, ¿no era así? Tal vez desconociera..., bueno, todo sobre él..., pero *sabía* cómo era, confiaba en él, no en aquel ángel.

—No te creo —dijo con un nudo en la garganta.

—Karou, ¿cuáles eran los recados que hacías para él? —añadió Akiva con delicadeza.

Ella abrió la boca para responder, pero la cerró de nuevo. Poco a poco empezó a comprender, y quiso desechar aquellos pensamientos. Dientes: uno de los mayores misterios de su vida. Cadáveres, tenazas, muerte. Aquellas chicas rusas con las bocas ensangrentadas. Desde que era consciente del negocio de Brimstone, se había aferrado a la idea de que él necesitaba los dientes para algo vital, y que el dolor era su triste y terrible consecuencia. Pero... ¿y si el dolor fuera *el objetivo*? ¿Y si fuera con lo que Brimstone obtenía su poder, sus deseos, todo?

—No —dijo Karou negando con la cabeza; sin embargo, ya no estaba convencida de sus palabras.

Poco después, cuando remontó el vuelo desde la catedral, Karou ya no sintió ningún placer al surcar el cielo. Y se preguntó de quién sería el dolor que había pagado su deseo.

Fueron a una tetería en Nerudova, la larga y serpenteante calle que descendía desde el castillo, y Akiva comenzó a descubrirle su mundo. Imperio y civilización, levantamiento y masacre, ciudades perdidas e invadidas, tierras quemadas, murallas derribadas, poblaciones sitiadas en las que los niños eran los primeros en morir de hambre, a pesar de que sus padres los alimentaran con todo lo que tenían y perecieran, ellos también, poco después.

Le habló de sangre derramada y terror en una tierra de belleza en decadencia.

—Los bosques se han talado para construir barcos, máquinas de guerra; o se han incendiado para evitar que se convirtieran en barcos y máquinas de guerra.

De descomunales ciudades en ruinas, fosas comunes, traición.

De ejércitos de bestias que no dejaban de avanzar, sin reducirse en número, sin desmoronarse.

Otras cuestiones —épicas, terribles— no se las contó, simplemente las insinuó, como quien roza los bordes de una herida con cautela, tratando de descubrir dónde aparece el dolor.

Karou escuchaba con los ojos desencajados y horrorizada por la brutalidad, y deseó que en algún momento de los últimos diecisiete años Brimstone hubiera considerado oportuno enseñarle algo sobre Otra Parte.

—¿Cómo se llama tu mundo? —se le ocurrió preguntar.

—Eretz —respondió Akiva, y Karou levantó las cejas de golpe, sorprendida.

—Eso significa «Tierra» —añadió—. En hebreo. ¿Por qué nuestros mundos tienen el mismo nombre?

—Antiguamente, los magos creían que los mundos estaban distribuidos en capas, como los sedimentos de roca o los anillos de los árboles —explicó Akiva.

—Entiendo —respondió Karou con el ceño fruncido. Luego preguntó—: ¿Los magos?

—Los hechiceros seráficos.

—Has dicho «antiguamente». ¿Qué es lo que piensan ahora?

—Nada. Las quimeras los masacraron a todos.

—Dios mío —Karou apretó los labios. ¿Qué podía decir ante una afirmación como aquella?—. Entiendo —reflexionó sobre la idea de los mundos—. Tal vez simplemente robamos el nombre de Eretz hace mucho tiempo, del mismo modo que construimos nuestras religiones a vuestra imagen —era lo que Brimstone había denominado una amalgama de cuentos de hadas que los humanos habían creado uniendo retazos de realidad—. La belleza equivale a bondad, los cuernos y las escamas, a maldad. Es sencillo.

—Y, en este caso, es así.

Tras el mostrador, la camarera no dejaba de observarlos, a uno y a otro. Karou sintió ganas de preguntarle qué estaba mirando, pero no lo hizo.

—Así que, básicamente —dijo tratando de resumir todo lo que Akiva le había relatado—, los serafines quieren controlar el mundo y las quimeras no quieren que nadie las domine, lo que las convierte en malvadas.

Akiva apretó las mandíbulas, contrariado por aquella simplificación.

—Ellos no eran nada, solo bárbaros en aldeas de barro. Nosotros los iluminamos, les mostramos la ingeniería, la palabra escrita...

—Y me imagino que no tomasteis nada a cambio.

—Nada que no fuera razonable.

—Ya, claro —Karou deseó haber atendido más en sus clases de historia humana para poder imaginar con más precisión un contexto que abarcara todo lo

que Akiva le relataba—. Así que, hace mil años, sin motivo alguno, las quimeras se sublevaron, asesinaron a sus señores y recuperaron el control de sus tierras.

Akiva se opuso.

—Aquel territorio nunca había sido suyo. Ellos vivían en pequeñas granjas, en casuchas de piedra. A lo sumo, en aldeas. El Imperio construyó las ciudades, además de viaductos, puertos, carreteras...

—Pero ¿no era allí donde habían nacido y muerto desde, digamos, el principio de los tiempos? ¿Donde se enamoraban, donde criaban a sus hijos, donde enterraban a sus muertos? ¿Qué importa que no hubieran construido ciudades? ¿No seguía siendo suya aquella tierra? A menos que pienses que te pertenece todo aquello que puedas defender, en cuyo caso cualquiera tiene derecho a intentar arrebatarte en cualquier momento lo que desee. Eso es básicamente la civilización.

—Tú no lo entiendes.

—Es cierto, no lo entiendo.

Akiva respiró hondo.

—Nosotros construimos el mundo, con buena voluntad. Vivimos junto a ellos...

—¿Como iguales? —preguntó Karou—. Sigues llamándolos «bestias», así que tengo mis dudas.

Akiva no respondió inmediatamente.

—¿A cuántas conoces, Karou? *Cuatro* quimeras, dijiste, y ningún guerrero entre ellas. Cuando hayas visto a tus hermanos y hermanas corneados por minotauros, atacados por perros-león, despedazados por dragones, cuando hayas visto a tu... —retuvo lo que iba a decir, con expresión agónica—. Cuando hayas sido torturada y obligada a contemplar la ejecución de... tus seres queridos..., entonces podrás decirme qué es una bestia.

¿Seres queridos? Del modo en que lo había dicho, no se refería a hermanos ni a hermanas. Karou sintió una punzada de..., seguramente no fueran celos. ¿Qué le importaba a quién amara o hubiera amado el ángel? Tragó saliva. ¿Qué podía decir? Era imposible contradecir nada de lo que él había expuesto. Su ignorancia era absoluta, pero eso no implicaba que tuviera que creerlo sin más.

—Me gustaría escuchar la versión de Brimstone —respondió en voz baja.

Entonces, se le ocurrió algo, algo grande—. *Tú* podrías llevarme allí. Podrías ayudarme a regresar.

Akiva parpadeó, sorprendido, y luego negó con la cabeza.

—No. Aquel no es un lugar adecuado para los humanos.

—¿Y este es un lugar adecuado para los ángeles?

—No es lo mismo. Aquí no hay peligro.

—¿De verdad? Que te cuenten mis cicatrices si aquí hay peligro —Karou tiró del cuello de su camisa para mostrarle la rugosa cicatriz de una cuchillada sobre la clavícula. Akiva se estremeció al ver aquella desagradable herida, provocada por él mismo, y Karou se colocó de nuevo el cuello—. Además —añadió de forma convincente—, existen cosas más importantes que la seguridad. Como... *los seres queridos* —se sintió cruel al utilizar las palabras de Akiva, como si estuviera girando un cuchillo clavado.

—Los seres queridos —repitió él.

—Prometí a Brimstone que nunca lo abandonaría sin más, y no lo haré. Iré, aunque sea sin tu ayuda.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Hay maneras —respondió con cautela—. Pero resultaría más sencillo si tú me llevaras —realmente más sencillo. Además, Akiva sería un compañero de viaje preferible a Razgut.

—No puedo llevarte —respondió él—. El portal está vigilado. Te matarían en el acto.

—A los serafines os encanta eso de matar sin previo aviso.

—Los monstruos nos han convertido en lo que somos.

—Los monstruos —Karou pensó en los risueños ojos de Issa, en el nervioso aleteo de Yasri y en sus caricias tranquilizadoras. Ella también los llamaba monstruos a veces, pero con cariño, del mismo modo en que decía que Zuzana estaba rabiosa. En labios de Akiva, la palabra resultaba simplemente desagradable—. Bestias, diablos, monstruos. Si hubieras conocido a alguna quimera, no podrías despreciarlas de ese modo.

Él bajó los ojos, sin responder, y el hilo de su conversación desapareció en un

tenso silencio. Karou pensó que aún estaba pálido, que tenía mala cara. El té estaba servido en grandes recipientes de barro sin asas, y Karou sostenía el suyo con ambas manos. Mantenía las palmas contra la taza para calentárselas después de las frías horas pasadas sobre la catedral, pero también para evitar lanzar, sin querer, su dolorosa magia contra Akiva. Al otro lado de la mesa, la postura de él imitaba la suya, con las manos también en torno a su taza, así que Karou no pudo evitar ver *sus* tatuajes: infinidad de líneas negras que surcaban sus dedos.

Cada una de ellas mostraba un ligero relieve, como una cicatriz, y, al contrario que los de Karou, eran simples cortes untados con hollín —un procedimiento primitivo—. Cuanto más los miraba, más la invadía la extraña sensación de recordar algo, o casi recordarlo. Era como si se encontrara al borde de un descubrimiento, oscilando entre saber y no saber, tan rápido que casi no podía intuir de qué se trataba —como intentar ver las alas de una abeja en pleno vuelo—. No pudo concretarlo.

Akiva percibió su mirada, y se sintió cohibido. Se movió, cubriendo una mano con la otra, como si pudiera borrar los tatuajes.

—¿Los tuyos también tienen magia? —preguntó ella.

—No.

Karou notó cierta brusquedad en su respuesta.

—Entonces, ¿qué? ¿Significan algo?

Él no respondió. Ella alargó una mano, sin pensar, para recorrerlos con la punta del dedo. Estaban agrupados siguiendo un típico sistema de recuento de cinco en cinco: por cada cuatro líneas, la quinta era diagonal y cruzaba las anteriores.

—Es un recuento —dijo Karou deslizando suavemente el dedo sobre las marcas del índice derecho de Akiva, pasando de un grupo de cinco al siguiente: cinco, diez, quince, veinte. Cada vez que lo tocaba sentía como si saltara una chispa y una especie de impulso, el impulso de entrelazar sus dedos con los de él, e incluso (Dios mío, ¿qué le estaba *sucediendo*?) acercar aquellas manos a sus labios y *besar* las marcas que había en ellas...

Y entonces, de repente, lo descubrió. Se dio cuenta de qué contabilizaban, y retiró la mano de golpe. Lo miró y él permaneció quieto, desprotegido, dispuesto a aceptar la sentencia que ella quisiera imponerle.

—Son muertos —dijo ella con un hilo de voz—. *Quimeras*.

No lo negó. Tampoco se defendería, igual que cuando ella lo había atacado. Sus manos permanecieron inmóviles, rígidas como huesos, y Karou supo que estaba enfrentándose al impulso de esconderlas.

La chica temblaba, con la mirada clavada en aquellas marcas, sin dejar de pensar en cuántas había tocado —veinte solo en el dedo índice—.

—Tantas —dijo—. Has matado a tantas.

—Soy un soldado.

Karou imaginó a sus cuatro quimeras muertas y se cubrió la boca con la mano, conteniendo las ganas de vomitar. Cuando Akiva le había hablado de la guerra, era como un mundo aparte. Pero Akiva era real, estaba frente a ella, y el hecho de que fuera un asesino también era real. Como dientes extendidos sobre el escritorio de Brimstone, todas aquellas marcas significaban sangre, muerte —no de lobos ni tigres, sino sangre y muerte de quimeras—.

Karou lo miraba fijamente, y... vio algo. Como si el instante se resquebrajara igual que una cáscara de huevo, y revelara otra vivencia en su interior, casi semejante a aquella —casi—, pero luego desapareció y todo permaneció intacto. Akiva seguía exactamente en el mismo lugar y no había sucedido nada, excepto aquella visión...

Con voz vaga, como surgida del interior de aquel instante paralelo, Karou se oyó a sí misma:

—Ahora tienes más.

—¿A qué te refieres? —Akiva la miró confuso y, de repente, con gran intensidad. Se reclinó sobre la mesa de manera brusca, con los ojos muy abiertos y brillantes, y el movimiento repentino volcó el té—. *¿A qué te refieres?* —preguntó de nuevo, esta vez más fuerte.

Karou retrocedió y Akiva le agarró la mano.

—¿A qué te refieres con que ahora tengo más?

Ella sacudió la cabeza. Más marcas, había querido decir. Había visto algo en aquel instante solapado. Al Akiva real, sentado delante de ella, y además un fogonazo del inimaginable: Akiva *sonriendo*. No una lúgubre mueca en los labios, sino una sonrisa maravillosamente cálida y tan bella que resultaba dolorosa. Había

arrugas en los ángulos de sus ojos provocadas por la alegría y la felicidad. El cambio era intenso. Si era atractivo con el semblante serio —y lo era—, sonriente resultaba glorioso.

Pero Karou juraría que Akiva *no* había sonreído.

Y en aquel Akiva inimaginable que había existido durante un instante, había percibido algo más: en sus manos había menos marcas, y algunos de sus dedos aparecían libres de ellas.

La mano de Akiva seguía agarrando la de ella, apoyada sobre el charco de té derramado. La camarera salió de la barra y se acercó con una bayeta, sin saber qué hacer. Karou retiró la mano y se apoyó sobre la silla para dejar que la chica limpiara la mesa, lo cual hizo sin dejar de mirarlos a uno y a otro. Cuando acabó, preguntó vacilante:

—Me estaba preguntando..., me preguntaba cómo lo hicisteis.

Karou la miró perpleja. Era una chica más o menos de su edad, con las mejillas regordetas y ruborizadas.

—Anoche —aclaró—. Cuando estabais volando.

Ah, aquello.

—¿Estabas allí? —preguntó Karou. Parecía una coincidencia extraña.

—Ojalá —respondió la chica—. Lo vi en la televisión. Lo han estado dando en las noticias durante toda la mañana.

Perfecto, pensó Karou. *Perfecto*. Cogió el teléfono móvil, que no había parado de lanzar insolentes pitidos y zumbidos durante aproximadamente la última hora, y miró la pantalla. Un montón de llamadas perdidas y mensajes de texto, la mayoría de Zuzana y Kaz. Maldición.

—¿Estabais sujetos con cables? —preguntó la camarera—. No encontraron cables ni nada.

—Lo hicimos sin cables —respondió Karou—. Estábamos volando de verdad —y puso su característica sonrisa irónica.

La chica le devolvió la sonrisa, como si se sintiera parte de aquella broma.

—No me lo digas si no quieres —añadió fingiendo enfado, y los dejó tranquilos, excepto para traer más té a Akiva.

Él seguía recostado sobre la silla, contemplando a Karou con mirada intensa y una vívida e inquisitiva cautela.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, cohibida—. ¿Por qué me miras así?

Akiva alzó las manos y deslizó las uñas sobre su pelo denso y muy corto, sujetándose la cabeza durante un instante.

—No puedo evitarlo —respondió avergonzado.

Karou sintió un escalofrío de placer. Se dio cuenta de que, en el transcurso de la mañana, su rostro había perdido por completo aquella expresión severa, o casi. Sus labios estaban ligeramente separados, su mirada no aparecía vigilante, y acababa de ver —¿imaginar?— el destello imposible de una sonrisa, así que no era tan difícil que pudiera ocurrir de nuevo, y esta vez de verdad.

Para ella, quizás.

Oh, Dios. ¡*Sé ese gato!*, se recordó a sí misma. El que permanecía fuera del alcance de la mano, y nunca —*jamás*— ronroneaba. Apoyada contra la silla, compuso en su cara una expresión que, esperaba, fuera la versión humana del desdén felino. Contó a Akiva un resumen de lo que le había dicho la camarera, aunque no estaba segura de que supiera lo que era la televisión, y mucho menos Internet. Ni tampoco los teléfonos.

—¿Me disculpas un minuto? —le preguntó, y marcó el número de Zuzana, que contestó al primer pitido.

Su voz estalló en el oído de Karou.

—¿Karou?

—Sí, soy yo...

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? Te he visto en las noticias, y a *él* también. He visto... Madre mía, Karou, ¿te das cuenta de que estabas *volando*?

—Lo sé. ¿No es formidable?

—*Claro que no*. ¡En absoluto! Pensé que estarías muerta, por ahí —estaba al borde de la histeria y Karou tardó unos minutos en calmarla, consciente en todo momento de que Akiva seguía mirándola, e intentando mantener su frialdad felina—. ¿De verdad estás bien? —preguntó Zuzana—. ¿No te está amenazando con un cuchillo en la garganta para obligarte a decirlo?

—Ni siquiera habla checo —le aseguró Karou. La puso rápidamente al corriente de lo que había sucedido la noche anterior, asegurándole que en ningún momento él había intentado hacerle daño y que incluso había mostrado una pasividad extrema para *no* hierla, y terminó diciendo—: Bueno, hemos contemplado el amanecer desde lo alto de la catedral.

—¿No me digas? ¿Fue una cita?

—*No*, no fue una cita. Para serte sincera, no sé lo que fue. *Es*. No tengo ni idea de qué hace aquí... —su voz se entrecortó al mirarlo. Ya no era solo su sonrisa, ni las marcas de sus manos. De algún modo, sabía que una enorme cicatriz cubría su hombro derecho. Él trataba de no forzarlo, Karou lo había visto. Seguramente por eso lo había descubierto. Pero entonces ¿por qué sabía qué aspecto tenía aquella cicatriz?

¿Cuál era su *tacto*?

—¿Karou? ¿Hola? ¿*Karou*?

Karou parpadeó y se aclaró la garganta. Había pasado de nuevo: su propio nombre, flotando frente a ella, sin ninguna conexión consigo misma. Por el nerviosismo de Zuzana, se dio cuenta de que había permanecido callada más tiempo del aceptable para una distracción.

—Sigo aquí —contestó.

—¿*Dónde*? No dejes de preguntarte que dónde estás.

Karou lo había olvidado por un momento.

—Eh. Sí. La tetería de Nerudova.

—Quédate ahí quieta. Voy para allá.

—Ni se te ocurra...

—Claro que sí.

—Zuze...

—*Karou*. No me obligues a pegarte con mis diminutos puños.

—Está bien —Karou transigió—. Ven si quieres.

Zuzana vivía con una tía viuda en Hradcany[2], no muy lejos de allí.

—Llego en diez minutos —anunció.

Karou no pudo resistirse a insinuar:

—Se tarda menos cuando puedes volar.

—Bicho malo. Ni se te ocurra marcharte. Y tampoco permitas que él se vaya. Tengo que hacer algunas amenazas y emitir ciertos juicios.

—Me parece que no se va a marchar a ninguna parte —dijo Karou en tono tranquilizador mirando directamente a Akiva. Él le devolvió la mirada, y entonces ella supo que aquellas palabras eran ciertas, aunque ignoraba la razón.

No era humano. Ni siquiera pertenecía a su mundo. Era un soldado con las manos marcadas por la muerte, y además, el enemigo de su familia. Y aun así, algo los unía, algo más fuerte que todo lo anterior, algo capaz de dirigir sus impulsos y su respiración como una sinfonía, de modo que cualquier intento de enfrentarse a aquella sensación resultaba disonante, sin armonía con su propio *ser*.

Hasta donde podía recordar, una vida fantasma se había burlado de ella con su incomprensible «algo distinto», pero en ese momento era al contrario. Allí, junto a Akiva, incluso mientras hablaban de guerra, ciudades sitiadas y enemistad duradera, se sentía atraída hacia su inmensidad y calidez, como si fuera al mismo tiempo lugar y persona, y, contra cualquier lógica, exactamente donde se suponía que ella debía estar.

33

ABSURDO

—Mi diminuta y terrible amiga viene hacia aquí —anunció Karou tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—La del puente.

Karou recordó que Akiva la había estado siguiendo el día anterior, y debió de haber visto la actuación de Zuzana. Asintió con la cabeza.

—La he puesto al día sobre tu mundo, un poco. Y sabe que intentaste matarme, así que...

—¿Debería asustarme? —preguntó Akiva, y por un instante Karou pensó que hablaba en serio. Su expresión mostraba la misma gravedad de siempre; sin embargo, era otro intento de humor mordaz, como en lo alto de la catedral cuando la sorprendió con la broma de empujar a las citas que no dieran la talla.

—Muchísimo —respondió—. Todo el mundo se encoge de miedo delante de ella. Ya verás.

La taza de Karou estaba vacía, pero la mantenía agarrada, menos preocupada en aquellos momentos de lanzar su magia hacia Akiva que de evitar que sus manos hicieran una nueva incursión temeraria para tocar las de él. Debería sentir rechazo hacia aquellas manos manchadas de muerte, y así era, pero junto al horror estaba... la *atracción*.

Karou notaba que Akiva sentía lo mismo, y que sus manos libraban su propia batalla para no alcanzar las de ella. Él seguía mirándola, ella no dejaba de ruborizarse, y su conversación avanzó a trompicones hasta que la puerta se abrió y apareció Zuzana como un torbellino.

Se encaminó directamente a la mesa y se plantó delante de Akiva. Apareció furibunda, dispuesta a echarle una reprimenda, pero cuando lo vio, solo pudo balbucear. Su expresión vacilaba entre la ferocidad y el desconcierto, y venció el segundo. Miró de reojo a Karou y dijo con absoluto asombro:

—Madre mía. Debes. Aparearte. Inmediatamente.

La reacción de Zuzana fue tan inesperada y Karou estaba tan nerviosa que no pudo evitar reírse. Se arrellanó en la silla y dejó que fluyera: una risa dulce y chispeante que provocó otro cambio en el semblante de Akiva, en la medida en que la examinaba de un modo esperanzado y penetrante que provocó un cosquilleo en Karou; se sentía tan... *desnuda*.

—No, de verdad —continuó Zuzana—. Ahora mismo. Es como un imperativo biológico, ¿vale?, para conseguir el mejor material genético. Y *este* —señaló a Akiva como si fuera una azafata de ventas— es el mejor material genético que jamás he visto —arrastró una silla y se sentó junto a Karou, como si fueran espectadoras observando al serafín—. Fiala tendría que tragarse sus palabras. Deberías traerlo el lunes para que hiciera de modelo.

—Claro —asintió Karou—. Estoy segura de que no le importaría desnudarse frente a un puñado de humanos...

—*Desvestirse* —corrigió Zuzana, con tono remilgado—. Todo sea por el *arte*.

—¿Vas a presentarnos? —preguntó Akiva.

El idioma quimérico, en el que habían hablado hasta ese momento, sonó fuera de lugar, como un áspero eco de otro mundo.

Karou asintió, tratando de contener la risa.

—Lo siento —dijo, y realizó una somera presentación—. Como es natural, tendré que traducir si queréis deciros algo el uno al otro.

—Pregúntale si está enamorado de ti —dijo Zuzana inmediatamente.

Karou casi se atragantó. Se giró sobre la silla para encarar a Zuzana, que levantó una mano antes de que Karou pudiera protestar.

—Lo sé, lo sé. No vas a preguntarle eso. Y tampoco necesitas hacerlo. Lo *está*. ¡Míralo! Me temo que vas a echar a arder como siga mirándote de ese modo con esos ojazos naranjas.

Karou tenía que admitir que aquello era cierto. Pero *¿amor?* Eso era absurdo, y así se lo dijo.

—¿Quieres saber lo que es absurdo? —dijo Zuzana sin dejar de contemplar a Akiva, que parecía algo desconcertado—. Esa afilada línea del pelo es absurda. *Dios*. Realmente te hace pensar lo escasos que estamos de picos de viuda en la vida cotidiana. Podríamos, no sé, utilizarlo como semental para introducirlos en la

población.

—Por Dios. ¿Puedes dejar de hablar de apareamientos y sementales?

—Solo es un comentario —añadió Zuzana razonablemente—. Yo estoy loca por Mik, ¿vale?, pero eso no significa que no pueda aportar mi granito de arena para la proliferación de los picos de viuda. Como un favor a la reserva genética. Tú deberías hacer lo mismo, ¿no crees? O quizás... —Zuzana lanzó una mirada de reojo a Karou— ya lo has *hecho*.

—¿Qué? —Karou estaba horrorizada—. ¡No! ¿Por quién me has tomado?

Estaba segura de que Akiva no comprendía nada, pero había una expresión divertida en su boca. Él le preguntó qué había dicho Zuzana, y Karou notó cómo su cara se volvía carmesí.

—Nada —le dijo en lenguaje quimérico, y añadió en checo con severidad—. Ella. No ha dicho. Nada.

—Claro que lo he dicho —saltó Zuzana, y como un niño al que han reprendido por hacer travesuras, repitió alegremente—: ¡Aparearse! ¡Semental!

—Zuze, para, por favor —rogó Karou, indefensa y muy agradecida de que Zuzana y Akiva no hablaran el mismo idioma.

—De acuerdo —dijo su amiga—. También puedo ser cortés. Observa —se dirigió a Akiva directamente—: Bienvenido a nuestro mundo —dijo gesticulando mucho—. Espero que estés disfrutando de tu visita.

Reprimiendo una sonrisa, Karou tradujo.

Akiva asintió.

—Gracias —luego le dijo a Karou—: ¿Podrías decirle, por favor, que su actuación fue magnífica?

Ella trasladó sus palabras a Zuzana, que afirmó:

—Lo sé —era su manera habitual de aceptar un halago, pero Karou podía ver que estaba complacida—. Fue idea de ella.

Karou no tradujo aquellas palabras, pero dijo:

—Es una artista impresionante.

—Tú también —respondió Akiva, y entonces fue Karou la que se sintió complacida.

Le contó que iban a una escuela de arte, y él comentó que en su mundo no existía nada parecido, que solo había lugares donde aprender oficios. Karou le explicó que Zuzana era una especie de aprendiz, que procedía de una familia de artesanos, y le preguntó si él descendía de una familia de soldados.

—En cierto modo —respondió Akiva.

Sus hermanos eran soldados, y su padre también lo había sido en otra época. Pronunció la palabra *padre* con aspereza, y Karou notó resentimiento, así que no continuó indagando y la charla regresó al tema artístico. La conversación, filtrada a través de Karou —y Zuzana, incluso con su mejor comportamiento, requería un alto grado de filtración—, fue sorprendentemente fluida. *Demasiado*, pensó Karou.

¿Por qué le resultaba tan sencillo reír con ese serafín, y olvidar la imagen de los portales ardiendo y del pequeño cuerpo de Kishmish en carne viva mientras sus latidos se aceleraban para luego apagarse? Tenía que recordárselo sin parar, castigándose a sí misma, e incluso así, cuando miraba a Akiva, todo se desmoronaba —toda su cautela y autocontrol—.

—En realidad, no da tanto miedo —comentó algo después Akiva señalando con la cabeza a Zuzana—. Me habías preocupado.

—Bueno, la has desarmado. Provocas ese efecto.

—¿De verdad? Ayer no me pareció que funcionara contigo.

—Yo tenía más motivos para luchar —dijo ella—. De todas maneras, tengo que recordarme sin parar que somos enemigos.

Fue como si una sombra cayera sobre ellos. La expresión de Akiva se tornó lejana otra vez, y colocó las manos debajo de la mesa, retirando sus tatuajes de la vista de Karou.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Zuzana.

—Le he recordado que somos enemigos.

—No. Seáis lo que seáis, Karou, *no* sois enemigos.

—Pero lo somos —replicó ella, y lo *eran*, sin importar lo intensamente que su cuerpo estuviera intentando convencerla de lo contrario.

—Entonces, ¿qué haces contemplando amaneceres y tomando té con él?

—Tienes razón. ¿Qué *estoy* haciendo? No tengo ni idea.

Pensó en lo que sí *debería* estar haciendo: viajar a Marruecos para encontrarse con Razgut y atravesar volando aquella abertura en el cielo hacia... Eretz. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Había estado tan concentrada en conseguir los *gavriels* que no había pensado demasiado en cómo sería realmente *ir* allí. Y ahora, con la descripción de Akiva fresca en la memoria —un mundo arrasado por la guerra, inhóspito—, sintió que el terror la invadía; de repente, no deseaba ir a ninguna parte.

Además, ¿qué se suponía que debería hacer cuando llegara allí? ¿Volar hasta los barrotes de aquella imponente fortaleza y preguntar educadamente si Brimstone estaba en casa?

—Hablando de enemigos —dijo Zuzana—. El zopenco apareció esta mañana en televisión.

—Bien hecho —respondió Karou, todavía absorta en sus propios pensamientos.

—No. Bien no. *Mal*. El zopenco se ha portado mal.

—Oh, no. ¿Qué ha hecho?

—Bueno, mientras tú contemplabas el amanecer con tu *enemigo*, no han dejado de hablar de ti en las noticias, y cierto actor ha sido de gran ayuda pavoneándose delante de la cámara y contando al mundo cosas de tu vida. Incluido algo sobre unas *cicatrices de bala*? Ha hecho que parecieras la chica de un gánster...

—¿La chica? Por favor. En todo caso, yo sería el gánster...

—*Como te decía* —interrumpió Zuzana—. Siento mucho decirte que tu acrobacia aérea ha terminado con todo el anonimato del que hayas podido disfrutar hasta ahora, chica del pelo azul. La policía estará seguramente en tu piso...

—¿Qué?

—Sí. Están diciendo que lo que hiciste fue una «alteración del orden público» y que solo quieren hablar con las *personas* implicadas, si alguien conoce su paradero.

Al contemplar la angustia de Karou, Akiva quiso saber de qué estaban hablando; ella tradujo rápidamente. Su rostro se ensombreció. Se levantó y se acercó a la puerta para mirar hacia la calle.

—¿Vendrán aquí a buscarte? —preguntó.

Karou reconoció una actitud protectora en su postura, con los hombros encorvados y tensos, y comprendió que en su mundo una amenaza así debía de significar algo bastante alarmante.

—No pasa nada —le aseguró Karou—. No supone ningún peligro. Solo quieren hacer preguntas. De verdad —Akiva no se alejó de la puerta—. No hemos infringido ninguna ley —se volvió hacia Zuzana y preguntó en checo—: No existe ninguna ley que prohíba volar, ¿verdad?

—Claro que sí. La ley de la *gravedad*. La cuestión es que te están buscando —Zuzana lanzó una mirada a la camarera, que merodeaba cerca y seguramente estaba escuchando a hurtadillas—. ¿Pasa algo?

La camarera se ruborizó.

—No he llamado a nadie —contestó rápidamente—. Podéis estar aquí sin ningún problema. ¿Queréis... queréis más té?

Zuzana la invitó a marcharse con un gesto de la mano y dijo a Karou:

—Obviamente, no puedes quedarte aquí para siempre.

—No.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

El plan. El plan. *Tenía* un plan, y estaba a punto de llevarlo a cabo. Lo único que tenía que hacer era *marcharse*. Abandonar su vida en Praga, la escuela, el piso, a Zuzana, a Akiva... No. Akiva *no* formaba parte de su vida. Karou lo contempló, vigilante junto a la puerta, dispuesto a protegerla, y trató de imaginar cómo sería alejarse de su... *inmensidad*..., de la sensación de bienestar, el espacio bañado por el sol, la *atracción*. Solo debía levantarse y salir. ¿Verdad?

Hubo un momento de silencio, y el cuerpo de Karou respondió solo con un temblor a la idea de marcharse.

—El plan —repitió necesitando una gran fuerza de voluntad para enfrentarse al momento—. El plan es salir de aquí.

Akiva estaba mirando a través de la puerta y solo cuando se volvió para mirarla, Karou se dio cuenta de que había pronunciado aquellas últimas palabras en idioma quimérico, dirigiéndose a él.

—¿Salir de aquí? ¿Hacia dónde?

—Hacia Eretz —respondió ella poniéndose en pie—. Te lo he dicho antes. Voy a buscar a mi familia.

La consternación invadió el rostro de Akiva al comprender el alcance de aquella afirmación.

—Así que realmente tienes una forma de llegar hasta allí.

—Sí.

—¿Cómo?

—Existen más portales, aparte del tuyo.

—Los había. Todo ese conocimiento se perdió junto con los magos. Me ha costado años encontrar este...

—Creo que no eres el único que sabe cosas. Aunque preferiría que fueras *tú* quien me mostrara el camino.

—¿En vez de quién? —Akiva trataba de descubrirlo, y Karou supo por su gesto de disgusto cuándo lo había adivinado—. El Caído. Esa *cosa*. Vas a pedir ayuda a esa cosa.

—Solo si tú no me llevas.

—Te aseguro que no puedo. El portal está vigilado...

—Está bien. Tal vez nos encontremos algún día al otro lado. ¿Quién sabe?

El movimiento de sus alas invisibles lanzó chispas por el suelo.

—No puedes ir allí. La vida es imposible, créeme.

Karou le dio la espalda y cogió el abrigo. Después de ponérselo, deslizó por encima del cuello su cabellera, que estaba húmeda como la de una sirena y caía en bucles sobre sus hombros. Karou anunció a Zuzana que abandonaba la ciudad, y estaba esquivando las inevitables preguntas de su amiga cuando Akiva la agarró del brazo.

—No puedes ir con esa criatura —le dijo suavemente. Su expresión era cautelosa, difícil de interpretar—. No sola. Si él conoce otro portal, yo puedo acompañarte y asegurarme de que no te sucede nada.

El primer impulso de Karou fue rechazar su ofrecimiento. *Sé ese gato. Sé ese gato*. Pero ¿a quién trataba de engañar? Ese no era el gato que ella deseaba ser. No quería marcharse sola —o sola con Razgut, que era aún peor—.

—Está bien —respondió con el corazón desbocado, y una vez que la decisión estuvo tomada, el tremendo peso del miedo desapareció.

No tendría que separarse de Akiva.

Al menos, por ahora.

34

¿QUÉ ES UN DÍA?

¿Qué es una mañana?, se preguntó Karou a sí misma. Parte de ella se encontraba ya volando hacia el futuro, imaginando el reencuentro con Brimstone, pero otra parte estaba firmemente anclada en su piel, consciente de la calidez del brazo de Akiva sobre su hombro. Bajaban por Nerudova con Zuzana, enfrentándose al torrente de turistas que ascendía hacia el castillo, y tuvieron que acercarse el uno al otro para sortear a una horda de alemanes ataviados con calzado cómodo.

Karou llevaba el pelo recogido bajo un sombrero que le había prestado la camarera, ocultando de ese modo su rasgo más llamativo. Akiva seguía atrayendo una desmesurada atención; sin embargo, Karou pensó que se debía principalmente a su belleza de ensueño, y no a que lo reconocieran de las noticias.

—Tengo que pasar por la escuela —dijo Zuzana—. Venid conmigo.

Karou también quería ir allí —formaba parte de su programa de despedidas—, así que aceptó. De todas maneras, tendría que esperar hasta que cayera la noche para regresar a su piso, por si la policía estuviera vigilándolo. Con la oscuridad, podría acceder a través del aire y el balcón, en vez de por la calle y el ascensor, para recoger todo lo necesario para el viaje.

¿Qué es un día?, se preguntó a sí misma, y sintió un cosquilleo de felicidad que, tuvo que admitir, se debía en gran parte al modo en que Akiva había permanecido junto a la puerta de la tetería, y a la *tranquilizadora* solidez de su cuerpo junto a ella en aquel momento.

También sentía una ligera inquietud de forma intermitente, pero la atribuyó a los nervios, y durante el transcurso de la mañana, con su murmullo de felicidad inesperada, no dejó de ahuyentarla, inconscientemente, como a una mosca.

* * *

Karou se despidió del Liceo —solo en su mente, ya que no quería alarmar a

Zuzana—, y después de La Cocina Envenenada. Acarició con cariño el flanco de mármol de La Peste, y recorrió con los dedos el terciopelo algo gastado del sofá. Akiva tomó asiento desconcertado por los ataúdes y todo lo demás, y lo consideró «morboso». También comió un plato de *goulash*, aunque Karou no lo notó muy dispuesto a pedir la receta.

La presencia de Akiva le permitió contemplar con otros ojos los dos lugares que más frecuentaba, y admitió con humildad lo poco que había interiorizado las guerras que los habían moldeado. En la escuela, algún gracioso había garabateado un grafiti rojo con la palabra *volnost* —libertad— en el mismo lugar donde los combatientes por la libertad la escribieron con sangre nazi, y en La Cocina Envenenada tuvo que explicar a Akiva lo que eran las máscaras antigás, y que procedían de una guerra distinta a la de la pintada.

—Son de la Primera Guerra Mundial —dijo Karou poniéndose una máscara—. Hace casi cien años. Los nazis vinieron después —le lanzó una áspera mirada de soslayo—. Y como tú sabes, los invasores siempre son los malos. Siempre.

Mik se unió a ellos, y al principio se mostró algo tenso porque no sabía nada sobre otros mundos y otras razas, y creía que Karou era simplemente una excéntrica. Ella le contó la verdad —que era cierto que habían estado volando y que Akiva era un ángel procedente de otro mundo—, pero a su manera habitual, así que él pensó que le estaba tomando el pelo. Sin embargo, Mik no dejaba de contemplar a Akiva con el mismo gesto atónito que todo el mundo, y Karou se dio cuenta de que aquello incomodaba al ángel. Nada en su actitud sugería que conociera el poder de su belleza, y esto la sorprendió.

Algo después caminaban los cuatro por el puente de Carlos. Mik y Zuzana iban unos pasos por delante, tan pegados el uno al otro que nada podría haberlos separado, y tras ellos, Karou y Akiva.

—Podemos salir hacia Marruecos esta noche —dijo Karou—. Iba a coger un avión, pero no creo que sea una opción adecuada para ti.

—¿No?

—No. Necesitarías un pasaporte, un documento que indica tu nacionalidad y que presupone que eres de este mundo.

—Aún puedes volar, ¿verdad?

Karou puso a prueba su habilidad elevándose unos discretos centímetros y

volviendo a posar rápidamente los pies en el suelo.

—Aunque es un viaje largo.

—Te ayudaré. Incluso si no pudieras volar, podría llevarte cogida.

Se imaginó atravesando los Alpes y el Mediterráneo en brazos de Akiva. No parecía una mala perspectiva, pero aun así no era ninguna damisela en apuros.

—Me las arreglaré —aseguró.

Por delante de ellos, Mik y Zuzana se fundieron en un apasionado beso. Karou se detuvo, confusa ante aquella demostración de cariño. Se volvió hacia el borde del puente y distrajo la mirada en el río.

—Para ti, debe de ser extraño pasar todo el día sin hacer nada.

Akiva asintió. Él también miraba hacia el agua, inclinado sobre el puente y rozando con su codo el de ella. Karou se había dado cuenta de que encontraba formas discretas de tocarla.

—Trato de imaginar a mi propio pueblo viviendo de esta manera, y no soy capaz.

—¿Cómo es su día a día? —preguntó Karou.

—La guerra lo impregna todo. Si no estás luchando, te están preparando para ello, y siempre con miedo. Todo el mundo ha perdido a alguien.

—¿Y las quimeras? ¿Cómo es su vida?

Akiva vaciló.

—Allí nadie vive con tranquilidad. No es un lugar seguro —colocó una mano sobre el brazo de Karou—. Tu vida está aquí, en este mundo. Si Brimstone realmente se preocupa por ti, no deseará que vayas a aquel lugar arrasado. Deberías quedarte —las siguientes palabras las pronunció en un susurro. Karou apenas las escuchó, y después dudaba de que hubieran sido reales—: Podría quedarme aquí, contigo.

La agarraba con firmeza pero suavemente, y su mano resultaba confortante y cálida. Por un instante, Karou se permitió imaginar que podía disfrutar de lo que él había sugerido: una vida juntos. Ante ella se presentaba todo lo que siempre había anhelado: seguridad, un asidero, amor.

Amor.

Cuando aquella palabra acudió a su mente, no le pareció discordante ni absurda, como cuando Zuzana la había pronunciado por la mañana en la tetería. Resultaba tentadora. Sin pensarlo, Karou tomó la mano de Akiva.

Y notó una sacudida.

La retiró con rapidez. La *hamsa*. La había colocado de lleno sobre su piel. La palma le ardía y Akiva había retrocedido un paso. Estaba quieto, apretando contra su cuerpo su mano abrasada por la magia, mientras un escalofrío le recorría. Apretó las mandíbulas con un gesto de dolor.

De nuevo, el dolor.

—Ni siquiera puedo tocarte —gimió Karou—. Sea lo que sea lo que Brimstone quiere para mí, no eres tú, o no me habría dado esto.

En aquel instante, sus propias manos, cerradas con fuerza sobre su pecho, le parecieron llenas de maldad. Acercó una mano al cuello del abrigo, buscó el hueso de la suerte y lo agarró con fuerza, para tranquilizarse.

—No tienes por qué querer lo mismo que él —respondió Akiva.

—Lo sé. Pero tengo que descubrir lo que está sucediendo allí. Tengo que saberlo.

Su voz sonó confusa; quería que él la entendiera, y así fue. Karou lo vio reflejado en sus ojos, junto a la impotencia y la angustia que había atisbado desde que apareció en su vida la noche anterior. Solo la noche anterior. Parecía increíble que hubiera pasado tan poco tiempo.

—No te sientas obligado a acompañarme.

—Por supuesto que iré contigo. Karou... —seguía hablando en un susurro—. Karou.

Alargó la mano y le quitó el sombrero, dejando que su pelo se derramara en una marea azul. Le colocó un mechón rebelde detrás de la oreja, tomó su cara entre las manos y un destello de luz brotó en el pecho de Karou. No se movió, ocultando tras su quietud el tumulto que notaba en su interior. Nadie la había mirado nunca de aquella manera, con los ojos muy abiertos, como tratando de llenarse con su presencia, como la luz que atraviesa una ventana.

Suavemente, Akiva deslizó una mano hacia su nuca, entretejiendo los dedos con su pelo y provocándole escalofríos de nostalgia. Karou sintió que cedía

terreno, que se fundía con él. Adelantó un pie, de modo que su rodilla rozó la de él y se apoyó en ella, mientras el hueco que quedaba entre ambos —espacio negativo, en dibujo— pedía a gritos ser cerrado.

¿Iba a besarla?

Dios mío, ¿le olería el aliento a *goulash*?

Daba igual. A él también.

¿Quería que la besara?

Su rostro estaba tan próximo que Karou podía contemplar el sol del atardecer en sus oscuras pestañas, y su propia imagen en la negra profundidad de sus pupilas. Él la miraba como si en el interior de sus ojos se ocultaran mundos, maravillas y descubrimientos.

Sí. Quería que la besara. Sí.

La mano de Akiva se deslizó hasta la garganta de Karou y encontró su mano, aún aferrada al hueso de la suerte colgado del cordón.

Las puntas de la espoleta sobresalían entre sus dedos, y cuando Akiva las rozó, se detuvo. Algo se congeló en su mirada. Bajó los ojos. Contuvo el aliento; con un nudo en la garganta, tomó aire y abrió la mano de Karou, sin preocuparse de la *hamsa*.

Allí estaba el hueso de la suerte, pequeña y descolorida reliquia de una vida anterior. Lanzó un grito de asombro y de... ¿algo más? Algo profundo y doloroso lo desgarró por dentro, como unas zarpas que astillan la madera al arañarla.

Karou se apartó, asustada.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué tienes esto? —Akiva estaba pálido.

—Es... es de Brimstone. Me lo envió cuando se incendiaron los portales.

—Brimstone —repitió él. Su rostro reflejó primero el frenesí de sus pensamientos, y luego comprensión—. *Brimstone* —dijo de nuevo.

—¿Qué pasa? Akiva...

La reacción de Akiva enmudeció el balbuceo de Karou. Cayó de rodillas. El cordón que rodeaba el cuello de ella cedió, el hueso de la suerte quedó en la mano de Akiva, y por un instante se sintió vacía sin él. Entonces el serafín se inclinó hacia

ella. Apretó su rostro contra las piernas de Karou, que sintió su calor a través de los pantalones vaqueros. Se quedó perpleja, contemplando sus poderosos hombros mientras se acurrucaba contra ella y sus alas se tornaban visibles.

A su alrededor, sobre el puente, surgieron gritos y exclamaciones. La gente se detenía de golpe, boquiabierta. Zuzana y Mik deshicieron su abrazo y se volvieron para mirar. Karou apenas era consciente de su presencia. Bajó los ojos hacia Akiva y notó que sus hombros se agitaban. ¿Estaba llorando? Sus manos temblaron, deseosas de tocarlo pero con temor a hacerle daño. Odiando sus *hamsas* se inclinó hacia él y le acarició el pelo con el dorso de los dedos, la frente febril con el dorso de las manos.

—¿Qué sucede? —preguntó Karou—. ¿Qué te pasa?

Akiva se enderezó, aún de rodillas, y alzó la mirada hacia ella. Karou estaba encorvada sobre él, como un signo de interrogación. Él se aferró a sus piernas y ella sintió cómo le temblaban las manos, con el hueso aún en el puño. Akiva desplegó las alas, convirtiéndolas en dos enormes abanicos, y ambos quedaron rodeados por su fuego, más que nunca en un mundo propio.

Akiva escudriñó el rostro de Karou con mirada aturdida y enormemente triste.

Y le dijo:

—Karou, sé quién eres.

35

EL IDIOMA DE LOS ÁNGELES

Sé quién eres.

Akiva, con los ojos fijos en el rostro de Karou, contempló el efecto que sus palabras producían en ella. La esperanza enfrentada al miedo a saber, sus negros ojos brillantes por las lágrimas y a la vez en llamas. Solo entonces, al verse reflejado en la mirada de Karou, se dio cuenta de que sus alas habían perdido su disfraz. Hubo un tiempo en el que aquel descuido habría podido suponer su muerte. Sobre el puente, no se preocupó de ello.

—¿Qué? —Karou movió los labios, pero ningún sonido surgió de ellos. Se aclaró la garganta—: ¿Qué has dicho?

¿Cómo podría contárselo? Akiva sintió que se tambaleaba. Había sucedido lo imposible, algo hermoso pero también terrible, algo que desgarraba su pecho demostrando que su corazón, adormecido durante tanto tiempo, seguía vivo y aún latía... ¿solo para quedar de nuevo destrozado, después de tantos años?

¿Existía un destino más amargo que hallar lo más anhelado cuando era demasiado tarde?

—Akiva —imploró Karou. Con los ojos desorbitados y angustiada, se arrodilló frente a él—. Dímelo.

—Karou —susurró.

El significado de aquel nombre, «esperanza», lo hostigaba, tan lleno de promesas y reproches que casi deseó estar muerto. No podía mirarla. Atrajo su cuerpo hacia sí y ella se dejó abrazar, flexible como el amor. Su pelo alborotado por el viento parecía seda despeinada, y Akiva hundió su rostro en él, tratando de pensar qué decir.

A su alrededor, una oleada de murmullos y el peso de las miradas, pero Akiva apenas lo percibía, hasta que un sonido destacó entre el resto. Un carraspeo, mordaz y teatralmente alto. Un agujonazo de desasosiego, y antes de escuchar ninguna palabra, se volvió.

—Akiva, te lo ruego. Recobra la compostura.

Qué fuera de lugar: aquella voz, aquel idioma. *Su idioma.*

Frente a él, con las espadas envainadas a la cintura y expresiones de consternación gemelas, se hallaban Hazael y Liraz.

Akiva ni siquiera pudo manifestar sorpresa. La aparición de los serafines resultaba insignificante en comparación con los sobresaltos que se habían sucedido durante toda la mañana: los cuchillos de luna creciente, la extraña reacción de Karou al ver sus tatuajes, la musicalidad de su risa de ensueño, y ahora lo innegable, el hueso de la suerte.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó. Aún tenía los brazos en torno a Karou, que había alzado la cabeza de su hombro para mirar a los intrusos.

—¿Que qué *hacemos* aquí? —repitió Liraz—. Creo que esa pregunta nos corresponde a nosotros hacerla. En el nombre de los dioses estrella, ¿qué haces *tú* aquí? —parecía atónita, y Akiva imaginó cómo lo estaba viendo ella: de rodillas, llorando y abrazado a una muchacha humana.

Y comprendió la importancia de que ellos pensaran que Karou era simplemente eso: una muchacha humana. Por muy extraña que pareciera aquella situación, era solo eso: extraña. La verdad hubiera sido mucho peor.

Akiva se enderezó, aún de rodillas, y se volvió hacia ellos ocultando a Karou tras él. En voz muy baja, para que su hermano y su hermana no lo escucharan hablar en el idioma del enemigo, susurró:

—No permitas que vean tus manos. No lo comprenderían.

—Comprender ¿el qué? —preguntó ella también en un susurro sin apartar los ojos de los serafines, que tampoco dejaban de mirarla.

—Lo nuestro —respondió él—. No comprenderán *lo nuestro*.

—Yo tampoco lo comprendo.

Sin embargo, gracias al frágil hueso de la suerte que ocultaba en el puño, Akiva al fin lo había entendido.

Karou se sumió en un tenso silencio, con la mirada fija en los dos hermanos. Sus alas permanecían invisibles, pero aun así su presencia sobre el puente resultaba antinatural y un tanto desconcertante —especialmente Liraz—. Aunque Hazael era el más corpulento, Liraz resultaba más aterradora. Siempre había sido así; quizás se había visto empujada a ello, al ser una mujer. Su pelo, de color claro,

estaba recogido en apretadas trenzas, y había cierta frialdad mercenaria en su bello rostro: una monótona apatía de asesino. Los ojos de Hazael eran más expresivos, pero en aquel instante aparecían perplejos al contemplar a Akiva frente a él, aún de rodillas.

—Levántate —dijo Hazael sin crueldad—. No puedo soportar verte así.

Akiva se puso en pie, arrastrando con él a Karou y protegiéndola tras el escudo de sus alas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Liraz—. Akiva, ¿por qué has regresado aquí? Y... ¿quién es esa? —señaló a Karou con un furioso gesto de disgusto.

—Es solo una muchacha —Akiva se oyó a sí mismo repitiendo las palabras de Izîl, que sonaron tan poco convincentes como cuando las pronunció el anciano.

—Solo una muchacha que vuela —corrigió Liraz.

Akiva permaneció callado un instante y luego dijo:

—Habéis estado siguiéndome.

—¿Qué esperabas? —bramó Liraz—, ¿que permitiéramos que desaparecieras de nuevo? Por el modo en el que actuabas después de Loramendi, sabíamos que iba a suceder algo. Pero... ¿esto?

—¿Qué *significa* exactamente esto? —preguntó Hazael, con el claro deseo de que existiera una explicación que devolviera todo a la normalidad.

Akiva se sentía dividido. Frente a él se encontraban sus mejores aliados, que se sentían como enemigos, y todo por su culpa.

Si Akiva tenía una familia, no era su madre, que había vuelto la espalda cuando los soldados acudieron en su busca; y sin duda, tampoco el emperador. Su familia eran aquellos dos serafines, y carecía de respuestas que pudieran explicarles aquello. Tampoco sabía qué decirle a Karou, oculta tras él y desesperada por saber lo que se le había ocultado durante toda su vida —un secreto tan grande y extraño que ni siquiera encontraba palabras adecuadas para formularlo—. Así que permaneció callado, sin que las lenguas de dos razas resultaran suficientes para explicarse.

—Entiendo que quisieras escapar —dijo Hazael, siempre conciliador.

Liraz y Hazael compartían muchos rasgos entre sí, pero no con Akiva. Ellos tenían el pelo claro y los ojos azules, y un tono sonrosado que ruborizaba su piel

dorada. Hazael mostraba una actitud relajada, casi desgarrada, y una sonrisa perezosa que podía empujar a juzgarlo mal. Era, siempre, un soldado —reflejos y acero—, pero en el fondo de su corazón había logrado retener algo infantil que la instrucción y los años de guerra no habían borrado. Era un soñador.

—Yo también pensé en regresar a este mundo después de todo... —dijo Hazael.

—Pero no lo hiciste —rugió Liraz, en cuyo interior no bullía ninguna soñadora—. *Tú* no te desvaneciste en mitad de la noche, obligando a otros a inventar excusas para cubrirte, sin saber cuándo o siquiera *si* volverías en algún momento.

—Yo no os pedí que me cubrierais —respondió Akiva.

—No. Porque entonces habrías tenido que contarnos que te marchabas. En vez de eso, te escabulliste, como la vez anterior. ¿Deberíamos haber esperado a que volvieras destrozado de nuevo, sin saber jamás lo que te había ocurrido?

—Esta vez no —afirmó Akiva.

Liraz esbozó una sonrisa crispada, y Akiva supo que bajo aquella actitud fría se sentía herida. Tal vez no habría regresado nunca; tal vez ellos no habrían descubierto nunca lo que le había sucedido. ¿Qué decía aquello de las décadas en que se habían protegido mutuamente? ¿No había sido Liraz quien años atrás había arriesgado su vida y regresado al campo de batalla en Bullfinch? Contra toda esperanza de que siguiera vivo, mientras las quimeras avanzaban victoriosas empalando a los heridos, había vuelto, lo había encontrado y lo había sacado de allí. Había arriesgado su vida por él, y lo haría de nuevo sin dudarlo, al igual que haría Hazael, y Akiva por ellos. Pero no podía explicarles por qué había regresado, y lo que había descubierto.

—Esta vez no *¿qué?* —preguntó Liraz—. ¿Que no ibas a regresar destrozado? ¿O que no ibas a regresar en absoluto?

—No tenía ningún plan. Simplemente no podía quedarme allí —trató de explicarse; les debía ese esfuerzo, al menos—. Después de Loramendi, llegué a un punto muerto, me sentía como al borde de un precipicio. No quería nada, excepto... —dejó la frase inconclusa. No necesitaba añadir más; lo habían visto de rodillas. Los serafines clavaron sus ojos en Karou.

—Excepto *a ella* —concluyó Liraz—. Una humana. Si es que es eso.

—¿Qué otra cosa podría ser? —replicó Akiva ocultando un atisbo de miedo.

—Yo tengo una teoría —empezó Liraz, y Akiva notó que el corazón se le estremecía—. Anoche, cuando ella te atacó, ocurrió algo extraño, ¿verdad, Hazael?

—Sí, extraño —afirmó Hazael.

—No estábamos lo bastante cerca para sentir si había... magia..., sin embargo, tuvimos la sensación de que *tú* sí la notabas.

La mente de Akiva bullía frenéticamente. ¿Cómo podía sacar a Karou de allí?

—No obstante, parece que la hayas perdonado —Liraz dio un paso adelante—. ¿Hay algo que quieras contarnos?

Akiva retrocedió, manteniendo a Karou detrás de él, y gritó:

—Dejadla en paz.

Liraz avanzó.

—Si no tienes nada que ocultar, permite que la veamos.

Con un tono afligido más terrible que la cortante voz de Liraz, Hazael añadió:

—Akiva, dinos que no es lo que parece. Solo asegúranos que ella no es...

Akiva sintió una especie de corriente a su alrededor, años de secretos que lo envolvían como un vendaval; deseó que aquel viento pudiera arrastrarlo, junto a Karou, a un lugar sin serafines ni quimeras ni su facilidad para odiar, sin humanos que los miraran boquiabiertos, sin nadie que se interpusiera entre ellos, nunca más.

—Por supuesto que no lo es —respondió él.

Aquella frase sonó como un gruñido, y Liraz consideró un desafío comprobarlo —lo que era o no era Karou—; sus ojos adquirieron un brillo que Akiva conocía demasiado bien, la intensa cólera que la impulsaba en el campo de batalla. Liraz se acercó todavía más.

Al cerrar los puños, Akiva notó que la adrenalina corría por sus venas y el hueso de la suerte cedía a la presión de sus dedos, y se preparó para lo que seguramente sucedería. Lo invadió una absoluta incredulidad, al ver en lo que había desembocado todo.

Sin embargo, ocurrió lo que menos esperaba, que Karou hablara con voz clara y firme y preguntara:

—¿Qué? ¿Qué es lo que no soy?

Liraz se detuvo, y su ira se convirtió en estupefacción. Hazael también parecía sorprendido, y Akiva tardó un instante en descubrir qué había producido aquella reacción.

Las palabras de Karou. Eran suaves como una cascada. Y las había pronunciado en el idioma de Akiva. Había hablado en la lengua de los ángeles, que no podía haber aprendido de ningún modo. Aprovechando la vacilación que había provocado su pregunta, Karou abandonó la protección de las alas de Akiva y se mostró ante Liraz y Hazael.

Luego, con la misma ferocidad con la que había sonreído a Akiva al atacarlo la noche anterior, le dijo a Liraz:

—Si lo que quieres es ver mis manos, solo tienes que pedirlo.

36

HACER ALGO MÁS QUE MATAR

Bastó un *lucknow* de su bolsillo y un deseo susurrado para que las palabras de los serafines pasaran de ser sonidos melódicos a frases con significado —otro idioma para la colección de Karou, y este muy valioso—. Por la mirada dura y fija de la serafina y la postura protectora de Akiva, Karou dedujo que estaban hablando de ella.

—Solo asegúranos que ella no es... —dijo el serafín dejando que sus palabras se arrastraran hacia un horror sobreentendido, como si suplicara a Akiva que desmintiera sus sospechas.

¿Quién creían que era? ¿Iba a permanecer muda mientras ellos hablaban de ella?

—¿Qué? —preguntó Karou—. ¿Qué es lo que no soy?

La sorpresa se congeló en sus rostros cuando ella abandonó su escondite detrás de Akiva. La serafina se encontraba solo a unos pasos, mirándola sin parpadear. Tenía los ojos muertos de un fanático religioso, y Karou sintió una enorme vulnerabilidad al no encontrarse protegida por el cuerpo de Akiva. Pensó en sus cuchillos de luna creciente inútilmente guardados en su piso, y luego se dio cuenta de que no los necesitaba. Disponía de un arma perfecta para enfrentarse a los serafines.

Ella *era* esa arma.

Una sonrisa surgió espontánea de su yo fantasma.

—Si lo que quieres es ver mis manos, solo tienes que pedirlo —dijo con excitación morbosa.

Y entonces, sobre el puente de Carlos, a la vista de todos los curiosos, que, boquiabiertos, preparaban sus teléfonos y cámaras para capturar el momento, y de varios policías que se aproximaban con cautela y gesto adusto, se desató el infierno.

* * *

—¡No! —gritó Akiva, pero era demasiado tarde.

Liraz se movió primero, rápida como el filo de un cuchillo, pero Karou reaccionó con igual velocidad. Levantó las manos y el aire se onduló con la descarga de magia. Formó un entramado que permaneció inmóvil durante un segundo, como una urdimbre, y luego estalló. Los bordes se expandieron hasta alcanzar a Hazael y Akiva, que se tambalearon. Sin embargo, Liraz retrocedió instantáneamente, como un insecto al que se espanta. Saltó con una acrobacia y aterrizó con tanta violencia sobre sus pies que el puente se estremeció. Tras la embestida, solo Karou permanecía en su sitio. Su pelo había quedado atrapado en una corriente invertida, aspirado primero hacia delante y despedido luego hacia atrás, y flotaba en el aire revuelto.

Karou seguía sonriendo, de manera fría. Con el pelo alborotado y los ojos tatuados en sus palmas, tenía un aspecto malévolo, incluso para Zuzana, como una especie de diosa cruel con un poco convincente disfraz de muchacha. Zuzana, Mik y todos los demás retrocedieron. Liraz deshizo el hechizo que ocultaba sus alas, y fue como si desapareciera el velo que las había ocultado y se revelara un fuego abrasador. Hazael imitó a su hermana y se colocó junto a ella, y se formó frente a Karou una línea de ataque con los dos ángeles, que inclinaban la cabeza para protegerse de la magia que despedían sus *hamsas*.

Akiva se encontraba entre ambos frentes, afligido, pero debía moverse hacia uno u otro lado. Un paso o dos en cualquier dirección, solo eso, supondría una elección que lo marcaría para siempre. Miró rápidamente a sus compañeros y a Karou.

—*Akiva* —dijo Liraz entre dientes.

Esperaba que se uniera a ellos. Siempre habían estado los tres juntos, avanzando contra el enemigo, matando a las quimeras, y dibujando después en sus manos las líneas que contabilizaban sus presas con la punta de un cuchillo y hollín de la hoguera del campamento. Para ellos, Karou no era más que otro tatuaje a la espera de su turno, una línea más que marcar.

Al otro lado estaba Karou, tan dispuesta a levantar sus manos y desatar la

nociva magia de Brimstone.

—No tiene por qué ser así —exclamó Akiva, pero su voz era débil, como si él mismo no creyera sus palabras.

—Es así —respondió Liraz—. No te comportes como un niño, Akiva.

Aún seguía entre ambos bandos, ante dos futuros posibles.

—Si no puedes matarla, vete —dijo Liraz—. No tienes por qué verlo. Nunca volveremos a hablar de ello. Se acabó. ¿Me oyes? *Vete a casa.*

Hablaba con apremio y resolución. Creía realmente que estaba cuidando de él y que todo aquello —la historia con Karou, tan incomprensible para ella— era una especie de locura que forzosamente olvidaría.

—No voy a regresar —respondió Akiva.

—¿Qué quieres decir con que no vuelves a casa? —exclamó Hazael—. ¿Después de todo lo que has hecho? ¿De todo por lo que hemos luchado? Ha comenzado una nueva era, hermano. *La paz...*

—Eso no es paz. La paz es más que ausencia de guerra. La paz es concordia. Armonía.

—¿Te refieres a armonía con las bestias? —la desconfianza ensombreció el rostro de Hazael, y el disgusto, y una ligera esperanza de que todo fuera un malentendido.

Cuando Akiva respondió, supo que estaba cruzando la última frontera, más allá de cualquier posibilidad de reinterpretaciones o retorno. Una frontera que debería haber traspasado mucho tiempo atrás. Se había distorsionado todo tanto...; *él mismo* se había sentido tan confuso.

—Sí, a eso me refiero.

Karou dejó de mirar a los dos intrusos para contemplarlo. Aquella sonrisa maligna ya había desaparecido de su rostro, y, al notar la confusión de Akiva, incluso sus manos levantadas temblaron. Olvidó todas sus preocupaciones, sus preguntas, su vacío, todo quedó eclipsado por la angustia de Akiva, que sentía como propia.

Llegaron los policías, que vacilaron ante aquella escena de otro mundo. Karou vio sus rostros perplejos, sus pistolas nerviosas, y la forma en que *la* miraban. Había ángeles sobre el puente de Carlos, y ella los estaba atacando. Ella: enemiga

de los ángeles, con su abrigo negro y sus malignos tatuajes, con su pelo azul encrespado y sus ojos negros. Ellos: tan dorados, la viva imagen de los frescos de las iglesias. En esa escena, ella era el demonio, y al mirar su sombra alargada tras ella, casi esperó descubrir que tenía *cuernos*. No fue así. Su sombra correspondía a la de una chica, aunque en aquel momento no parecía tener nada en común con su cuerpo.

Akiva, que un instante antes había reclinado la cabeza contra sus piernas y llorado, permanecía inmóvil, y, por primera vez desde que habían llegado los otros dos ángeles, Karou sintió miedo. Y si se pusiera de su lado...

—Akiva —susurró Karou.

—Estoy aquí —respondió él, y cuando se movió, fue hacia ella.

Nunca había albergado ninguna duda, solo la esperanza de que, de algún modo, la elección no fuera forzada, que se pudiera evitar la confrontación, pero era demasiado tarde para eso. Así que avanzó hacia su futuro y, colocándose entre Karou y sus hermanos, les dijo en voz baja pero firme:

—No permitiré que le hagáis daño. Hay otras maneras de vivir. En nosotros está hacer algo más que matar.

Hazael y Liraz clavaron sus ojos en él. Inconcebiblemente, había elegido a la chica. La sorpresa de Liraz no tardó en transformarse en resentimiento.

—¿De verdad? —exclamó—. Es una actitud muy oportuna ahora, ¿no crees?

Karou bajó las manos cuando Akiva se colocó delante de ella, y no pudo evitar rozarle la espalda con la punta de los dedos.

—Karou, tienes que irte —dijo él.

—¿Irme? Pero...

—Sal de aquí. Evitaré que te sigan —su voz lúgubre reflejaba el significado de aquellas palabras, pero la decisión estaba tomada. Volvió un instante la cabeza para mirarla; tenía el rostro crispado pero firme—. Nos encontraremos donde nos vimos por primera vez. Prométeme que me esperarás allí.

El lugar donde se vieron por primera vez. Jemaâ-el-Fna, el corazón de Marrakech, donde el fuego de su mirada la había atrapado entre el caos de la multitud, atravesando su alma. Akiva la urgió con voz ronca:

—Prométemelo. Karou, promete que no te marcharás con Razgut hasta que te

encuentre. Hasta que me explique.

Karou quería prometérselo. Akiva le estaba jurando lealtad, incluso en contra de su propia estirpe. Seguramente, él le había salvado la vida —¿habría podido soportar el ataque de dos serafines armados?—, a lo que había que añadir que la había *elegido* a ella. ¿No era eso lo que siempre había deseado, ser elegida? ¿Ser querida? Akiva había abandonado su propio mundo por ella, y le estaba pidiendo que lo esperara en Marrakech.

Sin embargo, algo implacable en su interior retrocedió ante aquella promesa. Él la había elegido, pero eso no significaba que ella hubiera reaccionado del mismo modo en una situación similar —frente a Brimstone, Issa, Yasri y Twiga—. «Quiero que sepas que nunca te abandonaré sin más», había asegurado Karou a Brimstone, y no lo haría. Ella habría elegido a su familia. Otra opción resultaba inimaginable, aunque en aquel momento la idea de abandonar a Akiva le produjera verdadero dolor físico.

—Te esperaré tanto tiempo como pueda. Es todo lo que puedo hacer —dijo Karou.

Tuvo la sensación de que el fulgor de sus ardientes alas se atenuaba un poco. Akiva respondió con voz apagada, y esta vez sin mirarla:

—Entonces, tendrá que ser suficiente.

Liraz desenvainó su espada, y Hazael tras ella. Los policías se replegaron y alzaron las pistolas, gritando en checo a los ángeles que bajaran las armas. La gente gritó invadida por una especie de terror extático. Zuzana, zarandeada por la multitud, mantuvo la mirada en Karou.

Akiva, cuyas espadas, cruzadas entre las alas, resultaban menos obvias, agarró las dos empuñaduras por encima de sus hombros y las desenfundó con un armónico sonido metálico. Sin mirar atrás, insistió:

—Karou. *Vete*.

Karou se acuclilló y, justo antes de saltar hacia el cielo y desvanecerse en el éter en una ráfaga de azul y negro, dijo con voz entrecortada y suplicante:

—Akiva, ven y encuéntrame.

Y desapareció, dejando que Akiva se enfrentara en solitario a las consecuencias de su terrible elección.

*Érase una vez un ángel moribundo
tendido entre la bruma.*



*Y un diablo que se arrodilló junto
a él y sonrió.*

37

PERDIDO EN UN SUEÑO

Akiva era incapaz de contener la sangre dentro de su cuerpo. Brotaba entre sus dedos y escapaba en chorros calientes, empujada por los latidos de su corazón. No podía detener la hemorragia. Era una herida terrible, e intentar taparla era como reunir unos pedacitos de carne para tratar de alejar a un perro.

Iba a morir.

A su alrededor, el mundo había perdido sus horizontes. La niebla ocultaba la playa de Bullfinch, y Akiva escuchaba el sonido de las olas que rompían en la arena, pero solo divisaba los cadáveres más cercanos: montículos grisáceos desdibujados entre la bruma. Podían ser quimeras o serafines. Excepto el más cercano, no podía distinguirlos. Ese se encontraba a solo unos metros de distancia, con la espada de Akiva clavada en el cuerpo. Era una bestia mitad hiena, mitad lagarto, una monstruosidad, y había desgarrado la carne de Akiva desde la clavícula hasta el bíceps, rasgando su cota de malla como si fuera de tela. La bestia se había aferrado a él, sus dientes clavados en su hombro, después incluso de haberle atravesado el enorme pecho con la espada. Akiva había girado la empuñadura, clavando más la hoja, girándola de nuevo. La bestia había lanzado un alarido desde el fondo de su garganta, pero no lo soltó hasta que estuvo muerta.

Y mientras Akiva esperaba tendido la llegada de su propia muerte, un bramido rompió el silencio posterior a la batalla. Se puso rígido y se presionó con más fuerza la herida. Más tarde, se preguntaría por qué había reaccionado de aquel modo. Debería haberse abandonado y morir antes de que llegaran a donde él se encontraba.

El enemigo estaba recorriendo el campo de batalla rematando a los heridos. Habían luchado todo el día y obligado a los serafines a retirarse a la fortificación de la bahía de Morwen, y no estaban interesados en hacer prisioneros. Akiva debería haber acelerado su muerte, dejándose arrastrar por la tranquilidad que acompañaba a la pérdida de sangre, algo parecido a quedarse dormido. El enemigo sería mucho menos considerado.

¿Qué lo empujó a esperar? ¿La esperanza de matar a una quimera más? Pero si

era eso, ¿por qué no trataba de arrastrarse para recuperar su espada? Simplemente permaneció allí, apretando su herida, viviendo aquellos escasos minutos adicionales por alguna razón que no comprendía.

Y entonces la vio.

Al principio no era más que una silueta. Grandes alas de murciélago, largos cuernos de gacela afilados como picas —las características animales del enemigo—. Una profunda aversión invadió a Akiva, que la vio detenerse junto a un cadáver y luego junto al siguiente. Se acercó al cuerpo de la hiena-lagarto y permaneció allí largo rato —¿qué estaba haciendo?, ¿un rito funerario?—.

Se volvió y deambuló hacia Akiva.

A cada paso su imagen se definía más. Era delgada y tenía las piernas largas —delgados muslos humanos que se convertían, a partir de la rodilla, en unas elegantes patas de gacela rematadas por unas delicadas pezuñas hendidas con las que parecía moverse sobre alfileres—. Sus alas estaban plegadas, y su modo de andar transmitía al mismo tiempo gracilidad y tensión por la potencia reprimida. En una mano portaba un cuchillo de luna creciente; otro igual pendía enfundado sobre su muslo. Con la otra mano sujetaba un largo bastón que no era un arma. Estaba curvado como el cayado de un pastor y llevaba algo plateado —¿un farol?— suspendido de un extremo.

No, no era un farol. No desprendía luz, sino humo.

Avanzó unos pasos, hundió las pezuñas en la arena y la bruma desveló su rostro, y el de él a ella. Se detuvo en seco al percibir que estaba vivo. Akiva se preparó para sentir un grito, una arremetida repentina y más dolor cuando ella le clavara el cuchillo, pero la chica quimérica no se movió. Durante un largo instante se miraron el uno al otro. Ella ladeó la cabeza con un gesto burlón parecido al de un pájaro que no denotaba violencia, sino curiosidad. De sus labios no brotó ningún alarido. Su rostro permaneció serio.

Incomprensiblemente, era hermosa.

Se acercó un paso más. Akiva contempló su rostro a medida que ella se aproximaba. Deslizó su mirada por aquel largo cuello hasta las clavículas. Su constitución era delicada, elegante y enjuta. Tenía el pelo corto, como el plumón de un cisne, suave, oscuro y muy pegado al cráneo, lo que revelaba la arquitectura de su rostro; perfecto. Una máscara de pintura negra rodeaba sus ojos, y Akiva pudo ver que eran grandes —castaños y luminosos, vivaces y apenados—.

Sabía que aquella pena era por sus compañeros caídos y no por él, pero aun así se sintió traspasado por la compasión de su mirada. Le hizo pensar que quizás nunca hubiera mirado realmente a una quimera. Estaba acostumbrado a tratar con esclavos, pero estos mantenían los ojos fijos en el suelo, y a guerreros como ella solo los había visto mientras eludían un golpe mortal o lanzaban otro, medio cegados por el sangriento fragor de la batalla. Si ignorara su cuchillo ensangrentado y su armadura negra ajustada al cuerpo, sus diabólicas alas y sus cuernos, si solo se concentrara en su rostro —tan inesperadamente encantador—, parecería una muchacha, una muchacha que había encontrado a un joven moribundo en la playa.

Durante un instante, fue eso. No un soldado, ni el enemigo de nadie, y la muerte que se cernía sobre él pareció carecer de sentido. Aquella forma de vida, ángeles y monstruos encadenados a una sucesión de asesinatos y muertes, de muertes y asesinatos, se presentó como una elección arbitraria.

Como si pudieran elegir sin más *no* morir ni matar.

Sin embargo, no era así. Aquello era lo único que existía entre ellos. Y aquella muchacha estaba allí por la misma razón que él: masacrar al enemigo. Y eso implicaba matarlo *a él*.

Entonces, ¿por qué no lo hizo?

Se arrodilló a su lado sin tomar ninguna precaución para protegerse de cualquier movimiento inesperado que él pudiera hacer. Akiva recordó el cuchillo que llevaba a la cintura. Era pequeño y no podía compararse con las fantásticas lunas crecientes de ella, pero podía matarla. Con un solo gesto podría clavárselo en la garganta. Su perfecta garganta.

Akiva permaneció inmóvil.

Estaba aturdido. Había perdido mucha sangre. Y al contemplar el rostro que se inclinaba sobre él, se preguntó si sería real. Podía tratarse de un sueño de moribundo, o tal vez la hubieran enviado desde el más allá para recoger su alma. El incensario de plata colgaba de su enganche, exhalando un humo con aroma herbal y sulfuroso, y mientras aquella esencia lo envolvía, Akiva sintió que tiraban de él, que lo *llamaban*. Mareado, pensó que no le importaría seguir a aquella mensajera hasta el siguiente reino.

Imaginó que ella lo guiaba y, empujado por la serenidad de aquella imagen, retiró la mano de la herida para acercarla a los dedos de la muchacha y

entrelazarlos con los suyos, resbaladizos por la sangre.

Ella abrió los ojos con sorpresa y retiró la mano.

La había asustado; no era su intención.

—Iré contigo —dijo Akiva en idioma quimérico, del que sabía lo suficiente como para dar órdenes a los esclavos. Era una lengua áspera, una combinación de numerosos dialectos tribales unificados por el Imperio y, con el paso del tiempo, convertidos en idioma común. Akiva apenas oía su propia voz, pero ella distinguió sus palabras.

Miró el incensario y luego a él.

—Esto no es para ti —respondió retirando el bastón y clavándolo en el barro, donde la brisa pudiera arrastrar el humo—. No creo que quieras acompañarme a donde yo voy.

Incluso con las inflexiones animales de aquella lengua, su voz sonaba hermosa como una canción.

—Muerte —continuó Akiva. Había dejado de presionar la herida, y la vida se le escapaba rápidamente. Los ojos se le cerraban poco a poco —, estoy listo.

—Pues yo no. He oído que es aburrido estar muerto.

Pronunció aquellas palabras con tono frívolo, divertido, y él levantó los ojos hacia ella. ¿Estaba bromeando? La muchacha sonrió.

Sonrió.

Él también. Sorprendido, sintió que una sonrisa se dibujaba en su boca, como un reflejo provocado por el gesto de ella.

—Aburrido, suena bien —respondió dejando caer los párpados—. Tal vez pueda ponerme al día con mis lecturas.

Ella contuvo la risa con una mano y Akiva, a la deriva, empezó a creer que *estaba* muerto. Sería menos extraño que pensar que aquello estaba sucediendo realmente. Había perdido la sensibilidad en el hombro destrozado y no se dio cuenta de que ella lo estaba tocando hasta que sintió un dolor intenso. Jadeó y sus ojos se abrieron de golpe. ¿Lo había apuñalado después de todo?

No. Le había colocado un torniquete por encima de la herida. Eso había provocado el dolor. Él la miró sorprendido.

—Te recomiendo que sigas vivo —dijo ella.

—Lo intentaré.

A continuación se escucharon voces cercanas, guturales. Quimeras. La muchacha se quedó inmóvil y, con un dedo sobre los labios, musitó:

—Shhh.

Intercambiaron una última mirada. La bruma difuminó el sol tras ella, delineando sus cuernos y sus alas sobre un resplandor. Su pelo rapado tenía aspecto de terciopelo, parecía tan suave como el cuello de una foca, y sus cuernos engrasados brillaban como azabache pulido. A pesar de su perversa máscara pintada, su rostro era *dulce*, su sonrisa era *dulce*. Akiva no estaba familiarizado con aquella sensación que lo atravesó hasta llegar a lo más profundo de su pecho, donde no imaginaba que se ocultaran sentimientos. Era tan nuevo y extraño como si le hubiera aparecido de repente un ojo en la nuca, ofreciéndole una nueva perspectiva de su entorno.

Quería tocar su cara, pero se contuvo porque tenía la mano cubierta de sangre y, además, notaba pesado incluso el brazo que no tenía herido y no se sentía capaz de levantarlo.

Pero ella sintió el mismo impulso. Alargó la mano, vaciló un instante y luego rozó con sus fríos dedos la frente abrasada por la fiebre y las mejillas de Akiva, hasta detenerse en el punto de su garganta donde latía débilmente su pulso. Los mantuvo allí un momento, como para asegurarse de que la vida aún corría por sus venas.

¿Sintió cómo sus latidos se aceleraban cuando lo tocó?

Y entonces, de un salto, se levantó y desapareció. Aquellas largas piernas con pezuñas de gacela y músculos definidos la impulsaron entre la niebla con saltos tan fluidos que parecía volar, y sus alas ligeramente desplegadas y levantadas como cometas convertían cada descenso en un movimiento de danza. A lo lejos, Akiva distinguió cómo su silueta se unía a otras entre la bruma —bestias descomunales sin su ágil elegancia—. Conversaciones que se dirigían hacia él, repletas de gruñidos, y entre todas las voces la de ella, tranquilizadora. Akiva confiaba en que los alejaría de él, y así fue.

Akiva sobrevivió, y aquella experiencia lo cambió para siempre.

—¿Quién te ha colocado este torniquete? —le preguntó Liraz después, cuando

lo encontró y lo llevó a un lugar seguro.

Él contestó que no sabía.

Sentía como si hasta ese momento hubiera pasado su vida deambulando por un laberinto, y en el campo de batalla de Bullfinch hubiera hallado por fin el centro. Su propio centro —aquel punto donde las emociones habían despertado del entumecimiento—. Ni siquiera había sospechado que aquel lugar existiera hasta que la enemiga se arrodilló junto a él y le salvó la vida. La recordaba de forma difusa, como en un sueño, pero no había sido un sueño.

Ella era real y tenía su espacio en el mundo. Estaba ahí fuera, como los ojos de los animales que brillan en la oscuridad del bosque, un ligero resplandor en la más absoluta negrura.

Ella estaba ahí fuera.

38

INFAME

Después de Bullfinch, la existencia de Madrigal —tardó dos años en saber su nombre— había llamado a Akiva como una voz perdida en medio de un gran silencio. Mientras permanecía tendido y moribundo en el campamento de la bahía de Morwen, soñó una y otra vez que la muchacha enemiga se arrodillaba junto a él, sonriendo. Cada vez que despertaba descubría su ausencia, y encontraba los rostros de sus familiares y amigos, que parecían menos reales que el fantasma que lo obsesionaba. Incluso mientras Liraz discutía con el médico que quería amputarle el brazo, su mente regresó a la brumosa playa de Bullfinch, a unos ojos castaños y unos cuernos engrasados, y a aquella descarga de ternura.

Se había entrenado para soportar las marcas del diablo, pero no aquello. Se sintió indefenso ante esa nueva sensación.

Por supuesto, no se lo dijo a nadie.

Hazael acudió junto a su cama con las herramientas de tatuar para señalar las manos de Akiva con los enemigos abatidos en Bullfinch.

—¿Cuántos? —preguntó al tiempo que calentaba la hoja del cuchillo para esterilizarla.

Akiva había masacrado a seis quimeras en Bullfinch, incluida la monstruosa hiena que lo había derribado. Seis nuevas líneas llenarían su mano derecha, que, gracias a Liraz, conservaba unida al cuerpo. El brazo descansaba inmóvil junto a él. Había sido necesario recolocar varios nervios y músculos y tardaría algún tiempo en saber si recuperaría la movilidad.

Cuando Hazael levantó su mano inerte, con el cuchillo ya preparado, Akiva solo pudo pensar en la muchacha enemiga y en cómo podía acabar convertida en una línea negra en el nudillo de algún serafín. Aquel pensamiento le resultaba insoportable. Con la mano sana le arrebató su brazo a Hazael e inmediatamente lo invadió un terrible dolor.

—Ninguno —jadeó—. No he matado a ninguno.

Hazael entrecerró los ojos.

—Claro que sí. Yo estaba a tu lado frente a aquella falange de toros-centauro.

Sin embargo, Akiva no quería llevar aquellas marcas, y Hazael se marchó.

De ese modo había comenzado el secreto que con el paso de los años se convertiría en una fisura entre ellos, y que, en el cielo del mundo de los humanos, amenazaba con separarlos para siempre.

* * *

Cuando Karou se elevó por los aires desde el puente, Liraz la siguió, pero Akiva se interpuso en su camino. Sus aceros chocaron. Akiva cruzó sus dos espadas cerca de la empuñadura y volcó todo su peso sobre ellas, lo que obligó a su hermana a retroceder. Mantuvo a Hazael a la vista, temeroso de que persiguiera a Karou, pero su hermano seguía en el puente, contemplando la inimaginable escena de Akiva y Liraz con las espadas cruzadas.

Los brazos de Liraz temblaban por el esfuerzo de mantener su terreno —su aire— y sus alas batían furiosas. Tenía el rostro lívido y las mandíbulas apretadas por la intensidad del momento, y los ojos tan abiertos que sus iris eran puntos en unas órbitas blancas.

Con un gemido desgarrador, rechazó a Akiva, volteó la espada liberada por encima de su cabeza y la descargó como un hachazo.

Akiva bloqueó el golpe. Su fuerza lo sacudió hasta los huesos. Liraz no estaba retrocediendo. La violencia del ataque le sorprendió —¿trataría realmente de matarlo?—. Ella descargó un nuevo hachazo, él lo bloqueó y finalmente Hazael reaccionó y saltó hacia ellos.

—Parad —gritó horrorizado.

Se acercó, pero hubo de apartarse cuando Liraz se volvió de forma violenta. Akiva esquivó el golpe, desequilibrándola, y ella dio vueltas antes de encontrar a tientas un punto de apoyo. Le lanzó una mirada llena de rencor y, en vez de abalanzarse de nuevo sobre él, se elevó vertiginosamente. Sus alas lanzaron un estallido de fuego que provocó un grito colectivo entre los espectadores, y tomó velocidad hacia donde Karou había desaparecido.

No se divisaba ningún rastro de la chica, pero Akiva no dudaba que Liraz pudiera encontrarla. Se lanzó tras ella. Los tejados desaparecieron rápidamente, y con ellos, la humanidad. Solo quedaba el azote del viento, las llamaradas de las alas y —alcanzó a su hermana y la agarró del brazo— el enfrentamiento.

Ella se volvió hacia él y sus espadas chocaron una y otra vez. Como en Praga cuando Karou lo había atacado, Akiva solo rechazaba los golpes, los esquivaba, y no devolvía el ataque.

—¡Parad! —bramó de nuevo Hazael acercándose a Akiva y empujándolo con fuerza para separarlo de Liraz.

Se encontraban muy por encima de la ciudad, donde el profundo silencio retumbaba con el chocar del acero.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Hazael con tono incrédulo—. Luchando entre vosotros...

—Yo no quiero enfrentarme a ella —dijo Akiva retrocediendo—. Nunca lo haré.

—¿Por qué no? —siseó Liraz—. Podrías rebanarme el pescuezo mientras me apuñalas por la espalda.

—Liraz, no quiero hacerte daño...

—¿No quieres, pero lo harías si te vieras obligado? ¿Es eso lo que estás diciendo? —respondió ella, sarcástica.

¿Se refería a eso? ¿Qué estaba dispuesto a hacer para proteger a Karou? Sería incapaz de herir a su hermana o a su hermano; el remordimiento no le dejaría vivir. Pero tampoco podía permitir que ellos hicieran daño a Karou. ¿Cómo era posible que solo existieran esas dos opciones?

—Simplemente... olvídala —dijo Akiva—. Por favor. Permite que se marche.

La intensa emoción que transmitía su voz provocó que los ojos de Liraz se entrecerraran con desprecio. Al mirarla, Akiva pensó que suplicarle a ella era lo mismo que suplicarle a una espada. ¿Y no era eso para lo que ellos tres habían sido educados, al igual que los demás bastardos del emperador? Armas forjadas en carne. Instrumentos irreflexivos de una antiquísima enemistad.

No podía aceptar algo así. Eran mucho más que eso, todos ellos. Al menos lo esperaba. Se arriesgó. Envainó las espadas. Liraz lo contempló en silencio, con los

ojos como cuchillas.

—En Bullfinch —comenzó Akiva—, me preguntaste quién me había colocado aquel torniquete.

Liraz esperó. Hazael también.

Akiva pensó en Madrigal, recordó el tacto de su piel, la sorprendente suavidad de sus alas, y la alegría de su risa —tan parecida a la de Karou—, y se acordó de lo que Karou le había dicho aquella mañana: que si hubiera conocido a alguna quimera, no podría despreciarlas como monstruos.

Pero había hecho ambas cosas. Había conocido y amado a Madrigal, y aun así se había convertido en lo que era ahora —un ser vacío y con los ojos muertos que había estado a punto de asesinar a Karou movido por un impulso—. El dolor había alimentado a sus horribles vástagos dentro de él: el odio, la venganza, la ceguera.

Madrigal se habría arrepentido de salvar la vida a la persona que era ahora, pero Karou le brindaba una nueva oportunidad, para conseguir la paz. No se trataba de la felicidad, ni de sí mismo. Para él, era demasiado tarde.

Para otros, tal vez aún hubiera salvación.

—Fue una quimera —anunció a sus hermanos. Tomó una bocanada de aire, consciente de que sus palabras sonarían infames a sus oídos. Les habían enseñado desde la cuna que las quimeras eran horribles criaturas que se arrastraban, diablos, *animales*. Sin embargo, Madrigal..., ella había logrado en un instante desencadenarlo de su fanatismo, y había llegado el momento de que intentara emularla—. Una quimera salvó mi vida —continuó—, y me enamoré de ella.

39

LA SANGRE DE LOS ANTEPASADOS

A partir de Bullfinch, todo cambió para Akiva. Después de rechazar a Hazael con sus herramientas de tatuar, una idea se adueñó de su mente: cuando viera de nuevo a la chica quimérica, podría decirle que no había utilizado la vida que ella le había regalado para matar a más de sus semejantes.

Que volviera a verla era extremadamente improbable, pero aquel pensamiento se alojó en su cabeza —una sensación esquivia y punzante de la que no podía librarse— y se acostumbró a su presencia latente. Comenzó a sentirse cómodo con aquella idea, y esta se transformó de fantasía descabellada en *esperanza* —una esperanza que cambiaría el rumbo de su vida: encontrar a aquella chica y darle las gracias—. Eso era todo, simplemente darle las gracias. Cuando imaginaba el momento, su mente no iba más allá.

Era suficiente para mantenerlo vivo.

Tras la batalla, no permaneció mucho tiempo en la bahía de Morwen. Los médicos de campaña lo enviaron de vuelta a Astrae para ver qué podían hacer por él los sanadores.

Astrae.

Hasta la Masacre ocurrida un milenio atrás, los serafines habían gobernado el Imperio desde Astrae. Según todas las crónicas, durante trescientos años fue la luz del mundo, la ciudad más hermosa jamás construida. Palacios, pórticos y fuentes, todo de mármol extraído en Evorrain; amplias avenidas pavimentadas con cuarzo y cubiertas por las ramas con aroma a miel de los pinos balsameos. Astrae se alzaba sobre los estriados acantilados que albergaban su puerto, y la arbolada costa de Mirea se extendía hasta donde la vista alcanzaba. Al igual que en Praga, los chapiteles apuntaban hacia el cielo, uno por cada dios estrella. Los dioses estrella, que habían nombrado a los serafines guardianes de la tierra y de todas sus criaturas.

Los dioses estrella, que habían contemplado cómo todo se hundía en el caos.

Akiva pensó que durante trescientos años los ciudadanos de Astrae debieron

de sentir que la ciudad siempre había sido y siempre sería maravillosa. Ahora, diez siglos después, su época dorada parecía el lejano parpadeo de algún dios muerto, y poco quedaba de su esplendor original. El enemigo la había arrasado: las torres habían sido demolidas y todo lo que podía arder había sido incendiado. Habrían arrancado incluso las estrellas del cielo si hubieran podido. No existía precedente en la historia de una barbarie tal. Al final del primer día, los magos yacían muertos, incluso sus aprendices más jóvenes, y su biblioteca había sido engullida por el fuego, con todos los textos mágicos de Eretz en su interior.

Estratégicamente, tenía sentido. Los serafines habían depositado tanta confianza en la magia que, tras la Masacre y sin ningún mago vivo, se encontraban casi indefensos. Todos los ángeles que no habían huido de Astrae fueron sacrificados en un altar a la luz de la luna llena, entre ellos el emperador seráfico, antepasado del padre de Akiva. Tantos ángeles derramaron su vida sobre aquel altar que la sangre fluyó por los escalones del templo como una lluvia monzónica que ahogó a pequeñas criaturas en las calles.

Las bestias mantuvieron el control sobre Astrae durante siglos, hasta que Joram —el padre de Akiva— lanzó una campaña total al comienzo de su reinado y recuperó todos los territorios hasta los montes Adelfas. Tras consolidar su poder, comenzó a reconstruir el Imperio con su corazón donde correspondía: en Astrae.

Sin embargo, en el campo de la magia, Joram no había logrado demasiados progresos. Tras el incendio de la biblioteca y el asesinato de los magos, los serafines habían quedado constreñidos a las manipulaciones más básicas, y en los siglos posteriores no avanzaron mucho más.

Akiva nunca se había preocupado demasiado por la magia. Era un soldado, y había recibido una educación limitada. La consideraba un misterio solo apto para mentes más brillantes, pero su estancia en Astrae cambió esa concepción. Dispuso del tiempo necesario para descubrir que a pesar de ser un soldado poseía mayor inteligencia que la mayoría, y que además contaba con algo de lo que carecían los aspirantes a mago de Astrae. En realidad, poseía dos cosas que ellos no tenían. Llevaba la magia en la sangre, aunque hizo falta un comentario malicioso de su padre para que lo descubriera, y tenía lo más importante.

Dolor.

El dolor de su hombro era una constante en su vida, al igual que su fantasma, la chica enemiga, y ambos estaban unidos. Cuando su hombro ardía, regresando

poco a poco a la vida, no podía dejar de pensar en las delicadas manos de ella sobre él, apretando el torniquete que lo había salvado.

Los sanadores de Astrae dejaron de administrarle los medicamentos empleados por los médicos de campaña, que no habían resultado de gran ayuda, y lo obligaron a utilizar el brazo. Un esclavo —quimérico— se encargaba de estirarle los músculos para mantenerlos flexibles, y Akiva recibió la orden de acudir al campo de prácticas para ejercitar la mano izquierda en el manejo de la espada, por si la derecha no recuperara completamente la movilidad. Contra todo pronóstico, se recuperó, aunque el dolor no remitía, y en pocos meses era mejor espadachín que antes. Encargó al armero de palacio un juego de espadas gemelas, y no tardó en dominar el campo de prácticas. Luchaba con ambas manos y atraía multitudes a los combates de la mañana, incluido el propio emperador.

—¿Uno de los míos? —preguntó Joram evaluándolo.

Akiva nunca había estado en presencia de su padre. Los bastardos de Joram eran una legión, y no podía pretender conocerlos a todos.

—Sí, mi señor —contestó Akiva con una inclinación de cabeza.

Sus hombros aún sufrían con el esfuerzo, y el derecho le enviaba llamaradas de agonía que ya formaban parte de su vida.

—Mírame —ordenó el emperador.

Akiva lo hizo, y no se reconoció en el serafín que encontró frente a él. Hazael y Liraz sí se parecían al emperador. Sus ojos azules eran iguales a los de Joram, así como los rasgos de la cara. El emperador era rubio, aunque su pelo dorado empezaba a adquirir un tono grisáceo, y a pesar de ser corpulento, tenía una talla modesta y debía alzar la vista para mirar a Akiva.

Su mirada era intensa.

—Recuerdo a tu madre —dijo Joram.

Akiva parpadeó. No había esperado un comentario semejante.

—Son los ojos —añadió el emperador—. Resultan inolvidables, ¿no crees?

Era una de las pocas cosas que Akiva recordaba de su madre. El resto de su rostro aparecía borroso, y ni siquiera sabía su nombre; sin embargo, estaba seguro de haber heredado sus ojos. Joram parecía esperar una respuesta, así que Akiva admitió: «Los recuerdo», y sintió una especie de pérdida, como si al reconocer

aquello, hubiera entregado lo único que poseía de ella.

—Fue terrible lo que le sucedió —dijo Joram.

Akiva permaneció inmóvil. No había recibido ninguna noticia de su madre desde que los habían separado, como seguramente sabía el emperador. Joram le estaba lanzando un anzuelo, quería que preguntara «¿Qué? ¿Qué le ha pasado?». Pero Akiva no lo hizo, solo apretó las mandíbulas, y Joram, con una sonrisa hiriente, añadió:

—Pero ¿qué se puede esperar de los stelian? Una tribu salvaje, casi tan malvada como las bestias. Ten cuidado, soldado, no se revele en ti la sangre de tus antepasados.

Y se marchó, dejando a Akiva con el dolor abrasador de su hombro y una nueva cuestión que desvelar sobre la que nunca se había preocupado antes: *¿Qué sangre?*

¿Pudo ser su madre una stelian? Carecía de sentido que Joram hubiera tenido una concubina stelian; no mantenía relaciones diplomáticas con la «tribu salvaje» de las islas Lejanas, serafines renegados que nunca habrían entregado a sus mujeres como tributo. Entonces, ¿cómo había llegado ella hasta allí?

Los stelian eran conocidos por dos cosas. La primera, su férrea independencia —no formaban parte del Imperio y, durante siglos, se habían negado con tenacidad a integrarse con sus semejantes serafines—.

La segunda, su conexión con la magia. Se creía que en las oscuras profundidades de la historia los primeros magos habían sido stelian, y además se rumoreaba que aún practicaban un extraño nivel de magia desconocido en el resto de Eretz. Joram los detestaba, porque no lograba ni conquistarlos ni infiltrarse entre ellos, al menos mientras necesitara concentrar sus fuerzas en la guerra contra las quimeras. No obstante, los rumores que recorrían la capital no dejaban lugar a duda de hacia dónde dirigiría la mirada el emperador una vez que las bestias fueran derrotadas.

En cuanto a lo sucedido a su madre, Akiva nunca lo descubrió. El harén era un universo cerrado, y ni siquiera pudo confirmar que hubiera albergado a una concubina stelian, mucho menos saber qué le había ocurrido. No obstante, el encuentro con su padre impulsó algo en su interior: cierta afinidad con aquellos extranjeros con los que compartía sangre, y curiosidad por la magia.

Permaneció en Astrae más de un año, durante el que, aparte de recuperarse físicamente, entrenar y dedicar varias horas al día a instruir a soldados jóvenes, pudo contar con de su tiempo. Y a partir de aquel día, lo aprovechó. Descubrió lo que era el diezmo de dolor, y gracias a su herida, disponía de una constante reserva a la que recurrir. Observando a los magos —para quienes él, un zafio soldado, era prácticamente invisible— aprendió a realizar los hechizos más básicos, empezando por el control de la voluntad. Practicó con murciélagos-cuervo y colibríes-polilla en la oscuridad de la noche, dirigiendo su vuelo, alineándolos en V como los gansos en invierno, llamándolos para que se posaran sobre sus hombros o sus manos.

Le resultaba sencillo, así que continuó con el aprendizaje. No tardó en alcanzar los límites del conocimiento, que no era mucho —lo que se consideraba magia en aquella época eran en realidad simples trucos, ilusiones—. Nunca se engañó pensando que era un mago; sin embargo, era ingenioso y, al contrario de los distinguidos fracasados que se autodenominaban magos, no tenía que flagelarse ni quemarse ni cortarse para conseguir poder —disponía de una fuente sosegada y constante—. Sin embargo, si los superó, no fue gracias al dolor o al ingenio, sino a su motivación.

La idea que se había transformado de algo inimaginable en una esperanza —ver de nuevo a la chica quimérica— era ahora un plan.

Constaba de dos partes, aunque solo la primera implicaba el uso de magia: perfeccionar un hechizo que pudiera ocultar sus alas. Existía una manipulación de camuflaje, pero era muy rudimentaria, una especie de «salto» en el espacio que engañaba —a lo lejos— al ojo para que el objeto en cuestión pasara desapercibido. No se trataba ni mucho menos de invisibilidad. Si pretendía pasar desapercibido entre los enemigos —que era exactamente lo que esperaba—, tendría que mejorarlo.

Así que se puso manos a la obra. Tardó meses. Aprendió a sumergirse en su propio dolor como si se tratara de un lugar. Desde su interior, todo *se veía* diferente —más anguloso—, y las sensaciones y sonidos también resultaban distintos, atenuados y fríos. El dolor era como una lente que aumentaba las sensaciones, los instintos, todo, y gracias a él, después de incesantes pruebas y repeticiones, lo logró. Consiguió la invisibilidad. Era un triunfo que le habría reportado fama y los mayores honores del Imperio, y sintió una fría satisfacción al retenerlo para sí mismo.

La sangre de mis antepasados, pensó. Padre.

La segunda parte de su plan estaba relacionada con el idioma. Para dominar la lengua quimérica, se encaramó al tejado del barracón de los esclavos y escuchó las historias que contaban a la luz de su hediondo fuego de boñigas. Aquellos relatos eran inesperadamente ricos y hermosos y, al escucharlos, no podía evitar imaginar a su chica quimérica sentada junto a una hoguera de campaña y contando las mismas historias.

Su chica quimérica. Se sorprendió pensando en ella como *suya*, y ni siquiera le resultó extraño.

Cuando fue enviado de nuevo a su regimiento en la bahía de Morwen, sintió que habría necesitado algo más de tiempo para perfeccionar su acento quimérico, pero básicamente estaba preparado para el siguiente paso, con toda su brillante y luminosa locura.

40

CASI COMO MAGIA

Tiempo atrás, Madrigal había sido lo que lo había impulsado a marcharse. Esta vez, fue Karou. En aquel momento, su destino había sido Loramendi, la ciudad enjaulada de las bestias. Ahora, era Marrakech. De nuevo abandonaba a Hazael y Liraz, pero esta vez sin dejarlos en la ignorancia. Ahora sabían toda la verdad.

Lo que harían con aquella información era algo que no podía adivinar.

Liraz lo había llamado traidor, y había añadido que su presencia le resultaba insoportable. Hazael solo lo había mirado fijamente, pálido y con rechazo.

Sin embargo, le habían permitido marchar sin derramar sangre —ni la suya ni la de ellos—, y eso era lo mejor que habría podido esperar. Si informarían al comandante —o incluso al emperador— y regresarían para capturarlo o lo cubrirían, no lo sabía. No podía pensar en ello. Volando sobre el Mediterráneo con el hueso de la suerte apretado en la mano, sus pensamientos pertenecían a Karou. La imaginaba esperando en la tumultuosa plaza marroquí donde sus ojos quedaron atrapados por primera vez en los de ella. Podía verla con claridad, incluso la forma en que levantaría la mano hacia la garganta para acariciar el hueso de la suerte antes de recordar, con un nuevo estremecimiento cada vez, que no lo tenía.

Lo tenía *él*. Todo lo que implicaba, sobre el pasado, sobre el futuro, estaba justo en su mano —casi como magia, le había dicho Madrigal en cierta ocasión—.

Hasta la noche en la que, por fin, había visto de nuevo a Madrigal, él no sabía siquiera lo que era un hueso de la suerte. Ella llevaba uno atado con un cordel en torno al cuello; un objeto tan fuera de lugar sobre su vestido de seda, sobre su piel de seda.

—Bueno, sí. Es un hueso de la suerte. Cada uno coloca un dedo alrededor de una punta, así, y entonces pedimos un deseo y tiramos. El que se quede con el trozo más grande verá cumplido su deseo.

—¿Es magia? —le había preguntado Akiva—. ¿De qué pájaro proceden estos huesos que producen magia?

—No, no es magia. En realidad, los deseos no se cumplen.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

—¿Esperanza? La esperanza puede ser muy poderosa. Tal vez no haya verdadera magia en el hueso, pero cuando sabes qué es lo que anhelas y lo mantienes como una luz dentro de ti, puedes hacer que las cosas sucedan, casi como magia.

Akiva sintió que se perdía en los ojos de Madrigal. El resplandor de aquella mirada despertó algo en su interior, algo que le descubría que había pasado toda su vida en una neblina de sentimientos truncados.

—Y ¿qué es lo que deseas? —preguntó Akiva con el anhelo de conseguirlo, fuera lo que fuese.

Ella respondió con timidez:

—Se supone que no debes decirlo. Ven, pide un deseo conmigo.

Akiva alargó la mano y rodeó con un dedo la delgada punta del hueso. Lo que deseaba con todas sus fuerzas era algo en lo que nunca antes había pensado, hasta conocer a Madrigal. Y aquella noche se convirtió en realidad, y muchas noches después. Un breve y luminoso lapso de felicidad en torno al cual giraba su vida entera. Todos sus actos posteriores tendrían su origen en su amor por Madrigal, y en su pérdida, y la pérdida de sí mismo.

¿Y ahora? Estaba volando hacia Karou con la verdad en la mano, encerrada en aquel frágil objeto, «casi mágico».

¿Casi? Esta vez no.

Ese hueso de la suerte *emanaba* magia. La rúbrica de Brimstone era tan poderosa en él como en los portales que provocaban dentera a Akiva. El hueso contenía la verdad, y junto a ella, el poder para que Karou lo odiara.

Y si desapareciera —algo tan pequeño perdido en medio de un océano—, ¿qué ocurriría? Karou no tenía por qué saber nada. Entonces, podría mantenerla a su lado, amarla. Y algo más importante, si el hueso se desvaneciera, *ella* podría *amarlo*.

Aquel pensamiento envenenó su mente, y Akiva sintió desprecio por sí mismo. Trató de acallarlo, pero el hueso hostigaba su imaginación. «Ella nunca lo sabrá», parecía decirle desde su mano abierta. Y allí abajo el Mediterráneo, veteado,

resplandeciente por el sol y profundo, lo confirmaba.

Ella nunca lo sabrá.

41

ÁLEF

Karou estaba exactamente donde Akiva había imaginado encontrarla, en la mesa de un café en Jemaâ-el-Fna, y como también había supuesto, se mostraba inquieta por la ausencia del hueso de la suerte. En otro tiempo, sus dedos no habrían necesitado otra ocupación que sujetar un lápiz. Sin embargo, su cuaderno de bocetos descansaba abierto delante de ella, con sus páginas en blanco reflejando el sol norteafricano, mientras Karou se agitaba nerviosa, distraída, sin dejar de recorrer la plaza con la mirada buscando a Akiva.

Vendría, se aseguró a sí misma, y le devolvería el hueso de la suerte. Lo haría.

Si estaba vivo.

¿Le habrían hecho algún daño aquellos dos serafines? Hacía ya dos días que esperaba. ¿Y si...? No. Estaba vivo. Imaginar lo contrario... era algo que su mente no podía soportar. De manera absurda, recordaba sin parar a Kishmish, años atrás, engullendo un colibrí-polilla —su repentina consecuencia: vivo-muerto, sin más—.

No.

Alejó aquel pensamiento, tratando de concentrarse en el hueso de la suerte. ¿Por qué había provocado aquella reacción en Akiva? Y... ¿qué tendría que decirle, que lo hizo caer de rodillas? El misterio de su propia existencia adquirió un tinte oscuro y Karou sintió un escalofrío de temor. Tampoco podía evitar recordar a Zuzana y Mik, la expresión de sus rostros —sorprendidos y asustados—. De *ella*. Había llamado a Zuzana durante su escala en el aeropuerto de Casablanca. Habían discutido.

—¿Qué piensas hacer? —había exigido saber Zuzana—. No volvamos a la época de las misiones secretas, Karou.

No tenía mucho sentido mostrarse reservada, así que se lo había contado. Como era de esperar, Zuzana había considerado que era demasiado peligroso, al igual que Akiva, y que Brimstone no querría que lo hiciera.

—Quiero que te mudes a mi piso —dijo Karou—. Ya he hablado con el casero. Te dará una llave, y he pagado el resto del...

—No quiero tu estúpido piso —exclamó Zuzana. Su amiga vivía con una anciana tía aficionada a cocinar repollo y bromeaba con frecuencia sobre la posibilidad de asesinar a Karou *solo* para quedarse con su piso—. Porque *tú* vives en él. Karou, no puedes desaparecer así, sin más. Esto no es un maldito libro de Narnia.

Era imposible razonar con ella. La conversación terminó mal, y Karou se quedó sentada, con el teléfono ardiendo entre sus manos, y sin nadie más a quien llamar. La golpeó la terrible certeza de las pocas personas con las que compartía su vida. Pensó en Esther, su abuela falsa, pero la entristeció que su mente recurriera a un sustituto. Estuvo a punto de tirar el teléfono a la basura allí mismo —de todas formas, no tenía el cargador—, pero a la mañana siguiente se alegró de haberlo conservado. Vibró en su bolsillo mientras estaba en el café, apurando un zumo. Karou abrió el mensaje:

«Nada. De comer. En ninguna parte. Gracias por dejar que me muera de hambre. *zumbido de batería descargada*».

Karou sonrió, y se llevó las manos a la cara, e incluso gritó, y cuando un anciano le preguntó si se encontraba bien, no supo qué contestar.

Hacía dos días que esperaba allí sentada; dos noches que intentaba dormir en la habitación que había alquilado en las cercanías. Había buscado a Razgut, solo para saber dónde encontrarlo cuando estuviera lista, y lo había abandonado de nuevo mientras gemía por su *gavriel*, que Karou no le había entregado. Cuando llegara el momento de marcharse, ella pediría el deseo por él.

De marcharse. Con o sin Akiva, con o sin su hueso de la suerte.

¿Cuánto tiempo esperaría?

Después de dos días y dos noches interminables, sus ojos seguían escrutando el horizonte, hambrientos, y su corazón jadeaba, vacío. Abandonó cualquier resistencia que pudiera haber albergado. Sus manos sabían lo que querían: querían a Akiva, su atracción y su calor. Incluso en la cálida primavera de Marruecos, sentía frío, como si lo único que pudiera devolverle su calor fuera él. La tercera mañana, paseando por los zocos de Jemaâ-el-Fna, compró algo curioso.

Unos mitones. Los vio en un puesto ambulante, unos guantes de tejido apretado y lana bereber, reforzados con cuero en la palma. Los compró y se los enfundó. Cubrían las *hamsas* por completo, y no podía engañarse pensando que eran para protegerse del frío. Karou sabía lo que quería. Lo mismo que sus manos:

acariciar a Akiva, y no solo con la punta de los dedos, con cuidado, con miedo de provocarle dolor. Quería abrazarlo y que él la abrazara, formando una unidad perfecta, como en un baile lento. Quería aferrarse a él, aspirar su aroma, descubrir su cuerpo, sujetar su rostro como él había tomado el de ella, con ternura.

Con *amor*.

—Llegaré, y lo reconocerás —le había prometido Brimstone, y aunque él seguramente no hubiera imaginado que aquel amor pudiera surgir de un enemigo, Karou supo que no se había equivocado. Estaba segura. Era una sensación primaria y rotunda, como el hambre o la felicidad, y cuando en la tercera mañana levantó los ojos de su taza de té y vio a Akiva en la plaza, de pie a unos cinco metros de distancia, mirándola, sintió como si por sus nervios circulara luz de estrellas. Estaba a salvo.

Estaba allí. Karou se levantó de la silla.

Le sorprendió que permaneciera alejado.

Y cuando se acercó a ella, lentamente, a regañadientes, sus pasos parecían pesados y su expresión, sombría. La seguridad de Karou se desvaneció. No salió en su busca, ni siquiera se alejó de la mesa. La luz de estrellas regresó a sus terminaciones nerviosas, dejando frialdad en su cuerpo, y lo miró —la pesada lentitud, la inexpresividad de su mirada— preguntándose si lo habría imaginado todo.

—Hola —dijo Karou con voz apagada, vacilante, y con la leve esperanza de haber malinterpretado su actitud, de vislumbrar en él el mismo sobrecogimiento que su imagen había provocado en ella. Era lo que siempre había deseado y pensaba que había encontrado: alguien destinado *para ella*, y ella, para él, cuyas mariposas danzaran con la misma melodía que las suyas, nota a nota.

Pero Akiva no respondió. Hizo un leve gesto con la cabeza, sin aproximarse a ella.

—¿Estás bien? —preguntó Karou sin alegría alguna en la voz.

—Me has esperado —dijo Akiva.

—Dije... dije que lo haría.

—Tanto como pudieras.

¿Estaba resentido por aquella promesa no realizada? Karou deseaba explicarle

que allí, sobre el puente, ignoraba lo que ahora sabía —que «tanto como pudiera» significaba en realidad mucho tiempo, y que se sentía como si hubiera estado esperándolo toda la vida—. Pero se mantuvo en silencio al ver su expresión sombría.

Akiva extendió la mano.

—Toma —dijo, y le entregó el hueso de la suerte, colgado de su cordón.

Ella lo cogió y susurró «gracias», al tiempo que deslizaba el cordón en torno a su cabeza. El hueso regresó a su lugar en la base de su garganta.

—También te he traído esto —continuó Akiva, y dejó sobre la mesa la caja que contenía los cuchillos de luna creciente—. Los necesitarás.

Aquellas palabras sonaron terribles, casi como una amenaza. Karou permaneció de pie, aguantando las lágrimas.

—¿Aún quieres saber quién eres? —preguntó Akiva. No la miraba, sino que mantenía los ojos perdidos en el horizonte.

—Claro que sí —respondió ella, aunque no era aquello en lo que había estado pensando.

Lo que realmente deseaba era retroceder en el tiempo, volver a Praga. Entonces había creído, con una certeza que sintió como amenaza y refugio, que Akiva había regresado de alguna oscura noche del alma *en su busca*. Ahora parecía otra vez muerto, y ella, aunque hubiera recuperado el hueso de la suerte y por fin fuera a dar respuesta a la pregunta que yacía en lo más profundo de su ser, se sentía muerta también.

—¿Qué sucedió con los otros? —preguntó Karou.

Akiva ignoró la pregunta.

—¿Hay algún sitio adonde podamos ir?

—¿Cómo?

Akiva señaló la muchedumbre de la plaza, vendedores que colocaban pirámides de naranjas, turistas con cámaras y paquetes.

—Estoy seguro de que preferirás descubrirlo en la intimidad —dijo él.

—¿Qué... qué tienes que decirme que deba escuchar a solas?

—No voy a contarte nada.

Akiva había evitado mirarla directamente en todo momento, hasta que su imagen había quedado como emborronada, pero entonces clavó sus ojos en ella. Su brillo era como el sol reflejado en un topacio, y Karou percibió, antes de que él los retirara de nuevo, un breve destello de ansiedad, tan profunda que resultaba dolorosa de contemplar. Sintió un vuelco en el corazón.

—Vamos a romper el hueso de la suerte —dijo Akiva.

* * *

Y entonces ella lo sabía todo, y lo odiaría. Akiva estaba tratando de prepararse para soportar la mirada de Karou una vez que comprendiera. La había contemplado unos minutos desde la plaza antes de que ella levantara la mirada, y había presenciado cómo su rostro se transformaba al verlo —de ansiedad, expectativa perdida a... luz—. Era como si Karou hubiera emitido una descarga de energía que lo hubiera alcanzado incluso donde él se encontraba, hasta envolverlo y abrasarlo.

Todo lo que no merecía disfrutar y nunca conseguiría estaba contenido en aquel instante. Lo único que deseaba era estrecharla entre sus brazos, hundir las manos en su pelo —limpio y liso como ríos sobre sus hombros— y perderse en su fragancia y la tersura de su piel.

Recordó una historia que le había contado Madrigal: el cuento humano del *golem*. Esa figura modelada en barro con forma de hombre despertaba a la vida al grabarle sobre la frente el símbolo del álef. El álef era la primera letra de un antiguo alfabeto humano, y la primera también de la palabra hebrea *verdad*; era el comienzo. Al ver a Karou levantarse, radiante en una cascada de pelo lapislázuli, con un vestido de punto color mandarina, un collar de cuentas plateadas al cuello y una expresión de alegría y alivio y... *amor*... en su hermoso rostro, Akiva supo que ella era su álef, su verdad y su comienzo. Su alma.

Las articulaciones de sus alas deseaban impulsarlo hacia ella, de un solo movimiento, pero en vez de eso caminó, pesado y abatido. Sentía los brazos como enfundados en hierro, lo que le impedía alargarlos para alcanzarla. La manera en que Karou perdió la luminosidad al contemplar su actitud fría, la duda y la

esperanza de su voz lo estaban matando poco a poco. Era mejor así. Si sucumbía y se dejaba llevar por sus deseos, solo conseguiría que ella lo odiara con más intensidad una vez que supiera lo que en realidad era él. Así que se mantuvo distante, sufriendo, preparándose para el momento que irremediabilmente llegaría.

—¿Romperlo? —preguntó Karou mirando el hueso de la suerte con sorpresa—. Brimstone nunca lo hizo...

—No era suyo —contestó Akiva—. Nunca fue suyo. Solo lo estaba guardando. Para ti.

Había sido incapaz de tirarlo al mar. El mero hecho de haberlo pensado le ponía enfermo —más evidencias de su poca valía—. Karou merecía saberlo todo, con todo el sufrimiento y la brutalidad que implicaba, y si no se equivocaba respecto al hueso de la suerte, muy pronto lo haría.

Ella pareció sentir la trascendencia del momento.

—Akiva —murmuró—, ¿qué sucede?

Y cuando Karou lo miró con sus negros ojos de pájaro, asustados e implorantes, Akiva tuvo que volverse de nuevo para poder soportar el anhelo que lo corroía por dentro. No abrazarla en aquel momento era una de las experiencias más duras a las que jamás se había enfrentado.

* * *

Y su reencuentro podría haber continuado envuelto en aquella terrible falsedad, pero Karou sabía lo que había visto —el anhelo de Akiva, uniéndose al suyo en un lugar muy profundo— y cuando él se volvió, sintió algo repentino, como si chasqueara un cable y desaparecieran todas sus ataduras, y no pudo soportarlo más. Alargó el brazo hacia él. Su mano, cubierta con el mitón que ocultaba la *hamsa*, rozó el brazo de Akiva, delicada y totalmente sobre su piel, y lo giró hacia ella. Se acercó levantando la cabeza para mirarlo, y tomó su otro brazo.

—Akiva —murmuró. Su voz había perdido el miedo y sonaba queda y ardiente y dulce—. ¿Qué sucede? —fue recorriendo el cuerpo de Akiva con las

manos, llegó al acero de sus brazos y sus hombros, ascendió las rampas de sus trapecios hasta la garganta, el mentón áspero, y por fin detuvo los dedos en sus labios, tan suaves en comparación. Sintió que temblaban—. Akiva —repitió—. Akiva. *Akiva* —parecía decir «Es suficiente, deja de fingir».

Y entonces, con un estremecimiento, Akiva se rindió. Abandonó la farsa y dejó caer la cabeza, de modo que su frente quedó apoyada sobre la de ella, caliente por el sol. Sus brazos la rodearon y la estrecharon, y Karou y Akiva se convirtieron en dos cerillas que se rozan para encenderse con luz de estrellas. Con un suspiro, Karou se relajó, y al fundirse con el cuerpo de Akiva y descansar sintió como si volviera a casa. Notó la aspereza de su mentón sin afeitar, al tiempo que él experimentaba la perfecta suavidad del pelo de Karou. Permanecieron así largo rato, quietos, al contrario que su sangre y sus nervios y sus mariposas —vivas, moviéndose desenfrenadamente al ritmo de una melodía salvaje y perfecta, acompasadas nota a nota—.

El hueso de la suerte, pequeño pero afilado, quedó atrapado entre ellos.

42

DESEO Y SAL E INMENSIDAD

—Aquí —dijo Karou conduciendo a Akiva hasta una puerta azul cielo en un muro polvoriento.

Sus dedos estaban entrelazados. No podían dejar de tocarse, y mientras lo guiaba por la medina, Karou había sentido como si flotara. Podrían haberse apresurado, pero optaron por dejarse llevar, parándose a contemplar a un tejedor de alfombras, a mirar una cesta llena de cachorros, a tocar con los dedos la punta de unas dagas ornamentales, sin prisa ninguna.

Sin embargo, a pesar del paso tranquilo, llegaron a su destino. Akiva siguió a Karou a través de un oscuro pasadizo por el que desembocaron en un luminoso patio, un mundo escondido y abierto solo al cielo. Estaba rodeado de palmeras datileras y adornado con azulejos andalusíes, y una fuente brotaba en su centro. La segunda planta estaba rodeada por una galería y la habitación de Karou se encontraba al final de una vuelta de escalera. Era más grande que su piso y tenía el techo alto y de madera. Las paredes aparecían recubiertas por un finísimo estuco bermellón, con profundos reflejos terrosos, y en la cama, una manta bereber lanzaba alguna misteriosa bendición en lenguaje de símbolos.

Akiva cerró la puerta y dejó marchar la mano de Karou, y llegó el momento que ella había intentado alejar, aplazar —la rotura del hueso de la suerte—.

Había llegado el momento.

Había llegado el momento.

Akiva se alejó de ella, miró por la ventana, alzó las manos y se rascó el pelo con los dedos en un gesto que se estaba volviendo familiar. La miró de nuevo.

—¿Estás lista, Karou?

No.

De repente, *no*. No estaba preparada. Sintió pánico, como un caos de alas en su pecho.

—Podemos esperar —sugirió con alegría fingida—. De todas formas, no

queremos marcharnos hasta que llegue la noche.

El plan era recoger a Razgut una vez que hubiera caído el sol y, ocultos en la oscuridad, volar con él hasta el portal, dondequiera que se encontrara.

Akiva se dirigió hacia ella con paso vacilante, y se detuvo antes de llegar a su lado.

—Podríamos esperar —afirmó, en apariencia atraído por la idea. Luego añadió, muy suavemente—: Pero eso no lo haría más fácil.

—Si fuera algo horrible, me lo dirías, ¿verdad?

Se acercó, alargó la mano y la deslizó sobre el pelo de Karou, una sola vez, lentamente. Ella se deleitó en su caricia, con gesto felino.

—No tienes que estar asustada, Karou —dijo Akiva—. ¿Cómo podría ser algo horrible? Eres *tú*. Solo puede ser hermoso.

Una tímida sonrisa afloró en los labios de ella. Respiró hondo y dijo con resolución:

—Adelante, entonces. ¿Debería..., eh..., sentarme?

—Si quieres.

Karou subió a la cama y se colocó en el centro, plegando las piernas bajo el cuerpo y bajando el dobladillo de su vestido naranja, que había comprado en el zoco para que Akiva la viera con él puesto. Había comprado también prendas más funcionales, para el viaje y lo que pudiera venir después. Todo estaba guardado en una mochila nueva, listo para la partida, junto a objetos más mundanos que había olvidado en Praga por lo apresurado de su marcha. Estaba contenta de que Akiva hubiera traído sus cuchillos —contenta de tenerlos, pero asustada de necesitarlos—.

Akiva se sentó frente a ella, con las piernas relajadas y los hombros inclinados hacia delante, de un modo que resaltaba su corpulencia.

Y entonces Karou experimentó un nuevo fogonazo, una fisura en la superficie del tiempo, y una visión, en su interior, de Akiva. Estaba sentado en la misma postura, con los hombros pesados y relajados como en ese momento, pero... *desnudos*, al igual que su pecho, dejando a la vista su cuerpo musculoso y una terrible cicatriz en el hombro derecho. De nuevo, en su rostro, aparecía aquella sonrisa que hería con su belleza. De nuevo, un instante y desapareció.

Karou parpadeó, ladeó la cabeza y murmuró:

—*Vaya.*

—¿Qué sucede? —preguntó Akiva.

—A veces creo verte, en otra época o algo así..., no sé —sacudió la cabeza—. Tu hombro. ¿Qué te pasó?

Akiva se lo tocó, con la mirada fija en ella.

—¿Qué has visto?

Karou se ruborizó. Había sentido algo muy sensual en aquel instante, él sentado sin camisa y feliz.

—A ti... sonriendo. Nunca te he visto sonreír así, no de verdad —dijo solamente.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Ojalá volvieras a hacerlo —dijo ella—. Para mí.

Akiva no sonrió. El dolor se reflejó en su cara mientras miraba sus nudillos y levantaba la vista de nuevo hacia ella.

—Acércate —le dijo, y alargó sus manos para aflojar el cordón del hueso de la suerte y sacárselo por la cabeza. Rodeó con un dedo una de las puntas—. Tienes que colocarlo así.

Ella no lo cogió.

—Pase lo que pase, no tenemos por qué ser enemigos. No si no queremos. Es decisión nuestra, ¿no es así? —dijo apresuradamente.

—Será lo que *tú* decidas —contestó él.

—Pero ya sé...

Akiva sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Tú no puedes saber. Nunca se sabe hasta que se sabe.

Karou dejó escapar un suspiro exasperado.

—Hablas igual que Brimstone —murmuró, y trató de serenarse.

Y entonces, por fin, levantó la mano para deslizar el meñique en torno a la punta libre del hueso. Su nudillo rozó el de Akiva, y aquel leve roce desató una

efervescencia por todo su cuerpo.

Ahora, lo único que tenían que hacer era tirar. Karou esperó un instante, pensando que Akiva tomaría la iniciativa, pero se dio cuenta de que él pretendía lo mismo de ella. Escrutó sus ojos —clavados en los suyos, abrasadores— y tensó la mano. La única manera de hacerlo era haciéndolo. Comenzó a tirar.

Esta vez fue Akiva el que retiró el dedo, sobresaltado.

—Espera —suplicó—. Espera.

Alargó la mano hacia el rostro de Karou y ella la presionó contra su mejilla.

—Quiero que sepas... —Akiva tragó saliva—. Necesito que sepas que me sentí atraído por ti (por *ti*, Karou) antes de descubrir el hueso. Antes de darme cuenta, y creo... creo que siempre te encontraría, sin importar lo escondida que estuvieras —la miró con extraordinaria intensidad—. Tu alma y la mía cantan la misma canción. Mi alma es tuya, y siempre lo será, en cualquier mundo. No importa lo que suceda... —su voz se quebró y tuvo que respirar hondo—. Necesito que recuerdes que te quiero.

Amor. Karou se sintió bañada de luz. Aquella adorada palabra saltó a sus propios labios para responderle, pero él le suplicó:

—Dime que lo recordarás. Prométemelo.

Esa promesa sí *podía* hacerla. Akiva se quedó callado y Karou, inclinada hacia delante, sin aliento, pensó si aquello sería todo —que le revelara algo así y luego no la besara—. Resultaba absurdo, y hubiera protestado de haber terminado ahí, pero no fue así.

Una mano de Akiva reposaba ya sobre la mejilla de Karou. Alzó la otra, acunó su rostro y entonces, de forma suave, se desencadenó lo inevitable: se abandonaron. Los labios de Akiva se deslizaron sobre los de Karou. Fue una leve caricia, como un susurro —un ligerísimo roce de su labio inferior con los de ella, y de nuevo espacio entre ambos, muy poco espacio, con los rostros casi pegados—. Respiraban uno el aliento del otro, mientras la pasión aumentaba entre ellos, a su alrededor, en su interior, astral, y de nuevo el espacio desapareció, y lo único que quedó fue el beso.

Dulce y cálido y tembloroso.

Suave e intenso y profundo.

Menta en el aliento de Karou, sal en la piel de Akiva.

Akiva hundió las manos en el pelo de Karou, hasta las muñecas, como si fuera agua; Karou deslizó sus palmas por el pecho de Akiva, olvidando el hueso de la suerte para buscar los latidos de su corazón.

La dulzura dejó paso a algo distinto. Impulso. Placer. Karou se sintió abrumada por la profunda *realidad* física de Akiva —sal y almizcle y músculo, llama y carne y latidos—, por la sensación de *inmensidad*. Su sabor y el tacto de su piel sobre sus labios: primero la boca, luego el mentón, el cuello y un tierno recoveco bajo la oreja, y sin saber cómo sus manos se deslizaron bajo su camisa y subieron, de modo que lo único que se interponía entre sus manos y el pecho de Akiva eran los guantes. Sus dedos bailaron sobre su piel y él tembló, y la abrazó con fuerza y el beso se convirtió en mucho más que un beso.

Karou se recostó arrastrando a Akiva con ella, encima de ella, y la sensación de notar el peso de todo su cuerpo fue intensa, abrasadora y... *familiar* también. Karou era ella misma, pero al tiempo no lo era, arqueándose contra él con un suave maullido animal.

Y Akiva escapó de su abrazo.

Fue tan rápido como desgarrador —se levantó de golpe, dejando tras de sí los bordes deshilachados del momento—. Karou se incorporó rápidamente. Estaba sin aliento. Tenía el vestido enrollado alrededor de los muslos; el hueso de la suerte yacía abandonado sobre la manta; y Akiva estaba de pie, en la parte baja de la cama, dándole la espalda con las manos en las caderas y la cabeza gacha. Su respiración igualaba en agitación a la de ella, incluso ahora. Karou permaneció sentada, embargada por la fuerza que la había poseído. Nunca había sentido algo así. Ahora que sus cuerpos estaban separados, se reprochó a sí misma —¿cómo había podido llegar tan lejos?—, pero al mismo tiempo deseaba intensamente sentir de nuevo el deseo, la sal, la inmensidad de aquel instante.

—Lo siento —dijo Akiva con actitud tensa.

—No, he sido yo, no pasa nada. Akiva, yo también te quiero...

—Claro que pasa —respondió él volviéndose hacia Karou con sus ojos de tigre en llamas—. Esto no está bien, Karou. No pretendía que sucediera. No quiero que me odies aún más...

—¿Odiarte? ¿Cómo has podido imaginar que...?

—Karou —dijo él interrumpiéndola—. Tienes que saber la verdad, y tienes que saberla *ahora*. Tenemos que romper el hueso.

* * *

Y entonces, por fin, lo hicieron.

43

UN CHASQUIDO

Algo tan pequeño y frágil, y el sonido que hizo: un *chasquido* limpio y seco.

44
COMPLETA

¡Chas!

Apresuradamente, como el viento que atraviesa una puerta, y Karou era esa puerta, y el viento regresaba a casa, y ella era también el viento. Ella era el viento y la casa y la puerta.

Entró corriendo en sí misma y lo invadió todo.

Permitió que ella misma entrara y se sintió llena.

Cerró de nuevo. El viento se apaciguó. Fue así de sencillo.

* * *

Estaba completa.

45
MADRIGAL

Es una niña.

Está volando. El aire está enrarecido y cuesta respirar, y el mundo se encuentra tan abajo que incluso las lunas, jugando a perseguirse a través del cielo, se ven desde arriba, como relucientes cabezas de bebé.

* * *

Ya no es una niña.

Desciende del cielo, entre las ramas de los árboles de réquiem. Está oscuro, y de la arboleda surge el *hish-hish* de las evangelinas, aves-serpiente amantes de la noche que beben el néctar de las flores de réquiem. Se acercan a ella —*hish-hish*— y se enroscan en sus cuernos agitando las flores, que dejan caer un dorado polen sobre sus hombros.

* * *

Más tarde, adormecerá los labios de su amante cuando recorra con ellos su piel.

* * *

Está en el campo de batalla. Los serafines se lanzan en picado desde el cielo,

envueltos en llamas.

* * *

Está enamorada. Siente luz en su interior, como si se hubiera tragado una estrella.

* * *

Asciende a un patíbulo. Miles y miles de caras la contemplan, pero ella solo ve una.

* * *

Se arrodilla en el campo de batalla junto a un ángel moribundo.

* * *

Alas que la envuelven. La piel ardiendo, un amor abrasador.

* * *

Asciende al patíbulo. Lleva las manos atadas a la espalda, y las alas

inmovilizadas. Miles y miles de caras la observan; pies y pezuñas patean el suelo; voces que chillan y abuchean, pero una se eleva sobre todas las demás. Es la de Akiva. Un grito que podría levantar a los fantasmas de sus nidos.

* * *

Ella es Madrigal Kirin, que osó imaginar una nueva forma de vivir.

* * *

El hacha aparece enorme y brillante, como una luna que cae desde el cielo. Es instantáneo...

46
INSTANTÁNEO

Karou jadeó. Sus manos se apresuraron hacia su cuello y lo rodearon, estaba intacto.

Miró a Akiva y parpadeó, y cuando exhaló su nombre, había una nueva sonoridad en su voz, un halo de asombro y amor y súplica que parecía surgir de otro tiempo. Y así era.

—Akiva —exclamó con todo su ser.

Con ansiedad, con angustia, Akiva la miró, y esperó.

Karou retiró las manos de su cuello y, temblando, se quitó los guantes para dejar al descubierto sus palmas. Clavó sus ojos en ellas.

Ellas le devolvieron la mirada.

Ellas le devolvieron la mirada —dos ojos color índigo— y entonces comprendió lo que Brimstone había hecho.

* * *

Finalmente, lo comprendió todo.

Érase una vez dos lunas que
eran hermanas.



Nitid era la diosa de las lágrimas y la vida,
y el cielo era suyo.
Nadie veneraba a Ellai, excepto
los amantes secretos.

47

EVANESCENCIA

Madrigal ascendió al patíbulo. Llevaba las manos atadas a la espalda y las alas inmovilizadas para que no pudiera escapar volando. Era una precaución innecesaria: en lo alto, los barrotes de hierro de la Jaula lo cubrían todo formando arcos. La misión de aquellas barras era mantener a los serafines *fuera* de la ciudad, no a las quimeras *dentro*, pero ese día hubieran servido para tal propósito. Madrigal no iba a ir a ninguna parte, excepto a encontrarse con la muerte.

—Es innecesario —había objetado Brimstone cuando Thiago ordenó que la inmovilizaran. Su voz había sonado como un chirrido demasiado bajo para resultar audible, como algo que se arrastra sobre el suelo.

Thiago, el Lobo Blanco, el general, hijo y mano derecha del caudillo, lo había ignorado. Sabía que era innecesario, pero quería humillarla. No le bastaba con la muerte de Madrigal. Quería ver cómo se lamentaba, cómo se arrepentía. Deseaba verla de rodillas.

No lo iba a lograr. Podía amarrarle las manos y las alas y contemplar su muerte, pero jamás conseguiría que se arrepintiera.

No lamentaba lo que había hecho.

En el balcón del palacio, el caudillo permanecía sentado con solemnidad. Tenía cabeza de ciervo, con los cuernos rematados en oro. Thiago ocupaba su lugar junto a su padre. La silla a la izquierda del caudillo pertenecía a Brimstone, pero estaba vacía.

Miles y miles de ojos observaban a Madrigal, y la cacofonía que surgía de la multitud fue elevando el tono hasta llegar a ser algo siniestro, voces convertidas en abucheos. Pateaban el suelo con estruendo. No se producía ninguna ejecución en la plaza desde tiempo inmemorial, pero todos los presentes sabían lo que debían hacer, como si el odio fuera un atavismo que solo esperaba resurgir.

Se escuchó una acusación a voces:

—¡Amante de un ángel!

Entre la multitud aparecieron rostros acongojados, incrédulos. Madrigal era

una belleza, una alegría para los ojos, ¿podría realmente haber hecho algo tan inimaginable?

Y entonces llevaron a Akiva. Thiago había ordenado que contemplara la ejecución. Los guardias lo tiraron de rodillas sobre una plataforma frente a la de ella, desde la que nada obstaculizaría su visión. Incluso ensangrentado, encadenado y debilitado por la tortura, era hermoso. Sus alas llameaban radiantes y sus ojos de fuego, fieros, permanecían clavados en ella; Madrigal se sintió invadida por la calidez de los recuerdos y la ternura, por la intensa pena de que sus cuerpos jamás volverían a encontrarse, ni sus bocas se fundirían de nuevo, ni sus sueños se convertirían en realidad.

Los ojos de Madrigal se llenaron de lágrimas. Le sonrió en la distancia y su mirada transmitió tal amor que ninguno de los presentes pudo seguir dudando de su culpabilidad.

Madrigal Kirin era culpable de traición —de amar al enemigo— y fue condenada a muerte y a algo peor, una sentencia que no se había dictado durante cientos de años: la evanescencia.

La desaparición.

Sobre el patíbulo solo la acompañaba el verdugo encapuchado. Con la cabeza alta, se acercó al tajo y se arrodilló, y fue entonces cuando Akiva empezó a gritar. Su voz se elevó sobre el pandemónium —un alarido capaz de recorrer las almas de todos los presentes, capaz de levantar a los fantasmas de sus nidos—.

Aquel grito desgarró el corazón de Madrigal, y ansió poder estrecharlo entre sus brazos. Sabía que Thiago deseaba que se desmoronara, gritara, suplicara, pero no lo haría. No valía la pena. No existía la menor posibilidad de salvarse. No para ella.

Dirigió una última mirada a su amado y colocó la cabeza sobre el tajo. Era de roca negra, como todo en Loramendi, y lo notó tan caliente como un yunque contra su mejilla. Akiva lanzó un alarido y el corazón de Madrigal le respondió. Su pulso se aceleró —estaba a punto de *morir*—, pero mantuvo la calma. Tenía un plan y fue a lo que se aferró mientras el verdugo levantaba el hacha —enorme y brillante, como una luna que caía desde el cielo—, porque tenía una tarea que cumplir y no podía perder la concentración. Todavía no habían acabado con ella.

Después de muerta, iba a salvar la vida de Akiva.

48

PURA

Madrigal Kirin era Madrigal *de los* kirin, una de las últimas tribus aladas de los montes Adelfas. Esa cordillera era un bastión natural entre el Imperio seráfico y las tierras libres —el territorio defendido por las quimeras—, y hacía siglos que no era seguro vivir en sus cumbres. Los kirin, rápidos como el rayo y magníficos arqueros, resistieron más que la mayoría. Hacía solo una década que habían sido aniquilados, cuando Madrigal era una niña. Ella creció en Loramendi, rodeada de torres y tejados en vez de montañas.

Loramendi —la Jaula, la Fortaleza Negra, el Nido del caudillo— servía de hogar a un millón de quimeras aproximadamente, criaturas de todos los aspectos que jamás, de no haber sido por los serafines, habrían vivido juntas ni luchado codo con codo, ni siquiera hablado la misma lengua. Hubo un tiempo en que las distintas razas habían estado dispersas, aisladas; en algunas ocasiones comerciaban entre ellas; en otras, se enfrentaban en pequeñas escaramuzas —un kirin como Madrigal tenía tan poco en común con un anolis de Iximi como, por ejemplo, un lobo con un tigre—, pero el Imperio lo había cambiado todo. Al erigirse en guardianes del mundo, los ángeles habían concedido a las criaturas de la tierra un enemigo común, y ahora, tras siglos de lucha, compartían legado, idioma, historia y causa. Eran una nación, de la que el caudillo era líder, y Loramendi, capital.

Era una ciudad portuaria, y su extenso muelle aparecía repleto de barcos de guerra, veleros de pesca y una poderosa flota mercante. Las ondulaciones en la superficie del agua avisaban de la existencia de criaturas anfibias, que, como parte de la alianza, escoltaban las embarcaciones y luchaban a su lado. La propia ciudad, dentro de los inmensos muros negros y los barrotes de la Fortaleza, era compartida por una población diversa; sin embargo, aunque habían vivido juntos durante siglos, seguían agrupándose en barrios habitados por criaturas semejantes, o bastante parecidas, lo que había establecido un sistema de castas basado en la apariencia física.

Madrigal tenía un aspecto altamente humano, que era como se describía a las razas con cabeza y torso de hombre o mujer. Sus cuernos, negros y anillados, eran de gacela y surgían de su frente, curvándose hacia la espalda en forma de

cimitarra. A la altura de la rodilla, sus piernas cambiaban la piel por el pelaje, y la parte que tenían de gacela les otorgaba una elegante y exagerada altura. Cuando estaba de pie alcanzaba casi un metro ochenta, sin incluir los cuernos, y gran parte de esa altura correspondía a las piernas. Era delgada como un tallo. Sus ojos castaños, bastante separados, eran tan grandes y brillantes como los de un ciervo, pero sin la vacuidad característica de ese animal. Transmitían amabilidad, franqueza e inteligencia, y saltaban como chispas. Su rostro era ovalado, terso y bello, y su boca, generosa y vivaracha, estaba hecha para sonreír.

Según todas las opiniones, era hermosa, aunque ella hacía lo menos posible para resaltar esa belleza, cortándose el pelo muy corto y evitando cualquier maquillaje u ornamento. No importaba. Era hermosa, y la belleza no pasa desapercibida.

Thiago, por ejemplo, se había dado cuenta.

* * *

Madrigal estaba escondida, aunque lo negaría si la acusaran de ello. Se encontraba sobre el tejado del barracón del norte, tendida sobre la espalda como si hubiera caído desde el cielo. Aunque, de haber sido así, habría aterrizado sobre barras de hierro. Estaba dentro de la Jaula, sobre un tejado, con las alas totalmente desplegadas a ambos lados del cuerpo.

A su alrededor, percibió el ritmo frenético de la ciudad, y también lo escuchó y lo olió —agitación, preparativos—. Carne asándose, instrumentos que se afinaban. Un simulacro de fuegos artificiales pasó silbando como un ángel deleznable. Ella debería estar preparándose también, sin embargo seguía tumbada, y escondida. No iba ataviada para la fiesta, sino con sus habituales prendas de cuero de soldado —pantalones bombachos que se ajustaban como una segunda piel a partir de la rodilla y un chaleco atado a la espalda y adaptado en torno a las alas—. Sus cuchillos, cuya forma rendía homenaje a las lunas hermanas, descansaban a sus flancos. Parecía relajada, incluso sin fuerzas, pero tenía un nudo en el estómago y los puños apretados.

La luna tampoco ayudaba. Aunque el sol brillaba en el cielo —era una tarde

radiante—, Nitid ya había aparecido, como si Madrigal necesitara una señal. Nitid era la luna brillante, la hermana mayor, y entre los kirin existía la creencia de que cuando Nitid se alzaba temprano significaba que estaba impaciente, y que algo iba a suceder. Bueno, aquella noche seguramente ocurriría algo, pero Madrigal todavía no sabía qué.

Dependía de ella. Rígida en su interior, la decisión aún sin tomar parecía un arco demasiado tenso.

Una sombra, el viento movido por unas alas, y su hermana Chiro se deslizó hasta aterrizar junto a ella.

—Aquí estás —le dijo—. Escondida.

—No estoy... —Madrigal empezó a protestar, pero Chiro no la escuchaba.

—Levántate —dio algunos puntapiés en las pezuñas de Madrigal—. Arriba, arriba, arriba. He venido para llevarte a los baños.

—¿Los baños? ¿Estás tratando de decirme algo? —Madrigal olfateó su cuerpo—. Estoy casi segura de que no huelo mal.

—Tal vez no, pero entre *limpieza radiante* y *sin mal olor* existe una gran zona gris.

Al igual que Madrigal, Chiro tenía alas de murciélago; sin embargo, tenía aspecto de criatura, con cabeza de chacal. No eran hermanas de sangre. Una redada en busca de esclavos había asolado la tribu de Madrigal y la había dejado huérfana; los supervivientes se habían refugiado en Loramendi —un puñado de ancianos con los escasos bebés a los que habían logrado ocultar en las cuevas, y Madrigal—. Tenía siete años y no se la habían llevado simplemente porque no se encontraba en la aldea. Había estado en las cumbres recogiendo pieles mudadas por las sílfides en sus nidos abandonados, y al regresar encontró ruinas, cadáveres, soledad. Sus padres estaban entre los capturados, no entre los muertos, y durante mucho tiempo soñó que los encontraría y los liberaría, pero el Imperio era extenso, y engullía a sus esclavos por completo. A medida que crecía, le resultaba cada vez más duro aferrarse a aquel sueño.

En Loramendi, la familia de Chiro, de la raza sab del desierto, había sido elegida para acogerla, principalmente porque, al tener alas, podrían mantenerla vigilada. Madrigal y Chiro habían crecido la una junto a la otra, hermanas en todo excepto en la sangre.

Las piernas de Chiro eran felinas, de caracal para ser exactos, y cuando se agazapó junto a Madrigal adoptó la postura de una esfinge.

—Para el baile —le dijo—, desearía que aspiraras a *limpieza radiante*.

Madrigal suspiró.

—El baile.

—No lo habías olvidado —la recriminó Chiro—. No finjas que había sido así.

Por supuesto, estaba en lo cierto. Madrigal no lo había olvidado. ¿Cómo podría?

—Arriba —Chiro le dio nuevos puntapiés en las pezuñas—. Arriba, arriba, arriba.

—Para —refunfuñó Madrigal sin moverse y devolviendo los puntapiés con poco entusiasmo.

—Dime que al menos tienes un vestido y una máscara —dijo Chiro.

—¿Cuándo crees que he podido conseguir un vestido y una máscara? Regresé de Eretz hace solo...

—Una *semana*, que es tiempo más que suficiente. Sinceramente, Mad, este no es un baile cualquiera.

Exacto, pensó Madrigal. Si lo fuera, no estaría escondida sobre un tejado tratando de ahuyentar lo que se cernía sobre ella, que le aceleraba el pulso cada vez que lo pensaba. En ese caso, estaría preparándose, excitada por la llegada de la principal fiesta del año: el cumpleaños del caudillo.

—Thiago estará mirándote —añadió Chiro, como si fuera posible que se le hubiera olvidado.

—Mirando *con lascivia*, querrás decir.

Mirándola con lascivia, escrutándola, relamiéndose y esperando un gesto.

—Con toda la lascivia que mereces. Vamos, es *Thiago*. No me digas que no estás nerviosa.

¿Lo estaba? El general Thiago —el Lobo Blanco— era una fuerza de la naturaleza, brillante y letal, pesadilla de los ángeles y artífice de victorias imposibles. También era guapo, y Madrigal siempre se sentía intranquila cuando estaba cerca de él, aunque no podía distinguir si se trataba de atracción física o

temor. Thiago había anunciado que estaba listo para casarse de nuevo, y quién era la elegida: *ella*. Aquella noticia la hizo sentir voluble, maleable e incoherente y al mismo tiempo rebelde, como si la abrumadora presencia del general fuera algo a lo que había que enfrentarse, no fuera a perderse en su magnífica y absorbente sombra.

A su elección quedaba alentar o no la petición de mano. No era romántico, pero tampoco podía decir que no resultara excitante.

Thiago era fuerte y tan perfectamente musculado como una estatua. Tenía un elevado aspecto humano, y a la altura de las rodillas, sus piernas no adquirían forma de antílope como las de Madrigal, sino de enormes y acolchadas garras de lobo, cubiertas por una suave piel blanca. Su pelo era sedoso y blanco, aunque tenía el rostro joven, y Madrigal había visto en cierta ocasión, a través de un agujero en la cortina de su tienda de campaña, que su pecho estaba cubierto por un pelaje también blanco.

Había pasado junto a la tienda en el mismo momento en que un ayudante salía precipitadamente, y había visto al general mientras le ponían la armadura. Rodeado por su séquito y con los brazos extendidos, esperando a que le colocaran la pechera de cuero, su torso mostraba una impresionante y varonil musculatura que se estrechaba hasta alcanzar sus delgadas caderas, con los pantalones bombachos ajustados por debajo de unos perfectos abdominales. Fue una visión fugaz, pero la imagen de Thiago a medio vestir había permanecido en la mente de Madrigal desde entonces. Y al pensar en él sentía el susurro de una amenaza.

—Bueno, tal vez un poquito nerviosa —admitió, y Chiro soltó una risita. Aquel sonido ingenuo dejó traslucir una nota discordante, y Madrigal pensó, dolida, que su hermana estaba celosa. Eso la hizo más consciente del honor que significaba ser elegida por Thiago. Podía tener a quien quisiera, y la había preferido a ella.

Pero ¿quería *ella* estar con *él*? Si fuera así, ¿no sería todo más sencillo? ¿No estaría ya en los baños, poniéndose perfumes y aceites y fantaseando con sus caricias? Un pequeño escalofrío la recorrió. Intentó convencerse de que eran los nervios.

—¿Qué crees que haría si... si lo rechazara? —aventuró a decir.

Chiro se escandalizó.

—¿Rechazarlo? Debes de tener fiebre —tocó la frente de Madrigal—. ¿Has comido hoy? ¿Estás *borracha*?

—Oh, para ya —se quejó Madrigal retirando la mano de Chiro—. Es solo que..., quiero decir, ¿puedes imaginar, ya sabes..., *estar* con él?

Cuando Madrigal pensaba en ello, imaginaba a Thiago pesado, jadeando y... *mordiéndola*; sentía deseos de esconderse en un rincón. Sin embargo, carecía de experiencia que le permitiera ir más allá; tal vez estuviera nerviosa, y totalmente equivocada respecto a él.

—¿Por qué iba *yo* a imaginar tal cosa? —preguntó Chiro—. Él nunca me elegiría a *mí* —su voz no transmitía amargura. Si acaso, una enorme inteligencia.

Se refería, por supuesto, a su aspecto —las razas quiméricas se casaban entre sí, aunque tales uniones estaban restringidas por la apariencia física—, pero había algo más. Incluso teniendo un elevado aspecto humano, Chiro no hubiera satisfecho el segundo criterio de Thiago. No tenía nada que ver con la casta, era una simple manía, y fue suerte —Madrigal aún no había decidido si buena o mala— que ella cumpliera el requisito. Sus manos, al contrario que las de Chiro, no estaban marcadas con las *hamsas*, con todo lo que ello implicaba. Nunca se había despertado sobre una mesa de piedra bajo el persistente aroma del humo de los resucitados. Sus palmas estaban limpias.

Todavía era «pura».

—Vaya hipocresía —dijo ella—. Su manía por la pureza. ¡Él mismo no es puro! Ni siquiera es...

—Sí, bueno, él es Thiago, ¿no? —la interrumpió Chiro—. Puede ser quien quiera. No como algunos de nosotros.

Aquellas palabras incluían una pulla dirigida a Madrigal y lograron lo que no habían podido todos sus puntapiés. Madrigal se incorporó abruptamente.

—*Algunos de nosotros* —contestó— deberíamos aprender a apreciar lo que tenemos. Brimstone dice...

—Vaya, Brimstone dice, Brimstone dice. ¿Se ha dignado el todopoderoso Brimstone a darte algún consejo sobre Thiago?

—No —dijo Madrigal—. No lo ha hecho.

Suponía que Brimstone estaría al corriente de que Thiago estaba cortejándola, si se podía llamar así, pero no lo había mencionado, de lo que ella se alegraba. Había cierta santidad en el carácter de Brimstone, una pureza en sus propósitos

que nadie más poseía. Toda su vida estaba dedicada a su trabajo, su brillante, hermoso y terrible trabajo. La catedral subterránea, la polvorienta tienda dominada por las susurrantes vibraciones de miles de dientes; sin olvidar su seductora puerta y el mundo al que conducía. Todo ello fascinaba a Madrigal.

Pasaba con Brimstone todo el tiempo libre del que disponía. Le había costado años de insistencia, pero finalmente había logrado que la tomara como aprendiz —el primero—, y se sentía bastante más orgullosa de su confianza que de la lujuria de Thiago.

—Tal vez deberías preguntarle, si realmente no sabes qué hacer —dijo Chiro.

—No voy a preguntarle —respondió Madrigal irritada—. Yo misma me ocuparé de ello.

—*¿Ocuparte* de ello? Pobrecilla, qué problemas tiene. Una oportunidad así no se presenta a todo el mundo, Madrigal. ¿Ser la esposa de Thiago? Cambiar las prendas de cuero por las sedas, los barracones por un palacio, vivir a salvo, ser amada, tener estatus, criar hijos y envejecer...

La voz de Chiro comenzó a quebrarse, y Madrigal supo lo que iba a decir a continuación. Deseaba que no lo hiciera; ya estaba avergonzada. Su problema no era tal, no para Chiro, que llevaba las *hamsas*.

Chiro, que sabía lo que se sentía al morir.

La mano de Chiro se dirigió temblorosa hacia su corazón, donde la flecha de un serafín la había atravesado en el sitio de Kalamet el año anterior, y la había matado.

—Mad, tú tienes la posibilidad de envejecer en la piel en la que naciste. Algunos de nosotros solo podemos esperar más muerte. Muerte, muerte y muerte.

Madrigal miró sus palmas vacías.

—Lo sé —contestó.

49

DIENTES

Era el secreto mejor guardado de la resistencia quimérica, la cuestión que atormentaba a los ángeles, les arrebatava el sueño por las noches, asaltaba sus mentes y se clavaba en sus almas. Era la respuesta al misterio de los ejércitos de bestias que, como pesadillas, continuaban avanzando, irreducibles, sin importar a cuántos masacraran los serafines.

Cuando Chiro fue alcanzada por la flecha en Kalamet un año atrás, Madrigal estaba a su lado. La sostuvo entre sus brazos hasta que murió, soltando sangre por entre sus afilados dientes caninos mientras pataleaba y gritaba, y finalmente se quedó inmóvil. Madrigal hizo lo que le habían enseñado, y lo que había hecho muchas veces antes, aunque nunca por un amigo tan cercano.

Con manos firmes, encendió el incienso en el turíbulo que colgaba, como un farol, del extremo de su báculo de cosechadora —el largo bastón curvado que los soldados quiméricos llevaban amarrado a la espalda con correas— y esperó hasta que el humo envolvió a Chiro. Llovían flechas, abundantes y peligrosamente cercanas, pero no se marchó hasta que hubo terminado. Dos minutos para estar seguro, eso era lo habitual. Dos minutos parecen dos horas cuando se está rodeado de flechas, pero Madrigal no se retiró. Tal vez no hubiera otra posibilidad. Una furiosa incursión seráfica los estaba alejando de la muralla de Kalamet. Podía arrastrar el cuerpo de Chiro, o podía terminar la cosecha y dejarlo atrás.

Lo que no podía hacer era abandonarlo con el alma de Chiro atrapada en su interior.

Cuando Madrigal finalmente se replegó, llevaba el alma de su hermana adoptiva consigo, segura dentro del incensario, una más entre las numerosas almas que recogería ese día. Los cuerpos se abandonaban a la descomposición. Eran solo cuerpos, meros envoltorios.

En Loramendi, Brimstone estaría fabricando otros nuevos.

* * *

Brimstone era un resucitador.

No devolvía la vida a los cuerpos despedazados en el campo de batalla, sino que *fabricaba* otros nuevos. Esta era la mágica tarea que se desarrollaba en la catedral subterránea. A partir de los vestigios más pequeños —los dientes—, Brimstone conjuraba otros cuerpos en los que enfundar las almas de los guerreros caídos. De este modo, el ejército quimérico resistía, año tras año, ante la superioridad de los ángeles.

Sin Brimstone, y sin los dientes, las quimeras fracasarían. No había duda alguna. Caerían.

* * *

—Este es para Chiro —había dicho Madrigal alargando a Brimstone un collar de dientes.

Humanos, de murciélago, de caracal y de chacal. Había trabajado en él durante horas, sin dormir ni comer desde su regreso de Kalamet. Sentía los párpados pesados como el plomo. Había revisado todos los dientes de chacal del tarro y los había escuchado uno a uno hasta asegurarse de que seleccionaba los más favorables —los más limpios, suaves, afilados, fuertes—. Hizo lo mismo con el resto de los dientes, y con las piedras preciosas ensartadas con ellos: jade para la alegría, diamantes para la fuerza y la belleza. Los diamantes eran un lujo que no se solía otorgar a un simple soldado, pero Madrigal los había utilizado con actitud desafiante, y Brimstone se lo había permitido.

Brimstone solo necesitó observar el collar durante un instante para comprobar que estaba correcto. Siguiendo sus enseñanzas, Madrigal había enfilado las piedras preciosas y los dientes con una cuidadosa configuración para la creación de un cuerpo. Si estuvieran colocados en diferente orden, la manifestación del cuerpo sería distinta: tal vez cabeza de murciélago en vez de la de chacal, o piernas humanas en lugar de las de caracal. Había que seguir ciertas reglas, pero también dejarse llevar por la intuición, y Madrigal estaba segura de que aquel collar era

perfecto.

Una vez resucitada, Chiro tendría un aspecto casi idéntico al que poseía su cuerpo original.

—Bien hecho —dijo Brimstone, y luego hizo algo poco habitual en él: la tocó. Posó durante un instante su enorme mano sobre la nuca de Madrigal, antes de volverse.

Madrigal se ruborizó, orgullosa; Issa lo vio y sonrió. Que Brimstone dijera «bien hecho» era suficientemente raro, así que la caricia suponía algo especial. En realidad, todo entre ellos dos era poco habitual, y conseguido con gran esfuerzo por parte de Madrigal.

Brimstone era un ermitaño al que rara vez se veía fuera de sus dominios en la torre oeste de Loramendi. Cuando hacía alguna aparición, era a la izquierda del caudillo, e inspiraba igual reverencia que este, aunque de un tipo distinto. Ambos eran mitos vivientes, casi dioses. Después de todo, ellos habían orquestado el levantamiento en Astraé que había terminado con los gobernantes de los ángeles muertos en charcos de sangre y los supervivientes dando traspiés durante años, mientras las quimeras se consolidaban como pueblo y arrancaban vastas extensiones de territorio al Imperio para establecer zonas libres.

El papel del caudillo era claro —él había sido el general, la imagen y la voz de la rebelión, y era venerado como el padre de las razas aliadas—. Sin embargo, ciertas facetas de la labor de Brimstone resultaban más oscuras, y su aterrador aspecto le otorgaba un halo de misterio y especulación, más que de adulación. Era objeto de numerosos e imaginativos rumores —algunos daban en el blanco, otros ni se aproximaban a la verdad—.

Él, por ejemplo, no comía humanos.

Disponía de una puerta hacia su mundo, como Madrigal tuvo ocasión de saber de primera mano cuando a los diez años fue designada para ser su ayudante.

La profesora de los más jóvenes la seleccionó por sus alas, simple suerte. Podría haber elegido igualmente a Chiro, pero no lo hizo. Prefirió a Madrigal, huérfana desde hacía tres años, delgaducha, inquisitiva y solitaria, y la envió con la abstracta orden de hacer lo que se le mandara y guardar silencio sobre lo que aprendiera.

¿Qué era lo que iba a aprender? En un primer momento, el secretismo de todo

aquello incendió la mente de la joven Madrigal, y con los ojos muy abiertos y atenazada por los nervios se presentó en la torre oeste, donde fue recibida por una mujer naja de rostro dulce —Issa— que le ofreció té. Lo aceptó, pero olvidó bebérselo de lo absorta que estaba mirándolo todo: Brimstone, para empezar, era más grande de cerca de lo que había imaginado a partir de las escasas veces que lo había visto de lejos. Aparecía descomunal tras su escritorio, ignorando la presencia de Madrigal. Entre las sombras, su cola se retorció como la de un gato, poniéndola nerviosa. Contempló a su alrededor las estanterías y libros polvorientos, la ancha puerta sobre bisagras de bronce que tal vez, solo tal vez, se abriera hacia otro mundo, y, por supuesto, los dientes.

Era algo inesperado. Por todas partes, el tintineo de las hileras de dientes, tarros polvorientos repletos de ellos, afilados y romos, enormes y extraños y diminutos como granizos. Sus jóvenes dedos se morían por tocarlo todo, pero tan pronto como aquel pensamiento asaltó su mente, Brimstone, como si lo hubiera oído revolotear, la miró con sus ojos de pupilas rajadas, y el impulso desapareció. Madrigal permaneció inmóvil. Brimstone retiró la mirada y ella se sentó rígida durante al menos un minuto, antes de aventurar un dedo para rozar un enroscado colmillo de jabalí...

—No lo toques.

¡Oh, su voz! Era tan honda como una catacumba. Debería haber tenido miedo, y tal vez lo tuviera, un poco, pero el fuego de su mente era demasiado intenso.

—¿Para qué son todos estos dientes? —preguntó sobrecoyida.

Fue la primera de muchas preguntas. Muchas, muchas más. Brimstone no contestó. Solamente terminó el mensaje que estaba escribiendo sobre un grueso papel color crema y la envió con él en busca del administrador del caudillo. Era todo lo que quería de ella, que entregara mensajes e hiciera recados para que Twiga y Yasri no tuvieran que corretear arriba y abajo por la larga escalera de caracol. Por supuesto, no estaba buscando un aprendiz.

Pero una vez que Madrigal descubrió la inmensidad de su magia —¡la resurrección!, nada menos que la inmortalidad, la preservación de las quimeras y su esperanza de lograr libertad y autonomía para siempre—, no se conformó con ser un paje.

«Podría desempolvar los tarros por ti».

«Podría ayudarte. Yo también podría hacer collares».

«¿Estos son de caimán o de cocodrilo? ¿Cómo se distinguen?».

Para demostrarle su valía, se presentaba ante Brimstone con fajos de dibujos con posibles configuraciones de quimeras.

«Este es un tigre con cuernos de toro, ¿lo ves? Y este, un mandril-guepardo. ¿Podrías hacer uno como este? Seguro que yo sí sería capaz».

Era impaciente, mucho.

«Podría echar una mano».

Melancólica y curiosa.

«Me podrías enseñar».

Decidida e incorregible.

«Me podrías enseñar».

No entendía por qué no quería instruirla. Más tarde se daría cuenta de que Brimstone no deseaba compartir su carga con nadie —su misión era hermosa, pero terrible también, y lo terrible superaba con creces lo hermoso—. Cuando comprendió aquello, no le importó, pues ya estaba totalmente involucrada.

—Toma. Clasifica estos —le dijo Brimstone un día, acercándole una bandeja de dientes por encima del escritorio. Hacía varios años que le servía como paje, y se había mostrado categórico a la hora de mantenerla en ese papel. Hasta ese momento.

Issa, Yasri y Twiga abandonaron lo que estaban haciendo y volvieron la cabeza para mirar. ¿Era... una prueba? Brimstone los ignoró, ocupado con algo en su caja fuerte, y Madrigal, temerosa casi de respirar, deslizó la bandeja frente a ella y, en silencio, se puso a trabajar.

Eran dientes de oso. Brimstone probablemente esperaba que los clasificara por tamaños, pero Madrigal llevaba años observándolo. Cogió los dientes uno a uno y... los escuchó. Los escuchó con las puntas de los dedos, escogió los pocos que no le transmitían buenas sensaciones —descomposición, le diría más tarde Brimstone— y los descartó, y distribuyó los restantes en montones según sus vibraciones, no por tamaño. Cuando deslizó la bandeja para devolvérsela a Brimstone, vio con gran satisfacción que sus ojos se agrandaban por la sorpresa y que los levantaba para mirarla de una manera totalmente distinta.

—Bien hecho —le dijo entonces, por primera vez.

Madrigal sintió una extraña punzada en el corazón mientras, en un rincón, Issa se enjugaba los ojos.

Después de aquello, y fingiendo en todo momento que no hacía tal cosa, Brimstone empezó a instruirla.

Madrigal aprendió que la magia era terrible —una dura puja con el universo, un cálculo de dolor—. Mucho tiempo atrás, los hombres medicina se habían flagelado, desollando sus propias carnes para acceder al poder de su agonía, o incluso quebrando sus huesos y recolocándolos mal a propósito para crear reservas de dolor que duraran toda una vida. Entonces había un equilibrio, una selección natural, cuando lo que se recogía era el dolor de uno mismo. Sin embargo, por el camino, algunos hechiceros habían elaborado métodos para burlar aquel cálculo, y recurrir al dolor de otros.

—¿Y para eso son los dientes? ¿Una forma de hacer trampa? —no parecía juego limpio—. Pobres animales —murmuró Madrigal.

Issa la miró con inusual dureza.

—Tal vez preferirías torturar a esclavos.

Fue una reacción tan atroz, y tan inusitada, que Madrigal solo pudo mirarla fijamente. Pasarían años antes de que descubriera a qué se refería Issa —la víspera de su propia muerte, Brimstone le hablaría por fin con libertad—, y se avergonzaría de no haber caído en la cuenta por sí misma. Las cicatrices de Brimstone. Deberían haber bastado para verlo claro —aquel entramado de cicatrices en su pellejo, aparentemente tan antiguas, delgadas marcas de látigo entrecruzadas sobre sus hombros y su espalda—. Pero ¿cómo podría haberlo adivinado? Incluso con todo lo que había visto —el saqueo de su pueblo en las montañas, la muerte y la pérdida, los sitios de ciudades en los que había participado—, carecía de fundamentos suficientes para imaginar el horror que había acompañado la juventud de Brimstone, y él tampoco la había ayudado.

Le enseñó todo sobre los dientes y cómo conseguir poder de ellos, cómo manipular los restos de vida y dolor que almacenaban para crear cuerpos tan reales como los naturales. Era una magia inventada por él, no algo que hubiera aprendido, lo mismo que las *hamsas*. No eran tatuajes, sino parte de la configuración de los cuerpos, de modo que surgían ya marcados, infundidos por una magia inexistente en cualquier cuerpo natural.

Los resucitados no debían entregar su diezmo de dolor a cambio de aquel

poder; ya lo habían hecho. Las *hamsas* eran un arma mágica pagada con el dolor de su propia muerte.

Eran los mismos soldados que morían una y otra vez. «Muerte, muerte y muerte», como Chiro lo había expresado. Pero nunca eran suficientes. Llegaban nuevos soldados sin parar —los hijos de Loramendi y los de las tierras libres, adiestrados desde el momento en que podían sujetar un arma—, pero los costes de la batalla eran altos. Incluso con la resurrección, las quimeras se mantenían al borde de la aniquilación.

—Las bestias deben ser destruidas —bramaba Joram tras cada reunión con su consejo de guerra; los ángeles eran como la larga sombra de la muerte, y las quimeras vivían bajo su gélida presencia.

Cuando ganaban una batalla, la cosecha era sencilla. Los supervivientes recorrían los campos y la ciudad en busca de cadáveres y recogían todas las almas para llevárselas de vuelta a Brimstone. Cuando sufrían una derrota, aunque arriesgaban sus vidas para salvar las almas de los compañeros muertos, muchas quedaban olvidadas y desaparecían para siempre.

El incienso de los turíbulos atraía las almas fuera de los cuerpos. En un incensario adecuadamente sellado, las almas podían conservarse de manera indefinida; sin embargo, a la intemperie, presa de los elementos, bastaban unos días para que se desvanecieran, esparcidas como el aliento en el aire, y dejaran de existir.

La evanescencia no era, en sí misma, un destino sombrío. Era la manera en que las cosas regresaban a su origen, y se producía a diario en las muertes naturales. Y para un resucitado que había vivido en un cuerpo tras otro, sufrido una muerte tras otra, la evanescencia podría parecer un sueño de paz. Pero las quimeras no podían permitirse dejar marchar a los soldados.

—¿Te gustaría vivir para siempre? —le había preguntado Brimstone en cierta ocasión a Madrigal—. ¿Solo para morir otra vez, y otra vez, con agonía?

Con el paso de los años, Madrigal veía el efecto que estaba produciendo en Brimstone imponer aquel destino a tantas criaturas buenas a las que nunca permitiría descansar, cómo pesaba sobre su cabeza, le producía hartazgo y le dejaba los ojos extraviados y taciturnos.

De lo que Chiro hablaba con dureza en la mirada, mientras Madrigal trataba de decidir si se casaba con Thiago, era de convertirse en un resucitado. Un destino del

que ella podía escapar. Thiago la quería «pura», y se preocuparía de que continuara así —ya estaba manipulando a sus comandantes para mantener el batallón de Madrigal alejado del peligro—. Si lo aceptaba, nunca llevaría las *hamsas*. Nunca regresaría al campo de batalla.

Y tal vez sería lo mejor —para ella y para sus compañeros—, ya que sabía perfectamente que no era un buen soldado. Odiaba matar —incluso a los ángeles—. Jamás le había revelado a nadie que en Bullfinch, dos años atrás, había perdonado la vida a un serafín. Y no solo perdonársela, ¡sino *salvársela*! ¿Qué locura le había sobrevenido? Había cortado la hemorragia de su herida. Había acariciado su rostro. Aquel recuerdo le producía una oleada de vergüenza —al menos, ella decidió llamar vergüenza a aquello que aceleraba su pulso y ruborizaba ligeramente su rostro—.

Qué caliente estaba la piel del ángel, como si tuviera fiebre, y sus ojos parecían de fuego.

La obsesionaba la duda de si habría sobrevivido. Esperaba que no, y que cualquier evidencia de su traición hubiera perecido allí mismo, entre la bruma de Bullfinch. O eso se aseguraba a sí misma.

Era al despertar, con los delicados retazos del sueño aún frescos en la memoria, cuando la verdad se revelaba. Soñaba que el ángel estaba vivo. *Ansiaba* que estuviera vivo. Lo negaba, pero aquella idea persistía, surgiendo de repente y sobresaltándola, y siempre acompañada de un pulso más acelerado, un rubor y, algo extraño, rápidos escalofríos que la recorrían hasta la punta de los dedos.

En ocasiones, pensaba que Brimstone lo sabía. Una o dos veces, cuando aquel recuerdo la había asaltado, de improviso, con su tumulto y su estremecimiento, él había levantado los ojos de su trabajo como si algo hubiera llamado su atención. Kishmish, encaramado en uno de los cuernos de su dueño, miraba también, y ambos la contemplaban sin pestañear. Pero fuera lo que fuese lo que pasaba por la mente de Brimstone, nunca decía una palabra de ello, al igual que nunca hizo comentario alguno sobre Thiago, aunque debía de saber que aquella elección abrumaba a Madrigal.

Y aquella noche, en el baile, tendría que decidirse.

Algo va a suceder.

Pero ¿qué?

Se convenció de que, cuando se encontrara frente a Thiago, sabría cómo reaccionar. ¿Ruborizarse y hacer una reverencia, bailar con él, jugar a la doncella tímida mientras su sonrisa insinuaba una invitación inequívoca? ¿O permanecer distante, ignorar sus avances y seguir siendo un soldado?

—Vamos —dijo Chiro sacudiendo la cabeza como si Madrigal fuera una causa perdida—. Nwella tendrá algo que te puedas poner, pero habrás de aceptar lo que te dé, sin quejarte.

—De acuerdo —suspiró Madrigal—. A los baños entonces. A quedar *radiantemente limpias*.

Como verduras, pensó, antes de echarlas a un guiso.

50
AZUCARADA

—No —dijo Madrigal mirándose en el espejo—. No, no, no y *no*.

Claro que Nwella tenía un vestido para ella. Era de seda tornasolada en color azul oscuro, ajustado y tan delicado que daba la sensación de que un ligero roce podría disolverlo. Estaba adornado con diminutos cristales que atrapaban la luz y la reflejaban como estrellas, y dejaba al descubierto toda la espalda de Madrigal, revelando su columna vertebral hasta la rabadilla. Era escandaloso. La espalda, los hombros, los brazos, el pecho. Demasiado pecho.

—No.

Empezó a desembarazarse de él, pero Chiro la detuvo.

—Recuerda lo que dije: sin quejas.

—Lo retiro. Me reservo mi derecho a quejarme.

—Demasiado tarde. De todas maneras, es culpa tuya. Has tenido una semana para conseguir un vestido. ¿Ves lo que pasa cuando titubeas? Que otros toman las decisiones por ti.

Madrigal pensó que no estaba refiriéndose al vestido.

—¿Cómo dices? Entonces, ¿esto es un castigo?

A su lado, Nwella dejó escapar un gruñido. Era un ser frágil con aspecto de lagarto que había acudido a la escuela con Madrigal y Chiro. Se habían separado cuando ellas comenzaron su instrucción para la batalla y ella fue enviada al servicio real.

—¿Un castigo? ¿Te refieres a quedar despampanante? Mírate.

Madrigal lo hizo, y lo único que vio fue piel. En torno a su cuello se unían unos delicadísimos filamentos de seda entrelazados que sujetaban, de forma invisible, el vestido a su cuerpo.

—Parece que voy desnuda.

—Estás impresionante —afirmó Nwella, que trabajaba como costurera para las

esposas más jóvenes del caudillo, las cuales eran, por decirlo suavemente, maduritas.

El caudillo había considerado oportuno dejar de tomar nuevas esposas algunos siglos atrás. Como Brimstone, era de carne natural, y su aspecto lo reflejaba. Thiago, su primer hijo, tenía varios cientos de años, aunque lucía la piel de un hombre joven, y las *hamsas* correspondientes.

Como Madrigal había dicho, la manía del general por la pureza era hipócrita, ya que él mismo había pasado por numerosas resurrecciones. Pero su hipocresía era doble, pues no solo no era «puro», sino que tampoco había nacido con un elevado aspecto humano.

El caudillo pertenecía a la casta de los venados, y tenía cabeza de ciervo: por tanto, su aspecto era de criatura, al igual que el de sus esposas y el de Thiago, en un principio. No era extraño que un resucitado recibiera un cuerpo distinto al original: Brimstone no siempre podía hacerlos coincidir; era cuestión de tiempo y disponibilidad de dientes. Pero los cuerpos de Thiago eran otro asunto. Se elaboraban siguiendo sus especificaciones, y antes incluso de que fueran necesarios, para que pudiera examinarlos y dar su aprobación. Ella lo había visto una vez: Thiago revisaba una réplica desnuda de sí mismo —el cascarón que lo recubriría la próxima vez que muriera—. Había sido macabro.

Madrigal dio pequeños tirones al vestido para asegurarse de que ninguna mano descuidada pudiera arrancárselo durante el baile.

—Nwella —imploró—, ¿no tienes algo... con más tela?

—No para ti —respondió Nwella—. ¿Por qué quieres ocultar una figura como esa?

Susurró algo a Chiro.

—Dejad de conspirar —se quejó Madrigal—. ¿Puedo llevar al menos un chal?

—No —respondieron Chiro y Nwella al unísono.

—Me siento tan desnuda como en los baños.

Nunca se había sentido tan expuesta como aquella tarde, cuando había avanzado junto a Chiro entre el vapor y con el agua hasta los muslos. A esas alturas, todo el mundo sabía que ella era la elección de Thiago, y todos los ojos en el baño de las mujeres la habían inspeccionado. Había sentido deseos de

escondese bajo el agua, dejando sobresalir únicamente los cuernos.

—Deja que Thiago admire lo que va a llevarse —dijo Nwella con maldad.

Madrigal se puso rígida.

—¿Quién dice que va a conseguir esto?

Esto, se oyó decir a sí misma. Parecía apropiado, como si fuera un objeto inanimado, un vestido en una percha.

—A mí —corrigió—. ¿Quién dice que va a conseguirme?

Nwella rió desestimando la idea de que Madrigal pudiera rechazarlo.

—Toma —le ofreció una máscara—. *Permitiremos* que te cubras la cara.

Era un pájaro negro con las alas extendidas, tallado en madera ligera y decorado con plumas oscuras que se desplegaban a ambos lados de su rostro. Con los cambios de luz, las plumas reflejaban iridiscentes y ondulantes arco iris.

—Ah, bueno. Ahora nadie sabrá quién soy —comentó Madrigal en tono irónico. Sus alas y sus cuernos eludían cualquier disfraz.

El baile del caudillo era una mascarada, un «disfrázate de lo que no eres». Las quimeras con aspecto humano llevaban máscaras de criaturas, y las de aspecto animal se ponían caretas de humanos, exageradas hasta proporciones ridículas. Era la única noche del año dedicada a divertirse y fingir, la única noche que se alejaba de la rutina cotidiana, pero para Madrigal, ese año, no era nada de eso. Más bien era una noche en la que *decidir* su futuro.

Con un suspiro, se entregó a los cuidados de sus amigas. Se sentó en un taburete y permitió que perfilaran sus ojos con kohl, colorearan sus labios con pasta de pétalos de rosa, y colocaran entre sus cuernos finísimas cadenas de oro con diminutas lágrimas de cristal que titilaban con la luz. Chiro y Nwella reían nerviosas, como si estuvieran preparando a una novia para su noche de bodas. Madrigal se sorprendió al pensar que, de algún modo, tal vez fuera así.

Si aceptaba a Thiago, era probable que esa noche no regresara al barracón.

Se estremeció al imaginar sobre su piel aquellas manos con zarpas. ¿Cómo sería? Nunca había hecho el amor —en ese sentido también era «pura», como seguramente Thiago sabía—. Pensaba en ello, por supuesto que pensaba en ello. Estaba en la edad; su cuerpo la urgía con sus impulsos, como a cualquiera, y las quimeras no mostraban una actitud puritana respecto al sexo. Simplemente,

Madrigal nunca había encontrado el momento adecuado.

—Ya está. Lista —anunció Chiro. Nwella y ella ayudaron a levantarse a Madrigal y se alejaron un poco para supervisar su trabajo.

—Vaya —musitó Nwella. Hubo una pausa, y cuando Chiro habló de nuevo, su voz sonó inexpresiva.

—Estás preciosa —dijo.

No parecía un cumplido.

* * *

Después de Kalamet, cuando Chiro despertó en la catedral, Madrigal estaba allí, a su lado.

—Estás bien —la tranquilizó mientras Chiro parpadeaba asustada.

Era su primera resurrección, y los resucitados aseguraban que podía resultar desorientador. El nuevo cuerpo era una réplica fiel del original de su hermana, con lo que Madrigal esperaba que la transición fuera más sencilla.

—Estás bien —repitió agarrando con fuerza la mano de Chiro con su *hamsa*, símbolo de su nuevo estatus—. Brimstone me permitió hacer tu cuerpo —le dijo, y añadió con complicidad—: Utilicé diamantes. No se lo digas a nadie.

Ayudó a Chiro a sentarse. La piel de sus patas felinas era suave, y la carne de sus brazos humanos también. A sacudidas, Chiro palpó su nueva piel —caderas, costillas, pechos humanos—. Subió ansiosamente la mano por encima del cuello hasta la cara, y tocó el pelaje y el hocico de chacal, y se quedó inmóvil.

Emitió un sonido como si se ahogara, y en un primer momento Madrigal lo atribuyó a su garganta recién fabricada y a una boca que todavía no había articulado ninguna palabra. Pero no era eso.

Chiro apartó la mano de Madrigal.

—¿Tú has hecho esto?

Madrigal retrocedió.

—Es... es perfecto —respondió balbuceando—. Es casi igual al real...

—Y ¿eso es todo lo que merezco? ¿Tener aspecto de bestia? Gracias, hermana. *Gracias.*

—Chiro...

—¿No podrías haberme hecho con aspecto humano? ¿Qué significan unos pocos dientes para ti? ¿O para Brimstone?

Madrigal nunca había considerado aquella opción.

—Pero... Chiro. Esta eres *tú*.

—Yo —su voz era distinta, tenía un tono más grave que la original. Madrigal no supo distinguir cuánto de aquella voz se debía a su novedad, pero le resultaba ácida y fea—. ¿Querías ser como yo?

—No te comprendo —respondió Madrigal, dolida y confusa.

—No, no querías —añadió Chiro—. Tú eres hermosa.

* * *

Más tarde, se había disculpado. Había sido la impresión, aseguró. Había notado el nuevo cuerpo demasiado estrecho, rígido; apenas podía respirar. Una vez que se acostumbró a él, elogió su fuerza, su agilidad. Podía volar más veloz que antes; sus movimientos eran rápidos como un látigo, sus dientes y su vista, más agudos. Afirmó que se sentía como un violín afinado —igual que antes, pero mejor—.

—Gracias, hermana —dijo, y parecía sincera.

Pero Madrigal recordaba el tono rencoroso con el que había afirmado: «Tú eres hermosa». Su voz sonaba igual ahora.

Nwella se mostró más eufórica.

—¡Realmente guapísima! —canturreó. Su frente escamosa se frunció, y agarró el colgante que rodeaba el cuello de Madrigal—. Esto, por supuesto, tendrá que desaparecer —ordenó, pero Madrigal se echó hacia atrás.

—No —dijo cerrando la mano en torno a él.

—Solo esta noche, Mad —suplicó Nwella con voz persuasiva—. Simplemente no es adecuado para la ocasión.

—No lo toques —respondió Madrigal con firmeza, y eso fue todo. El tono de su voz disuadió a Nwella de seguir insistiendo.

—Está bien —cedió con un suspiro.

Madrigal liberó el hueso de la suerte de su puño para que regresara a su sitio, al punto donde se unían sus clavículas. No era hermoso ni elegante, era un simple hueso, y resultaba obvio que no hacía justicia a su escote, pero no le importaba. Era lo que ella llevaba.

Nwella lo miró, afligida, y luego se volvió para rebuscar en su cajón de tubos de cosmética y ungüentos.

—Aquí está. Esto ayudará.

Regresó con un recipiente plateado y una gran brocha de pelo suave, y antes de que Madrigal supiera lo que estaba sucediendo, Nwella había espolvoreado su pecho, su cuello y sus hombros con algo brillante.

—¿Qué...?

—Azúcar —dijo Nwella con una risita tonta.

—¡Nwella!

Madrigal trató de sacudírsela, pero era muy fina y se quedaba pegada: azúcar en polvo, lo que utilizaban las chicas cuando planeaban que alguien las probara. Si sus labios pintados con pétalos de rosa y su espalda desnuda no fueran suficiente invitación para Thiago, pensó Madrigal, esto ciertamente lo era.

Su brillo revelador bien podría haber sido un cartel que dijera LÁMEME.

—Ahora no pareces un soldado —dijo Nwella.

Era cierto. Parecía una chica que había hecho su elección. ¿Era así?

Todo el mundo pensaba que sí, lo que prácticamente equivalía a lo mismo. Pero todavía tenía tiempo. Podía optar por no ir al baile —lo que enviaría el mensaje contrario al que insinuaba aparecer *azucarada*—. Solo tenía que decidir lo que quería.

Permaneció fija en su imagen en el espejo durante largo rato. Estaba mareada,

como si el futuro se precipitara hacia ella.

Y así era, aunque en ese momento no podía imaginar que acudía en su busca con alas invisibles y unos ojos que ninguna máscara podía disfrazar, y que sus decisiones no tardarían en ser barridas como el polvo por un aleteo, dejando en su lugar lo inimaginable.

Amor.

—Vámonos —dijo.

Entrelazó los brazos con Chiro y Nwella y salió a su encuentro.

51

LA SERPENTEANTE

La calle principal de Loramendi, la Serpenteante, se convertía en una ruta procesional durante el cumpleaños del caudillo. La costumbre era bailar a lo largo de todo su recorrido, cambiando de una pareja enmascarada a otra hasta llegar al ágora, el punto de encuentro de la ciudad. El baile se celebraba allí, bajo miles de faroles que colgaban como estrellas de los barrotes de la Jaula, convirtiéndola, por una noche, en un mundo en miniatura con su propio firmamento.

Madrigal se sumergió entre la multitud junto con sus amigas, igual que en años anteriores, pero no tardó en descubrir que este sería distinto.

Iba enmascarada, pero no disfrazada —su apariencia resultaba inconfundible—, y nadie interpretó el brillo de sus hombros como una invitación. Sabían que no era para ellos. En la desenfrenada alegría de la calle, ella permanecía apartada, como si fuera a la deriva en una bola de cristal.

Chiro y Nwella pasaban de unos brazos a otros sin parar, recibiendo besos de extraños, rozando máscara con máscara. Era la costumbre: un tumultuoso baile con infinitos giros y salpicado generosamente de besos para celebrar la unidad entre las razas. Los músicos se agrupaban a intervalos, de modo que los participantes pasaban de una melodía a otra, igual que de una mano a otra, sin un momento de pausa. La música desenfrenada los hacía girar, pero nadie cogía a Madrigal a su paso. En varias ocasiones algún soldado se dirigió hacia ella —uno incluso le agarró la mano—, pero siempre había un compañero que se lo impedía y le susurraba una advertencia. Madrigal no escuchaba sus palabras, pero podía imaginarlas.

Ella es de Thiago.

Nadie la tocó. Deambuló entre la muchedumbre sola.

Dónde estaba Thiago, se preguntaba paseando los ojos de una máscara a otra. Si vislumbraba una larga cabellera blanca o a alguien con aspecto de lobo, su corazón se sobresaltaba al pensar que era él, pero siempre se trataba de alguien diferente. La larga cabellera blanca pertenecía a una anciana, y Madrigal tuvo que reírse de su propio nerviosismo.

Todo Loramendi estaba en la calle, pero de algún modo se abrió un espacio a su alrededor y avanzó en solitario, siguiendo la estela de sus amigas hacia el ágora.

Él la estaría buscando.

Inconscientemente, empezó a caminar más despacio. Nwella y Chiro se adelantaron dando vueltas con sus máscaras, repartiendo besos. La mayoría de las veces, se limitaban a rozar los labios de sus máscaras con los labios —picos, hocicos, fauces— de las demás máscaras, pero había besos reales también, sin tener en cuenta el aspecto. Madrigal sabía cómo era por otros festivales: aliento de extraños con olor a vino de hierba, tufo a whisky al rozar una boca de tigre, o de dragón, o de hombre. Pero no esa noche.

Esa noche, estaba aislada —los ojos se posaban en ella, pero no las manos, ni mucho menos los labios—. La Serpenteante parecía larguísima cuando había que recorrerla en solitario.

Entonces alguien la agarró del brazo. Aquel roce la sobresaltó, ya que llegaba para poner fin a su soledad. Pensando que se trataría de Thiago, se puso rígida.

Pero no. Quien estaba a su lado llevaba una máscara de caballo de cuero bruñido que cubría su cabeza por completo. Thiago nunca aparecería con una cabeza de caballo, ni con ninguna otra máscara que ocultara su rostro. Todos los años acudía al baile disfrazado del mismo modo: cubierto con una cabeza de lobo verdadera sin la mandíbula inferior, para que formara una especie de tocado, y con los ojos sustituidos por cristales azules, muertos y fijos.

Entonces, ¿quién era? ¿Alguien lo bastante loco como para tocarla? De acuerdo. Era alto, algo más que ella, así que Madrigal tuvo que alzar la cabeza y apoyar la mano sobre su hombro para rozar el hocico de caballo con el pico de su máscara de pájaro. Un «beso», para demostrar que aún decidía por sí misma.

Y como si se hubiera roto un hechizo, volvió a formar parte de la fiesta, girando entre el desgarrado pataleo de la multitud, con aquel extraño como pareja. Él acompañó sus movimientos, protegiéndola de los empujones de criaturas más grandes. Sentía su fuerza; podría haberla sujetado en vilo, sin que sus pies tocaran el suelo. Debería haberla liberado después de una vuelta o dos, pero no lo hizo. Sus manos —enguantadas— la mantuvieron agarrada. Y como nadie más bailaría con ella si él la dejaba marchar, se dejó llevar. Resultaba agradable bailar, y se abandonó a la sensación, olvidando incluso sus preocupaciones por el vestido. A pesar de su frágil apariencia, se sujetaba perfectamente, y cuando Madrigal giraba,

se elevaba, ligero y hermoso, formando ondas en torno a sus pezuñas de gacela.

Arrastrados por la marea viviente, que bullía, siguieron avanzando. Madrigal perdió de vista a sus amigas, pero el extraño con máscara de caballo no la abandonó. Cuando la muchedumbre empezó a aproximarse al final de la Serpenteante, la calle se abarrotó. La danza aminoró el ritmo a un simple balanceo y ella se encontró esperando junto a él, ambos con la respiración agitada. Levantó los ojos, ruborizada y sonriente tras su máscara de pájaro.

—Gracias —dijo.

—Gracias a ti, mi dama. El honor ha sido mío —su voz era sonora, y su acento, extraño. Madrigal no podía identificarlo. Tal vez de los territorios orientales.

—Eres más valiente que los demás, al bailar conmigo.

—¿Valiente? —su máscara no dejaba traslucir expresión alguna, por supuesto, pero ladeó la cabeza y, por su tono, Madrigal se dio cuenta de que no sabía a lo que se refería. ¿Era posible que no supiera quién era ella, a quién *pertenecía*?—. ¿Tan feroz eres? —preguntó, y ella rió.

—Terriblemente. O eso parece.

De nuevo inclinó la cabeza.

—No sabes quién soy.

Madrigal se sentía extrañamente decepcionada. Había pensado que podría tratarse de un alma audaz que desafiaba sin tapujos el temor generalizado hacia Thiago; sin embargo, parecía que solo ignoraba el riesgo que corría.

Él acercó su cabeza, y el hocico de su máscara rozó la oreja de Madrigal. Al aproximarse, notó un aura cálida.

—Sé quién eres. Y he venido hasta aquí para buscarte —dijo.

—¿De verdad? —se sentía aturdida, como si hubiera estado bebiendo vino de hierba, aunque solo había tomado un sorbito—. Dime, entonces, sir Caballo. ¿Quién soy?

—Eso no es justo, lady Pájaro. No me dijiste tu nombre.

—¿Ves? No lo sabes. Además, tengo que confesarte un secreto —dio unos golpecitos sobre el pico de su máscara y susurró, sonriendo—: Esto es una máscara. No soy realmente un pájaro.

Él retrocedió con sorpresa fingida, aunque su mano no abandonó el brazo de Madrigal.

—¿Que no eres un pájaro? Estoy decepcionado.

—Ya ves, quienquiera que sea la dama a la que estás buscando, se encuentra sola en algún lugar, esperándote —casi sintió pena de tener que alejarlo de su lado, pero estaban próximos al ágora. No quería que Thiago lo mirara con desaprobación, no después de que la hubiera rescatado de bailar en solitario a lo largo de toda la Serpenteante—. Vamos —lo urgió—. Márchate y encuéntrala.

—He encontrado a quien estaba buscando —respondió él—. Tal vez desconozca tu nombre, pero sé quién eres. Y yo también tengo que confesarte algo.

—No me lo digas. No eres realmente un caballo.

Madrigal había alzado la cabeza para mirarlo; su voz le había resultado familiar, aunque era una familiaridad distante y vaga, como algo que hubiera soñado. Trató de mirar a través de su máscara, pero era demasiado alto; desde su ángulo de visión, lo único que podía adivinar a través de las aberturas de los ojos era sombra.

—Es cierto —confesó él—. No soy realmente un caballo.

—¿Y qué eres?

Aquella pregunta buscaba una respuesta real; ¿quién era?, ¿alguien a quien conocía? Las máscaras daban pie a travesuras, y durante el cumpleaños del caudillo eran habituales las insinuaciones pícaras; sin embargo, no había pensado que nadie quisiera jugar con ella esa noche.

La respuesta quedó acallada por el estruendo de las flautas al pasar junto al último grupo de músicos del recorrido. Gorjeos como llamadas de pájaros, un laúd vibrante, las ululaciones guturales de los cantantes y, por debajo de todo, como el pulso bajo la piel, la cadencia de los tambores, que animaba a bailar. Madrigal estaba rodeada de cuerpos por todas partes, y el del extraño, el más cercano. Un vaivén de la multitud lo empujó contra ella, y pudo sentir el volumen y la corpulencia de sus hombros a través de la ropa.

Y el calor.

Madrigal fue consciente de su desnudez y del brillo del azúcar, y sintió, claramente, que se le aceleraba el pulso y aumentaba su temperatura.

Se sonrojó y se apartó, o intentó hacerlo, pero la empujaron de nuevo hacia él. Su aroma era cálido e intenso: especias y sal, el olor acre de su máscara de cuero, y algo suntuoso y profundo que no podía identificar, pero que la invitaba a reclinarse sobre él, a cerrar los ojos y respirar. Él mantenía un brazo en torno a ella, empujando a la muchedumbre para evitar que la zarandearan, y no había ningún sitio adonde ir excepto hacia delante, siguiendo a la multitud que accedía al ágora. Se hallaban en un embudo, y no había vuelta atrás.

El extraño estaba detrás de ella, y hablaba en voz baja.

—Vine aquí para buscarte —dijo—. Y para darte las gracias.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué?

Madrigal no podía volverse. El flanco de un centauro le obstaculizaba un lado, y una cola naja el otro. Creyó distinguir a Chiro en el torbellino y, entonces, vio el ágora justo delante de ella, enmarcada por el arsenal y la escuela de guerra. En lo alto, los faroles parecían constelaciones, y su titileo ocultaba el de las verdaderas estrellas, y también el de las lunas. Madrigal se preguntó si Nitid —la curiosa Nitid— podría escudriñar lo que sucedía *dentro*.

Algo va a suceder.

—Vine a darte las gracias —le susurró el extraño al oído—, por salvarme la vida.

Madrigal había salvado vidas. Se había arrastrado sigilosamente en la oscuridad por los campos de batalla y entre patrullas de serafines para recolectar almas que de otra forma se habrían desvanecido. Había dirigido un ataque contra una posición de ángeles que mantenían atrapados a sus compañeros en un barranco, concediéndoles tiempo suficiente para replegarse. Había desviado en el aire la flecha de un ángel que se deslizaba certera hacia un compañero. Había salvado vidas. Pero todos aquellos recuerdos pasaron por su mente en un instante, dejando uno solo.

Bullfinch. Bruma. *Enemigo*.

—Seguí tu recomendación —dijo él—. Me mantuve vivo.

Al instante, sintió como si por sus venas circulara fuego. Se volvió apresuradamente. Solo unos centímetros separaban su rostro del de él, inclinado de modo que esta vez sí pudo mirar dentro de la máscara.

Sus ojos resplandecieron como llamas.

—Tú —murmuró Madrigal.

52

LOCURA

La marea viva los absorbió hacia el ágora, en una estela de brazos y alas, cuernos y pellejo, pelo y carne, y Madrigal se sintió arrastrada, muda de incredulidad, con las pezuñas apenas rozando los adoquines.

Un serafín, en Loramendi.

Pero no un serafín cualquiera, sino *ese* serafín. Al que ella había tocado. *Salvado*. Allí, en la Jaula, con las manos sobre sus brazos, cálidas incluso a través de los guantes de cuero, ese ángel que estaba vivo gracias a ella.

Él estaba *allí*.

Aquella locura desordenó sus pensamientos, provocando en su interior un caos mayor que el que la rodeaba. Era incapaz de pensar. ¿Qué podía decir? ¿Qué debía hacer?

Más tarde se sorprendió de que ni por un instante había considerado reaccionar como habría hecho cualquiera en la ciudad sin pensarlo: desenmascarándolo y gritando: «¡Un serafín!».

Madrigal tomó una bocanada de aire, profunda e irregular, y dijo:

—Es una locura que estés aquí. ¿Por qué has venido?

—Ya te lo he dicho, para darte las gracias.

Un terrible pensamiento asaltó a Madrigal.

—¿Asesinato? Nunca conseguirás acercarte al caudillo.

—*No* —respondió él con sinceridad—. Nunca mancharía el regalo que me hiciste con la sangre de tu pueblo.

El ágora era un óvalo gigantesco, suficientemente grande como para concentrar un ejército, numerosas falanges en formación, pero esa noche no había tropas en su centro, solo bailarines que realizaban intrincadas figuras al ritmo de una melodía de las tierras bajas. Los que llegaban desde la Serpenteante se arremolinaban en los extremos de la plaza, donde la densidad de cuerpos era mayor. Había barriles de vino de hierba colocados entre mesas repletas de comida, y gente reunida en

grupos, con niños sobre los hombros, todos riendo y cantando.

Madrigal y el ángel seguían atrapados en el tumultuoso delta de la Serpenteante. Él la mantenía anclada al suelo, tan firme como un rompeolas. Ella, perpleja después de la sorpresa, no trató de escapar.

—¿Regalo? —preguntó Madrigal con incredulidad—. Pues no lo cuidas en exceso, viniendo *aquí*, hacia una muerte segura.

—No voy a morir —dijo él—. Al menos esta noche. Miles de cosas podían haber impedido que estuviera aquí en este momento, pero otras miles me han *traído* hasta aquí. Todo se alineó. Ha sido fácil, como si estuviera escrito...

—¡Escrito! —respondió Madrigal sorprendida. Se volvió para mirarlo y la muchedumbre la empujó contra su pecho, como si todavía estuvieran bailando. Ella se retiró con brusquedad, buscando espacio—. Como si estuviera escrito *¿el qué?*

—Tú —respondió él— y yo.

Aquellas palabras le robaron el aliento. ¿Él y ella? ¿Serafín y quimera? Era absurdo. Lo único que pudo decir fue, de nuevo:

—Estás loco.

—Es tu locura, también. Tú salvaste mi vida. ¿Por qué lo hiciste?

Madrigal no tenía respuesta. Durante dos años se había obsesionado con aquella misma pregunta, y con la sensación de que cuando lo había encontrado moribundo, debía protegerlo. *Ella*. Y ahora estaba vivo y, algo inimaginable, *allí*. Aún seguía forcejeando, incrédula, con la idea de que fuera él, de que oculto tras aquella máscara estuviera su rostro —del que recordaba cada plano y cada ángulo—.

—Y esta noche —dijo él—, con un millón de almas en la ciudad, lo más probable era que no te hubiese encontrado. Podía haber buscado toda la noche sin lograr más que atisbar tu presencia, pero estabas allí, delante de mis ojos, sola, moviéndote entre la multitud y apartada de todo, como si estuvieras esperándome...

El ángel continuó hablando, pero Madrigal dejó de escucharlo. Al mencionar su soledad, la razón que la había provocado regresó como un relámpago a su mente, tras haber quedado por un momento apartada por la sorpresa. Thiago.

Miró hacia el palacio, al balcón del caudillo. En la distancia, sus ocupantes eran meras siluetas, pero siluetas que ella conocía: el caudillo, la descomunal figura de Brimstone y un grupo formado por las esposas astadas del gobernante. Thiago no estaba allí.

Lo que solo podía significar que se encontraba *en la plaza*. Un escalofrío de miedo la recorrió desde las pezuñas hasta los cuernos.

—No lo entiendes —dijo Madrigal haciendo piruetas para otear entre la multitud—. Había una razón por la que nadie estaba bailando conmigo. Pensé que eras un valiente. Lo que no sabía es que fueras un loco...

—¿Qué razón? —preguntó el ángel, aún cerca de ella. Demasiado cerca.

—Confía en mí —respondió Madrigal con insistencia—. No estás a salvo. Si quieres seguir vivo, márchate.

—He recorrido un largo camino hasta *encontrarte*...

—Estoy prometida —espetó, odiando aquellas palabras antes incluso de pronunciarlas.

El ángel se quedó petrificado.

—¿Prometida? ¿En matrimonio?

Reclamada, pensó ella, pero dijo:

—Prácticamente. Ahora vete. Si Thiago te viera...

—¿*Thiago*? —el ángel retrocedió ante aquel nombre—. ¿Estás comprometida con *el Lobo*?

Y al tiempo que él pronunciaba aquellas palabras —«el Lobo»—, unos brazos rodearon por detrás la cintura de Madrigal, que ahogó un grito de sorpresa.

En un instante, imaginó lo que sucedería. Thiago descubriría al ángel y no solo lo mataría, sino que convertiría su muerte en un espectáculo. Un espía serafín en el baile del caudillo —¡nunca había sucedido algo semejante!—. Sería torturado. Le harían desear no haber nacido. Todo aquello cruzó su mente como un relámpago, y el terror subió a su garganta con sabor a hiel. Cuando escuchó una *risita* junto a su oreja, el alivio la dejó casi sin fuerzas.

No era Thiago, sino Chiro.

—Aquí estás —dijo su hermana—. ¡Te perdimos entre la multitud!

Madrigal sintió que el pulso se le aceleraba y provocaba un estruendo en sus oídos, mientras Chiro paseaba la mirada entre ella y el extraño, cuyo calor se convirtió de repente en una especie de faro.

—Hola —saludó Chiro observando con curiosidad la máscara de caballo, a través de la cual Madrigal todavía podía distinguir el destello anaranjado de aquellos ojos de tigre.

De nuevo le sorprendió que hubiera acudido con un disfraz tan escaso a la guarida del enemigo *por ella*, y sintió una extraña opresión en el pecho. Durante dos años había considerado lo de Bullfinch, el deseo de que aquel serafín viviese —y realmente lo deseaba—, como una locura pasajera, aunque en aquel momento no lo sintiese como tal, ni ahora tampoco. Madrigal se calmó y se volvió hacia Chiro. Nwella estaba justo detrás de ella.

—Vaya unas amigas sois —las reprendió—. Me vestís así y luego me abandonáis en la Serpenteante. Me podían haber vapuleado.

—Pensábamos que estabas detrás de nosotras —contestó Nwella, sin aliento después de bailar.

—Estaba —añadió Madrigal—. *Muy* por detrás de vosotras.

Había dado la espalda al ángel, sin mirarlo de nuevo. Con indiferencia, empezó a alejar a sus amigas de él, aprovechando el movimiento de la multitud para abrir espacio entre ellos.

—¿Quién era ese? —preguntó Chiro.

—¿Quién? —preguntó a su vez Madrigal.

—El de la máscara de caballo, el que estaba bailando contigo.

—Yo no estaba bailando con nadie. O tal vez no te has dado cuenta: nadie *bailaría* conmigo. Soy una paria.

—¡Una paria! —respondió su hermana en tono burlón—. De eso nada. Más bien una princesa.

Chiro lanzó una mirada escéptica a su espalda, y Madrigal deseó con todas sus fuerzas saber qué había visto. ¿Tenía el ángel los ojos clavados en ellas, o había huido espoleado por el instinto de conservación?

—¿Has visto a Thiago? —preguntó Nwella—. O mejor dicho, ¿te ha visto *él* a ti?

—No... —empezó a decir Madrigal, pero entonces Chiro exclamó:

—¡Allí está! —y Madrigal se quedó paralizada.

Allí estaba él.

Resultaba inconfundible tocado con aquella cabeza de lobo, como una versión grotesca de una máscara. Los colmillos se curvaban sobre su frente, y el hocico retrasado simulaba un gruñido. El pelo, blanco como la nieve, lo llevaba cepillado y colocado sobre los hombros, y su cuerpo estaba cubierto con una túnica de satén color marfil: tanto blanco, blanco sobre blanco, enmarcando su rostro fuerte y hermoso bronceado por el sol, otorgaba a sus pálidos ojos un aspecto fantasmal.

Él todavía no la había visto. La multitud se apartaba a su paso, y ni el más borracho de los presentes dejaba de reconocerlo y de abrirle camino. La muchedumbre parecía marchitarse mientras él avanzaba junto a su séquito, formado por criaturas con verdadero aspecto de lobo agrupadas como una manada.

El significado de aquella noche asaltó a Madrigal: su elección, su futuro.

—Es impresionante —suspiró Nwella recostándose sobre Madrigal.

Era cierto, pero el mérito era de Brimstone, que había fabricado aquel hermoso cuerpo, y no de Thiago, que lo lucía con la arrogancia de su posición social.

—Te está buscando —dijo Chiro, y Madrigal sabía que así era.

El general no tenía prisa, y paseaba sus pálidos ojos entre la multitud con la confianza de quien consigue lo que quiere. Entonces la vio. Madrigal sintió que la atravesaba con la mirada y, temerosa, dio un paso atrás.

—Vamos a bailar —exclamó para sorpresa de sus amigas.

—Pero... —dijo Chiro.

—Escucha —sonaban los primeros compases de un nuevo baile—. Una furiente. Mi favorita.

No era su baile preferido, pero le servía. Se formaron dos hileras, los hombres a un lado y las mujeres al otro, y antes de que Chiro y Nwella pudieran decir nada, Madrigal había escapado hacia la fila de las mujeres, sintiendo en su nuca la mirada de Thiago como el roce de unas zarpas.

¿Dónde están esos otros ojos?, se preguntó.

La furiente comenzaba con un paseo a ritmo suave, al que Chiro y Nwella se unieron apresuradamente. Madrigal realizaba los pasos con elegancia y una sonrisa, sin perder el compás, pero estaba ausente. Su pensamiento había huido lejos, elevándose hasta reunirse con los miles de colibríes-polilla que se arremolinaban en torno a los faroles colgados en lo alto, al tiempo que se preguntaba, con el corazón desbocado, dónde se había marchado su ángel.

53

EL AMOR ES UN ELEMENTO

En las figuras de la furiente, nadie evitó la mano de Madrigal, como habían hecho en la Serpenteante —hubiera sido un desaire demasiado obvio—; sin embargo, sus parejas actuaban con una rígida formalidad mientras ella pasaba de una a otra; algunos apenas aproximaban la punta de sus dedos a los de Madrigal cuando se suponía que debían juntar las palmas.

Thiago se había acercado y permanecía de pie, observando. Todos lo sentían, y la alegría de la danza quedó atenuada. Su presencia tenía ese efecto, pero Madrigal sabía que era culpa suya, por escapar de él y tratar de esconderse allí, como si fuera posible ocultarse.

Simplemente estaba retrasando el encuentro, y la furiente era perfecta al menos para eso, ya que duraba un largo cuarto de hora con constantes cambios de pareja. Madrigal pasó de un cortés soldado mayor con un cuerno de rinoceronte a un centauro, y a un bailarín con aspecto humano y máscara de dragón que apenas la rozó. Y cada vuelta la llevaba de nuevo junto a Thiago, que mantuvo los ojos fijos en ella.

Su siguiente pareja llevaba una máscara de tigre, y cuando tomó su mano..., la agarró. La sujetó con firmeza entre sus dedos enguantados. La calidez de aquel contacto provocó un escalofrío en el brazo de Madrigal, y no tuvo que mirarlo a los ojos para saber quién era.

Aún seguía allí —y con Thiago tan cerca—. *Qué insensato*, pensó Madrigal, agitada por su proximidad. Después de calmar su respiración y su pulso, dijo:

—En mi opinión, la de tigre te queda mejor que la de caballo.

—No sé a qué te refieres, mi dama —replicó él—. Esta es mi verdadera cara.

—Por supuesto.

—Porque sería una locura continuar aquí si yo fuera quien tú piensas.

—Lo sería. Parece que desearas la muerte.

—No —respondió solemne—. Eso nunca. En todo caso, desearía *vivir*. Una

vida distinta.

Una vida distinta. Ojalá, pensó Madrigal sintiendo el peso de su propia existencia y de sus elecciones —o la falta de ellas—. Continuó hablando en tono suave.

—¿Deseas ser uno de nosotros? Lo siento, pero no admitimos conversos.

Él rió.

—Incluso si lo hicierais, no ayudaría mucho. Estamos todos atrapados en la misma vida, ¿no es así? En la misma guerra.

En toda una vida odiando a los serafines, Madrigal jamás se había planteado que ellos vivieran igual que ella, pero las palabras del ángel eran ciertas. Estaban todos atrapados en la misma guerra. Habían sumido al mundo entero en ella.

—No existe otra vida —dijo Madrigal.

Al girar junto al lugar donde se encontraba Thiago, se puso tensa.

La presión de la mano del ángel aumentó ligeramente, con suavidad, ayudándola a soportar la mirada del general hasta que se alejó de él y pudo respirar.

—Tienes que irte —le dijo en voz baja—. Si te descubren...

El ángel permaneció callado un instante antes de preguntar, también en un susurro:

—No te vas a casar con él, ¿verdad?

—Yo... no lo sé.

Él levantó la mano de Madrigal para que ella girara bajo el arco que formaban sus brazos; era parte de la figura, pero la altura y los cuernos de Madrigal dificultaron el movimiento, así que tuvieron que desenlazar los dedos y unirlos de nuevo tras el giro.

—¿Qué hace falta saber? —preguntó él—. ¿Lo amas?

—¿Que si lo *amo*? —la pregunta sorprendió a Madrigal, y una carcajada escapó de sus labios. Recuperó rápidamente la compostura, ya que no deseaba atraer la atención de Thiago.

—¿Es una pregunta graciosa?

—No —respondió ella—. Digo, sí —¿que si amaba a Thiago?, ¿era así? Tal vez. ¿Cómo se podía saber algo así?—. Lo gracioso es que seas el primero que me pregunta eso.

—Perdóname —dijo el serafín—. No sabía que las quimeras no os casabais por amor.

Madrigal pensó en sus padres. Sus recuerdos aparecían difuminados por la pátina del tiempo, y sus rostros, reducidos a simples rasgos —¿sería capaz de reconocerlos si los encontrara?—, pero recordaba el cariño sencillo que mostraban el uno por el otro, y sus caricias constantes.

—Sí nos casamos por amor —ya no se reía—. Mis padres lo hicieron.

—Así que eres hija del amor. Es hermoso ser fruto del cariño.

Madrigal nunca había pensado en sí misma de aquel modo, pero las palabras del ángel le revelaron la belleza de ser un hijo deseado, y sintió pena al darse cuenta de la gran pérdida que suponía no tener a su familia.

—¿Y los tuyos? ¿Se amaban tus padres?

Se escuchó a sí misma preguntando aquello, y se sintió abrumada por el vertiginoso surrealismo de la situación. Acababa de preguntar a un serafín si sus padres se amaban.

—No —respondió él sin añadir explicación alguna—. Pero espero que los padres de mis hijos sí lo hagan.

El ángel volvió a levantar la mano de Madrigal para que girara bajo el arco formado por sus brazos, y de nuevo sus cuernos se interpusieron en el movimiento y los separaron por un instante. Mientras giraba, Madrigal percibió el tono mordaz en las palabras del ángel, y cuando estuvieron otra vez el uno frente al otro, respondió, a la defensiva:

—El amor es un lujo.

—No. El amor es un elemento.

Un *elemento*. Como el aire que se respira, o el suelo que se pisa. Madrigal se estremeció ante la absoluta convicción que transmitía la voz del ángel, pero no tuvo oportunidad de responder, pues habían terminado la figura. Todavía sentía la piel de gallina por aquella asombrosa afirmación cuando él la entregó a su siguiente pareja, que estaba borracho y no pronunció ni una palabra.

Madrigal trató de seguir con la vista al serafín. Después de con ella, debería haberse emparejado con Nwella, pero había desaparecido, y no vio ninguna máscara de tigre en toda la formación. Se había desvanecido, y ella sintió su ausencia como un espacio abierto en el aire.

La furiente entró en el paseo final, y cuando terminó con un alegre repiqueteo de tambores, Madrigal se encontró casi en los brazos del Lobo Blanco, como si hubiera estado preparado de aquel modo.

PLANEADO

—Mi señor.

Madrigal notó la garganta seca y sus palabras sonaron ásperas, como un susurro gutural.

Nwella y Chiro se apresuraron a colocarse detrás de ella, y Thiago esbozó una sonrisa lobuna, con las puntas de los colmillos visibles entre sus carnosos labios rojos. Su mirada era descarada y no se dirigía a los ojos de Madrigal, sino más abajo, sin ningún esfuerzo por resultar sutil. Madrigal notó que la piel comenzaba a arderle al tiempo que el corazón se le enfriaba, y se inclinó en una reverencia. Deseó no tener que levantarse y enfrentarse a los ojos de Thiago jamás, pero debía hacerlo.

—Estás hermosa esta noche —dijo él.

No habría sido necesario que Madrigal se preocupara por toparse con sus ojos. Si ella no hubiera tenido cabeza, él no se habría dado ni cuenta. La forma en que contemplaba su cuerpo con aquel vestido de noche le dio ganas de cruzar los brazos sobre el pecho.

—Gracias —respondió luchando contra aquel impulso. Lo esperado era que devolviera el cumplido, así que dijo simplemente —: Igual que vos.

Él levantó los ojos con expresión divertida.

—¿Yo estoy hermoso?

Ella inclinó la cabeza.

—Como un lobo en invierno, mi señor.

Su respuesta agradó a Thiago. Parecía relajado, casi perezoso, y tenía los párpados pesados. Madrigal apreció que estaba completamente seguro de conseguirla. No iba buscando un gesto; no albergaba ni la más mínima duda. Thiago conseguía lo que quería. Siempre.

¿Lo haría también esa noche?

Sonó una nueva melodía, y él ladeó la cabeza tratando de reconocerla.

—Una emberlina —dijo—. ¿Señora?

Ofreció su brazo a Madrigal, que se quedó inmóvil como un animal acorralado.

Si tomaba aquel brazo, ¿significaba que ya estaba hecho, que lo aceptaba?

Pero rechazarlo sería el mayor de los desaires; lo avergonzaría, y nadie avergonzaba al Lobo Blanco.

Era una invitación a bailar; sin embargo, la sentía como una trampa; Madrigal permaneció quieta demasiado tiempo. En ese intervalo, la mirada de Thiago se agudizó. Su letargo indulgente desapareció para ser sustituido por..., no estaba segura. El nuevo sentimiento no pudo tomar forma. Incredulidad, quizá, que habría dado paso a una furia fría como el hielo de no ser por Nwella, que, presa del pánico, puso su mano en la espalda de Madrigal y la empujó.

Propulsada de ese modo, Madrigal dio un paso, y ya no pudo echarse atrás. Sin embargo, no tomó el brazo de Thiago, más bien colisionó con él. Thiago colocó el brazo de Madrigal bajo el suyo, con gesto posesivo, y la condujo hacia el baile.

Y seguramente, como todo el mundo pensaba, hacia su futuro.

La agarró por la cintura, que era la postura correspondiente para la emberlina, en la que los hombres levantaban a las damas como ofrendas al cielo. Las manos de Thiago rodeaban casi por completo su delgado talle, con las zarpas contra su espalda desnuda. Madrigal sentía la punta de cada uña en la piel.

Intercambiaron algunas palabras —Madrigal tal vez se interesara por la salud del caudillo, y Thiago debió de contestar, pero ella habría sido incapaz de repetir lo que se dijeron—. Era como un envoltorio azucarado del que había escapado su mente.

¿Qué había hecho? ¿Qué era lo que acababa de hacer?

No podía engañarse pensando que aquello era fruto de un instante y del leve empujón de Nwella. Ella había permitido que la vistieran de aquel modo; había acudido hasta allí; *era consciente* de lo que le esperaba. Tal vez no reconociera que sabía lo que estaba haciendo, pero por supuesto que lo intuía. Se había dejado llevar por la certeza de los demás. Había sentido una punzante satisfacción al ser elegida..., envidiada. Ahora se avergonzaba de ello, y del modo en que había acudido allí esa noche, dispuesta a interpretar el papel de novia temblorosa y a aceptar a un hombre al que no amaba.

Pero... ella *no* lo había aceptado, y pensó que no lo haría. Algo había cambiado.

Nada ha cambiado, se reprendió a sí misma. De hecho, *el amor es un elemento*. La aparición del ángel, ¡el riesgo corrido!, todo aquello le asombraba, pero no cambiaba nada.

¿Y dónde estaba él ahora? Cada vez que Thiago la levantaba, miraba a su alrededor, pero no vio ninguna máscara de caballo ni de tigre. Esperaba que se hubiera marchado y estuviera a salvo.

Thiago, que hasta ese momento había parecido satisfecho con lo que sus manos tocaban, debió de sentir que no estaba monopolizando su atención. Al bajarla de uno de los saltos, la dejó resbalar a propósito para tener que sujetarla contra su cuerpo. De la impresión, las alas de Madrigal se abrieron espontáneamente, como velas desplegadas al viento.

—Mis disculpas, señora —dijo Thiago, y la descendió hasta que sus pezuñas tocaron el suelo de nuevo, pero no relajó el abrazo.

Madrigal notó la rígida superficie de aquel musculoso pecho contra el suyo. Tuvo que luchar contra el pánico que sentía para evitar escapar de sus brazos; sin embargo, le resultó difícil plegar de nuevo las alas, cuando lo que realmente deseaba era remontar el vuelo.

—Ese vestido ¿está fabricado con sombras? —preguntó el general—. Apenas puedo notarlo entre mis dedos.

No será porque no lo hayas intentado, pensó Madrigal.

—¿Tal vez sea el reflejo del cielo nocturno —sugirió él— recogido de un estanque?

Ella supuso que trataba de ser poético. Erótico, incluso. Por respuesta, y con tan poco erotismo como le fue posible —más bien como si se quejara de una mancha que no se quitara—, Madrigal dijo:

—Sí, mi señor. Fui a darme un chapuzón, y el reflejo se me quedó pegado.

—Entonces, podría deslizarse como el agua en cualquier momento. Me pregunto qué llevarás debajo de él, si es que llevas algo.

Y esto es un cortejo, pensó Madrigal. Se ruborizó y se alegró de llevar la máscara, que solo dejaba al descubierto sus labios y la barbilla. Optó por no referirse al asunto de su ropa interior.

—Es más resistente de lo que parece, os lo aseguro —respondió.

Madrigal no pretendía que sus palabras sonaran como un desafío, pero él las interpretó como tal. Alzó la mano hasta los delicados hilos que como una sutil telaraña aseguraban el vestido en torno al cuello de Madrigal, y dio un tirón rápido y firme. Cedieron fácilmente a sus zarpas, y ella ahogó un grito de sorpresa. El vestido se mantuvo en su sitio, pero con un puñado de sus frágiles tirantes rotos.

—O quizá no tan resistente —dijo Thiago—. No os preocupéis, señora. Yo os ayudaré a sujetarlo.

Thiago colocó su mano sobre el corazón de Madrigal, justo encima de su pecho, y ella tembló. Estaba furiosa por temblar. Ella era Madrigal de los Kirin, no una flor movida por el viento.

—Sois muy amable, mi señor —replicó desembarazándose de la mano de Thiago al dar un paso hacia atrás—. Pero ha llegado el momento de cambiar de pareja. Tendré que arreglármelas yo misma con el vestido.

Nunca se había sentido tan contenta de cambiar de pareja. En esa ocasión le tocó bailar con un toro-alce sin ninguna gracia que estuvo a punto de pisarle las pezuñas más de una vez. Apenas se dio cuenta.

Una manera distinta de vivir, pensó, y aquellas palabras se superpusieron como un mantra a la melodía de la emberlina. *Una manera distinta de vivir, una manera distinta de vivir.*

Se preguntó dónde estaría en ese momento el ángel. La ansiedad la invadió intensamente, llena de sabor, como el chocolate cuando se deshacía en su boca.

Antes de que se diera cuenta, el toro-alce la estaba devolviendo a Thiago, que la agarró con fuerza y la atrajo hacia su cuerpo.

—Os he echado de menos —dijo—. Cualquier otra dama resulta vulgar a vuestro lado.

Le hablaba con tono sensual, pero ella solo podía pensar en lo burdas, en lo artificiales que sonaban aquellas palabras comparadas con las del ángel.

Dos veces la entregó Thiago a otras parejas, y otras dos regresó a sus brazos. Cada vez resultaba más insoportable que la anterior, lo que la hacía sentir como una fugitiva devuelta a su hogar contra su voluntad.

Cuando, al ser entregada a la siguiente pareja, sintió la firme presión de unos

guantes de cuero en sus dedos, se dejó arrastrar con una ligereza que se asemejaba a flotar. La amargura desapareció. Las manos del serafín envolvieron su cintura, sus pies abandonaron el suelo y Madrigal cerró los ojos, entregándose a la sensación.

Él la devolvió al suelo, pero no la dejó marchar.

—Hola —susurró Madrigal feliz.

Feliz.

—Hola —contestó él, como un secreto compartido.

Madrigal sonrió al ver su nueva máscara. Era humana y resultaba cómica con sus grandes orejas y una roja nariz de borracho.

—Otra cara más —dijo ella—. ¿Sois un mago que hace aparecer máscaras?

—No es necesaria ninguna magia. Hay tantas máscaras para elegir como borrachos inconscientes.

—Bueno, esta es la que peor te sienta.

—No creas. En dos años pueden suceder muchas cosas.

Ella rió recordando su belleza, y la invadió el deseo de contemplar de nuevo su rostro.

—¿Me dirías tu nombre, mi dama? —preguntó él.

Ella se lo dijo y él lo repitió como un conjuro.

—Madrigal, Madrigal, Madrigal...

Qué extraño era, pensó Madrigal, sentirse dominada por aquella sensación de... satisfacción... con la simple presencia de un hombre cuyo nombre desconocía y cuyo rostro no podía ver.

—¿Y el tuyo? —preguntó.

—Akiva.

—Akiva.

La complacía decirlo. Tal vez fuera su propio nombre el que hacía referencia a la música, pero el de él era música. Al pronunciarlo sintió deseos de cantar, de asomarse a una ventana y llamarlo para que acudiera a casa. De susurrarlo en la oscuridad.

—Ya lo has hecho —dijo él—. Aceptarlo.

—No, no lo he aceptado —replicó ella con actitud desafiante.

—¿No? Pues te mira como si fueras de su propiedad.

—En ese caso, deberías estar sin duda en otro lugar...

—Tu vestido —dijo Akiva al darse cuenta—. Está roto. ¿Fue él?

Madrigal notó calor, una oleada de ira como la llamarada de una hoguera.

Vio que Thiago estaba bailando con Chiro, y que la observaba entre las afiladas orejas de chacal de su hermana. Esperó hasta que el desarrollo del baile interpusiera la robusta espalda de Akiva entre ellos, ocultando su cara, antes de contestar.

—No tiene importancia. No estoy acostumbrada a llevar telas tan delicadas. Lo eligieron por mí. Ojalá tuviera un chal.

Akiva estaba rígido por el enfado, aunque sus manos seguían rodeando suavemente la cintura de Madrigal.

—Yo puedo hacerte un chal —dijo.

Madrigal ladeó la cabeza.

—¿Sabes tejer? Vaya. Es una habilidad poco usual en un soldado.

—No sé tejer —respondió él, y entonces Madrigal notó sobre su hombro una caricia suave como una pluma. No podía haber sido Akiva, pues sus manos le rodeaban la cintura. Miró hacia su hombro y vio que un colibrí-polilla de color verde grisáceo se había posado sobre ella, uno de los muchos que revoloteaban por encima de sus cabezas, atraídos por la abundante luz de los faroles, que debía de parecerles un universo. Las plumas de su diminuto cuerpo de pájaro lanzaban destellos, como una joya, al tiempo que sus aterciopeladas alas de polilla se abrían sobre la piel de Madrigal. No tardó en seguirlo otro, este rosa pálido, y otro, también rosado pero con motas anaranjadas en sus alas de encaje. Muchos más aparecieron flotando por el aire, y en un instante, un buen número de ellos cubría el pecho y los hombros de Madrigal.

—Aquí tienes, mi dama —dijo Akiva—. Un chal vivo.

Madrigal estaba sorprendida.

—Pero... *Eres* un mago.

—No. Es solo un truco.

—Es *magia*.

—Reunir polillas no es una magia muy útil.

—¿Que no es útil? Me has fabricado un *chal*.

Madrigal se sentía sobrecogida. La magia que le había mostrado Brimstone contenía poca fantasía. Esta era hermosa, tanto por su forma —las alas eran de docenas de colores crepusculares, y tan suaves como orejas de cordero—, como por su propósito. Akiva había tapado su cuerpo. Thiago había roto su vestido, y él la había tapado.

—Me hacen cosquillas —rió—. Oh, no. *Basta*.

—¿Qué sucede?

—Oh, haz que se vayan —suplicó riendo más fuerte al notar diminutas lenguas que salían de los pequeños picos—. Se están comiendo el azúcar.

—¿Azúcar?

El cosquilleo la obligaba a agitar los hombros.

—Haz que se vayan. Por favor.

Akiva lo intentó. Algunos levantaron el vuelo y aletearon en torno a los cuernos de Madrigal, pero la mayoría permaneció donde estaba.

—Me temo que se han enamorado —dijo él, preocupado—. No quieren abandonarte.

Akiva retiró una mano de la cintura de Madrigal para ahuyentar suavemente un par de colibríes-polilla que ella tenía en el cuello, donde las alas le rozaban la barbilla. Con melancolía, Akiva añadió:

—Sé exactamente cómo se sienten.

Madrigal sintió que el corazón se le encogía. Akiva volvió a levantarla, aunque sus hombros estaban aún cubiertos de polillas. Por encima de las cabezas de la multitud, Madrigal pudo divisar con alivio que Thiago les daba la espalda. Sin embargo, Chiro, a la que él estaba alzando, la vio.

Akiva bajó de nuevo a Madrigal, y justo antes de que sus pezuñas tocaran el suelo, se miraron el uno al otro a través de sus máscaras, ojos pardos sobre ojos anaranjados, y algo surgió entre ambos. Madrigal no sabía si había sido magia,

pero la mayoría de los colibríes-polilla remontaron el vuelo y desaparecieron como empujados por el viento. Volvía a estar en el suelo, con los pies en movimiento y el corazón desbocado. Había perdido el ritmo de la figura, pero notaba que estaba llegando a su fin y que en cualquier instante regresaría otra vez junto a Thiago.

Akiva tendría que devolverla a los brazos del general.

Su corazón y su cuerpo se rebelaron. No podía hacerlo. Sentía las piernas ligeras, dispuestas a huir. Se le aceleró el pulso y los restos de su chal vivo desaparecieron, como asustados. Madrigal reconoció la tensión, la calma exterior y el tumulto interior, el torbellino que invadía su mente antes de cargar contra el enemigo.

Algo va a suceder.

Nitid, pensó, ¿lo sabías ya?

—¿Madrigal? —preguntó Akiva. Igual que los colibríes-polilla, él también percibió su cambio de actitud, cómo se aceleraba su respiración, cómo se tensaban los músculos donde sus cálidas manos rodeaban su cintura—. ¿Qué sucede?

—Quiero... —respondió ella sabiendo perfectamente lo que quería, sintiéndose arrastrada hacia ello, pero sin saber cómo expresarlo.

—¿Qué? ¿Qué quieres? —preguntó Akiva con dulzura, pero apremiante.

Él quería lo mismo. Reclinó la cabeza de modo que su máscara rozó un instante el cuerno de Madrigal, desencadenando una llamarada de sensaciones por todo su cuerpo.

El Lobo Blanco estaba muy cerca. Se daría cuenta. Si trataba de escapar, la seguiría. Akiva sería prendido.

Madrigal quería gritar.

Y de repente, los fuegos artificiales.

Más tarde, recordaría lo que Akiva había dicho sobre la conjunción de los acontecimientos, como si estuviera planeado. En todo lo que sucedería a continuación, reconocería esa sensación de inevitabilidad, de que el universo estaba conspirando para ello. Sería fácil. Y todo comenzaría con los fuegos artificiales.

La luz estalló sobre sus cabezas, una enorme y brillante dalia, una girándula, una estrella nova. El sonido era atronador. Tambores en la batalla. Pólvora que

explotaba en el aire. La emberlina se deshizo al tiempo que los bailarines se retiraban las máscaras y alzaban la cabeza para contemplar el cielo.

Madrigal reaccionó. Tomó la mano de Akiva y se sumergió entre la multitud. Se mantenía agachada y avanzaba deprisa. Un túnel pareció abrirse para ellos en el oleaje de cuerpos, y los sacó de allí.

55

HIJOS DE LA TRISTEZA

Érase una vez, antes de que existieran las quimeras y los serafines, el sol y las lunas. El sol estaba prometido en matrimonio con Nitid, la hermana brillante, pero era la recatada Ellai, siempre escondida tras su descarada hermana, a la que él deseaba. El sol se las ingenió para abalanzarse sobre ella mientras se bañaba en el mar, y la tomó. Ella luchó, pero él era el sol, y pensaba que tenía derecho a conseguir lo que quisiera. Ellai lo apuñaló y escapó, y la sangre del sol se derramó como chispas sobre la tierra, donde se convirtió en los serafines —hijos ilegítimos del fuego—. Y al igual que su padre, creyeron que tenían derecho a desear, tomar, y poseer.

En cuanto a Ellai, le contó a su hermana lo que había sucedido, y Nitid lloró, y sus lágrimas cayeron a la tierra y se convirtieron en las quimeras, hijos de la tristeza.

Cuando el sol regresó junto a las hermanas, ninguna de las dos lo aceptó. Nitid colocó a Ellai tras ella y la protegió, aunque el sol, aún sangrando chispas, sabía que Ellai no estaba tan indefensa como parecía. Suplicó a Nitid su perdón, pero ella se lo negó, y hasta hoy continúa persiguiendo a las hermanas a través del cielo, queriendo y queriendo pero nunca consiguiendo, y ese será su castigo para siempre.

Nitid es la diosa de las lágrimas y la vida, de las cacerías y la guerra, y sus templos son demasiado numerosos para nombrarlos. Es ella la que llena los vientres de las madres, la que detiene los corazones de los moribundos y la que conduce a sus hijos contra los serafines. Su luz es como un pequeño sol; ella aparta las sombras.

Ellai es más sutil. Es un rastro, una luna fantasma, y solo hay unas noches al año en las que domina el cielo en solitario. Se llaman noches de Ellai, y son oscuras, aparecen salpicadas de estrellas y resultan perfectas para actos furtivos. Ellai es la diosa de los asesinos y los amantes secretos. Los templos dedicados a ella son escasos, y están ocultos, como el que se encuentra en el bosquecillo de réquiems en las colinas que se extienden sobre Loramendi.

Allí fue donde Madrigal llevó a Akiva cuando escaparon del baile del caudillo.

* * *

Se marcharon volando. Akiva mantuvo sus alas ocultas, lo que no dificultaba su vuelo. Por tierra, el bosquecillo de réquiems era inaccesible. Había abismos en las colinas, y en ocasiones se tendían puentes de cuerdas a través de ellos —en las noches de Ellai, cuando los devotos acudían encubiertos a rendir culto en el templo—, pero aquella noche no había ninguno, y Madrigal sabía que tendrían el templo para ellos solos.

Disponían de toda la noche. Nitid estaba aún alta. Les quedaban horas.

—¿Y *esa* es vuestra leyenda? —preguntó Akiva con incredulidad. Madrigal le había contado la historia del sol y Ellai mientras volaban—. ¿Que los serafines somos la sangre de un sol violador?

—Si no te gusta, quéjate al sol —contestó Madrigal alegremente.

—Es una historia terrible. Qué imaginación más cruel tenéis las quimeras.

—Bueno, nuestra inspiración ha sido cruel.

Llegaron al bosquecillo, donde la cúpula del templo apenas resultaba visible a través de las copas de los árboles, con sus mosaicos plateados lanzando destellos a través de las ramas.

—Aquí es —dijo Madrigal reduciendo la velocidad del vuelo para descender a través de una abertura en la cubierta vegetal.

Su cuerpo se estremeció al notar el viento de la noche y la libertad. En el fondo de su mente descansaba el temor a lo que sucedería después —las repercusiones de su apresurada marcha—, pero a medida que se movía entre los árboles, el miedo desaparecía empujado por el susurro de las hojas, la música del viento, y el *hish-hish* a su alrededor. *Hish-hish*, susurraban las evangelinas, pájaros-serpiente nocturnos que bebían el néctar de los árboles de réquiem. En la oscuridad de la arboleda, sus ojos brillaban plateados, como los mosaicos en el tejado del templo.

Madrigal tocó el suelo y Akiva aterrizó junto a ella envuelto en una ráfaga cálida. Se colocó frente a él. Aún llevaban puestas las máscaras. Podían habérselas

quitado durante el vuelo, pero no lo habían hecho. Madrigal había imaginado el momento en que estuvieran el uno frente al otro, y se había dejado la máscara porque en su ensoñación era Akiva quien se la quitaba, y ella a él.

Él debió de haber pensado lo mismo. Se acercó a ella.

El mundo real, ya distante —un mero chisporroteo de fuegos artificiales en el horizonte—, se desvaneció por completo. Un dulce e intenso estremecimiento recorrió el cuerpo de Madrigal, como si fuera la cuerda de un laúd. Akiva se quitó los guantes y los tiró, y cuando la tocó, deslizando la punta de los dedos por sus brazos y su cuello, lo hizo con las manos desnudas. Las dirigió hacia su nuca, desató la máscara y la levantó. La perspectiva de Madrigal, reducida durante toda la noche a lo que podía ver a través de las pequeñas aberturas, se amplió, y Akiva llenó su horizonte, ataviado aún con su cómica máscara. Escuchó un suave murmullo, «qué hermosa», levantó sus manos y le despojó de su disfraz.

—Hola —susurró ella igual que cuando se habían encontrado en la emberlina y la felicidad había florecido en su interior.

En comparación con lo que la invadía en ese momento, aquella felicidad había sido como una chispa frente a unos fuegos artificiales.

Era más perfecto incluso de lo que ella recordaba. En Bullfinch, lo había encontrado tendido y moribundo, lívido, inmóvil y aun así hermoso. Ahora, rebosante de salud y con la sangre agitada por el amor, su piel aparecía dorada. Él se sintió apasionado al contemplarla, esperanzado y expectante, inspirado, cautivado, *alegre*. Estaba tan *lleno de vida*...

Gracias a ella, estaba vivo.

—Hola —susurró también Akiva.

Se miraron, sorprendidos de estar el uno frente al otro después de dos años, como si fueran producto de un deseo.

Solo las caricias podían convertir aquel momento en realidad.

Las manos de Madrigal temblaron cuando las levantó, pero se tranquilizaron al reposar sobre el robusto pecho de Akiva. El calor traspasó la tela de su camisa. El aire del bosque era suficientemente denso para tomarlo a sorbos, suficientemente intenso para bailar con él. Era como una presencia entre ellos, que desapareció cuando Madrigal se acercó.

Akiva la rodeó con sus brazos y ella alzó la cabeza para susurrar, una vez más:

—Hola.

Cuando él le devolvió el saludo, fue rozando sus labios. Tenían los ojos aún abiertos, aún repletos de asombro, y solo los cerraron cuando sus labios finalmente se encontraron y otro sentido —el tacto— pudo tomar el relevo para convencerlos de que aquello era real.

56

LA INVENCION DE LA VIDA

Érase una vez un tiempo en el que solo existía oscuridad, y había monstruos grandes como mundos que deambulaban por ella. Eran los gibborim, que amaban las sombras porque escondían su horroroso aspecto. Dondequiera que otra criatura lograba crear luz, ellos la extinguían. Cuando las estrellas nacían, se las tragaban, y parecía que la oscuridad sería eterna.

Pero una raza de bravos guerreros escuchó hablar de los gibborim y viajó desde su lejano mundo para enfrentarse a ellos. La batalla entre la luz y la oscuridad fue larga, y muchos de los guerreros perecieron. Al final, cuando derrotaron a los monstruos, quedaban cien guerreros vivos, que se convirtieron en los dioses estrella y trajeron la luz al universo.

Ellos crearon el resto de las estrellas, incluido nuestro sol, y ya no hubo más oscuridad, solo luz infinita. Tuvieron hijos a su imagen y semejanza —los serafines— y los enviaron a llevar la luz a los mundos que giraban en el espacio, y todo fue bondad. Pero un día, el último de los gibborim, llamado Zamzumin, los persuadió de que las sombras eran necesarias, que harían la luz más brillante con su contraste, y por eso los dioses estrella crearon las sombras.

Pero Zamzumin era un embaucador. Necesitaba solo una brizna de oscuridad para comenzar a trabajar. Insufló vida a las sombras, y al igual que los dioses estrella habían hecho a los serafines a su propia imagen, Zamzumin creó a las quimeras a la suya, y por eso tenían un aspecto horroroso. A partir de entonces, los serafines lucharían del lado de la luz, y las quimeras, del de la oscuridad, y serían enemigos hasta el fin del mundo.

* * *

Madrigal rió medio dormida.

—¿Zamzumin? ¿Qué nombre es ese?

—No me preguntes a mí. Es tu antepasado.

—Sí, claro. El feo tío Zamzumin, que me creó a partir de una sombra.

—Una horrible sombra —añadió Akiva—. Lo que explica tu horrorosa apariencia.

Ella rió de nuevo, pesada y perezosa.

—Siempre me había preguntado de quién lo habría heredado. Ahora lo sé. Mis cuernos vienen de mi familia paterna, y mi horrible aspecto de mi enorme, malvado y monstruoso tío —tras una pausa, mientras Akiva le acariciaba el cuello, ella añadió—: Me gusta más mi historia. Prefiero estar hecha de lágrimas que de oscuridad.

—Ninguna es muy alegre —dijo Akiva.

—Es cierto. Necesitamos un mito más divertido. Vamos a inventar uno.

Estaban tendidos y abrazados sobre sus ropas, que habían extendido en la musgosa orilla de un riachuelo que brotaba detrás del templo de Ellai. Las dos lunas se habían deslizado más allá de la cubierta de árboles, y las evangelinas iban enmudeciendo a la vez que las flores de réquiem cerraban sus capullos blancos. En breve, Madrigal tendría que marcharse, pero ambos alejaban de sus mentes aquel pensamiento, como si pudieran evitar que amaneciera.

—Érase una vez... —comenzó Akiva, pero su voz se apagó cuando sus labios rozaron el cuello de Madrigal—. Mmm, azúcar. Pensé que la había recogido toda. Tendré que revisar *por todas partes*.

Madrigal se retorció, riendo sin poder contenerse.

—¡No, no, me haces cosquillas!

Akiva lamió de nuevo su cuello provocándole más que un cosquilleo, un *estremecimiento*, y Madrigal dejó de protestar.

Tardaron algún tiempo en retomar su nuevo mito.

—Érase una vez —murmuró Madrigal más tarde, con la cara apoyada en el pecho de Akiva de modo que su cuerno izquierdo rodeaba el rostro de él y le permitía apoyar la frente— un mundo perfecto que estaba lleno de pájaros y criaturas rayadas y cosas hermosas como azucenas de miel y estrellas y comadreja...

—¿Comadreas?

—Calla. Y ese mundo ya tenía luces y sombras, por lo que no necesitaba estrellas bribonas que vinieran a salvarlo, y tampoco le hacían falta soles sangrantes ni lunas lloronas, y lo más importante, nunca había conocido la guerra, que es algo terrible e inútil que ningún mundo necesita. Tenía tierra y agua, aire y fuego, los cuatro elementos; sin embargo, le faltaba el último, el amor.

Akiva tenía los ojos cerrados. Sonreía mientras escuchaba, al tiempo que acariciaba la suave pelusilla que cubría la cabeza de Madrigal y recorría los anillos de sus cuernos.

—Así que ese paraíso era como un joyero sin una joya. Y allí estaba, día tras día, con sus amaneceres rosados, sonidos de criaturas y perfumes extraños, en espera de que los amantes lo encontraran y lo llenaran con su felicidad —hizo una pausa—. Fin.

—¿Fin? —Akiva abrió los ojos—. ¿Qué quieres decir con fin?

—La historia está inacabada. El mundo sigue esperando —respondió ella mientras rozaba su mejilla contra la dorada piel del pecho de Akiva.

—¿Sabes cómo encontrarlo? Podemos marcharnos antes de que salga el sol —dijo él con nostalgia.

El sol. Madrigal detuvo los labios en su nuevo recorrido hacia el hombro de Akiva, el que mostraba la cicatriz que recordaba su primer encuentro en Bullfinch. Pensó en cómo podría haberlo dejado sangrando, o peor, haber acabado con él, pero algo ineluctable la había detenido de modo que ahora pudieran estar allí. Y la idea de separarse, vestirse, *marcharse*, le provocó una renuencia tan fuerte que le resultó dolorosa.

Sintió temor también, a lo que su desaparición pudiera haber provocado en Loramendi. Una imagen de Thiago enfadado se inmiscuyó en su felicidad, y ella la alejó, pero no había posibilidad de detener el amanecer.

—Tengo que irme —dijo con profunda tristeza.

—Lo sé —respondió él.

Madrigal levantó la cabeza de su hombro y descubrió que la desdicha de Akiva se igualaba a la suya. Él no preguntó: «¿Qué vamos a hacer?»; ella tampoco. Más adelante hablarían de esas cosas; en ese primer encuentro, se sentían cohibidos

ante el futuro y, por todo lo que habían sentido y descubierto durante la noche, todavía tímidos el uno con el otro.

Madrigal alcanzó el colgante que llevaba en torno al cuello.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó al tiempo que desataba el cordón.

—¿Un hueso?

—Bueno, sí. Es un hueso de la suerte. Cada uno coloca un dedo alrededor de una punta, así, y entonces pedimos un deseo y tiramos. El que se quede con el trozo más grande verá cumplido su deseo.

—¿Es magia? —preguntó Akiva sentándose—. ¿De qué pájaro proceden estos huesos que producen magia?

—No, no es magia. En realidad, los deseos no se cumplen.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

—¿Esperanza? La esperanza puede ser muy poderosa. Tal vez no haya verdadera magia en el hueso, pero cuando sabes qué es lo que anhelas y lo mantienes como una luz dentro de ti, puedes hacer que las cosas sucedan, casi como magia.

—¿Y qué es lo que deseas?

—Se supone que no debes decirlo. Ven, pide un deseo conmigo.

Madrigal levantó el hueso de la suerte.

Había colocado el hueso en un cordón en parte por capricho y en parte por insolencia. Fue cuando tenía catorce años; llevaba cuatro al servicio de Brimstone y había comenzado también su adiestramiento para la batalla, y se sentía llena de fuerza. Una tarde, había entrado en la tienda mientras Twiga estaba sacando de sus moldes *lucknows* recién acuñados, y le había suplicado uno.

Brimstone no le había mostrado aún cuál era la cruda realidad de la magia y el diezmo de dolor, y todavía consideraba que pedir deseos era una diversión. Cuando se lo negó —como siempre hacía, a excepción de los *scuppies*, para cuya creación solo se necesitaba un pellizco de dolor—, sufrió una breve pero intensa rabieta en un rincón. Ahora ni siquiera sabía qué deseo había sido de tal importancia para sus catorce años, pero recordaba perfectamente cómo Issa había

extraído un hueso de los restos de la cena —urogallo salvaje en salsa— y la había confortado con la leyenda humana del hueso de la suerte.

Issa conocía numerosas historias humanas, y fue ella quien despertó en Madrigal la fascinación por esa raza y su mundo. Desafiando a Brimstone, tomó el hueso y convirtió la petición del deseo en un verdadero espectáculo.

—¿Eso es todo? —preguntó Brimstone cuando escuchó el insignificante deseo que había provocado su pataleta—. ¿Habías gastado un deseo en eso?

Madrigal e Issa estaban a punto de romper el hueso, pero se detuvieron.

—Tú no eres tonta, Madrigal —dijo Brimstone—. Si hay algo que desees, persíguelo. La esperanza tiene poder. No la malgastes en cosas sin sentido.

—Está bien —respondió ella sujetando el hueso de la suerte en la mano—. Lo guardaré hasta que mi esperanza satisfaga tus elevadas expectativas.

Lo colocó en un cordón. Durante semanas, formuló en voz alta deseos ridículos que luego simulaba sopesar.

«Desearía distinguir sabores con los pies como las mariposas».

«Desearía que los escorpiones-ratón pudieran hablar. Estoy segura de que saben los mejores cotilleos».

«Desearía que mi pelo fuera azul».

Pero no rompió el hueso. Lo que había comenzado como rebeldía infantil se convirtió en algo distinto. Las semanas se convirtieron en meses, y cuanto más tiempo pasaba sin romper el hueso de la suerte, más importante le parecía que, cuando lo hiciera, el deseo —la *esperanza*, más bien— debería ser digno de ella.

En el bosquecillo de réquiems, con Akiva, llegó por fin ese momento.

Madrigal pensó su deseo mirando a los ojos de Akiva, y tiró. El hueso se rompió limpiamente por la mitad, y los trozos, al compararlos entre sí, eran exactamente del mismo tamaño.

—Vaya. No sé qué significa esto. Tal vez que los dos vamos a ver cumplidos nuestros deseos.

—Tal vez que hemos deseado lo mismo.

A Madrigal le gustó pensar que así era. Aquella primera vez, su deseo fue sencillo, concreto y apasionado: volver a verlo otra vez. Creer que así sería era lo

único que podía ayudarla a marcharse.

Se levantaron de la ropa arrugada. Madrigal tuvo que embutirse de nuevo en el vestido de noche como una serpiente que regresa a su piel mudada. Entraron en el templo y bebieron agua del manantial sagrado que brotaba de una fuente en el suelo. Madrigal se salpicó también la cara, rindió un silencioso homenaje a Ellai para que protegiera su secreto y prometió llevar velas cuando regresara.

Porque, por supuesto, regresaría.

Separarse fue casi un drama, una exagerada imposibilidad física —alejarse volando y dejar allí a Akiva— cuya dificultad no habría imaginado antes de aquel momento. Regresó una y otra vez en busca de un último beso. Sentía una extraña sensación en los labios y se imaginaba ruborizada por la evidencia de cómo había pasado la noche.

Finalmente, alzó el vuelo, arrastrando la máscara por uno de sus largos cordones como un pájaro que la acompañaba en su aleteo. Debajo de ella, avanzaba la tierra tocada por el amanecer en el camino de vuelta a Loramendi.

La ciudad permanecía tranquila tras la celebración, envuelta en el olor acre y la bruma de los fuegos artificiales. Entró por un pasadizo secreto a la catedral subterránea. La magia de Brimstone que bloqueaba las puertas permitía que Madrigal las abriera con su voz, y no había guardias que la vieran entrar.

Fue sencillo.

Aquel primer día se notaba vacilante, cautelosa, por no saber lo que había sucedido en su ausencia, o qué cólera le estaría esperando. Sin embargo, las parcas seguían tejiendo sus hilos insondables, y un espía acudió esa mañana desde la costa de Mirea con noticias del avance de los galeones seráficos, así que Thiago abandonó Loramendi casi a la vez que Madrigal regresaba a la ciudad.

Chiro le preguntó dónde había estado y ella respondió con una mentira vaga, y a partir de ese momento la actitud de su hermana hacia ella cambió. Madrigal la sorprendería observándola de un modo extraño e inexpresivo, y Chiro trataría de ocuparse en algo como si no hubiera estado mirándola. También la veía menos, en parte porque Madrigal se encontraba sumergida en su nuevo y secreto mundo, y en parte porque Brimstone necesitaba su ayuda en aquella época, por lo que estaba excusada del resto de sus tareas. Su batallón no fue movilizado en respuesta a los movimientos de la tropa seráfica, y ella pensó, irónicamente, que debía agradecerse a Thiago. Sabía que la había mantenido alejada de cualquier

potencial peligro que pudiera arrebatarle su «pureza» antes de que tuviera la oportunidad de casarse con ella. Tal vez no dispuso de tiempo suficiente para dar la contraorden antes de su partida.

Así que Madrigal pasaba sus días en la tienda y en la catedral con Brimstone, enfilando dientes y creando cuerpos, y sus noches —tantas como pudo— junto a Akiva.

Ofreció a Ellai velas y conos de *frangible*, la especia favorita de la luna, y llevó a escondidas alimentos adecuados para los amantes, que comían con los dedos después de hacer el amor. Caramelos de miel, bayas de pecado y pájaros asados para sus voraces apetitos, sin olvidar nunca retirar de la pechuga el hueso de la suerte. También tenían vino en estilizadas botellas y diminutas copas labradas en cuarzo, que enjuagaban en el manantial sagrado y guardaban en el altar del templo para la siguiente ocasión.

Con cada hueso de la suerte, en cada despedida, deseaban otro día juntos.

Madrigal pensaba a menudo, mientras trabajaba en silencio en presencia de Brimstone, que él sabía lo que estaba haciendo. Se sentía descubierta, atravesada por aquellos ojos dorado verdoso, y se decía a sí misma que no podía continuar así, que debía terminar con aquella locura. Una vez, mientras volaba hacia el bosquecillo de réquiems, incluso ensayó lo que le diría a Akiva, pero lo olvidó tan pronto como lo vio, dejándose envolver por la alegría en el lugar que habían convertido en el mundo de su leyenda —el paraíso en espera de amantes que lo llenaran de felicidad—.

Y lo colmaron con su felicidad. Durante un mes de noches robadas y alguna tarde radiante en la que Madrigal pudo escapar de Loramendi por el día, ahuecaron las alas en torno a su amor y crearon un mundo propio, aunque ambos sabían que no era tal, sino un mero escondite, que es algo muy diferente.

Después de varios encuentros, cuando empezaban a conocerse perfectamente el uno al otro, con el ansia que muestran los amantes por saberlo todo —con la palabra y el tacto, cada recuerdo y pensamiento, cada aroma y murmullo—, cuando toda la timidez los había abandonado, se enfrentaron al futuro: existía, y no podían pretender lo contrario. Ambos sabían que aquello no era vida, especialmente para el serafín, que solo veía a Madrigal y pasaba los días durmiendo como las evangelinas y ansiando la llegada de la noche.

Akiva le confesó que era bastardo del emperador, uno entre muchos nacidos

para matar, y le relató el día en que los guardias habían acudido al harén a arrancarlo de los brazos de su madre. Cómo ella se lo había permitido, como si no fuera su hijo, sino un tributo que se ha de pagar. Cómo odiaba a su padre por criar hijos destinados a morir. Madrigal pudo notar que se culpaba a sí mismo por ser uno de ellos.

Madrigal acarició las cicatrices de sus nudillos e imaginó a las quimeras representadas por cada línea. Se preguntó cuántas de aquellas almas habrían sido recuperadas, y cuántas se habrían perdido.

Madrigal no contó a Akiva el secreto de la resurrección, y cuando él le preguntó por qué no llevaba los ojos tatuados en las palmas de las manos, inventó una mentira. No podía hablarle de los resucitados. Era algo demasiado grande, demasiado atroz, sobre lo que descansaba el destino de su raza, y no podía compartirlo, ni siquiera para aliviar su sensación de culpabilidad por haber matado a todas aquellas quimeras. En lugar de eso, besó aquellas marcas.

—La guerra es lo único que nos han enseñado —había susurrado ella—, pero hay otras formas de vivir. Podemos encontrarlas, Akiva. Podemos *inventarlas*. Este es el principio, aquí.

Madrigal acarició el pecho de Akiva y sintió una oleada de amor por el corazón que impulsaba su sangre, por su suave piel y sus cicatrices, y por aquella ternura tan poco propia de un soldado. Le tomó la mano, la presionó contra su pecho y afirmó:

—*Nosotros* somos el principio.

Empezaron a creer que podía ser así.

Akiva le contó que en los dos años transcurridos desde Bullfinch no había matado a ninguna quimera.

—¿Es cierto eso? —preguntó ella sin poder creerlo.

—Tú me mostraste que se puede elegir no matar.

Madrigal bajó la mirada hacia sus manos y confesó:

—*Yo* sí he matado serafines desde aquel día.

Akiva la tomó de la barbilla y levantó su rostro hacia él.

—Pero al *salvarme*, me cambiaste, y estamos aquí gracias a aquel instante. Antes, ¿habrías pensado que fuera posible?

Ella negó con la cabeza.

—¿No piensas que otros también podrían cambiar?

—Algunos —contestó ella pensando en sus compañeros, en sus amigos, en el Lobo Blanco—. Pero no todos.

—Primero unos pocos, y luego más.

Primero unos pocos, y luego más. Madrigal asintió, y juntos imaginaron una vida diferente, no solo para ellos, sino para todas las razas de Eretz. Y durante aquellos meses en que se ocultaron y se amaron, soñaron e imaginaron, creyeron que también aquello estaba planeado: que eran las semillas de un propósito mayor y misterioso. Desconocían si era cosa de Nitid, de los dioses estrella o de algo distinto, pero sentían que una poderosa fuerza anidaba en su interior para traer la paz al mundo.

Eso fue lo que desearon aquella noche cuando rompieron el hueso de la suerte. Sabían que no podían ocultarse en el bosque de réquiems y soñar despiertos para siempre. Había trabajo que hacer; estaban empezando simplemente a convertir su deseo en realidad, pero con tanta esperanza que podrían haber conseguido milagros —*haber iniciado* un cambio— si no los hubieran traicionado.

RESUCITADA

—Akiva —suspiró Karou con todo su ser.

Habían transcurrido apenas unos segundos desde que habían roto el hueso de la suerte; sin embargo, en ese lapso había recuperado las vivencias de años. Diecisiete años hacía que Madrigal había muerto. Todo lo que había sucedido desde entonces era otra vida, pero seguía siendo la suya. Ella era Karou y Madrigal. Era humana y quimérica.

Era una resucitada.

En su interior algo estaba sucediendo: una rápida concrecencia de recuerdos, dos conciencias que en realidad eran una, uniéndose como dedos entrelazados.

Miró sus *hamsas* y comprendió lo que Brimstone había hecho. Desafiando la sentencia de evanescencia dictada por Thiago, había logrado recoger su alma de algún modo. Y como no podía resucitarla en su propio mundo, le había regalado una vida en otro, en secreto. ¿Cómo había separado los recuerdos de su alma? Había tomado su vida como Madrigal para guardarla en el hueso de la suerte, y salvarla para ella.

Recordó lo que Izîl le había contado la última vez que lo vio, cuando le ofreció dientes de niño y ella los rechazó.

—*Una vez* —había dicho, y ella no lo había creído—. Hubo una vez que me pidió unos cuantos.

Ahora sabía que era cierto.

Los resucitados estaban destinados a la guerra; sus cuerpos se creaban siempre adultos, a partir de dientes maduros. Sin embargo, Brimstone la había resucitado como un bebé, un bebé humano, la había bautizado *esperanza* y le había regalado toda una vida, alejada de la guerra y la muerte. Un cariño dulce, profundo, intenso la invadió. Le había concedido una infancia, un mundo. Deseos. *Arte*. E Issa, Yasri y Twiga lo habían sabido y habían ayudado; la habían escondido. La habían querido. Muy pronto los vería de nuevo, y no se mantendría alejada de Brimstone como siempre hacía, intimidada por su brusquedad y su monstruosa apariencia

física. Lo rodearía con los brazos y le diría, finalmente, *gracias*.

Levantó la vista de sus palmas —de un asombro a otro— y vio a Akiva delante de ella. Permanecía quieto a los pies de la cama en la que, solo un momento antes, se habían abandonado a la pasión, muy juntos, y Karou comprendió que la intensa plenitud que había sentido surgía de lo que había compartido con él en otro cuerpo, en otra vida. Se había enamorado dos veces de él. Ahora lo amaba con dos corazones, y dominar aquella sensación resultaba casi insoportable. Lo contempló a través de un prisma de lágrimas.

—Escapaste —dijo Karou—. Sobreviviste.

Se levantó de la cama, se dirigió hacia él y se abalanzó contra la solidez recordada de su cuerpo, su calor.

Akiva vaciló un instante, pero sus brazos la rodearon, con fuerza. No decía nada, solo la abrazaba contra su cuerpo, balanceándose. Karou sintió que temblaba, llorando, con los brazos apretados sobre su pelo.

—Conseguiste escapar —repitió sollozando, pero ahora riendo también—. Estás vivo.

—Estoy vivo —susurró él, con voz ahogada—. *Tú estás viva*. Nunca lo supe. Todos estos años, nunca pensé...

—Estamos vivos —dijo Karou, aturdida.

El asombro creció en su interior, y sintió como si su leyenda se hubiera convertido en realidad. Tenían un mundo; estaban en él. Este lugar que Brimstone le había dado era la mitad de su hogar, y la otra mitad estaba esperando al otro lado de un portal en el cielo. Podían disfrutar de ambos, ¿no era así?

—Te vi morir —dijo Akiva, desamparado—. Karou... Madrigal... Mi amor.

Sus ojos, su expresión. Parecía el mismo que diecisiete años atrás, arrodillado, obligado a contemplar la muerte de Madrigal.

—Te vi morir —dijo de nuevo.

—Lo sé —lo besó con ternura, rememorando el terror de su alarido—. Lo recuerdo todo.

* * *

Igual que él.

El verdugo encapuchado: un monstruo. El lobo y el caudillo, que miraban desde su balcón, y la multitud, con su tumulto de patadas, sus gritos y su sed de sangre: todos monstruos que ridiculizaban el sueño de paz que Akiva había alimentado desde Bullfinch. Porque uno de ellos había enternecido su corazón había creído a todos merecedores de ese sueño.

Y allí estaba ella —la única; *la suya*—, con grilletes y con las alas inmovilizadas y cruelmente deformadas, y el sueño se desvaneció. Así trataban a los suyos. Su hermosa Madrigal, grácil incluso en aquel momento.

Contempló con impotencia y terror cómo se arrodillaba, cómo colocaba la cabeza sobre el tajo. *Imposible*, gritó el corazón de Akiva. Aquello no podía suceder. El destino, el misterio que los había apoyado siempre... ¿dónde estaba ahora? Veía el cuello de Madrigal, estirado e indefenso, su suave mejilla contra la abrasadora roca negra, y el hacha, levantada y dispuesta a caer.

De su garganta brotó un alarido que salió a zarpazos, desgarrándolo por dentro. Despedazó y destrozó su interior, provocando dolor, un dolor que trató de recoger para convertirlo en magia, pero estaba demasiado débil. El Lobo se había ocupado de ello: incluso en ese momento, Akiva estaba rodeado por guardias resucitados con sus *hamsas* dirigidas hacia él, lanzándole su poder debilitador. Aun así lo intentó, y la multitud se balanceó al notar que el suelo se movía bajo sus pies. El patíbulo vibró y el verdugo tuvo que dar un paso para guardar el equilibrio, pero no fue suficiente.

El esfuerzo rompió los vasos sanguíneos de sus ojos, pero siguió gritando. Lo intentó.

Un destello iluminó el hacha al descender y Akiva cayó de bruces. Estaba destrozado, vacío. El amor, la paz, el milagro: habían desaparecido. La esperanza, la compasión: también.

Lo único que quedaba era la venganza.

* * *

El hacha era grande y brillante, como una luna que caía desde el cielo. Golpeó, y Madrigal abandonó su cuerpo.

Sintió cómo se separaba de su carne.

Todavía estaba allí. *Existía*, mas no de forma corpórea. No quería ver la caída de su cabeza, pero no pudo evitarlo. Los cuernos golpearon la plataforma en primer lugar, con estrépito, y luego la carne, con un infame ruido sordo. Los cuernos evitaron que la cabeza rodara.

Desde su nuevo y extraño mirador por encima de su cuerpo, lo vio todo. No pudo hacer otra cosa. Los ojos formaban parte del cuerpo, con su capacidad de seleccionar lo que miraban y párpados para cerrarse. Ahora carecía de ellos. Lo veía todo, sin ninguna barrera física que se interpusiera entre ella y el aire que la rodeaba. Percibía una especie de imagen desenfocada, en todas direcciones al mismo tiempo, como si todo su ser fuera un ojo, aunque envuelto en bruma. El ágora, la odiosa muchedumbre. Y en la plataforma situada frente a la suya, el grito de Akiva creando todavía turbulencias en el aire, a su alrededor: Akiva arrodillado, caído de bruces y deshecho en lágrimas.

Por debajo de ella vio su propio cuerpo, decapitado. Se ladeó y se desplomó. Todo había acabado. Madrigal se sentía amarrada a él. Era lo esperado; sabía que las almas permanecían en sus cuerpos varios días antes de empezar a desvanecerse. Los resucitados cuyas almas habían sido recuperadas al borde de la evanescencia relataban que habían sentido como una marea que los arrastraba.

Thiago había ordenado que su cuerpo permaneciera en la plataforma, bajo vigilancia, para que se descompusiera y nadie pudiera recoger su alma. Se lamentó del trato que estaba recibiendo su cuerpo. Por mucho que Brimstone considerara los cuerpos como «envoltorios», ella amaba la piel que la había recubierto a lo largo de su vida, y deseaba que su final fuera más respetuoso, pero no podía hacer nada, y de todas maneras, no pretendía permanecer allí para contemplar su deterioro. Tenía otros planes.

No estaba segura de que la idea a la que se aferraba pudiera llevarse a cabo. Disponía únicamente de un indicio para seguir adelante, pero lo envolvió con toda su voluntad, su anhelo y su pasión. Todo lo que Akiva y ella habían soñado, ahora frustrado, lo dirigió hacia ese único y último acto: iba a liberarlo.

Para tal fin, necesitaría un cuerpo. Ya había elegido uno. Era magnífico; lo había fabricado ella misma.

Y había utilizado incluso diamantes.

58

VICTORIA Y VENGANZA

—¿Qué te sucede, Mad?

Una semana antes, Madrigal se había encontrado con Chiro en el barracón. Estaba amaneciendo y se había deslizado sigilosamente hasta su litera apenas media hora antes, después de pasar la noche con Akiva.

—¿A qué te refieres?

—¿Es que ya no duermes? ¿Dónde estuviste anoche?

—Trabajando —respondió ella.

—¿Toda la noche?

—Sí, toda la noche. Aunque tal vez me haya quedado dormida un par de horas en la tienda —bostezó.

Se sentía protegida por su mentira, ya que nadie fuera del círculo próximo a Brimstone sabía lo que sucedía en la torre oeste, ni conocía el pasadizo secreto por el que entraba y salía. Y era verdad que había dormido un rato, pero no en la tienda. Se había adormilado acurrucada contra el pecho de Akiva y, al despertar, lo había encontrado contemplándola.

—¿Qué miras? —preguntó con timidez.

—¿Has tenido bonitos sueños? Sonreías mientras dormías.

—Claro que sí. Soy feliz.

Feliz.

Pensó que era eso a lo que Chiro realmente se refería cuando le había preguntado: «¿Qué te sucede?». Madrigal se sentía *renovada*. Nunca había imaginado la intensidad que podía llegar a adquirir la felicidad. A pesar de su trágica infancia y de la amenaza constante de la guerra, se había considerado, en gran medida, dichosa. Siempre era posible encontrar algo en lo que deleitarse, si se intentaba. Pero esto era diferente. No lo podía contener y, en ocasiones, imaginaba que se derramaba de su interior como luz.

Felicidad. Era el lugar donde la pasión, con todo su brillo y redoble de tambores, se convertía en algo más sosegado: como regresar al hogar, sentirse seguro y disfrutar de los rayos del sol. Era todo eso entretejido con calor y emoción, y brillaba en su interior como si se hubiera tragado una estrella.

Su hermanastra la estaba escrutando en silencio cuando un golpe de trompeta atrajo su atención hacia la ventana. Madrigal se colocó junto a ella y miró a la calle. Su barracón se encontraba detrás de la armería, y divisaban la fachada del palacio en el extremo más alejado del ágora. Del muro colgaba el pendón del caudillo, una gran banderola de seda con sus armas —cuernos de los que brotaban hojas, en referencia a la llegada de una nueva era— que indicaba cuándo estaba en la ciudad; vieron cómo a su lado se desplegaba otro pendón. Estaba blasonado con un lobo blanco, y aunque se encontraba demasiado alejado para leer su lema, Madrigal y Chiro lo conocían bien.

Victoria y venganza.

Thiago había regresado a Loramendi.

Chiro agitó las manos con excitación y tuvo que aferrarse al alféizar. Madrigal contempló la emoción de su hermana, mientras ella luchaba contra la hiel que le subía a la garganta. Había considerado la marcha de Thiago y su ausencia como una señal —del destino, conspirando por su felicidad—. Pero entonces ¿qué significaba su regreso? Sintió la imagen de aquel pendón como un jarro de agua helada. No podía apagar su felicidad, pero hizo que ella sintiera deseos de rodearla y protegerla.

Madrigal se estremeció.

Chiro se dio cuenta.

—¿Qué sucede? ¿Estás asustada?

—Asustada no —contestó Madrigal—, solo preocupada de haberlo ofendido al desaparecer como lo hice.

Había asegurado que, después de beber demasiado vino de hierba y atenazada por los nervios, se había escondido en la catedral, donde se había quedado dormida. Estudió la expresión de su hermana y preguntó:

—¿Estaba... muy enfadado?

—A nadie le gusta que lo rechacen, Mad.

Tomó aquella respuesta por un sí.

—¿Piensas que todo se ha acabado? ¿Que ya no querrá saber nada de mí?

—Hay una manera de asegurarte —contestó Chiro. Estaba bromeando, seguramente, pero sus ojos brillaban—. Podrías morirme —sugirió— y resucitar fea. Entonces te dejaría tranquila.

Madrigal debería haber sospechado en ese momento —para tener cuidado, al menos—, pero su alma no albergaba ninguna malicia. Su confianza fue su perdición.

59

UN MUNDO NUEVO

—No puedo salvarte —le dijo Brimstone.

Madrigal levantó la vista. Estaba en el suelo, en un rincón de su sombría celda, y no esperaba salvación.

—Lo sé.

Él se acercó a los barrotes, y ella permaneció quieta, con la barbilla levantada y perplejidad en el rostro. ¿Le escupiría, como habían hecho otros? No era necesario. La mera decepción de Brimstone le provocaba más dolor que cualquier cosa que pudieran arrojarle.

—¿Te han hecho daño? —preguntó él.

—Solo haciéndole daño a él.

Aquello resultaba una tortura peor de lo que hubiera podido imaginar. Dondequiera que tuvieran encerrado a Akiva, estaba suficientemente cerca para que ella pudiera escuchar sus gritos de agonía. Surgían a intervalos irregulares, sin saber en ningún momento cuándo se produciría el siguiente. Había pasado los últimos días atenazada por aquella terrible espera.

Brimstone la contempló.

—Lo amas.

Madrigal solo pudo asentir con la cabeza. Hasta ese momento había aguantado bien, se había ocultado tras una máscara de dignidad, sin dejar traslucir cómo se estaba disolviendo, como si su evanescencia hubiera comenzado ya. Pero bajo el escrutinio de Brimstone, su labio inferior comenzó a temblar. Apretó los nudillos contra él para detener aquel temblor. Brimstone permanecía en silencio.

—Lo siento —dijo Madrigal cuando sintió que no se le iba a quebrar la voz.

—¿Por qué, pequeña?

¿Estaba burlándose de ella? Siempre le había resultado imposible interpretar la expresión de su rostro ovino. Kishmish estaba encaramado sobre un cuerno de Brimstone e imitaba su postura, con la cabeza inclinada y los hombros encorvados.

—¿Sientes haberte enamorado? —le preguntó Brimstone.

—No. Eso no.

—Entonces, ¿qué?

No sabía qué debía contestar. En el pasado, él le había pedido que le dijera siempre la verdad, con la máxima sencillez. Así que ¿cuál era la verdad? ¿Qué era lo que sentía?

—Que me hayan cogido —dijo ella—. Y... haberte avergonzado.

—¿Debería estar avergonzado?

Madrigal parpadeó. Nunca habría imaginado que Brimstone se mofaría de ella. Simplemente pensó que no acudiría a verla, que lo vería por última vez en el balcón del palacio, mientras esperaba su ejecución como los demás.

—Dime qué es lo que has hecho —dijo él.

—Ya sabes lo que he hecho.

—Dímelo tú.

Entonces, se trataba de una burla. Madrigal lo aceptó y comenzó la enumeración.

—Alta traición. Asociación con el enemigo. Poner en peligro la perpetuidad de la raza quimérica y todo por lo que hemos luchado durante mil años...

Brimstone la interrumpió.

—Conozco tu sentencia. Dímelo con tus propias palabras.

Madrigal tragó saliva, tratando de adivinar qué pretendía Brimstone. Titubeó.

—Yo... me enamoré. Yo...

Le lanzó una mirada avergonzada antes de revelar lo que, hasta entonces, no había contado a nadie.

—Todo empezó en la batalla de Bullfinch. La lucha había terminado. Fue después, durante la recolección de almas. Lo encontré moribundo y lo salvé. Sin saber por qué; parecía la única opción. Más tarde..., más tarde pensé que estábamos destinados para algo —con las mejillas encendidas, susurró—: Para conseguir la paz.

—La paz —repitió Brimstone.

Qué infantil resultaba, considerando dónde se encontraba ahora, haber creído que existía un propósito divino en su amor. Y aun así, qué hermoso había sido. Lo que había compartido con Akiva no podía arrebatárselo la vergüenza. Madrigal alzó la voz para añadir:

—Juntos, imaginamos un nuevo mundo.

Se produjo un largo silencio, durante el que Brimstone la observó. No habría podido soportar su mirada si, de niña, no hubiera jugado a mantener las pupilas fijas en las de él, sin apartarlas. Incluso así, le ardían los ojos cuando él finalmente habló.

—¿Y por eso debería avergonzarme de ti?

El engranaje de la tristeza se detuvo en el interior de Madrigal. Sentía como si se le hubiera helado la sangre. No se atrevía a vislumbrar una esperanza. ¿Qué quería decir Brimstone? ¿Seguiría hablando?

No. Lanzó un suspiro hondo y dijo de nuevo:

—No puedo salvarte.

—Lo... lo sé.

—Yasri te envía esto.

Le acercó un paquete de tela a través de los barrotes, y Madrigal lo cogió. Estaba caliente y olía bien. Lo desenvolvió y vio las galletas en forma de cuerno con las que Yasri la había atiborrado durante años para tratar, en vano, de que engordara. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Las colocó a un lado con cariño.

—Tengo el estómago cerrado —dijo—, pero... ¿le dirás que me las comí?

—Así lo haré.

—Y... a Issa y Twiga —sintió un nudo en la garganta— diles... —tuvo que apretarse de nuevo los labios con los nudillos. No se podía contener. ¿Por qué resultaba mucho más difícil en presencia de Brimstone? Antes de que él llegara, la ira le había dado fuerza.

Aunque todavía no le había transmitido ningún mensaje, él dijo:

—Lo saben, pequeña. Ya lo saben. Y ellos tampoco se avergüenzan de ti.

Ellos *tampoco*.

Era lo máximo que Brimstone diría, pero era suficiente. Madrigal rompió a llorar. Se apoyó contra los barrotes con la cabeza baja y sollozó, y cuando sintió que Brimstone reposaba la mano sobre su cuello, lloró con más intensidad.

Se quedó con ella. Madrigal sabía que nadie, excepto Brimstone —y el propio caudillo—, podría haber ignorado la orden directa de Thiago de que no recibiera visitas. Tenía poder, pero no lo bastante como para anular la sentencia. El delito de Madrigal era demasiado grave, y su culpabilidad, demasiado obvia.

Después de llorar, se sentía vacía y también... mejor, como si la sal de todas las lágrimas contenidas la hubiera estado envenenando, y por fin se hubiera deshecho de ella. Se recostó contra los barrotes; Brimstone estaba agachado al otro lado. Kishmish empezó a piar suavemente a intervalos regulares, lo que Madrigal sabía que era una combinación de orden y súplica, así que partió trocitos de las galletas de Yasri y se los dio.

—Una merienda en la cárcel —dijo tratando de esbozar una leve sonrisa, que desapareció de forma abrupta.

Ambos lo escucharon al mismo tiempo: un alarido tan espantoso que Madrigal se acurrucó, escondió la cara entre las rodillas y se tapó los oídos con las manos, tratando de ocultarse en la oscuridad, el silencio, la negación de lo que estaba ocurriendo. No funcionó. El grito estaba ya dentro de su cabeza, e incluso después de apagarse, su eco permaneció en su interior.

—¿Quién será el primero? —preguntó a Brimstone.

Sabía a lo que se refería.

—Tú. Ante la mirada del serafín.

Madrigal respondió con una extraña indiferencia.

—Pensé que decidiría lo contrario, y me obligaría a contemplar su muerte.

—Creo —dijo Brimstone con un ligero titubeo— que todavía... no ha acabado con él.

Un leve grito escapó de la garganta de Madrigal. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo alargaría Thiago su sufrimiento?

—¿Te acuerdas del hueso de la suerte, cuando era más pequeña? —preguntó Madrigal.

—Lo recuerdo.

—Finalmente pedí un deseo. O... confié en la *esperanza*, supongo, porque no había verdadera magia en su interior.

—La *esperanza es* la verdadera magia, pequeña.

Diversas imágenes cruzaron su mente. Akiva con su luminosa sonrisa. Akiva tirado en el suelo y su sangre fluyendo hacia el manantial sagrado. El templo en llamas mientras los soldados se los llevaban a la fuerza y los árboles de réquiem comenzaban a arder, junto con todas las evangelinas que vivían en ellos. Sacó del bolsillo el hueso de la suerte que había llevado al bosquecillo aquella última vez. Estaba intacto. No habían tenido oportunidad de romperlo.

Se lo acercó a Brimstone.

—Toma. Cógelo, pisotéalo, tíralo. No hay esperanza.

—Si yo creyera eso —dijo Brimstone—, no estaría aquí en este momento.

¿Qué significaban esas palabras?

—¿Qué es lo que hago, pequeña, día tras día, sino luchar contra una marea? Y cada ola que se acerca a la orilla penetra más en la arena. No ganaremos, Madrigal. No podemos vencer a los serafines.

—¿Qué? Pero...

—No podemos ganar esta guerra. Siempre lo he sabido. Son demasiado fuertes. La única razón por la que hemos resistido durante tanto tiempo es porque quemamos la biblioteca.

—¿La biblioteca?

—La de Astrae. Era el archivo de los magos seráficos. Los muy locos guardaron todos sus textos en el mismo lugar. Eran celosos de su poder, y no permitieron hacer copias. No querían que ningún advenedizo los desafiara, así que acapararon todo el conocimiento y tomaron únicamente aprendices a los que pudieran controlar, y los mantuvieron cerca. Ese fue su primer error, acumular todo su poder en un mismo lugar.

Madrigal lo escuchaba, absorta. Brimstone le estaba contando cosas. Historia. Secretos. Casi temerosa de romper el hechizo, preguntó:

—¿Cuál fue su siguiente error?

—Olvidarse de tenernos miedo —permaneció un instante en silencio. Kishmish

saltaba entre sus cuernos—. Necesitaban creer que éramos animales, para justificar cómo nos utilizaban.

—Esclavos —susurró Madrigal escuchando la voz de Issa en su cabeza.

—Éramos esclavos para suministrarles dolor. *Nosotros* éramos el origen de su poder.

—Tortura.

—Se decían a sí mismos que éramos bestias sin sentimientos, como si eso lo justificara todo. Tenían en sus fosos cinco mil bestias que no carecían de sentimientos en absoluto, pero se creyeron su propia mentira. No nos tenían miedo, y eso facilitó todo.

—¿Qué facilitó?

—Destruirlos. La mitad de los guardias ni siquiera entendían nuestra lengua, y se contentaban creyendo que lo que gritábamos en nuestra agonía eran meros gruñidos y bramidos. Eran unos locos, y los matamos a todos, quemamos todo. Sin la magia, los serafines perdieron su supremacía, y durante todos estos años no la han recuperado. Pero lo harán, incluso sin la biblioteca. Tu serafín demuestra que están redescubriendo lo que perdieron.

—Pero... no. La magia de Akiva no es así... —Madrigal pensó en el chal vivo que le había fabricado—. Él nunca la usaría como un arma. Él solo deseaba la paz.

—La magia no es una herramienta para la paz. El precio es demasiado alto. Lo único que me anima a seguir usándola, a seguir recuperando las almas una muerte tras otra, es creer que nos estamos manteniendo vivos hasta... hasta que creemos un mundo nuevo.

Las mismas palabras que había pronunciado Madrigal.

Brimstone se aclaró la garganta. Sonaba como un muerto retorciéndose en su tumba. ¿Sería posible, estaría diciendo que él...?

—Yo también sueño con eso, pequeña.

Madrigal lo contempló extasiada.

—La magia no nos salvará. Sería necesario conjurar tanto poder, que el diezmo de dolor nos destruiría. La única esperanza es... la *esperanza* —aún tenía el hueso de la suerte en la mano—. No necesitas amuletos para ello, está en tu corazón o en ninguna parte. Y en tu corazón, pequeña, es más fuerte de lo que jamás había visto.

Deslizó el hueso dentro del bolsillo que llevaba en el pecho, se puso en pie y se volvió. El corazón de Madrigal se sobresaltó ante la posibilidad de que la dejara sola.

Pero solo se acercó hasta la pequeña ventana que había en la pared al fondo de la estancia y miró a través de ella.

—Fue Chiro —dijo cambiando abruptamente de tema.

Madrigal lo sabía.

Chiro, que tenía alas para seguirla y se había ocultado entre la arboleda para espiarla.

Chiro, que, como un perro faldero de Thiago, la había traicionado por una palmadita en la cabeza.

—Thiago le prometió aspecto humano —añadió Brimstone—. Como si fuera una promesa que pudiera cumplir.

Estúpida Chiro, pensó Madrigal. Si esa era su esperanza, había elegido un mal aliado.

—No cumplirás su promesa, ¿verdad?

Con mirada sombría, Brimstone replicó:

—Debería esforzarse por no tener que necesitar nunca otro cuerpo. Tengo una hilera de dientes de morena que jamás pensé que me sentiría tentado de utilizar.

¿Dientes de morena? Madrigal no sabía si estaba hablando en serio. Probablemente. Casi sintió pena por su hermana. Casi.

—Pensar que desperdicié diamantes en ella...

—Tú actuaste de forma sincera, aunque ella no te correspondiese. Nunca te arrepientas de tu propia bondad, pequeña. Mantener la sinceridad frente al mal es una muestra de fuerza.

—Fuerza —repitió ella con una ligera sonrisa—. Yo le *entregué* fuerza, y mira lo que hizo con ella.

Brimstone replicó con desprecio.

—Chiro no es fuerte. Puede que su cuerpo haya sido fabricado con diamantes, pero el alma que alberga en su interior es viscosa, como un molusco húmedo y contraído.

Era una imagen poco agradable, pero parecía adecuada.

—Y fácil de echar a un lado —añadió Brimstone.

Madrigal ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

Escucharon sonidos en el pasillo. ¿Venía alguien? ¿Había llegado el momento? Brimstone se dirigió hacia ella.

—El humo de los resucitados —le preguntó de forma rápida y concisa—. ¿Sabes con qué se elabora el incienso?

Madrigal parpadeó. ¿Por qué le hablaba del humo?, no habría para ella. Brimstone la miraba con extremada intensidad. Ella asintió con la cabeza, por supuesto que lo sabía. El incienso llevaba planta de aro y resina de matricaria, romero y asafétida para darle aroma sulfuroso.

—¿Sabes para qué sirve? —dijo Brimstone.

—Proporciona un camino al alma para que llegue hasta el incensario o el cuerpo.

—¿Es mágico?

Madrigal vaciló. Había ayudado a Twiga a hacerlo infinidad de veces.

—No —respondió, distraída por los sonidos del pasillo, que se aproximaban—. Es solo humo. Un mero sendero para el alma.

Brimstone asintió con la cabeza.

—Algo parecido a tu hueso de la suerte. No es mágico, solo un foco de atención para la voluntad —hizo una pausa—. Una voluntad fuerte puede no necesitarlo.

Su mirada la abrasó. Estaba tratando de decirle algo. ¿Qué?

Las manos de Madrigal empezaron a temblar. No lo comprendía, aún, pero algo empezaba a tomar forma, producto de la magia y la voluntad. Humo y hueso.

Los cerrojos de la puerta se descorrieron. El corazón de Madrigal dio un vuelco.

Sus alas se movieron con el inútil aleteo de un ave enjaulada. La puerta se abrió y Thiago apareció enmarcado como en un cuadro. Como siempre, iba vestido de blanco, y Madrigal se dio cuenta por primera vez de *por qué* utilizaba prendas de

ese color: servían de lienzo a la sangre de sus víctimas, y en ese momento su cota aparecía empapada de ella.

De la sangre de Akiva.

El rostro de Thiago se volvió iracundo al ver a Brimstone en la estancia, pero no se arriesgó a iniciar un duelo de voluntades que no podría ganar. Incluyó la cabeza hacia el hechicero y miró a Madrigal.

—Ha llegado el momento —dijo. Su voz era perversamente suave, como cuando se anima a un niño a dormir.

Ella no respondió, luchó por mantenerse en calma. Pero no pudo engañar a Thiago. Su olfato de lobo podía percibir el aroma de su miedo. Sonrió y se volvió hacia los guardias que esperaban órdenes.

—Atadle las manos e inmovilízadle las alas.

—Eso no es necesario —objetó Brimstone.

Los guardias vacilaron.

Thiago dirigió la mirada hacia el resucitador y ambos se observaron, reflejando su enemistad únicamente en el aleteo de la nariz y las mandíbulas apretadas. El Lobo repitió la orden remarcando cada sílaba, y los guardias se apresuraron a cumplirla. Entraron en la celda, sujetaron con dificultad las alas de Madrigal y las aseguraron con pinzas de hierro. Amarrar sus manos resultó más fácil; no se resistió. Una vez que estuvo atada, la empujaron hacia la puerta.

Brimstone guardaba una última sorpresa.

—He designado a una persona para que bendiga la evanescencia de Madrigal —le dijo a Thiago.

Madrigal había supuesto que se le negaría ese ritual sagrado, y aparentemente, Thiago había pensado lo mismo.

El general entrecerró los ojos y dijo:

—Piensas que vas a poder colocar a alguien suficientemente cerca de ella para recoger su alma...

—Chiro —lo interrumpió Brimstone. Madrigal se estremeció—. Me imagino que no pondrás ninguna objeción a que sea ella.

—Está bien —contestó Thiago, y ordenó a los guardias—: Adelante.

Chiro. Era tan profundamente malvado, tan sacrílego, que la persona que había traicionado a Madrigal fuera quien concediera paz a su alma, que por un instante pensó que había malinterpretado todo lo que Brimstone acababa de decirle, que era un último castigo amontonado sobre todos los demás. Luego Brimstone sonrió, con una astuta mueca en su severa boca de carnero. De repente, Madrigal se dio cuenta. Estalló delante de sus ojos.

Algo viscoso como un molusco. Fácil de echar a un lado.

Un nuevo empujón del guardia la obligó a traspasar la puerta, mientras su mente intentaba desentrañar con rapidez aquella idea en el poco tiempo que le quedaba.

SI LO ENCUENTRAS, POR FAVOR, DEVUÉLVELO

Era algo que nunca se había hecho, al menos que ella supiera. Ni siquiera especular sobre ello, y seguramente no habría sido posible con un cuerpo natural. Un cuerpo se funde con su alma como el nácar con un grano de arena, formando una unidad perfecta e indivisible que solo la muerte puede romper. En un cuerpo natural no queda *hueco* para huéspedes, ni secuestradores. Pero el cuerpo de Chiro era un mero recipiente, como Madrigal bien sabía, ya que ella misma lo había fabricado.

Tal vez no necesitara el humo para guiarla, pero sí que el cuerpo que iba a recibirla estuviera próximo. No podía desplazarse por el espacio, pues carecía de control y de propulsión. Chiro tendría que acercarse a ella, y, como Brimstone la había elegido para realizar la bendición, lo hizo. Ascendió pesadamente al patíbulo y se arrodilló junto a los trozos que habían sido su hermana. Temblando, levantó los ojos al cielo, sobre el cuerpo.

—Lo siento, Mad. No creí que te condenaran a la evanescencia. Lo siento mucho —susurró.

Madrigal, incapaz de ahuyentar la imagen de su propia cabeza cortada ni el recuerdo de los alaridos de Akiva, no se conmovió. ¿Qué había esperado Chiro? ¿Una sentencia menos dura? ¿Resurrección con un aspecto inferior, quizá? Tal vez solo hubiera pensado en Madrigal como un medio para atraer la atención de Thiago. El amor empuja a las personas a reaccionar de manera extraña, y Madrigal lo sabía bien. Y no había nada más extraño que lo que ella estaba a punto de hacer.

No había humo para guiarla, pero como Brimstone había dicho, no lo necesitaba. Con un poderoso empujón de la voluntad, se introdujo en el cuerpo que con tanto cariño había fabricado.

Encontró menos resistencia incluso de lo que había esperado —sensación de sorpresa, un leve enfrentamiento—. El alma de Chiro era sombría y estaba debilitada por la envidia. No se podía igualar a la de Madrigal, y se rindió casi instantáneamente. No la expulsó del cuerpo, solo la empujó a sus profundidades. Ante todos los ojos, el recipiente seguía siendo Chiro.

Mientras realizaba la bendición, unos fuertes temblores sacudieron su cuerpo, pero a nadie le resultó extraño —su hermana yacía muerta a sus pies—. Y luego descendió del patíbulo de forma rígida, con movimientos vacilantes, pero tampoco aquello se cuestionó.

No surgió ninguna sospecha porque no existía ningún precedente. Cuando Chiro se alejó, no quedó nada amarrado al cuerpo despedazado sobre la plataforma. Los guardias que permanecieron a su lado los tres días siguientes vigilaron únicamente carne y aire —sin alma—.

El único que podría haber notado su falta era Brimstone, y no parecía muy dispuesto a descubrirlo.

* * *

La última vez que Madrigal vio a Akiva fue a través de los ojos de Chiro. Estaba en una especie de potro de tortura, con las alas y los brazos dislocados hacia atrás y amarrados con cadenas a la pared. Tenía la cabeza inclinada, y cuando ella entró en la celda, la levantó para mirarla con ojos muertos.

Los tenía enrojecidos, surcados de hilillos de sangre de los capilares rotos por el esfuerzo de conjurar su magia, pero no era solo eso. Su color dorado —aquel exquisito fuego— se había apagado, y Madrigal tuvo la sensación de ver un alma sobre cenizas. Era lo peor de todo —peor incluso que su propia muerte—.

Ahora, en Marrakech, mientras Karou remendaba los recuerdos de sus dos vidas, recordó haber encontrado esa misma mirada muerta en sus ojos la primera vez que lo vio. Se había preguntado qué habría provocado aquella expresión, y ahora lo sabía. Sintió como si se le clavara una astilla en el corazón al pensar que todos aquellos años en los que ella había estado creciendo en un nuevo cuerpo, en un mundo aparte, despreocupada y gastando deseos en cosas inútiles, él había permanecido con el alma muerta, llorando por ella.

Ojalá Akiva lo hubiera sabido.

En la celda, se había apresurado a liberar sus brazos. Entonces se alegró de la fuerza que los diamantes habían otorgado a Chiro. Las cadenas de Akiva estaban tan tensas que sus brazos estaban casi desencajados. Temió que su debilidad le

impidiera volar o invocar el hechizo que le permitiría escapar de la ciudad sin ser visto, pero no debería haberse preocupado. Conocía la fuerza de Akiva. Cuando las cadenas se aflojaron, no se desplomó. Saltó como un predador que hubiera permanecido al acecho. Se volvió hacia ella, viendo únicamente a Chiro y sin preguntarse por qué una extraña lo había liberado. La lanzó contra la pared sin darle la posibilidad de hablar, y quedó envuelta por las sombras de la inconsciencia.

Los recuerdos acababan ahí. Karou no sabría cómo Brimstone había hallado y recogido su alma hasta que pudiera preguntárselo. Lo único que sabía es que lo había logrado, puesto que ella se encontraba allí.

—No lo sabía —dijo Akiva. Acariciaba el pelo de Karou, alisándolo en torno a su rostro y su cuello hasta los hombros, con cariño e insistencia—. Si hubiera sabido que él te había salvado... —la abrazó con fuerza contra su cuerpo.

—No pude decirte que era yo —añadió Karou—. ¿Me habrías creído? No sabías nada de la resurrección.

Akiva tragó saliva y dijo en voz baja:

—Sí lo sabía.

—¿Qué? ¿Cómo?

Seguían abrazados a los pies de la cama. Karou estaba abrumada por las sensaciones. La unión de todos los recuerdos. La profunda alegría de estar con Akiva. El curioso duelo entre lo que le resultaba familiar y... lo que le faltaba. Su cuerpo: su piel de diecisiete años, completamente *suya*, y también nueva. La ausencia de alas, la flexión de los pies humanos con todos sus complicados músculos, su cabeza sin cuernos ligera como el viento.

Y había algo más, una especie de aviso, una alarma que apenas podía delimitar.

—Thiago —respondió Akiva—. Él... le gustaba hablar mientras... Bueno. Se regodeó. Me lo contó todo.

Karou podía creerlo. Otra serie de recuerdos adquirió sentido: el Lobo despertándose sobre la mesa de piedra mientras ella —Karou— sujetaba sobre su mano la de él, señalada con la *hamsa*. Podría haberla matado en aquel momento, pensó, si no hubiera sido por Brimstone. Ahora comprendía la furia de este. Todos aquellos años la había mantenido oculta de Thiago, y ella se había colado en la

catedral y agarrado su mano, tan feroz como la recordaba.

Karou se acurrucó contra Akiva.

—Podía haberte dicho adiós —dijo ella—, pero ni siquiera pensaba. Solo quería liberarte.

—Karou...

—No te preocupes. Ahora estamos aquí los dos —aspiró el aroma conocido del cuerpo de Akiva, cálido y ahumado, y reposó los labios sobre su garganta.

Resultaba embriagador. Akiva estaba vivo. *Ella* estaba viva. Había tanta vida por delante de ellos... Deslizó los labios por su cuello hasta alcanzar la barbilla, recordando, redescubriendo. Se derretía entre sus brazos igual que en otra época —aquella maravillosa forma en que los cuerpos se funden y borran todo el espacio negativo—. Encontró sus labios. Karou tuvo que tomar el rostro de Akiva entre sus manos e inclinarlo hacia ella.

¿Por qué tenía que hacer eso?

¿Por qué..., por qué Akiva no le estaba devolviendo sus besos?

Karou abrió los ojos. Akiva la estaba mirando, no con deseo sino con... *angustia*.

—¿Qué pasa? —preguntó Karou—. ¿Qué te sucede? —un terrible pensamiento la asaltó y la hizo retroceder; se separó de Akiva y se rodeó el cuerpo con los brazos—. ¿Es... es porque no soy pura? ¿Porque mi cuerpo es... artificial?

Su pregunta removi6 lo que lo estaba acosando.

—No —respondió con desdicha—. ¿Cómo has podido pensar eso? Yo no soy Thiago. Prometiste que lo recordaría, Karou. Prometiste recordar que te amo.

—Entonces, ¿qué sucede? Akiva, ¿por qué actúas de un modo tan extraño?

—Si lo hubiera sabido..., Karou. Si hubiera sabido que Brimstone te había salvado... —rascó su pelo con los dedos y comenzó a recorrer la habitación arriba y abajo—. Pensé que estaba de su lado, contra ti, y su traición resultaba *terrible*, porque lo querías como a un padre...

—No. Él es como nosotros, Akiva. También desea la paz. Él puede ayudarnos...

Akiva detuvo la mirada en ella y, con absoluta desolación, dijo:

—No lo sabía. Si lo hubiera sabido, Karou, habría creído en la redención. Yo nunca... *nunca* habría...

El pulso de Karou se alteró. Algo iba muy, muy mal. Lo sabía, y le daba miedo, no quería escucharlo, pero necesitaba saberlo.

—Nunca habrías ¿qué? ¿*Qué*, Akiva?

Detuvo su deambular, mantuvo las manos sobre la cabeza, aferrándosela.

—En Praga —dijo forzando cada palabra—, me preguntaste cómo te había encontrado.

Karou lo recordaba.

—Dijiste que no fue difícil.

Akiva metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel doblada. A regañadientes, se la acercó.

—¿Qué...? —empezó a decir Karou.

Sus manos comenzaron a temblar de manera incontrolable y, al desdoblar la hoja, esta se rompió a lo largo de un pliegue bien marcado, justo por el centro de su autorretrato, y se quedó con dos mitades de su propio ser y un ruego, escrito por ella misma, «Si lo encuentras, por favor, devuélvelo».

Era de su cuaderno de bocetos, del que se había quedado en la tienda de Brimstone. Lo comprendió de manera instantánea y clara. Solo existía una forma de que Akiva lo tuviera.

Jadeó. Todo encajó en su sitio. Las huellas de mano negras, las llamas azuladas que habían devorado los portales y toda su magia, terminando con el negocio de Brimstone. Y el eco de la voz de Akiva, explicándole por qué.

Para acabar con la guerra.

Cuando hacía tiempo habían soñado juntos con el fin de la guerra, se habían referido a conseguir la *paz*. Pero la paz no era la única manera de acabar con la guerra.

Lo comprendió todo. Thiago había revelado a Akiva el principal secreto de las quimeras, creyendo que moriría con él, pero ella —*ella*— lo había liberado.

—¿Qué has hecho? —preguntó Karou con tono incrédulo y la voz quebrada.

—Lo siento —susurró Akiva.

Huellas de mano negras, llamas azuladas.

Y el final de la resurrección.

Las manos de Akiva, aquellas que la habían rodeado al bailar, al soñar, al hacer el amor, los nudillos que ella había besado y perdonado —tenían marcas recientes; estaban repletos—.

—¡No! —gritó Karou en tono suplicante.

Luego se aferró a los hombros de Akiva, clavándole las uñas, agarrándolo, sujetándolo y obligándolo a mirarla.

—¡Dímelo! —pidió con un alarido.

Con voz ronca —llena de dolor y profunda vergüenza— Akiva respondió:

—Están muertos, Karou. Es demasiado tarde. Están todos muertos.

Epílogo

Una hendidura en el cielo, eso era todo, nada que ver con los ingeniosos portales de Brimstone con sus puertas de aviario. No había puerta, ni guardián. Su única protección era su ubicación en ninguna parte, muy por encima de la cordillera del Atlas, y su escasa anchura, menor que la envergadura de un serafín.

Resultaba sorprendente que Razgut hubiera logrado encontrarlo después de tanto tiempo.

O tal vez, pensó Karou mirando a la criatura, no sea tan sorprendente que el peor momento en la vida de alguien quede grabado en la memoria, con mayor intensidad que cualquier alegría. Ahora comprendía por qué la magia había que pagarla con dolor: *era* más poderoso que la dicha. Que cualquier cosa.

¿Que la esperanza?

Vio el incendio en Loramendi como si hubiera estado allí: los cadáveres de las quimeras alimentaban las llamas como jirones de tela, mientras Akiva lo observaba todo desde una torre, respirando las cenizas de su pueblo. Notó el sabor de aquella ceniza, e imaginó que aún seguía en la piel de Akiva cuando lo había besado.

Por su culpa, había sobrevivido para provocar aquello.

Y aun así, había sido incapaz de matarlo, aunque él mismo le había llevado sus cuchillos desde Praga, y hubiera caído de rodillas para facilitarle la labor.

Lo abandonó, pero incluso después de todo, sentía la distancia entre ellos como un firmamento de proporciones desmesuradas. Qué terrible, aquella creciente distancia. Qué doloroso, el vacío que había provocado su nueva plenitud. Una parte de su ser deseaba ignorar la traición de Akiva, regresar al pasado, a la incandescente felicidad anterior a que todo se desmoronara.

—¿Vienes? —preguntó Razgut abriéndose paso a través de la abertura, de modo que la mitad de su cuerpo desapareció en el éter de Eretz.

Karou asintió con la cabeza. El resto del cuerpo de Razgut desapareció, y ella respiró el aire enrarecido antes de seguirlo. La felicidad había desaparecido. Pero bajo la pena, mantenía la esperanza.

De que el nombre que Brimstone le había dado fuera más que un capricho.

De que este no fuera el final.

... Continuará...

Biografía

Laini Taylor, autora de las novelas *Blackbrinder* y *Silksinger*, ambas de la saga *Dreamdark*, ha sido finalista del National Book Award con su novela *Lips Touch*

www.lainitaylor.com

Notas de la conversión

Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos.

[1] Český
[2] Hradčany

Título original: *DAUGHTER OF SMOKE AND BONE*

© 2011, Laini Taylor

© De la traducción: 2012, Montserrat Nieto

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.librosalfaguarajuvenil.com

ISBN ebook: 978-84-204-1187-3

© Diseño de la cubierta: Dave Caplan y Alison Impey

© Fotografía de cubierta (chica): Lea Bernstein/arcangelimages

© Fotografía de cubierta (máscara y difuminado): Shutterstock

© Fotografía: Ali Smith

© Cubierta: Hachette Book Group, Inc., 2011

Conversión ebook: Javier Barbado

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

cedido por **MerySnz**